

Los sabios de corazón

[Meditaciones sobre Eclesiastés]

Índice

Introducción

Un mundo vano (1:1-11)

Sabiduría vana (1:12-18)

Placer vano (2:1-11)

Aquel que agrada a Dios (2:12-26)

Dios, que hace todo hermoso a su tiempo (1) (3:1-14)

Dios, que hace todo hermoso a su tiempo (2) (3:1-14)

Debemos disfrutar de la vida con equilibrio (3:13-14)

Todo lo que Dios hace permanecerá para siempre (3:14)

Dios, que hace todo hermoso a su tiempo (3) (3:14-22)

«No había quien consolara» (4:1-3)

«Tranquilidad» (4:4-6)

Mejor son dos que uno (4:7-12)

La sabiduría de los pobres de espíritu (4:13-16)

«Temed a Dios» (5:1-7)

«No te sorprendas por ello» (5:8-9)

El trabajador que duerme plácidamente (5:10-12)

Dios, que da riqueza y bienes para disfrutar (5:13-20)

Lo que es más importante que la bendición de la riqueza y los bienes (5:19)

Una pesada carga sobre el hombre (6:1-6)

¿Estás disfrutando de la vida? (6:3, 6)

Una vida que pasa como una sombra (6:7-12)

«Los vivos lo tomarán en cuenta» (7:1-4)

Adoptemos la perspectiva de la muerte (7:2)

La reprensión del sabio (7:5-7)

¿Por qué la gente se involucra en relaciones adúlteras? (7:7)

El servicio del sabio (7:8-10)

La carrera de la vida (7:8-10, 14)

La belleza de la sabiduría (7:11-14)

El fundamento de la sabiduría (7:15-18)

La sabiduría que fortalece al sabio (7:19-22)

«Esto es lo que he descubierto» (7:23-29)

«Sabiduría humana» (8:1-8)

«Todo lo que se hace bajo el sol» (8:9-13)

El castigo demorado de Dios (8:11)

Las obras inescrutables de Dios (8:14-9:1)

El mismo destino aguarda a todos (9:2-6)

Una persona que agrada a Dios (9:7-10)

El tiempo y el azar (9:11-12)

«El pobre sabio» (9:13-18)

No demostremos ser necios (10:1-4)

¡Mantén la calma! (10:4)

«Un defecto» (10:5-7)

La sabiduría, beneficiosa para el éxito (10:8-11)

Los labios del necio (10:12-15)

Una tierra bajo aflicción (10:16-20)

Consideremos aquel día (11:1-8)

«Oh, joven» (11:9-10)

«Acuérdete de tu Creador en los días de tu juventud» (12:1-8)

«Tras haber escuchado la conclusión del asunto» (12:9-14)

Conclusión

Introducción

Quería meditar en el libro de Eclesiastés porque sentía una necesidad desesperada de la sabiduría de Dios. En particular, mientras reflexionaba sobre cómo vivir la vida que se me ha dado en este mundo —donde «¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!» (Eclesiastés 1:2)—, me sentí impulsado a meditar en Eclesiastés, uno de los libros de sabiduría. A medida que la Palabra de Dios exponía cada vez más mi propia insensatez, quise meditar en Eclesiastés con la convicción de que no debía vivir una vida tan carente de sentido. Así pues, tras completar un ciclo de meditación, predicación y reflexión sobre el libro de los Salmos durante nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles, decidí comenzar a meditar en el libro de Eclesiastés. Medité en el libro, prediqué sobre él y reflexioné más a fondo al respecto, todo ello con un corazón anhelante de la sabiduría de Dios.

Comencé a meditar en el libro de Eclesiastés el miércoles 17 de octubre de 2009. Esa noche, en la reunión de oración, medité, prediqué y reflexioné sobre el pasaje inicial de Eclesiastés (1:1-11) bajo el título «Un mundo sin sentido». Posteriormente, durante unos catorce meses, continué este proceso —meditar, predicar y reflexionar— casi todos los miércoles. Finalmente, el 22 de diciembre de 2010, concluí la serie meditando, predicando y reflexionando sobre el pasaje final del libro (Eclesiastés 12:9-14) bajo el título «Tras haber escuchado la conclusión del asunto». A través de este proceso de meditación y predicación sobre Eclesiastés, viví una experiencia verdaderamente gratificante, sostenido por la gracia que Dios me brindó. Meditar en la Palabra de Dios fue gratificante en sí mismo, y también resultó plenamente satisfactorio gracias a las revelaciones que Dios concedió mediante dicha meditación; concretamente, la comprensión de que «esto es lo que descubrí» (7:23-29). En particular, agradecí a Dios por la oportunidad —de ver la vida a través del prisma de la muerte (7:2)— de apartarme de la «sabiduría vana» (1:12-18) —como la mera «sabiduría

humana» (8:1–8)— y de los «placeres vanos» (2:1–11), mientras transito una «vida que pasa como una sombra» (6:7–12) en este «mundo vano» (1:11). En su lugar, pude buscar la «sabiduría de los pobres de espíritu» (4:13–16), la «sabiduría que fortalece al sabio» (7:19–22), la «sabiduría provechosa para el éxito» (10:8–11) y la «belleza de la sabiduría» (7:11–14). Mi deseo de seguir buscando esta sabiduría nace del anhelo de dejar de demostrar mi propia insensatez (10:1–4). Más bien, elijo recordar a mi Dios Creador —«Acuérdate... en los días de tu juventud...» «Acuérdate de tu Creador» (12:1–8)—; deseo terminar la «carrera de la vida» (7:8–10, 14) hasta el final por fe, temiendo solo a Dios [«Temerás solo a Dios» (5:1–7)] y disfrutando del camino [¿Lo estás disfrutando? (6:3, 6)].

Motivado hoy por Dios, me siento agradecido y feliz de haber completado las revisiones —a pesar de mis limitaciones— del manuscrito de este libro sobre Eclesiastés, sobre el cual comencé a meditar hace unos cinco años. Sobre todo, me regocija poder compartir ahora estas reflexiones sobre Eclesiastés con mis amados hermanos y hermanas. Oro para que, a través de este compartir, el Señor cumpla su voluntad y derrame una gracia preciosa sobre los miembros del cuerpo que anhelan la sabiduría de Dios.

En el Señor,

Un mensaje del pastor James Kim

Un mundo de vanidad

[Eclesiastés 1:1-11]

¿Cómo ve usted la vida? Yo creo que la vida es efímera. Si tuviera que describirla, la llamaría una "existencia pasajera". La definición de diccionario del prefijo *deot* (presente en la palabra coreana *deot-eopda*, que significa "efímero" o "transitorio") se relaciona con un "intervalo" o un "periodo de tiempo". Por tanto, la palabra implica "no tener un intervalo duradero" o "carecer de permanencia", lo que significa que nada permanece constante y todo cambia rápidamente; en esencia, se trata de un estado de impermanencia. Al investigar este término en línea, encontré la expresión *iljangchunmong* (un "sueño de primavera"). Esta frase se refiere a un "sueño primaveral fugaz" y se utiliza metafóricamente para describir la "gloria vana o los asuntos pasajeros". Quizás por eso la gente suele comparar la vida humana con un sueño así. Moisés, el autor del Salmo, oró: "Enséñanos a contar nuestros días" (Salmo 90:12). Nosotros también deberíamos orar como lo hizo Moisés. Esta oración abarca dos peticiones: "Enséñanos la vanidad de la vida" y "Enséñanos a vivir una vida valiosa". Entonces, ¿cómo podemos reconocer la vanidad de la vida? Hay tres formas:

(1) En primer lugar, la vida es vana porque volvemos al polvo. Observe el Salmo 90:3: "Vuelves al hombre al polvo y dices: '¡Volved, hijos de los hombres!'".

(2) En segundo lugar, la vida es vana porque es breve. Considere el Salmo 90:4-6: "Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer, que pasó, o como una vigilia de la noche. Los arrebatas como una inundación; son como un sueño, como la hierba que brota por la mañana. Por la mañana florece y crece; al atardecer es cortada y se marchita".

(3) En tercer lugar, la vida humana es vana porque consiste únicamente en afán y dolor. Consideremos el Salmo 90:10: «Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y si en virtud de fortaleza llegan a ochenta años, su orgullo no es más que trabajo y pesar; porque pronto pasan, y volamos».

El pasaje de hoy, Eclesiastés 1:1–11, sirve como introducción a todo el libro de Eclesiastés. Esta introducción puede dividirse en dos partes; la primera consta del versículo 1. Este versículo identifica al autor de Eclesiastés como Salomón, el «hijo de David, rey en Jerusalén». En otras palabras, afirma que Salomón es el «Predicador» que escribió el libro. La segunda parte comprende los versículos del 2 al 11. Esta sección declara la futilidad del mundo. Es dentro de esta segunda sección —que habla de la vanidad del mundo— donde encontramos las palabras familiares: «Dice el Predicador: ¡Vanidad de vanidades, vanidad de vanidades! Todo es vanidad» (versículo 2). Esta confesión es la conclusión extraída de las experiencias del rey Salomón —el Predicador—, quien había poseído y disfrutado de todo lo que este mundo tiene para ofrecer. Su confesión es simplemente esta: «Todo es vanidad». Curiosamente, el significado original en hebreo de la palabra que Salomón utiliza aquí para «vanidad» es «aliento» o «soplo». Esto sirve como metáfora de «aquello que es pasajero, en contraste con lo que es sólido y duradero» (Salmo 90:9) (Park Yun-sun). El pastor John MacArthur señala que el rey Salomón, el Predicador, utiliza la palabra «vanidad» (o «sin sentido») a lo largo del libro de Eclesiastés de al menos tres maneras:

(1) El primer significado es que las actividades de las personas «bajo el sol» son pasajeras. En otras palabras, la vida es vanidad porque es como una «neblina que aparece por poco tiempo y luego se desvanece» (Santiago 4:14).

(2) El segundo significado es que las actividades de las personas «bajo el sol» son fútiles o carecen de sentido. Esto se centra en el impacto debilitante que el estado de maldición del universo tiene sobre la experiencia humana aquí en la tierra.

(3) El tercer significado es que las actividades de las personas «bajo el sol» son incomprensibles o enigmáticas. Esta es una conclusión a la que se llega tras reflexionar sobre las preguntas de la vida que no tienen respuesta (MacArthur).

Hoy, centrándome en este pasaje y en el tema de un "mundo vano", quisiera considerar cuatro razones por las que el mundo en que vivimos es vano. Espero que, a través de este mensaje, podamos comprender más plenamente la vanidad de este mundo. Además, oro para que, mediante la sabiduría que Dios nos concede generosamente, vivamos vidas con propósito en este mundo vano: vidas que sean recordadas por Dios.

¿Por qué el mundo en que vivimos es un mundo vano?

En primer lugar, este mundo es vano porque no ofrece ningún beneficio duradero. En otras palabras, es vano porque, al final, nada perdura de él. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 1:3: "¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con que se afana bajo el sol?". Este versículo implica que todo el esfuerzo que los seres humanos realizan bajo el sol —al margen de Dios— no produce ganancia alguna ni deja nada tras de sí. Me viene a la mente el Salmo 90:10: "Los días de nuestra edad son setenta años; y si en lo robusto llegan a ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos". Moisés, el "varón de Dios" (Salmo 90), describe una vida de setenta u ochenta años —una vida que se esfuma rápidamente— como aquella en la que el único orgullo es el trabajo y el dolor. Al mirar atrás hacia esos setenta u ochenta años y considerar qué hemos dejado tras de nosotros con todo nuestro esfuerzo, ¿qué diríamos usted y yo? El rey Salomón, el Predicador, habla de esto en Eclesiastés 5:15-16: "Como salió del vientre de su madre, desnudo vuelve, yéndose tal como vino; y nada toma de su trabajo para llevarse en su mano.

Y esto también es un gran mal: que tal como vino, así ha de volver. ¿Y de qué le aprovecha trabajar para el viento?". Él afirma que todo esfuerzo realizado en este mundo, al margen de Dios, es como intentar atrapar el viento. ¿Cómo podríamos atrapar el viento? Esto significa que tal esfuerzo es inútil y no nos reporta ningún beneficio. Así, el rey Salomón declara: «Nada de los logros de una vida permanece tras la muerte si uno ha vivido apartado de Dios» (1:3) (Park Yun-sun). Por tanto, el Predicador proclama que este mundo carece totalmente de sentido.

En segundo lugar, la razón por la que este mundo carece de sentido es que la vida humana, por larga que sea, inevitablemente vuelve al polvo. Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 1:5-6: «El sol sale y el sol se pone, y se apresura a volver al lugar de donde salió. El viento sopla hacia el sur y gira hacia el norte; da vueltas y vueltas, regresando siempre a su curso». Este pasaje significa que, aunque las personas del mundo vivan con gran entusiasmo y actividad, inevitablemente vuelven al polvo (Park Yun-sun). Por muy vigoroso y fuerte que uno parezca en su juventud (Salmo 39:5), el ser humano proviene en última instancia del polvo y debe regresar al polvo. Debemos comprender esta verdad: «Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor de la hierba» (1 Pedro 1:24-25). Al final, la hierba se marchita y la flor cae. Debemos reconocer la verdad de que «ciertamente el hombre vaga como una mera sombra; en vano se afana acumulando riquezas, sin saber quién se quedará con ellas» (Salmo 39:6). Nuestras vidas son como el viento. Así como el viento sopla hacia el sur y gira hacia el norte, dando vueltas de un lado a otro antes de regresar finalmente a su origen (versículo 6), así también nuestras vidas —habiendo surgido del polvo— deben, en última instancia, volver al polvo. Por eso el Predicador declara que este mundo es vanidad de vanidades.

En tercer lugar, la razón por la que este mundo es vano es que la codicia humana no conoce satisfacción.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 1:8: «Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo. El ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír». La afirmación de que el ojo y el oído nunca se sacian —incluso después de ver y oír— implica que la codicia humana, al igual que el mar que nunca se llena a pesar de la entrada constante de agua (versículo 7), no conoce la satisfacción (Park Yun-sun). En efecto, los «deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida» que hay en nosotros parecen no tener fin (1 Juan 2:16). La codicia humana parece no tener límites. Por eso el rey Salomón dijo: «sus ojos no se sacian de riquezas» (Eclesiastés 4:8). Sin embargo, perseguimos diversas cosas en este mundo vano, intentando satisfacer esa codicia insaciable. No obstante, al final no encontramos satisfacción alguna. El rey Salomón llegó a decir: «No negué a mis ojos nada de lo que deseaban, ni privé a mi corazón de ningún placer» (2:10). El rey Salomón disfrutó de todo lo que sus ojos anhelaban y de aquello que deleitaba a su corazón —llamándolo la recompensa por todo su trabajo (2:10)—, pero al final confesó: «Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos y el trabajo que me había costado realizarlas; y he aquí que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que no había provecho alguno bajo el sol» (versículo 11). En conclusión, el autor de Proverbios afirma: «El Seol y el Abadón nunca se sacian, y los ojos del hombre nunca se sacian» (Proverbios 27:20).

Con el rápido avance de la ciencia en la actualidad, constantemente se presentan todo tipo de máquinas nuevas. Sin embargo, al considerar si tales máquinas pueden satisfacer los corazones de los cristianos —quienes han llegado a ser nuevas criaturas en Jesús—, creo que nunca podrán hacerlo. A medida que pase el tiempo, seguirán surgiendo cosas nuevas; y aunque sigamos comprándolas a medida que aparecen, creo que adquirirlas nunca satisfará verdaderamente nuestros corazones. La razón por la que pienso así se encuentra en Eclesiastés 3:11: «Dios ha hecho todo hermoso en su tiempo. También ha puesto la eternidad en el corazón humano...». Dios ha depositado en nosotros un anhelo de eternidad. Por tanto, nunca podremos hallar satisfacción absoluta en las cosas pasajeras de este mundo. Buscar tales cosas momentáneas es un esfuerzo inútil —como perseguir el viento— que no reporta ningún beneficio real. En verdad, este mundo es vanidad de vanidades.

Por último, la cuarta razón por la que este mundo carece de sentido es que las personas de generaciones futuras no recordarán a las personas de la época actual.

Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 1:11: «No hay memoria de las generaciones pasadas, y de las que vendrán después tampoco habrá memoria entre quienes les sigan». El rey Salomón afirma: «Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará; no hay nada nuevo bajo el sol. ¿Acaso hay algo de lo que se pueda decir: "¡Mira! ¡Esto es algo nuevo!"? Ya existía hace mucho tiempo» (versículos 9-10). El sentido de estas palabras es que, dado que no hay nada verdaderamente nuevo en este mundo —sino solo una repetición de lo anterior—, las personas no pueden hallar satisfacción (Park Yun-sun). En este contexto, el rey Salomón declara que el mundo carece de sentido porque las generaciones futuras no recordarán a las personas de la época actual (versículo 11) (Park Yun-sun). Por mucha riqueza, poder o influencia que una persona posea, ¿qué queda tras la muerte? Con el paso del tiempo, ¿no terminan olvidándose todas estas cosas? Una generación pasa y otra viene (versículo 3). Y puesto que no se recuerda a las generaciones pasadas, este mundo carece verdaderamente de sentido: es vanidad de vanidades.

Se dice que, si bien el león es el rey de la selva mientras vive, tras su muerte los perros pueden andar arrastrando sus huesos (Park Yun-sun). La muerte hace inútiles tales cosas; más vale perro vivo que león muerto. No importa lo que uno haya disfrutado en vida: la muerte es inevitable y nada importa una vez que uno se ha ido. Con el paso del tiempo, uno cae en el olvido. En verdad, este mundo no es más que vanidad.

Entonces, ¿cómo debemos vivir —tú y yo— en este mundo carente de sentido? En primer lugar, si bien los logros de una vida vivida lejos de Dios no dejan nada tras la muerte, nosotros —como creyentes en Jesús— debemos buscar la sabiduría de Dios y vivir sabiamente en este mundo, guiados por la sabiduría que Él nos otorga.

¿Por qué debemos buscar la sabiduría de Dios? Porque la sabiduría es ventajosa para el éxito (10:10). Debemos pedir sabiduría celestial (3:17-18) a Dios, quien da generosamente (Santiago 1:5). Y debemos vivir sabiamente en este mundo carente de sentido, utilizando la sabiduría que Dios nos concede. ¿Cómo vivimos sabiamente en un mundo así? Debemos llevar una vida que tema a Dios y obedezca Su Palabra, guiados por la sabiduría que Él nos da. Esto es lo que constituye una vida verdaderamente exitosa a los ojos de Dios. Así es como vivimos una vida con propósito que deja un legado duradero. En segundo lugar, debemos orar a Dios diciendo: «Hazme saber, oh Señor, mi fin y cuál es la medida de mis días; ¡hazme saber cuán efímero soy!» (Salmo 39:4).

Al igual que el salmista —como David—, debemos orar para que Dios nos ayude a comprender el final de nuestras vidas y la naturaleza transitoria de la existencia humana. ¿Cómo hemos de vivir sabiamente durante los breves setenta u ochenta años que se nos han asignado en este mundo vano; vidas que comienzan en el polvo e inevitablemente deben volver al polvo? Encontré la respuesta en Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que ir a la casa del banquete, porque aquel es el fin de todo hombre, y el que vive lo pondrá en su corazón». En otras palabras, debemos vivir en este mundo con una perspectiva que reconozca la muerte. Orando: «Enséñanos a contar nuestros días, para que alcancemos un corazón sabio» (Salmo 90:12), debemos utilizar la sabiduría que Dios nos concede para vivir nuestro tiempo limitado, pero precioso, en la tierra para Su gloria.

En tercer lugar, debemos desechar la codicia y vivir una vida de contentamiento, satisfechos únicamente con Jesús.

En el Salmo 73:25, el salmista Asaf confiesa: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti, nada deseo en la tierra». Mientras vivimos en este mundo vano, Jesús es el único que puede satisfacer nuestras almas; solo Él es capaz de colmar nuestras necesidades más profundas. Dado que nuestras almas anhelan la eternidad, solo el Jesús eterno puede satisfacerlas verdaderamente. Al igual que el apóstol Pablo, debemos aprender a estar

contentos tanto en la abundancia como en la escasez; es decir, «en cualquier situación» en la que nos encontremos (Filipenses 4:11). Debemos vivir satisfechos únicamente con Jesús. Hemos de hallar nuestra satisfacción solo en Él y obedecer la Palabra de Dios. Además, debemos vivir buscando aquello que es eterno.

En cuarto y último lugar, debemos esforzarnos por vivir una vida que Dios recuerde.

Cuando muramos, nadie nos recordará. Aunque nuestros hijos y nietos tal vez lo hagan, con el paso del tiempo la gente terminará olvidándonos. Sin embargo, tú y yo somos personas a quienes Dios recuerda. Esto se debe a que somos preciosos y estimados a sus ojos (Isaías 43:4). Cornelio fue un hombre a quien Dios recordó (Hechos 10:4). Al igual que Cornelio, nosotros también debemos vivir una vida que Dios recuerde. Así como Cornelio vivió una vida de oración y actos de caridad que Dios reconoció, nosotros debemos vivir de manera significativa ante los ojos de Dios en este mundo pasajero, asegurándonos de que nuestras vidas sean recordadas por Él.

El mundo que habitamos es pasajero y carece de sentido duradero. No ofrece ningún beneficio permanente; estamos destinados a volver al polvo y, aunque alberguemos codicia en este mundo, nunca hallamos verdadera satisfacción, lo que convierte nuestra existencia en algo vano. Es también un mundo pasajero porque las generaciones futuras no recordarán a las personas de esta época. ¿Cómo debemos vivir, entonces, en un mundo así? Debemos llevar vidas fructíferas, guiadas por la sabiduría que Dios nos otorga. Durante nuestro tiempo en la tierra, debemos abandonar la codicia y hallar contentamiento solo en Jesús. Temiendo a Dios y obedeciendo su Palabra, debemos convertirnos en el pueblo de Dios: vidas que Él recuerda.

Sabiduría vana

[Eclesiastés 1:12–18]

Anteriormente meditamos sobre el concepto de un "mundo vano", centrándonos en el pasaje de Eclesiastés 1:1–11. Aprendimos cuatro razones por las que este mundo es vano: (1) no queda ningún provecho ni legado duradero; (2) todo vuelve inevitablemente al polvo; (3) la codicia humana es insaciable; y (4) no hay memoria de las generaciones pasadas. Tras meditar en estos cuatro aspectos de la vanidad del mundo, recibimos también cuatro lecciones sobre cómo vivir en un mundo así. La primera de estas lecciones es que, como creyentes en Jesús, debemos buscar la sabiduría de Dios y vivir sabiamente en este mundo utilizando la sabiduría que Él nos otorga. ¿Por qué debemos buscar la sabiduría de Dios? La razón es que la sabiduría es beneficiosa para alcanzar el éxito (10:10).

Aquí es necesario distinguir entre dos tipos de sabiduría: la sabiduría que Dios nos da y la sabiduría de este mundo. Un ejemplo claro de esta distinción se encuentra en Santiago 3:13–18. El apóstol Santiago se refiere a estos dos tipos de sabiduría de la siguiente manera:

(1) El apóstol Santiago denomina al primer tipo como "sabiduría de lo alto" (versículo 17). Esta sabiduría de lo alto es "primeramente pura, después pacífica, amable, dispuesta a ceder, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía" (versículo 17). Los creyentes que poseen esta sabiduría de lo alto demuestran su sabiduría mediante buenas obras y un espíritu apacible (versículo 13). (2) El segundo tipo de sabiduría es aquella

que es "terrenal, natural y demoníaca" (versículo 15). Donde existe tal sabiduría, hay "desorden y toda clase de práctica malvada", junto con "envidia y ambición egoísta" (versículo 16). La razón de las peleas y contiendas entre quienes poseen esta sabiduría terrenal, natural y demoníaca es que esta proviene de las "pasiones que guerrear" en sus miembros (4:1). Además, no reciben respuesta a sus oraciones porque piden a Dios con motivos equivocados: buscando únicamente gastar lo que reciben en sus propias pasiones (versículo 3). En el pasaje de hoy —Eclesiastés 1:12-18—, el rey Salomón, el Predicador, busca la sabiduría de este mundo. Observemos el versículo 17: «Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender la locura y la insensatez...». Aquí lo vemos apoyándose en su propia investigación empírica en lugar de en la revelación divina de Dios (MacArthur). Podemos percibir esto en el versículo 16: «Dije en mi corazón: "He adquirido gran sabiduría, superando a todos los que gobernaron Jerusalén antes de mí, y mi corazón ha acumulado gran experiencia en sabiduría y conocimiento"». Dado que había obtenido «gran sabiduría» —superando a quienes habían vivido en Jerusalén antes que él— mediante la sabiduría y el conocimiento mundanos que había experimentado personalmente, el rey Salomón confió en esa sabiduría para llevar a cabo su investigación empírica. Así, observó «todas las obras que se hacen debajo del sol» (versículo 14) y «dedicó [su] corazón a buscar e investigar con sabiduría todo lo que se hace debajo del cielo» (versículo 13). ¿A qué conclusión llegó al observar y examinar todo lo que se hace debajo del sol? En otras palabras, ¿cuál fue el resultado de su investigación empírica? El pasaje de hoy presenta tres puntos:

(1) En primer lugar, respecto a la conclusión que el rey Salomón sacó al observar y examinar todas las actividades bajo el sol, Eclesiastés 1:13 afirma: «Dediqué mi mente a examinar y explorar con sabiduría todo lo que se hace debajo del cielo. ¡Qué pesada carga ha impuesto Dios a la humanidad, para que en ella se ocupen!». La primera conclusión de su investigación fue que «todos los asuntos del mundo son una carga penosa para nosotros: una tarea que Dios nos ha dado para que nos afanemos en ella». Él reitera esto en Eclesiastés 3:10: «He visto la carga que Dios ha impuesto al género humano».

(2) En segundo lugar, la conclusión a la que llegó el rey Salomón mediante su observación y examen fue esta: «Lo que está torcido no se puede enderezar; lo que falta no se puede contar» (v. 15). La afirmación de que «lo que está torcido no se puede enderezar» implica que la sabiduría o el conocimiento —al margen de Dios— no pueden resolver, en última instancia, ningún problema fundamental. Además, la frase «lo que falta no puede contarse» significa que «no hay manera de hacer perfecto lo imperfecto». En resumen, significa que la sabiduría humana no ofrece ningún camino para salvar a la humanidad caída (Park Yun-sun). Así, la segunda conclusión a la que llegó Salomón fue que no podemos salvarnos a nosotros mismos mediante la sabiduría humana. (3) En tercer lugar, la conclusión a la que llegó el rey Salomón al observar y examinar profundamente todas las obras realizadas bajo el sol fue, en una palabra, que «todo es vanidad y correr tras el viento» (versículo 14). ¿Cómo podría una persona atrapar el viento? El punto es que resulta igual de inútil. Aparte de Dios, todas las obras y labores realizadas en este mundo carecen de sentido. Observemos el versículo 17 del pasaje de hoy: «Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a conocer la locura y la insensatez; comprendí que esto también es correr tras el viento». En última instancia, tras explorar todo lo que hay bajo el sol confiando en su propia «gran sabiduría» (versículo 16), el rey Salomón se dio cuenta de que tales búsquedas constituían una tarea penosa (una que Dios ha impuesto a los hijos de los hombres para afligirlos), de que la sabiduría humana no ofrece vía alguna para salvar a una humanidad condenada, y de que todo ello era meramente «vanidad y correr tras el viento». En resumen, la confesión del rey Salomón concluye que la sabiduría «bajo el sol» —es decir, la sabiduría de este mundo— es totalmente inútil.

¿Por qué es inútil la sabiduría de este mundo? Encontré la razón en 1 Corintios 1:21: «Pues ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los que creen mediante la locura de la predicación». En pocas palabras, la sabiduría de este mundo es inútil porque no puede conducir al conocimiento de Dios. Es inútil porque, a través de tal sabiduría, uno no puede salvarse a sí mismo. Para los griegos —quienes buscaban el tipo de sabiduría inútil mencionada por el apóstol Pablo en 1 Corintios

1:22-23—, Jesucristo crucificado, tal como lo proclamaban Pablo y sus colaboradores, era «locura» (v. 23). En otras palabras, desde la perspectiva de la sabiduría mundana, el evangelio de Jesucristo predicado por Pablo y sus compañeros parecía una insensatez. Sin embargo, «para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios» (v. 24). La Biblia afirma claramente que Jesucristo es la sabiduría de Dios (v. 24). Jesucristo llega a ser nuestra sabiduría (v. 30).

Jesucristo es nuestra sabiduría. Dios nos habla a quienes creemos en Jesucristo, diciendo: «Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios...» (1 Corintios 1:27). ¿Por qué nos elige Dios a nosotros —que desde la perspectiva del mundo parecemos verdaderamente necios— para avergonzar a quienes poseen la vana sabiduría del mundo? ¿Cuál es la razón? Miremos 1 Corintios 1:29: «para que nadie se gloríe delante de Dios». En cambio, Dios nos guía a creer en Jesucristo —quien es nuestra sabiduría— para que «el que se gloríe, se gloríe en el Señor» (versículo 31). Por lo tanto, la persona verdaderamente sabia se gloríe solo en Jesucristo. Espero que, a través del pasaje de hoy, aceptemos humildemente la conclusión a la que llegó el rey Salomón —el hombre más sabio del mundo— quien examinó la sabiduría terrenal con su gran intelecto solo para encontrarla completamente inútil. Por lo tanto, ya no debemos perseguir la vana sabiduría del mundo. Debemos perseguir solo nuestra verdadera sabiduría. Debemos obtener la salvación mediante la fe en Jesucristo, quien es nuestra verdadera sabiduría. Además, habiendo recibido la salvación por medio de la fe en Jesucristo —la sabiduría de Dios— debemos crecer en el conocimiento de Él. A medida que conocemos mejor a Jesús, debemos convertirnos en santos cada vez más sabios. Y a medida que crecemos en sabiduría, debemos obedecer los mandamientos de Dios, temiéndole cada vez más profundamente. Al obedecer sus mandamientos, debemos vivir una vida que encarne la Palabra, revelando así la sabiduría de Dios —Jesucristo— a este mundo vano. Una persona verdaderamente sabia es un verdadero testigo, y un verdadero testigo da testimonio de Jesucristo. Al proclamar el Evangelio de Jesucristo, tal testigo guía a muchas personas de regreso a Él. Oro para que tú y yo podamos llegar a ser personas verdaderamente sabias.

«Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que guían a muchos a la justicia, como las estrellas por siempre jamás» (Daniel 12:3).

El placer vano

[Eclesiastés 2:1–11]

¿Qué es el hedonismo? Según una enciclopedia en línea, se define de la siguiente manera: «Una teoría ética que sostiene que el placer es el propósito de la vida y el bien supremo, y que la búsqueda del placer y la evitación del dolor constituyen el principio moral» (Internet). En última instancia, el hedonismo se basa en la creencia de que el placer es un bien intrínseco y el dolor es un mal. Es una forma de eudaimonismo —o ética basada en la felicidad— que afirma que todo lo que promueve la felicidad es bueno (Internet). El argumento es que la meta de la vida que persigue el hedonismo es la felicidad, y que esta se alcanza mediante la búsqueda del placer. Personalmente, cuando escucho la palabra «hedonismo», recuerdo la antigua escuela griega del epicureísmo. El epicureísmo surgió alrededor del año 300 a. C. como una de las filosofías representativas de la época helenística (siendo la otra el estoicismo), fundada por Epicuro. Esta escuela sostenía que la felicidad podía alcanzarse mediante un estado de placer libre de dolor (Internet). Ponían énfasis en el placer mental duradero por encima del placer fugaz, sensorial o físico. La razón por la que no priorizaban el placer físico era que tales placeres —al ser momentáneos, sensoriales y corporales— están entrelazados con el deseo, y el deseo da lugar al dolor. Dado que los deseos físicos son infinitos pero imposibles de satisfacer plenamente —lo que conduce inevitablemente al sufrimiento—, esta escuela, que buscaba una existencia libre de dolor, daba mayor importancia al placer mental que al físico. Por supuesto, los placeres mentales no están exentos de deseo (como el deseo de conocimiento); sin embargo, la idea es que los seres humanos alcanzan la felicidad minimizando tales deseos y, en consecuencia, minimizando el sufrimiento. Los epicúreos denominaron a este estado de

deseo minimizado «ataraxia»: un estado de tranquilidad mental libre de angustia. Esta escuela de pensamiento consideraba dicha tranquilidad mental como la verdadera felicidad, alcanzable mediante la razón. Además de los epicúreos, existía otra escuela que representaba el hedonismo griego antiguo: la escuela cirenaica. El hedonismo de los cirenaicos fue articulado por primera vez por Aristipo, fundador de la escuela y amigo de Sócrates. Influido por Sócrates, Aristipo enfatizaba los principios de felicidad que una persona virtuosa debía perseguir. Él sostenía que la virtud es la capacidad de obtener disfrute, y que dicho disfrute deriva de la satisfacción del placer; de hecho, el placer es el bien único y supremo. Los pensadores cirenaicos enfatizaban los placeres sensoriales y físicos inmediatos, razonando que el futuro escapa a nuestro control. Según Aristipo, la persona sabia —el filósofo— posee la habilidad de disfrutar el momento presente; así, en lugar de convertirse en esclava del placer, se vuelve su dueña. En consecuencia, el ideal hedonista se describe como un estado en el que uno persigue los deseos físicos mientras, simultáneamente, domina el placer mediante la sabiduría.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 2:1, vemos al rey Salomón —el Predicador— intentando deleitarse y disfrutar de la vida «a modo de experimento». En otras palabras, buscó el placer como una prueba (versículos 1 y 2). Observemos la primera parte del versículo 1: «Dije en mi corazón: "Ven ahora, te probaré con placer para disfrutar de las cosas buenas"». La frase «te probaré con placer» significa que el rey Salomón tenía la intención de experimentar con la alegría o el placer sensual. Dicho de otro modo, quería descubrir qué le permitiría experimentar tal placer. El pasaje detalla tres cosas específicas que probó en esta búsqueda del placer. Al reflexionar hoy sobre estas tres cosas, ruego que Dios nos conceda gracia para vivir sabiamente en este mundo pasajero.

En primer lugar, aquello con lo que el rey Salomón experimentó en su búsqueda del placer fue el vino.

Observemos Eclesiastés 2:3: «Busqué en mi corazón cómo alegrar mi cuerpo con vino — mientras mi corazón me guiaba con sabiduría— y cómo abrazar la insensatez, para ver qué era bueno que hicieran los hijos de los hombres bajo el cielo durante los pocos días de su vida». El vino fue lo primero a lo que Salomón recurrió en su intento de hallar placer. Buscaba deleitar su cuerpo con él. Sin embargo, aun mientras se entregaba al vino para complacer a su carne, mantuvo la guía de la sabiduría en su corazón. Al igual que en la filosofía de la antigua escuela cirenaica griega, Salomón disfrutaba del vino sin volverse esclavo de él; seguía siendo el dueño, controlando la bebida mediante la sabiduría. En otras palabras, intentó hallar placer en el vino manteniendo al mismo tiempo el control sobre él gracias a su sabiduría, tal como propugnaban los cirenaicos. Sin embargo, ¿cuál fue su conclusión? Que tal búsqueda era «insensatez» (versículo 3). En resumen, el rey Salomón concluyó que buscar el placer a través de la embriaguez es una insensatez.

¿En qué consiste exactamente el placer que se obtiene del alcohol? ¿Por qué bebe la gente hasta embriagarse? Encontré un artículo en línea que explica con humor por qué la gente bebe de lunes a domingo: el lunes se bebe por costumbre; el martes, con intensidad; el miércoles, cuando surge el deseo; el jueves, hasta sentir la garganta seca; el viernes, se bebe y se vuelve a beber de inmediato; el sábado, hasta vomitar; y el domingo, hasta quedar incapaz de levantarse. El artículo también señalaba la progresión del consumo: una copa es por salud; un ligero efecto estimulante produce placer; la embriaguez conduce a una conducta desinhibida; y la borrachera extrema deriva en un comportamiento desenfrenado e irracional. Una de las razones por las que la gente bebe es que el alcohol les hace sentir bien. ¿Por qué mejora el estado de ánimo? Se dice que el consumo de una pequeña cantidad de alcohol estimula inicialmente los sistemas nerviosos central y periférico, favorece la secreción de ácido gástrico y desencadena la liberación del neurotransmisor dopamina, generando así una sensación placentera. Sin embargo, el consumo excesivo, prolongado o intenso de alcohol acelera lamentablemente la destrucción de células cerebrales y deprime la función cerebral. Incluso en condiciones normales, cada día mueren de forma natural unas 100.000 células cerebrales, pero el consumo excesivo de

alcohol provoca la muerte de muchas más. El rendimiento académico, la memoria y las capacidades cognitivas se deterioran, y se dice que el grado de este deterioro es directamente proporcional a la concentración de alcohol en el organismo. Beber en exceso también puede provocar la incapacidad de recordar lo que se dijo o hizo durante la embriaguez, un fenómeno conocido comúnmente como "laguna mental" o *blackout*. Otra persona describe así las ocasiones en las que bebe: "Bebo cuando ocurre algo bueno. Bebo cuando ocurre algo malo. Bebo para celebrar. Bebo para estrechar vínculos con los demás. Bebo para hacer una confesión. Bebo para olvidar a alguien a quien extraño. Bebo cuando estoy disgustado. Bebo cuando anhelo a alguien. Bebo cuando me siento decaído o cuando llueve. Bebo cuando estoy agotado. Bebo para fomentar la unión. Bebo por curiosidad. Bebo cuando me siento solo" (Internet).

Al echar la vista atrás, parece que la razón principal por la que empecé a beber durante mi adolescencia fue la curiosidad. Siguiendo la corriente de la mayoría, yo también bebía con mis amigos; incluso llegué a beber lo suficiente como para emborracharme y vomitar. Sin embargo, durante mi primer año de universidad, recibí un llamado espiritual y me arrepentí en un retiro universitario; tras ello, perdí todo interés en el alcohol. Aun así, a menudo me encontraba en reuniones donde se servía alcohol. Al reflexionar sobre los supuestos beneficios de beber, me impactaba una cruda realidad: dos de los amigos con los que solía frecuentarme habían muerto por disparos, en incidentes relacionados con el alcohol. Aún conservo diversos recuerdos de sus funerales. Beber alcohol no aporta ningún beneficio; es algo totalmente inútil. En Efesios 5:18, el apóstol Pablo afirma: «No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu». El capítulo 9 del Génesis relata la historia de Noé —quien había sido bendecido por Dios tras el diluvio (v. 1)— dedicándose a la agricultura y plantando una viña (v. 20). Un día bebió vino, se emborrachó y quedó desnudo dentro de su tienda (v. 21). Noé era un «hombre justo, intachable entre la gente de su tiempo» y alguien que «caminaba fielmente con Dios» (6:9); sin embargo, terminó borracho y desnudo tras beber vino. Reflexionar sobre esta imagen de Noé trae a la mente las palabras de Mateo 24:37–39: «Tal como sucedió en los días de Noé, así será en la

venida del Hijo del Hombre. Porque en los días previos al diluvio, la gente comía y bebía, se casaba y daba en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del Hombre». Creo que nuestra época actual se asemeja a los días de Noé: un tiempo en el que la gente come y bebe, ajena a la inminente crisis de destrucción. Las personas parecen embriagadas por diversas formas de placer: la riqueza y la gloria, la gratificación sexual y las adicciones a todo tipo de cosas. Entre ellas, la adicción al alcohol parece especialmente grave. El rey Salomón resumió la naturaleza de la embriaguez en una sola frase: «La embriaguez es abrazar la insensatez». En segundo lugar, una de las iniciativas que el rey Salomón emprendió como experimento para experimentar el placer fue un proyecto de gran envergadura.

Observemos la primera parte de Eclesiastés 2:4 en el texto de hoy: «Emprendí grandes obras...». La segunda iniciativa que el rey Salomón llevó a cabo como experimento —en su búsqueda por descubrir «qué era bueno que los hijos de los hombres hicieran bajo el cielo durante los pocos días de su vida» (v. 3b)— fue la gestión de grandes proyectos (v. 4). Las grandes obras que emprendió aquí no eran para Dios, sino para sí mismo: construir casas, plantar viñedos (v. 4b), crear jardines y huertos repletos de diversos árboles frutales (v. 5) y cavar estanques para regar los bosques donde crecían los árboles (v. 6). Para administrar estas casas, viñedos, jardines y huertos, el rey Salomón compró esclavos y esclavas, y también tuvo siervos nacidos en su propia casa (v. 7). ¿Por qué se embarcó en proyectos de tal magnitud? ¿Cuál era la razón? Si bien ciertamente buscaba experimentar placer como parte de su experimento, el motivo subyacente era, en última instancia, la riqueza. Observemos la última parte del versículo 7 y la primera del versículo 8: «...tuve también mayores posesiones de ganado vacuno y ovino que todos los que me precedieron en Jerusalén. Acumulé también para mí plata y oro, y tesoros de reyes y provincias...». El rey Salomón buscaba tal gloria mundana para su propio beneficio. Su decadencia moral se produjo durante una época de paz (1 Crónicas 22:9) (Park Yun-sun).

Al igual que el rey Salomón, nosotros también podemos buscar una vida de lujo cuando vivimos tiempos de paz. Sin embargo, un estilo de vida lujoso conduce, a la larga, a la corrupción de nuestro carácter (Park Yun-sun). ¿Qué es el lujo? Se refiere a gastar dinero o recursos más allá de lo necesario, o a llevar un estilo de vida que supera las propias posibilidades económicas (Internet). Encontré un artículo en el sitio de noticias en línea *OhmyNews* titulado «¿Por qué la gente está tan obsesionada con las marcas de lujo?» y lo leí (Internet). En su libro *Luxury Korea: A Nation of Luxury* (Corea del lujo: una nación de lujo), Kim Rando clasifica los tipos de compra de artículos de lujo en cuatro grupos principales: «lujo ostentoso», «lujo impulsado por la envidia», «lujo impulsado por la fantasía» y «lujo conformista».

(1) El "lujo ostentoso" se refiere a las compras realizadas por personas adineradas conscientes de su estatus de clase. Temen ser ordinarias o parecerse a cualquier otra persona. Al poseer riqueza en una sociedad capitalista, se consideran especiales y albergan una clara conciencia de clase; para ellos, el lujo sirve como un medio para exhibir dicho estatus.

(2) En segundo lugar, el "lujo impulsado por la envidia" es el tipo de indulgencia que practican los "pseudorricos", quienes buscan imitar a los verdaderamente ricos. Aunque envidian a los adinerados, también luchan desesperadamente por evitar ser menospreciados; en consecuencia, se niegan a renunciar a los gastos de lujo, incluso cuando carecen de los medios económicos para permitírselos.

(3) El tercer tipo es el "lujo impulsado por la fantasía", practicado por individuos con fuertes tendencias narcisistas que temen parecer descuidados o de baja categoría y sueñan con transformarse a sí mismos. Hacen grandes esfuerzos por poseer artículos costosos y de renombre, creyendo que hacerlo elevará de alguna manera su propio estatus o identidad. Si bien tales deseos son comprensibles, dado que todos poseen cierto grado de amor propio,

este tipo de consumo de lujo es profundamente preocupante porque puede conducir a resultados peligrosos, como la adicción.

(4) Por último, existe el "lujo conformista". Este implica realizar compras para ajustarse a los estándares de amigos o compañeros con el fin de evitar la exclusión social. Un ejemplo común es la compulsión por vestir ropa de marca costosa simplemente porque los amigos lo hacen; este comportamiento es particularmente frecuente entre los adolescentes. A menudo, las personas racionalizan la compra de artículos de lujo —incluso a costa de exceder sus posibilidades económicas— diciéndose a sí mismas: "Todos los demás los compran, así que yo también debería hacerlo", librándose así de cualquier culpa; el problema es que este comportamiento puede persistir hasta bien entrada la edad adulta.

No debemos vivir por encima de nuestras posibilidades. Para evitarlo, es crucial comprender los propios límites financieros. Me gustaría compartir una anécdota satírica que se cuenta a menudo en la comunidad de inmigrantes coreano-estadounidenses: "Cuando los inmigrantes llegan a Estados Unidos, los que se establecen en Los Ángeles compran primero un coche de lujo, aunque vivan en una habitación alquilada; los que van a Nueva York adquieren primero un negocio; y los que llegan a Chicago priorizan la compra de una casa". Este dicho contrasta a los inmigrantes de Nueva York y Chicago —que se centran en lo sustancial, viven dentro de sus posibilidades y construyen una base para su futuro— con los de Los Ángeles, caracterizados por una mentalidad volcada hacia el exterior que prioriza las apariencias y el prestigio social sobre la sustancia real (aunque esta no sea necesariamente la realidad objetiva). ¿Ha oído alguna vez la expresión *subunjijok* (守分知足)? *Subun* (守分) significa mantenerse en la propia posición; *jibun* (知分) significa conocer la propia posición; y *anbun* (安分) significa hallar satisfacción en ella. Cada persona tiene su propio lugar en la vida. Debemos comprender correctamente nuestra posición, actuar en consecuencia y evitar llevar una vida que la exceda. Vivir por encima de las propias posibilidades se denomina *gwabun* (過分). Todo exceso resulta perjudicial. Se

dice que el carácter chino *gwa* (過) conlleva dos significados: primero, «exceso» o «ir demasiado lejos» y, segundo, «error» o «falta». Los excesos conducen inevitablemente a errores. El *gwa* es causa de desgracias y un factor que contribuye a la enfermedad. Comer o beber en exceso, trabajar demasiado, los excesos sexuales y la extravagancia perjudican nuestra salud y socavan nuestra felicidad. Mantenerse en la propia posición implica evitar los excesos en todos los aspectos. Debemos aprender a estar satisfechos con nuestras vidas y saber cuándo permanecer donde estamos. Hemos de protegernos del deseo de posesión. Esto es especialmente cierto para quienes dirigen grandes empresas, como el rey Salomón. En última instancia, el deseo de posesión nunca puede satisfacerse por completo. Observemos al rey Salomón: aunque «tenía más posesiones de ganado vacuno y ovuno que todos los que estuvieron en Jerusalén antes de él» (versículo 7), no se conformó con ello; pasó a «acumular para sí plata y oro, y tesoros de reyes y provincias» (versículo 8). El deseo de apropiarse de todas estas cosas es algo que... no puede brindar satisfacción. La naturaleza del deseo de posesión es tal que, cuanto más se posee, más se anhela. A fin de cuentas, este deseo de posesión resulta también inútil. Así, el rey Salomón confesó que este segundo empeño —emprender grandes proyectos comerciales— no era más que «abrazar la insensatez» (versículo 3).

En tercer lugar, en su búsqueda experimental del placer, el rey Salomón trató de satisfacer los deseos de la carne tomando «muchas esposas y concubinas».

Observemos la última parte de Eclesiastés 2:8 en el texto de hoy: «...también adquirí cantores y cantoras, y los deleites de los hijos de los hombres: muchas esposas y concubinas». Deuteronomio 17:17 aborda este asunto en relación con los reyes de Israel: «No tomará para sí muchas esposas, para que su corazón no se desvíe; ni acumulará para sí demasiada plata y oro». Sin embargo, el rey Salomón quebrantó este mandamiento. Dios había instruido claramente al pueblo de Israel que no contrajera matrimonio con extranjeros, ordenando específicamente que ninguna de las partes se mezclara con la otra (1 Reyes 11:1–3). La razón de esta prohibición era que tales extranjeros apartarían el corazón de los

israelitas de Dios para seguir a dioses ajenos (versículo 2). No obstante, Salomón, el líder de la nación, «amó a muchas mujeres extranjeras, además de la hija del faraón» (versículo 1). Tuvo setecientas esposas de linaje real y trescientas concubinas (versículo 3); estas mujeres desviaron su corazón (versículo 3) y, al envejecer él, lo llevaron a seguir a otros dioses (versículo 4). En última instancia, la búsqueda de gratificación carnal por parte de Salomón lo condujo a cometer el pecado de adulterio espiritual mediante la idolatría. En otras palabras, el acto de adulterio físico —impulsado por el deseo de satisfacer la lujuria de la carne— produce inevitablemente el fruto pecaminoso del adulterio espiritual.

En un artículo de noticias en línea de Yahoo del viernes pasado, apareció la frase «relaciones sexuales conforme a la voluntad de Dios»... Me topé con un artículo titulado «Pastor que agredió sexualmente a seguidoras» y lo leí: «Se ha solicitado una orden de arresto contra el Pastor A (46 años), del grupo religioso "T", bajo cargos de violación (en circunstancias de abuso de autoridad o vulnerabilidad), tras agredir sexualmente a seguidoras durante un periodo superior a diez años. Tras fundar el grupo religioso "T" en Dongjak-gu, Seúl, el Pastor A presuntamente agredió sexualmente a seis seguidoras de entre veinte y treinta años en docenas de ocasiones a lo largo de la última década, alegando que "esto se hace conforme a la voluntad de Dios, y tener relaciones sexuales conmigo purifica todos los pecados"». Ver comentarios que identificaban al grupo como la «Iglesia de la Unificación» me produjo cierto alivio; sin embargo, considero que tales actos delictivos de depravación sexual son una realidad de la que el cristianismo tampoco puede escapar. Al hablar de los deseos de la carne, el deseo sexual es un ejemplo primordial. El deseo sexual se considera uno de los tres impulsos humanos fundamentales, junto con la necesidad de alimento y sueño. Cuando hombres y mujeres se vuelven esclavos del deseo sexual —un anhelo físico—, pueden cometer delitos graves como la violación. La violación es un claro ejemplo de cómo el deseo sexual estalla convirtiéndose en una acción impulsiva y destructiva. «El intercambio de parejas entre la clase alta realizado sin el menor remordimiento; acuerdos de convivencia cambiantes que descartan el concepto mismo del matrimonio; sexo prematrimonial desenfrenado justificado en nombre del amor; divorcios tomados a la ligera

—poniendo fin al matrimonio simplemente porque el amor se ha desvanecido—; sexo telefónico o por video que involucra a personas de todas las edades; la transmisión instantánea de imágenes obscenas mediante teléfonos con cámara o cámaras web; la prostitución adolescente facilitada por chats de internet; un rápido aumento de las experiencias sexuales que se extiende desde estudiantes de secundaria y universidad hasta niños de primaria; y adicciones que afectan no solo a hombres sino también a mujeres...» ...¡todo ello alimentado por internet y la ciberpornografía! Al observar nuestra cultura sexual —que se vuelve cada día más sensacionalista, explícita y desviada—, parece que nadie puede controlar sus deseos sexuales; es más, la liberación desenfrenada de los impulsos sexuales —sin importar el momento, el lugar o la pareja— se percibe a menudo como un fenómeno perfectamente natural. Se trata, verdaderamente, de un grave problema social. En la sociedad actual, parece estar muy extendida la idea de que la infidelidad conyugal es algo habitual. Vivimos en una época marcada por la búsqueda de gratificación sexual. Al vivir en estos tiempos, debemos comprender —a través del relato de la búsqueda de placer del rey Salomón y sus intentos de satisfacer sus deseos carnales— cuán peligrosas e insensatas son tales empresas.

En conclusión, ¿cuál es el mensaje final que nos transmite el rey Salomón tras haberlo experimentado todo: entregarse al vino, acumular riquezas y posesiones mediante grandes proyectos y satisfacer sus deseos carnales con mil mujeres, todo ello guiado por su sabiduría? Observemos la segunda parte de Eclesiastés 2:1 y el versículo 2: «Dije en mi corazón: "Ven ahora, te probaré con el placer; pásalo bien". Pero he aquí, que esto también era vanidad. Del placer dije: "Es locura", y de la risa: "¿Qué logra?"». En resumen, tras experimentar el hedonismo para deleitarse y disfrutar del placer, la conclusión de Salomón basada en su propia experiencia fue simplemente: «Esto también era vanidad». ¿Por qué es inútil la búsqueda del placer? ¿Cómo llegó el rey Salomón a darse cuenta de esto? Fue porque él... Él planteó la pregunta: «Dije de la risa: "¿Qué logra?"». En otras palabras, preguntó: «¿Qué se consigue con el placer?». El rey Salomón ofrece la respuesta: «Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y

he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho alguno debajo del sol» (v. 11). En última instancia, aunque se entregó a todo lo que sus ojos deseaban y a todo lo que deleitaba a su corazón (v. 10), la conclusión a la que llegó mediante esa experiencia fue que todo era «vanidad y correr tras el viento» y «sin provecho debajo del sol». En resumen, el placer es inútil y carece de sentido.

¿Cómo debemos vivir, entonces, usted y yo? ¿Cómo debemos vivir al escuchar el mensaje del rey Salomón —el Predicador—, quien concluyó que este mundo es vanidad de vanidades y que los placeres que persiguió resultaron, en la práctica, inútiles y carentes de sentido? Encontré la respuesta en la Pregunta 1 del Catecismo Menor de Westminster. Hemos de vivir para la gloria de Dios y hallar nuestro deleite en Él. Aquí, «gozar de Dios» significa hacer de Él nuestro gozo supremo (Salmo 43:4). Una vida que hace de Dios su gozo supremo es una vida que teme a Dios y guarda con alegría sus mandamientos (Eclesiastés 12:13). Por tanto, cuando permanecemos en el amor del Señor guardando sus mandamientos, nuestro gozo será completo (Juan 15:9–11). Este es el gozo mismo de la obediencia. Debemos buscar este gozo que se encuentra al obedecer los mandamientos del Señor. El apóstol Pablo, quien experimentó este gozo, obedeció el mandato del Señor y proclamó con valentía el evangelio de Jesucristo; y en su carta a los santos de Filipos, se refirió a ellos como... Dijo: «Hermanos míos, a quienes amo y anhelo, mi gozo y mi corona, mis amados» (Filipenses 4:1). Oro para que nosotros también hagamos de Jesús nuestro mayor gozo y, en obediencia a su mandato, nos dediquemos a la obra de proclamar el Evangelio de Jesucristo y hacer discípulos. Que esto conduzca a un número cada vez mayor de amados discípulos de Jesús —quienes son nuestro gozo y corona—, para que el gozo del Señor sea completo en nosotros.

2. Señor, Tú eres mi gozo, mi esperanza y mi vida; Aunque te invoco y canto tus alabanzas día y noche, Mi corazón todavía anhela más.

5. Jesús, a quien verdaderamente anhelo: ¡qué grato es el sonido de tu voz!

Mi vida y mi verdadera esperanza se encuentran solo en el Señor Jesús. (Himno n.º 82).

Aquel que agrada a Dios

[Eclesiastés 2:12–26]

Cuando escucha la frase «aquel que agrada a Dios», ¿qué versículo bíblico le viene a la mente? ¿Qué debemos hacer para agradar a Dios? Recordé Hebreos 11:6: «Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a quienes lo buscan con diligencia». Al reflexionar sobre las palabras «sin fe es imposible agradar a Dios», comprendemos que, para agradarle, debemos vivir por fe. En otras palabras, solo podemos agradar a Dios cuando vivimos por fe. Entonces, ¿qué significa vivir por fe desde la perspectiva del libro de Eclesiastés, sobre el cual hemos estado meditando? Visto bajo esta óptica, vivir por fe significa reconocer la vanidad de este mundo (1:1–11), la vanidad de la sabiduría terrenal (1:12–18) y la vanidad de los placeres mundanos (2:1–11). Significa dejar de perseguir estas cosas vanas y, en su lugar, hacer que la era venidera, la sabiduría celestial y Dios mismo —más que los placeres pasajeros— sean nuestro gozo supremo (Salmo 43:4), mientras vivimos para la gloria de Dios y nos deleitamos en Él. Dios se complace en aquellos que viven por fe de esta manera. ¿Y nosotros? ¿Estamos viviendo por fe? ¿Estamos viviendo actualmente una vida que agrada a Dios? En el pasaje de hoy, Eclesiastés 2:26, el rey Salomón —el Predicador— afirma que Dios otorga sabiduría, conocimiento y gozo a quienes le agradan. Consideremos dos aspectos de cómo tales personas —aquellas que agradan a Dios y disfrutan de los dones que Él otorga— conducen sus vidas, centrándonos en Eclesiastés 2:12–26, y busquemos recibir la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, aquellos que agradan a Dios ven su propia sabiduría bajo la perspectiva de la muerte.

Observe la primera parte de Eclesiastés 2:12: «Después volví la mirada para considerar la sabiduría, la locura y la insensatez...». El rey Salomón se había propuesto previamente comprender la sabiduría, así como la locura y la insensatez (1:17). Aunque se dedicó a buscar la sabiduría, llegó a la conclusión de que no era más que perseguir el viento. Sin embargo, en el pasaje de hoy, vuelve a centrar sus pensamientos en el tema de la sabiduría (2:12–17). Había afirmado claramente: «Porque a mayor sabiduría, mayor pesar; y quien aumenta el conocimiento, aumenta el dolor» (1:18); verle retomar el tema de la sabiduría nos da la impresión de que vuelve a recorrer el camino de la angustia y la preocupación. En medio de esta angustia y preocupación, la pregunta que planteó el rey Salomón fue: «¿Qué más puede hacer el sucesor que venga después de mí, aparte de lo que yo ya he logrado?» (versículo 12b). Reflexiona profundamente sobre si sus hijos y descendientes —quienes le sucederían como reyes de Israel— podrían llegar a conseguir algo mayor que lo que él ya había construido siguiendo su sabiduría. Antes de partir de este mundo, debemos preparar nuestros corazones y orar. Una de nuestras esperanzas es transmitir un legado de fe a nuestros hijos y descendientes. Además, al igual que el rey Salomón en el pasaje de hoy, debemos dejar la sabiduría de la vida —adquirida a lo largo de nuestros setenta u ochenta años en la tierra— a quienes vienen detrás de nosotros. En otras palabras, ante el final de nuestras vidas, deberíamos dejar nuestra sabiduría para guiar a nuestros hijos y descendientes en sus propios caminos. Sin embargo, surge una pregunta: aunque les dejemos esta sabiduría, ¿podemos estar seguros de que la valorarán y la seguirán? Supongamos, por ejemplo, que —al igual que el rey Salomón— hubiéramos experimentado de todo: entregarnos al alcohol, acumular grandes riquezas mediante los negocios y satisfacer los deseos carnales con muchas mujeres, solo para darnos cuenta antes de morir de que todo ello era inútil y carecía de sentido. Supongamos entonces que dijéramos a nuestros hijos y descendientes: «No viváis como yo lo hice». ¿Cómo podemos saber si realmente atenderán nuestro consejo y aprenderán de nuestra sabiduría, decidiendo:

«Nunca debo hacer las cosas que mi padre hizo en su búsqueda de placer; al contrario, no viviré como él, sino que haré de Dios mi mayor alegría y experimentaré el deleite de la obediencia»? ¿Valorarán realmente nuestros hijos y descendientes nuestra sabiduría, aceptarán con humildad las lecciones que aprendimos a lo largo de la vida y las obedecerán? Me asalta un pensamiento inquietante: por más que nos esforcemos en enseñar a nuestros hijos y descendientes las lecciones que aprendimos a lo largo de nuestra propia vida, es muy probable que ellos —al igual que nosotros— hagan caso omiso de los consejos de sus padres. Puede que solo reconozcan su error tras haberse entregado a los placeres mundanos, lamentándose finalmente: «¡Ay, debí haber escuchado y obedecido a mi padre en aquel entonces!». Esta reflexión surge de Eclesiastés 1:9: «Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará; no hay nada nuevo bajo el sol». Al meditar en este versículo, comprendo que nuestros hijos inevitablemente repetirán las mismas acciones que nosotros realizamos en el pasado. Aunque les transmitamos la sabiduría que adquirimos —a menudo a través de la experimentación o de errores cometidos cuando nosotros mismos desoímos a nuestros padres—, parece muy probable que nuestros hijos no escuchen y cometan los mismos errores que nosotros. Por eso dice el rey Salomón: «...¿Qué más puede hacer el sucesor del rey que lo que ya se ha hecho?» (2:12).

El rey Salomón también afirma: «Vi que la sabiduría es mejor que la necedad, así como la luz es mejor que las tinieblas» (v. 13). ¿En qué sentido es superior la sabiduría a la necedad? Observemos la primera parte del versículo 14: «El sabio tiene ojos en su cabeza, mientras que el necio camina en tinieblas...». ¿Cómo supera el sabio al necio? El sabio posee una visión clara; contempla cómo vivir sus días restantes con sabiduría, teniendo presente la realidad de la muerte. En cambio, el necio camina en tinieblas y no se prepara para la muerte (Wiersbe). Sin embargo, al contemplar tanto al sabio como al necio bajo la perspectiva de la muerte, el rey Salomón se dio cuenta de que, en última instancia, a ambos les espera el mismo destino (v. 14b). ¿Qué significa esto? Veamos el texto de hoy, Eclesiastés 2:16: «Porque del sabio, al igual que del necio, no se guardará memoria por mucho tiempo; en los días venideros, ambos serán olvidados. ¡Al igual que el necio, también el sabio debe morir!».

En otras palabras, el rey Salomón comprendió que el fin último tanto del sabio como del necio es la muerte. También entendió que, tras la muerte, ambos terminan siendo olvidados. Así, dijo en su corazón: «El mismo destino que le espera al necio me espera a mí. ¿Qué he ganado entonces con ser sabio?» (v. 15a), y confesó: «También esto es vanidad» (v. 15b). Este pasaje implica que, mientras no se pueda resolver el problema de la muerte, todo resulta en vano (Park Yun-sun). En consecuencia, afirmó: «Aborrecí la vida» (v. 17).

¿Por qué lamentaba el rey Salomón su vida? ¿Por qué la aborrecía? La razón es que se dio cuenta de que la obra realizada bajo el sol le resultaba penosa: todo era vanidad, un correr tras el viento (v. 17). Ciertamente, esta no es la actitud correcta ante la vida para una persona sabia que busca agradar a Dios. Quienes agradan a Dios nunca lamentan ni aborrecen la vida que Él les ha dado; al contrario, aman la vida (1 Pedro 3:10) (Wiersbe). En otras palabras, quienes agradan a Dios aman sus propias vidas. Al hacerlo, contemplan su sabiduría bajo la perspectiva de la muerte y no persiguen una sabiduría inútil. En cambio, utilizando la sabiduría que Dios ha provisto —y teniendo presente la realidad de la muerte—, viven el resto de sus días sabiamente para la gloria de Dios, guiados por la sabiduría que viene de lo alto. Quienes agradan a Dios nunca caminan en tinieblas con los ojos cegados, como hacen los necios. Por el contrario, con los ojos iluminados, caminan en la luz y viven como verdaderos discípulos de Jesús, quien es la Luz. Nosotros —tú y yo— debemos vivir precisamente de esta manera como discípulos de Jesús.

En segundo lugar, la persona que se deleita en Dios contempla su trabajo desde la perspectiva de la muerte.

Tras lamentarse por su vida mientras reflexionaba sobre su sabiduría a la luz de la muerte (v. 17), el rey Salomón lamentó todo el esfuerzo que había realizado bajo el sol (v. 18). Observe la primera parte del versículo 18: «Aborrecí todo mi trabajo con que me había afanado bajo el sol...». ¿Por qué lamentó el rey Salomón todo su trabajo bajo el sol? El pastor Warren Wiersbe sugiere tres razones:

La primera razón es que no podía conservar la riqueza que había obtenido mediante su arduo trabajo.

Observe la segunda parte de Eclesiastés 2:18: «...pues había de dejarlo al hombre que vendría después de mí». Cuando el rey Salomón consideró —desde la perspectiva de la muerte— las posesiones materiales y la riqueza que había ganado con su trabajo, lamentó su labor. Comprendió que la vida implica llegar y partir con las manos vacías; no podía llevarse esa riqueza consigo, sino que debía dejársela a su sucesor al morir. La semana pasada escuché noticias desde Corea sobre el suicidio del expresidente de una gran corporación. Al conocer la noticia de su muerte, parecía que este presidente —quien alguna vez había disfrutado de gran riqueza— había dejado a sus hijos solo deudas en lugar de bienes. Habiendo escuchado también informes sobre la tensa relación que mantenía con su hermano menor —quien también había sido presidente de ese mismo conglomerado—, me pregunté: ¿qué fue exactamente lo que el difunto dejó a sus hijos al final de su vida? ¿Qué dejaremos usted y yo a nuestros hijos y descendientes? Cuando vemos la vida a través del prisma de la muerte, ¿qué creemos que podemos llevarnos al partir de este mundo?

La segunda razón es que no se puede asegurar la riqueza obtenida mediante todo el arduo trabajo realizado.

Observe el pasaje de hoy, Eclesiastés 2:19: «¿Y quién sabe si será sabio o necio? Sin embargo, él tendrá el control de todo el fruto de mi trabajo, por el cual me he afanado y he demostrado sabiduría bajo el sol. Esto también es vanidad». Cuando el rey Salomón reflexionaba sobre sus afanes «bajo el sol» desde la perspectiva de la muerte, lamentaba darse cuenta de que no podía retener la riqueza que había obtenido como su parte; más bien, tendría que dejárselo todo a sus hijos al morir. Imagínese esto: si usted se estuviera preparando para transmitir la riqueza material y los logros de toda una vida —setenta u ochenta años de arduo trabajo— a sus hijos, solo para darse cuenta de que eran insensatos y que

despilfarrarían todo lo que usted había construido, ¡qué sensación de futilidad y pesar sentiría respecto a sus propios esfuerzos! Este es precisamente el lamento que expresó el rey Salomón. Tuvo que dejar toda la riqueza y las ganancias materiales que no pudo proteger a su hijo, Roboam. Como sabemos, tras la muerte de Salomón, durante el reinado de su sucesor Roboam, la nación de Israel se dividió en dos; Jeroboam gobernó el Norte y Roboam el Sur, y ambos desperdiciaron sus oportunidades (MacArthur).

¿Puede imaginarlo? Considere la perspectiva del rey Salomón: ¿cómo debió sentirse al saber que, debido a sus propios pecados, el reino de Israel —que había pasado toda su vida construyendo— se dividiría en dos durante el reinado de su hijo Roboam? ¿Cómo se sintió al reflexionar sobre todos sus afanes «bajo el sol», sabiendo de este acontecimiento inminente e irreversible? Cuando dejamos este mundo tras haber transmitido a nuestros hijos aquello por lo que nos hemos esforzado toda la vida, ya no podemos proteger ese legado para ellos. No sabemos si nuestros hijos serán sabios o insensatos, o si —una vez que tomen el control de todo lo que dejamos atrás (versículo 19)— lo despilfarrarán todo o utilizarán sabiamente los recursos que les dejamos para la gloria de Dios. Por eso el rey Salomón afirma en el versículo 20: «Por tanto, volví a desesperanzar mi corazón en cuanto a todo el trabajo en que me había afanado bajo el sol». En última instancia, al contemplar todo su arduo trabajo desde la perspectiva de la muerte, se sintió lleno de desesperación.

La tercera y última razón es que no podemos disfrutar plenamente de la riqueza obtenida mediante nuestros esfuerzos.

Es probable que el rey Salomón disfrutara de la riqueza que había ganado a lo largo de su vida. Sin embargo, en los versículos 21 al 23, expresa una visión profundamente pesimista. Por ejemplo, señala que, aun cuando alguien haya trabajado con sabiduría, conocimiento y destreza, debe dejar los frutos de esa labor como legado a alguien que no trabajó para obtenerlos; describe esto tanto como vanidad como un gran mal (versículo 21). También se pregunta: «¿Qué obtiene el hombre de todo el afán y el esfuerzo con que trabaja bajo el sol?»

(v. 22) y llega a esta conclusión: «Todos sus días su trabajo es dolor y pesar; ni siquiera de noche descansa su mente. Esto también carece de sentido» (v. 23). ¿Qué significa esto? Significa que el único resultado de una vida dedicada al afán y al esfuerzo angustioso es el pesar. El rey Salomón declara: «Esto también carece de sentido», porque el desenlace de una vida de arduo trabajo —llena de preocupaciones constantes y noches de insomnio— no es más que pesar (vv. 21, 23).

Así pues, cuando el rey Salomón reflexiona sobre su sabiduría y su labor bajo la perspectiva de la muerte, concluye que carecen de sentido. ¿Qué valiosa lección aprendió de esto? Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 2:24: «No hay nada mejor para el hombre que comer y beber, y encontrar satisfacción en su propio trabajo. También he visto que esto proviene de la mano de Dios». La lección que Salomón aprendió, al reconocer la futilidad de su sabiduría y su trabajo, es que la capacidad de hallar satisfacción y gozo en la labor terrenal no proviene de uno mismo, sino de Dios. La facultad de comer, beber y disfrutar de los frutos de nuestro trabajo mientras vivimos en esta tierra es un don que Dios nos otorga. Si somos capaces de disfrutar aquí de los placeres de la vida material, es un regalo de la gracia divina; no es un placer derivado meramente de nuestra propia sabiduría, conocimiento o talento. Por eso el rey Salomón pregunta: «¿Pues quién puede comer o disfrutar aparte de Él?» (v. 25). En conclusión, Dios concede sabiduría, conocimiento y gozo a quienes le agradan, permitiéndoles así disfrutar de las bendiciones materiales que Él otorga (v. 26). El alcance de esta provisión es tal que Dios, en última instancia, transfiere la riqueza —que los pecadores se han esforzado por reunir y acumular— a quienes le agradan (v. 26). A los pecadores que viven en incredulidad y desobediencia —sin agradar a Dios— les niega el disfrute incluso de la riqueza obtenida mediante su trabajo terrenal; en cambio, permite que aquellos que creen en Él, obedecen su palabra y le agradan disfruten de la misma riqueza acumulada por tales pecadores. Mi oración es que tú y yo lleguemos a ser personas que agraden a Dios y que, por tanto, disfrutemos de la sabiduría, el conocimiento y el gozo que Él otorga a quienes hallan gracia ante sus ojos.

El Dios que hace hermosas las cosas a su tiempo

(1)

[Eclesiastés 3:1-14]

¿En qué tiempo cree usted que vivimos actualmente? El sábado pasado por la noche, un diácono de otra iglesia asistió al culto del Distrito 1 de nuestra congregación. Durante la cena posterior al servicio, me habló de la película recién estrenada «2012». Comentó que el filme dura más de dos horas y que contiene mucha acción de principio a fin. Por ello, investigué un poco en Internet sobre esta película, «2012». La cinta es un compendio de desastres; su trama plantea que la Tierra será destruida el 21 de diciembre de 2012. Entre las historias sobre el fin de la humanidad que han circulado incesantemente desde la antigua civilización maya, la predicción de que la Tierra perecerá el 21 de diciembre de 2012 parece derivarse, en parte, del hecho de que el calendario creado por los mayas llega precisamente hasta esa fecha. Además, científicos de renombre afirman, tras años de investigación, que el año real de la destrucción es 2012. Se dice que el Sol se comporta de manera más violenta que nunca —fenómeno observado especialmente desde la década de 1940 y, sobre todo, desde 2003—, 11.000 años después de que los glaciares comenzaran a derretirse debido al rápido calentamiento global ocurrido al finalizar la Edad de Hielo. Basándose en las observaciones realizadas hasta la fecha, los físicos que estudian el Sol predicen que la actividad solar alcanzará nuevamente su punto máximo hacia el año 2012. Se afirma que, cuando se produce una tormenta en el Sol, también se desencadena una tormenta en la Tierra. En consecuencia, la película presenta un escenario en el que diversos desastres naturales —como terremotos, erupciones volcánicas y tsunamis gigantescos— azotan el planeta, conduciendo a un momento final que nadie puede detener. Tras

enterarme de la existencia de esta película el sábado pasado, al día siguiente —domingo— me encontré hablando de ella durante el almuerzo con un diácono de mi iglesia que tiene más de noventa años. Saqué el tema a colación porque él había compartido conmigo anteriormente un artículo de un periódico japonés que pronosticaba que el mundo se acabaría en el año 2050. En aquel entonces, comenté en tono de broma: «Bueno, tú ya no estarás aquí en 2050, así que no tienes por qué preocuparte». Sin embargo, dado que la nueva predicción indicaba que el fin del mundo ocurriría en 2012 en lugar de en 2050, inicié una conversación distendida con él al respecto. ¿Qué opinas sobre esas películas y artículos periodísticos —esas conversaciones mundanas sobre el «fin de los tiempos»? Personalmente, tengo la impresión de que incluso las personas del mundo se dan cuenta, en cierto nivel, de que el fin llegará algún día. Al reflexionar sobre esto, recordé las palabras de Lucas 12:56-57: «¡Hipócritas! Saben interpretar el aspecto de la tierra y del cielo. ¿Cómo es que no saben interpretar el tiempo presente? ¿Y por qué no juzgan por ustedes mismos lo que es correcto?». La gente sabe interpretar las señales meteorológicas, pero no logra discernir los tiempos que todos estamos viviendo. Por supuesto, siguen apareciendo películas de catástrofes como *2012* y libros sobre el apocalipsis, pero parece que muchas personas viven sus vidas sin ser conscientes de que esta era actual es, verdaderamente, el tiempo del fin.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 3:11, el rey Salomón —el Predicador— afirma que Dios ha hecho todo hermoso a su debido tiempo. Por ello, centrándome en este pasaje —específicamente en Eclesiastés 3:1-14— y en el título «Dios, que hace todo hermoso a su tiempo (1)», deseo recibir humildemente la gracia que Dios ofrece mientras reflexiono sobre un solo aspecto de cómo Él hace que todo sea hermoso en su momento oportuno.

En primer lugar, Dios hace que todo sea hermoso a su tiempo porque lleva a cumplimiento todo propósito.

Observemos Eclesiastés 3:1 en el texto de hoy: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora». Aquí, el rey Salomón afirma que existe un tiempo señalado para cada cosa y un momento específico para que se cumpla todo propósito. Él explica que, debido a que Dios obra en nuestras vidas individuales, finalmente lleva a cabo Sus propósitos y Su voluntad (Wiersbe). En este contexto, el rey Salomón enumera diversos momentos en los versículos del 2 al 8. He clasificado estos momentos en cinco grupos:

(1) En primer lugar, hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir.

Observemos Eclesiastés 3:2: «Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado». El rey Salomón había señalado anteriormente que «el sabio, al igual que el necio, no perdura en la memoria» y que «el sabio muere lo mismo que el necio» (2:16). Ahora, en Eclesiastés 3:2, afirma que, si bien existe un tiempo para el nacimiento, también existe, inevitablemente, un tiempo para la muerte. En cuanto al nacimiento y la muerte —o, para usar la metáfora de un árbol—, hay un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo que se ha plantado. El punto crucial aquí es la soberanía de Dios. Es decir, las personas nacen y mueren dentro del ámbito de la soberanía divina. No solo la vida humana, sino también la vida de un árbol, descansan bajo el control soberano de Dios. Lo que más importa es que solo la voluntad del Señor se cumpla a través de nuestras vidas y muertes. En otras palabras, solo la gloria del Señor debe revelarse mediante nuestra existencia y nuestro tránsito. Solo entonces nuestras vidas y muertes se vuelven verdaderamente hermosas. Dios es quien hace hermosas todas las cosas al llevar a cabo Su voluntad soberana a través de nuestras vidas y muertes. Mientras meditaba en el pasaje de hoy — Eclesiastés 3:2—, me encontré elevando esta oración: «Dios, por favor, haz que mi muerte sea aún más hermosa que mi nacimiento». Sigo orando para que Dios me conceda una muerte hermosa. Para usar la metáfora del árbol, oro para estar bien plantado, crecer con vigor y dar fruto abundante para la gloria de Dios antes de ser finalmente arrancado. Sin embargo, oro para que no sea mi propia voluntad, sino la voluntad soberana de Dios, la que se cumpla a través de mi vida y mi muerte. La razón es que mi vida y mi muerte solo pueden

llegar a ser verdaderamente hermosas cuando se cumple la voluntad soberana de Dios —y no la mía—.

(2) En segundo lugar, existen tiempos de disciplina y tiempos de restauración.

Observemos el pasaje de Eclesiastés 3:3, 5-6 y la primera mitad del versículo 7: «Tiempo de matar y tiempo de curar, tiempo de derribar y tiempo de edificar... tiempo de esparcir piedras y tiempo de juntar piedras, tiempo de abrazar y tiempo de abstenerse de abrazar, tiempo de buscar y tiempo de dar por perdido, tiempo de guardar y tiempo de desechar, tiempo de romper y tiempo de remendar...». En resumen, este pasaje nos dice que hay momentos en los que Dios nos disciplina y momentos en los que nos restaura (Park Yun-sun). Acciones tales como matar, derribar edificios, esparcir piedras, abstenerse de abrazar y romper ilustran la disciplina de Dios. Por el contrario, acciones como curar, edificar, juntar piedras, abrazar, buscar, guardar y remendar apuntan a la restauración. ¿Por qué habla el rey Salomón de tiempos de disciplina y tiempos de restauración? La razón es que, desde el nacimiento hasta la muerte —aunque creamos en Jesús por la gracia de Dios—, seguimos siendo débiles y propensos a vivir según viejos hábitos; inevitablemente pecamos contra Dios y, por tanto, enfrentamos Su disciplina. Sin embargo, la maravillosa gracia de Dios radica en que Él es un Dios que no solo nos disciplina cuando pecamos, sino que también nos restaura. Lo que debemos tener presente aquí es que en esta disciplina y restauración divinas intervienen dos elementos cruciales: el amor de Dios y nuestra confesión de pecado y arrepentimiento.

¿Por qué Dios nos disciplina y luego nos restaura? La razón es que nos ama. Si Dios no nos amara, no habría necesidad de que nos disciplinara. Porque nos ama, nos hiere cuando desobedecemos y pecamos; y porque nos ama, vendar nuestras heridas. Además, entre la disciplina amorosa de Dios y nuestra restauración, debe haber confesión de pecado y arrepentimiento de nuestra parte. Esto se debe a que la restauración no puede ocurrir sin la confesión del pecado y el arrepentimiento. En última instancia, a través del proceso de

disciplina y restauración —que abarca su amor y nuestra confesión y arrepentimiento—, Dios cumple su propósito soberano y nos transforma en algo hermoso.

(3) En tercer lugar, hay un tiempo para llorar y un tiempo para reír.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 3:4: «Tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endear, y tiempo de bailar». Este mundo está lleno de preocupaciones, adversidades, pecado y muerte. Como dijo Moisés, el salmista, nuestros días pueden llegar a setenta años, o a ochenta si tenemos fuerzas, pero lo mejor de ellos no es más que aflicción y dolor (Salmo 90:10). Por lo tanto, se crea o no en Jesús, vivir en este mundo lleno de dolor conlleva inevitablemente momentos de llanto. Sin embargo, el dolor de un creyente difiere del de un no creyente; o mejor dicho, *debería* diferir. Los creyentes y los no creyentes no deberían derramar el mismo tipo de lágrimas en este mundo de dolor. Las lágrimas que nosotros, los que creemos en Jesús, debemos derramar son lágrimas de arrepentimiento. Cuando pecamos contra Dios y enfrentamos disciplina, debemos llorar y lamentarnos en medio de nuestro sufrimiento y dolor. Tales lágrimas y tal dolor son verdaderamente preciosos. Por eso el rey Salomón afirma que el dolor es mejor que la risa (Eclesiastés 7:3). Debería haber un semblante de tristeza en nuestros rostros, pues tal tristeza puede mejorar nuestros corazones. ¿Cómo mejora nuestros corazones? Porque la tristeza según Dios nos conduce al arrepentimiento, trayéndonos finalmente risa y alegría. En otras palabras, la tristeza en nuestros rostros es valiosa porque la tristeza según Dios nos permite recibir el perdón de los pecados y disfrutar de la gracia de restauración que Dios otorga. Por tanto, debemos dar gracias a Dios tanto en los momentos de tristeza como en los de alegría. Damos gracias porque, a través del dolor que Dios permite dentro de Su voluntad soberana, podemos confesar nuestros pecados y arrepentirnos. Cuando confesamos nuestros pecados y nos arrepentimos de ellos, obtenemos el verdadero gozo que Dios provee. En última instancia, Dios nos embellece al cumplir Sus propósitos, ya sea que estemos llorando o riendo.

(4) En cuarto lugar, hay tiempo de callar y tiempo de hablar.

Observemos la última parte de Eclesiastés 3:7 en el texto de hoy: «...tiempo de callar, y tiempo de hablar». El rey Salomón ya había hablado de esto en Eclesiastés 5:2: «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras». Él nos dice que no hablemos precipitada o apresuradamente cuando oramos a Dios. Por supuesto, esto no significa que debemos ofrecer oraciones breves en lugar de largas cuando estamos ante Dios. Ciertamente, creo que derramar el corazón y pedir a Dios con sinceridad le agrada más que ofrecer oraciones largas y divagantes, llenas de palabras repetitivas y vacías. Lo que realmente importa no es la duración de la oración —si es larga o corta—, sino la **manera** en que oramos.

Cuando oramos, primero debemos estar en quietud ante Dios. Esta quietud conlleva dos significados: depositar nuestra confianza absoluta en Dios y escuchar Su voz. Debemos comenzar nuestras oraciones con una quietud nacida de la confianza total en Él. Dentro de esa confianza, debemos esforzarnos por escuchar Su voz. Para ello, debemos centrarnos menos en hablar **a** Dios y más en escuchar Su voz **a través** de Su Palabra. En particular, debemos permanecer en silencio ante Dios y permitir que Su Palabra hable a nuestros corazones. A través de esa Palabra, debemos llegar a reconocer nuestros pecados. Solo entonces debemos abrir la boca para confesar esos pecados a Dios. En última instancia, Dios nos hace hermosos llevándonos tanto a guardar silencio como a hablar. En otras palabras, Él nos embellece capacitándonos para confiar plenamente en Él e impulsándonos a abrir la boca y confesar nuestros pecados.

(5) En quinto y último lugar, hay tiempo de amar y tiempo de aborrecer. Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 3:8: «Tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz». Los creyentes en Jesús resplandecen con belleza cuando obedecen la Palabra de Dios y aman a su prójimo. También somos hermosos cuando obedecemos la Palabra de Dios y aborrecemos el mal. Sin embargo, al observar nuestra iglesia en estos

tiempos, parece que hacemos lo contrario: aborrecemos al prójimo a quien deberíamos amar y amamos el pecado que deberíamos aborrecer. Por eso, a menudo la iglesia parece fea en lugar de hermosa. Debemos distinguir claramente entre aquellos a quienes debemos amar y aquello que debemos aborrecer. Dios nos manda amar al prójimo y aborrecer el mal. Él desea embellecernos capacitándonos para amarnos unos a otros con el amor del Señor y, asimismo, guiándonos a aborrecer el mal. Por tanto, al obedecer la Palabra de Dios, debemos librar una batalla espiritual contra las tentaciones de Satanás, que buscan confundir los objetos de nuestro amor y de nuestro odio. Debemos librar esta batalla espiritual con la certeza de la victoria, pues Jesús ya ha triunfado en la cruz. Su victoria es nuestra victoria. Dios nos hace hermosos al concedernos la victoria en esta batalla espiritual y al otorgarnos paz. Así, Dios hace hermosas todas las cosas, ya sea en el amor y la paz o en el odio y la guerra. En última instancia, Él nos hace hermosos al cumplir su voluntad soberana en medio del amor y el odio, la guerra y la paz.

Nuestro Dios es quien hace hermosas todas las cosas a su debido tiempo. Ya sea que estemos naciendo o muriendo, llorando o riendo, recibiendo disciplina o experimentando restauración, guardando silencio o hablando, amando u odiando; en cada circunstancia, Dios nos hace hermosos al llevar a cabo su voluntad soberana. Su voluntad soberana obra a través de todos estos tiempos, transformándonos para ser más semejantes a Jesús. Al hacerlo, aunque tal vez no parezcamos poseer el tipo de belleza que el mundo admira (Isaías 53:2), llegaremos a ser hermosos hijos de Dios a sus ojos. Por ello, ofrecemos a Dios el himno «Hágase tu voluntad» (Himno 431):

(Estrofa 1) Señor mío, que se haga tu voluntad; te entrego todo mi cuerpo y mi alma. Guíame a través de las alegrías y las penas de este mundo; hazte cargo de mí y que se haga Tu voluntad.

(Estrofa 2) Señor mío, que se haga Tu voluntad; no permitas que desfallezca ni siquiera en la profunda angustia. Tú también lloraste en ocasiones; hazte cargo de mí y que se haga Tu voluntad.

(Estrofa 3) Señor mío, que se haga Tu voluntad; a Ti encomiendo todos mis asuntos.
Caminaré en paz hacia el hogar celestial; ya sea que viva o muera, que se haga Tu voluntad.
Amén.

Dios, quien hace todo hermoso a su tiempo (2)

[Eclesiastés 3:1–14]

El próximo viernes se celebrará un servicio conmemorativo para el hijo del diácono Choi, miembro de nuestra iglesia. Mientras me preparo para el servicio del hijo del diácono — quien falleció repentinamente a la temprana edad de 55 años—, recuerdo el mensaje en el que medité el miércoles pasado: "Dios, quien hace todo hermoso a su tiempo (1)". Nuestras vidas abarcan tanto un tiempo para nacer como un tiempo para morir; llegará el momento en que todos debamos enfrentar la muerte. Al reflexionar sobre el difunto hijo del diácono Choi, oro y mantengo la esperanza de que, incluso en la muerte, Dios hace todo hermoso al cumplir Su propósito y Su voluntad soberana.

Durante la reunión de oración del miércoles pasado, centrándonos en el pasaje de Eclesiastés 3:1–14, recibimos la primera parte del mensaje titulado "Dios, quien hace todo hermoso a su tiempo". El mensaje central es que Dios hace todo hermoso a su tiempo al cumplir cada propósito (versículo 1). Con respecto a este "tiempo", el rey Salomón enumera diversas situaciones en los versículos 2 al 8 del pasaje de hoy. Las clasifiqué en cinco grupos para la meditación, observando que Dios hace todo hermoso en cada uno de estos momentos al llevar a cabo Su voluntad soberana: (1) tiempo de nacer y tiempo de morir (versículo 2); (2) tiempo de disciplinar y tiempo de restaurar (versículos 3, 5–6 y la primera mitad del versículo 7); (3) tiempo de llorar y tiempo de reír (versículo 4); (4) tiempo de callar y tiempo de hablar (la segunda mitad del versículo 7); y (5) tiempo de amar y tiempo de aborrecer. Dios es quien hace todo hermoso al cumplir Sus propósitos a lo largo de cada etapa. Hay un tiempo señalado para todo —nacimiento y muerte, derribar y edificar, llorar y

reír, silencio y palabra, amor y odio— y, dentro de estos tiempos, Dios realiza Su voluntad soberana, haciendo así que todo sea hermoso. Por eso cantamos el himno 431, "Hágase tu voluntad, Señor" (o "Señor mío, conforme a tu voluntad"), como una ofrenda de alabanza a Él.

Hoy, continuando con el pasaje de Eclesiastés 3:1–14, deseo reflexionar sobre el tema "Dios, quien hace todo hermoso a su tiempo (Parte 2)". Específicamente, quiero meditar sobre *cómo* Dios hace que todo sea hermoso en su momento oportuno y recibir la gracia que Él provee.

En segundo lugar, Dios hace que todo sea hermoso a su tiempo al poner en nosotros un anhelo de eternidad.

Observemos la primera parte de Eclesiastés 3:11: "Dios ha hecho todo hermoso a su tiempo; también ha puesto la eternidad en el corazón humano...". Mientras vivimos en este mundo —un mundo a menudo descrito como "vanidad de vanidades"—, hay una pregunta que nosotros, al igual que el rey Salomón, debemos hacernos: "¿Cuál es la verdadera ganancia de todo el afán y el trabajo que realizo en esta tierra?". El rey Salomón ya había planteado esta pregunta dos veces antes de este pasaje: "¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con el que se afana bajo el sol?" (1:3) y "¿Qué obtiene el hombre de todo su trabajo y del esfuerzo de su corazón con el que se afana bajo el sol?" (2:22). Sin embargo, aquí nuevamente en Eclesiastés 3:9, hace la misma pregunta: "¿Qué provecho saca el trabajador de aquello en lo que se afana?". Tras formular repetidamente la misma pregunta, el rey Salomón afirma: "He visto la carga que Dios ha impuesto a la raza humana" (3:10). Él reconoce que el afán y el trabajo que experimentamos en esta tierra son cosas que Dios nos ha asignado. ¿Por qué hace Dios que trabajemos y nos afanemos en esta tierra? Salomón confesó claramente: "Todos sus días su trabajo es dolor y pesar; ni siquiera de noche descansa su mente. Esto también es vanidad" (2:23). ¿Por qué ordena Dios un trabajo o afán que parece carecer de sentido? Encontré la respuesta en el pasaje de hoy, Eclesiastés 3:11.

La razón por la que Dios nos asigna esta carga de trabajo mientras vivimos en la tierra es para llevarnos a anhelar y buscar las cosas eternas. Por tanto, Dios desea que dejemos de dedicarnos a labores o esfuerzos carentes de sentido y que, en su lugar, busquemos aquello que es eterno en el Señor, realizando así un trabajo y una labor que tengan valor a Sus ojos.

¿Qué es, entonces, una labor significativa a los ojos de Dios? Es «hacer el bien». Observemos Eclesiastés 3:12: «Sé que no hay nada mejor para el ser humano que alegrarse y hacer el bien mientras vive». No hay nada mejor para nosotros, mientras vivimos en esta tierra, que regocijarnos y hacer el bien. ¿Qué significa aquí «hacer el bien»? Se refiere a realizar acciones que benefician a los demás (Park Yun-sun). Entonces, ¿cuáles son esas cosas que benefician a otros? Dado que Dios ha puesto un anhelo de eternidad en los corazones de aquellos que hemos sido hechos nuevas criaturas en Jesucristo, debemos ver el acto de beneficiar a los demás desde una perspectiva eterna. En otras palabras, cuando hacemos el bien —es decir, cuando realizamos acciones beneficiosas para otros—, debemos considerarlo desde la óptica de la eternidad. ¿Qué significa, pues, beneficiar a los demás con una perspectiva eterna? Significa amarlos con el amor eterno de Dios. Amar a los demás con el amor eterno de Dios implica presentarles al Señor eterno; significa compartir con ellos el evangelio de Jesucristo. Al hacerlo, les permitimos —al igual que a nosotros— alcanzar la vida eterna en Jesucristo. Esta es, precisamente, la obra de Dios. No hay nada mejor para nosotros, mientras vivimos en este mundo, que hallar gozo y alegría al realizar la obra de Dios. Por tanto, debemos disfrutar de los frutos de nuestra labor: comer, beber y trabajar para Dios (Eclesiastés 3:13). En resumen, ya sea que comamos, bebamos o hagamos cualquier otra cosa, debemos hallar gozo al cumplir el propósito de Dios —Su voluntad— aquí en la tierra. Este es el don de Dios. ¿Estamos realmente recibiendo y disfrutando de este don de Dios en este momento?

Mientras vivimos en esta tierra, debemos trabajar diligentemente en la obra de Dios. ¿Por qué es esto necesario? Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 3:14: "Sé que todo lo que Dios hace permanecerá para siempre; nada se le puede añadir ni quitar. Dios lo hace así

para que la gente le tema". Debemos participar en las obras de Dios que perduran eternamente. Y al hacerlo, debemos actuar con un corazón que reverencie a Dios. Cuando lo hacemos, Dios hace que todo sea hermoso a su debido tiempo. El lunes pasado, abrí el pequeño Nuevo Testamento que guardo en mi automóvil —y que a veces llevo conmigo para leer— y comencé a leer la Epístola a los Romanos. Mis ojos se detuvieron en Romanos 13:11: "Y haced esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez". ¿Qué piensas sobre esta Palabra de Dios: que el tiempo que vivimos ahora significa que "nuestra salvación está más cerca que cuando creímos por primera vez"? ¿Vives con la sensación de que nuestra salvación se acerca en estos tiempos finales? ¿Anhelas y deseas profundamente esa salvación? Cuando Jesús regrese a esta tierra, hará que todas las cosas sean hermosas mediante nuestra salvación. El Señor nos guiará —a nosotros que anhelamos la eternidad— hacia el eterno Reino de los Cielos. Allí viviremos para siempre con el Señor, disfrutando de una dicha eterna. Aferrándonos a esta esperanza mientras vivimos hoy en la tierra, oro para que todos nos esforcemos por cumplir la voluntad de Dios, fortalecidos por su gracia, la cual nos brinda ayuda en el momento de necesidad.

Debemos disfrutar de la vida con equilibrio.

«Que todos coman y beban, y encuentren satisfacción en todo su trabajo: este es el don de Dios. Sé que todo lo que Dios hace permanecerá para siempre; nada se le puede añadir ni nada quitar. Dios lo hace así para que la gente le tema» (Eclesiastés 3:13–14).

La vida es un viaje agotador (Eclesiastés 1:3). Parece que el cansancio de la humanidad va más allá de las palabras (v. 3, *Versión Coreana Contemporánea*). Es un viaje doloroso (v. 13). «El destino que Dios ha dado a la humanidad es uno de dificultades y sufrimiento» (v. 13, *Versión Coreana Contemporánea*). Es un viaje lleno de preocupación y tristeza (2:23). «Incluso después de toda una vida de trabajo, no hay más que preocupación y dolor», y mi corazón «no encuentra descanso ni siquiera de noche; esto también carece de sentido» (v. 23, *Versión Coreana Contemporánea*). Es un viaje sin sentido y vano (v. 11). «No tiene sentido; todo es tan vano como perseguir el viento» (v. 11, *Versión Coreana Contemporánea*). Por eso, «lamento el arduo trabajo que he realizado en este mundo» (v. 20, *Versión Coreana Contemporánea*). ¿Qué debemos hacer, entonces?

Debemos detener todo lo que estamos haciendo y reflexionar profundamente. Al reflexionar, debemos hacernos las preguntas adecuadas. Por supuesto, hay muchas preguntas que podríamos plantearnos. Por ejemplo, el rey Salomón, el Predicador (1:1), formuló preguntas como: «¿Qué gana una persona con todo el trabajo que realiza bajo el sol?» (v. 3); «De la risa dije: "¿De qué sirve?"» (2:2); «¿Qué obtiene el hombre por todo el trabajo y el esfuerzo con que se afana bajo el sol?» (v. 22); y «¿Qué gana el trabajador con su labor?» (3:9). He condensado estas cuatro preguntas en dos para su aplicación práctica: (1) ¿Qué estoy

ganando realmente en este momento a través de mi trabajo y mi esfuerzo? (2) ¿Qué intento lograr con mi esfuerzo y mi trabajo?

En primer lugar, debemos hacernos estas preguntas y reflexionar sobre lo que estamos ganando y perdiendo actualmente. En otras palabras, necesitamos considerar detenidamente qué debemos ganar y qué debemos dejar atrás. Dicho de forma sencilla, debemos sopesar las ganancias y las pérdidas. Luego, con el debido discernimiento, debemos soltar con decisión aquello de lo que debemos desprendernos, al tiempo que perseguimos aquello que debemos ganar. Por ejemplo, las cosas que sin duda debemos dejar atrás son aquellas que, a los ojos de Dios, son «vanidad de vanidades» (1:2, 14; 2:11, 15, 17, etc.). Dicho de otro modo, debemos desprendernos de aquello que carece de provecho ante la vista de Dios (2:11). Entonces, ¿cuáles son esas cosas que no nos reportan provecho alguno a los ojos de Dios? Entre ellas se incluyen «alegrarme con vino» (v. 3), «emprender grandes proyectos» (v. 4), adquirir «mayores posesiones» y «acumular riquezas para mí» (vv. 7-8), llegar a ser «más grande» (v. 9), «poseer todo lo que deseaba» y «no negarme ningún placer» (v. 10), etcétera. ¿Qué es, entonces, lo verdaderamente beneficioso para nosotros a los ojos de Dios? Sencillamente, que la persona coma, beba y halle satisfacción en todo su trabajo (v. 24; 3:13). Esto es algo «dado por Dios» (2:24) y constituye también un «don de Dios» (3:13).

Debemos aceptar con humildad este don de Dios y disfrutar de él. En otras palabras, debemos deleitarnos al comer y beber. En particular, deberíamos disfrutar de comer y beber en compañía de nuestros seres queridos. Alguien podría preguntarse: «¿Qué tiene de especial comer y beber?». Sin embargo, al observar a mi suegro —quien lleva ya unos seis años sin poder ingerir alimentos ni líquidos por la boca—, comprendo la enorme bendición que supone poder comer y beber; una función que a menudo consideramos algo tan básico de la vida humana. Al pensar en él, así como en otros seres queridos que han pasado tiempo en residencias de ancianos o unidades de cuidados intensivos, estoy convencido de que debemos estar agradecidos por —y disfrutar verdaderamente de— la capacidad de comer y

beber. Además, debemos hallar alegría en nuestro trabajo. El rey Salomón, el Maestro, confesó: «Así que vi que no hay nada mejor para el ser humano que disfrutar de su trabajo...» (3:22). Debemos encontrar placer en la labor que realizamos (v. 22) y hallar satisfacción en ella (5:18, *Contemporary Korean Bible*). Nuestras almas deben sentirse satisfechas con tal felicidad (6:3). Si no logramos hallar alegría y satisfacción en nuestro trabajo, todo es en vano (5:10). Incluso si viviéramos dos mil años, ¿de qué serviría si no disfrutáramos de la vida (6:6, *Contemporary Korean Bible*)? Por ello, el rey Salomón dijo: «He visto que es bueno y hermoso que el ser humano coma, beba y disfrute de todo el esfuerzo con que trabaja bajo el sol durante la breve vida que Dios le ha dado, pues esa es su porción» (5:18) [*Contemporary Korean Bible*: «Me di cuenta de que lo mejor que se puede hacer mientras se vive la breve vida que Dios ha dado es comer, beber y hallar satisfacción en el propio trabajo; este es el destino de la humanidad»]; «Así que recomiendo disfrutar de la vida, porque no hay nada mejor para el ser humano bajo el sol que comer, beber y alegrarse. Entonces la alegría lo acompañará en su trabajo todos los días de la vida que Dios le ha dado bajo el sol» (8:15) [*Contemporary Korean Bible*: «Por tanto, una persona debería poder disfrutar de la vida. Pues no hay nada mejor en este mundo que comer, beber y ser feliz. Sin embargo, tal alegría debe hallarse trabajando arduamente mientras se vive la vida que Dios ha dado en este mundo»]. Debemos disfrutar de la breve vida en la tierra que Dios nos ha dado.

Por último, debemos reflexionar sobre aquello que nos esforzamos y trabajamos por conseguir en nuestras propias vidas. El rey Salomón, el Predicador, «aplicó [su] mente a buscar e investigar con sabiduría todo lo que se hace bajo el cielo» (1:13). También «aplicó [su] mente a conocer la sabiduría, así como la locura y la insensatez» (v. 17). Reflexionó profundamente en su corazón (2:3). Luego experimentó buscando el placer, tratando de deleitarse y disfrutar (2:1–2). Intentó disfrutar de la vida con vino mientras seguía guiando su corazón con sabiduría (v. 3, *Versión Coreana Contemporánea*). Hizo esto porque creía que «esta era la mejor manera para que la gente del mundo viviera sus breves vidas» (v. 3, *Versión Coreana Contemporánea*). Además, el rey Salomón emprendió grandes

proyectos; construyó casas, cultivó viñedos y creó diversos jardines y huertos para sí mismo (vv. 4–5). Acumuló «plata y oro, y tesoros de reyes y provincias» para su propia posesión (v. 8). No negó a sus ojos nada de lo que deseaban ni privó a su corazón de aquello que le producía alegría (v. 10). Sin embargo, su conclusión fue: «¿De qué sirve esto?» (v. 2), «No aporta ningún beneficio» (v. 2, *Versión Coreana Contemporánea*), «Todo fue inútil» (v. 11, *Versión Coreana Contemporánea*) y «Todo fue correr tras el viento» (1:14). En consecuencia, llegó a aborrecer todo el trabajo que había realizado en este mundo y sintió desesperación (2:18, 20). El rey Salomón hizo las siguientes confesiones: «El destino de todas las personas es el mismo; este es el mal en todo lo que se hace bajo el sol: el corazón de los hombres está lleno de maldad y locura a lo largo de sus vidas y, al final, se reúnen con los muertos» (9:3); y «El hombre nació desnudo; por mucho que se haya esforzado por ganar algo, no se llevará nada consigo cuando deje este mundo» (5:15, *Versión Coreana Contemporánea*). Sin embargo, en medio de estas reflexiones, la verdad que el rey Salomón comprendió fue que «Dios hizo todo hermoso en su tiempo y también puso la eternidad en el corazón de los hombres» (3:11), y que «todo lo que Dios hace permanecerá para siempre» (v. 14).

Dios ha puesto un anhelo de eternidad en los corazones de aquellos que creemos en Jesucristo. Aunque vivimos en esta tierra —disfrutando de los dones de comida y bebida que Dios provee y hallando placer en nuestro trabajo a lo largo de nuestras breves vidas—, estos goces y placeres no son eternos. Son meramente pasajeros; son deleites que solo podemos experimentar en este mundo. Si bien debemos aceptar y disfrutar humildemente de estos dones de Dios, no debemos conformarnos solo con ellos. La razón es que Dios desea que experimentemos una satisfacción eterna. En otras palabras, Dios no quiere que encontremos gozo y placer únicamente en *esta era*; quiere que nos regocijemos y nos deleitemos para siempre también en *la era venidera*. Por eso ha puesto la eternidad en nuestros corazones (3:11). Además, al realizar todo lo que permanece para siempre, Dios ha hecho que le temamos (v. 14) y nos ha invitado a participar en su obra. Esa obra de Dios es precisamente el doble mandamiento de Jesús y la proclamación de su evangelio. Por

tanto, guiados por el Espíritu Santo, debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma, fuerzas y mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Lucas 10:27). Hemos de amar a Dios y a nuestro prójimo con el mismo amor que Dios nos tiene eternamente. Cuando lo hacemos, el gozo de Dios desborda en nuestros corazones; así, debemos hallar deleite y alegría al obedecer el doble mandamiento de Jesús. También debemos proclamar el evangelio de Jesús (Marcos 16:15). Con el corazón de Jesucristo (Filipenses 1:8), debemos compartir las buenas nuevas de Jesucristo con las almas que mueren sin conocerle. Al participar humildemente y con fe en la obra de Dios de salvar esas almas perdidas, permitimos que el gozo de Dios se convierta en el nuestro y probamos la alegría del reino de los cielos (Lucas 15:7, 10, 24).

Debemos hallar gozo de una manera equilibrada. Debemos aceptar con humildad y disfrutar de los dones que Dios nos da en este mundo. Hemos de disfrutar del comer y del beber, así como del trabajo que realizamos, hallando placer en nuestras breves vidas. Al mismo tiempo, debemos aceptar con humildad y disfrutar plenamente de los dones que Dios provee en el mundo venidero. Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad y nos ha capacitado para participar en sus obras eternas. Por tanto, debemos deleitarnos en obedecer el doble mandamiento de Jesús y el mandato de proclamar su evangelio. Al hacerlo, nos regocijaremos para siempre, no solo en este mundo, sino también en el mundo venidero.

Todo lo que Dios hace permanecerá para siempre.

«Todo lo que Dios hace permanecerá para siempre; nada se le puede añadir ni nada se le puede quitar. Dios actúa así para que la gente le tema» (Eclesiastés 3:14).

¿Qué provecho hay en todo el esfuerzo que realizamos a lo largo de nuestra vida en la tierra? (Eclesiastés 1:3). ¿De qué sirven los placeres que disfrutamos en este mundo? (2:2). ¿Qué ganancia obtenemos de todo el trabajo y el afán de nuestro corazón en este mundo? (2:22). ¿Qué beneficio sacamos de nuestro trabajo? (3:9).

El rey Salomón, el Predicador, dice: «Todos sus días su trabajo es dolor y sufrimiento; ni siquiera de noche descansa su mente. Esto también carece de sentido». ¡Qué inútil resulta trabajar y preocuparse toda la vida —sin que la mente halle descanso ni siquiera de noche— para luego no obtener nada de ese esfuerzo (5:15) y encontrar solo pesar; sobre todo considerando que no podemos llevarnos nada de lo que hemos ganado en nuestras manos (5:15)! ¿Cómo debemos vivir, entonces? ¿Por qué debemos trabajar?

Hoy, Eclesiastés 3:14 nos dice: «Todo lo que Dios hace permanecerá para siempre» (Versión Coreana Contemporánea). ¿Cuáles son exactamente estas «obras» de Dios que perduran para siempre? Por supuesto, no podemos comprender plenamente la obra de Dios de principio a fin (versículo 11, *Versión Coreana Contemporánea*). Sin embargo, según lo que Dios ha revelado a través de las Escrituras, la obra que Él realiza es precisamente la obra de

la «salvación eterna» del Señor (Isaías 45:17). Aquí, la obra de salvación eterna del Señor se refiere a Su plan de otorgar vida eterna (1 Juan 2:25) a Su pueblo —a quienes amó con amor eterno (Jeremías 31:3), eligió en Cristo antes de la fundación del mundo y predestinó para salvación según Su beneplácito (Efesios 1:4-5)— y de introducirlos en el reino eterno del Salvador Jesucristo (Salmo 145:13; 2 Pedro 1:11), concediéndoles así una gloria eterna que supera con creces cualquier otra cosa (2 Corintios 4:17). En resumen, todas las obras perdurables que Dios realiza tienen como fin permitirnos «alcanzar la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna» (2 Timoteo 2:10). Para lograr esto, Dios entregó a Su Hijo unigénito, Jesús, en la cruz; al hacerlo, nos rescata de la «ira eterna» (Malaquías 1:4) y del «castigo del fuego eterno» (Judas 1:7), guiándonos en cambio hacia nuestra «casa eterna en los cielos» (2 Corintios 5:1), un lugar de la gloria eterna de Dios (1 Pedro 5:10).

Amados, Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad (Eclesiastés 3:11). Por tanto, debemos anhelar aquello que es eterno. Hemos de desear el reino eterno del Señor, sobre el cual Él reina para siempre (Salmo 145:13). Aunque suframos breves tribulaciones mientras vivimos en esta tierra, debemos participar humildemente en la obra de salvación eterna de Dios con un corazón agradecido por la gracia de la salvación, otorgada por el Dios de toda gracia, quien nos llamó en Cristo a participar de Su gloria eterna (1 Pedro 5:10). Con este fin, debemos temer a Dios (Eclesiastés 3:14) y obedecer Su llamado (1 Corintios 7:22; Romanos 1:6; Apocalipsis 17:14). Como siervos de Cristo, debemos proclamar el «evangelio eterno» de Jesucristo (Apocalipsis 14:6). Es mi oración que, ya sea que comamos o bebamos o hagamos cualquier otra cosa, todos participemos en la obra de Dios de salvar almas proclamando el evangelio eterno del Señor Jesucristo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31; Filipenses 1:5, 7).

El Dios que hace todo hermoso a su tiempo (3)

[Eclesiastés 3:14–22]

Durante la reunión de líderes del domingo pasado, nos turnamos para repasar el año transcurrido y compartir brevemente la gracia que Dios nos había concedido. Personalmente, al reflexionar sobre el año, escribí cartas para acompañar las tarjetas de Navidad que envié. Una de las frases de esas cartas decía: "Gracias a la gracia de Dios, pude sonreír a lo largo de este año. Hubo momentos de tristeza, tiempos de llanto y períodos de angustia y lucha, pero, al final, Dios me trajo alegría y risas. Es verdaderamente un testimonio de Su gran amor y gracia". Puedo dar gracias y alabanza a Dios, quien me concedió la gracia de hallar ayuda en cada etapa del año pasado. Ciertamente, nuestro Dios es quien "hace todo hermoso a su tiempo".

Durante las últimas dos semanas, en nuestras reuniones de oración de los miércoles, hemos estado meditando sobre el tema "El Dios que hace todo hermoso a su tiempo", centrándonos en Eclesiastés 3:1–14. Exploramos dos puntos principales: primero, que Dios hace todo hermoso a su tiempo porque Él cumple todo propósito; y segundo, que Él hace todo hermoso a su tiempo al poner en nosotros un anhelo de eternidad. Hoy, centrándome en Eclesiastés 3:14–22, deseo recibir humildemente la gracia que Dios ofrece mientras meditamos sobre el título "El Dios que hace todo hermoso a su tiempo (3)" y consideramos exactamente cuándo y cómo Él produce esta belleza.

En tercer lugar, Dios es quien hace todo hermoso porque, incluso cuando se dictan sentencias injustas en los tribunales terrenales, Él continúa llevando a cabo Su propio

propósito y voluntad. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 3:16: "Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí había maldad; y en lugar de la justicia, allí había iniquidad". El rey Salomón, el hombre sabio, fue testigo de algo en este mundo —"debajo del sol". Observó que los jueces de los tribunales terrenales no lograban distinguir con equidad entre el justo y el impío (Park Yun-sun). ¿Cuánta injusticia se perpetra en los tribunales del mundo, tanto en los tiempos de Salomón como hoy en día? En estos tribunales —donde jueces que deberían defender la justicia aceptan sobornos y dictan sentencias injustas, y donde quienes tienen dinero pueden contratar abogados de primer nivel para lograr la absolución incluso tras cometer delitos como el asesinato—, ¿acaso no vemos injusticia en lugar de justicia, y falsedad en lugar de verdad? Como resultado, los creyentes pueden sufrir. Esta fue precisamente la experiencia de Lot en las ciudades de Sodoma y Gomorra. Al vivir entre los transgresores de la ley —los impíos— de Sodoma y Gomorra, el justo Lot sufría tormento en su alma día tras día al ver y oír sus actos ilícitos (2 Pedro 2:6–8). Sin embargo, el rey Salomón declara que, incluso en medio de tal injusticia —y específicamente cuando se dictan sentencias injustas—, Dios hace surgir la belleza al cumplir su propósito y su voluntad (Eclesiastés 3:14–22). ¿Cómo produce Dios esta belleza? La Biblia señala una o dos maneras:

(1) En primer lugar, la Biblia nos dice que, cuando se llevan a cabo juicios injustos en este mundo, Dios hace hermosas todas las cosas al juzgar a los justos y a los impíos en la vida venidera. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 3:17: «Dije en mi corazón: "Dios juzgará al justo y al impío, porque hay un tiempo para todo propósito y para toda obra"». Lo que el rey Salomón creía en su corazón era el hecho de que Dios ciertamente ejercerá juicio. Además, este juicio no se refiere a que Dios intervenga para ejecutar justicia en la vida presente, sino a que Dios juzgará a todos en la vida venidera (Park Yun-sun). Por eso afirmó en Eclesiastés 12:14: «Dios traerá toda obra a juicio, incluyendo todo secreto, sea bueno o malo». En última instancia, la verdad es que Dios juzgará todas nuestras acciones y cada acto secreto —ya sea bueno o malo— en la otra vida. Sin embargo, ¿cuál es el problema? Que muchas personas viven en este mundo sin ser conscientes de este juicio de Dios.

Incluso nosotros, los cristianos que creemos en Jesús, a menudo carecemos de conciencia sobre el juicio de Dios. Por supuesto, el juicio para los incrédulos difiere del de los creyentes. Los incrédulos, cuyos nombres no están escritos en el Libro de la Vida de Dios, enfrentarán el juicio final, lo que resultará en que sean arrojados al lago de fuego (un lugar de castigo eterno comúnmente conocido como el infierno); en cambio, nosotros, los creyentes, recibiremos recompensas según lo que hayamos hecho. Por ello, el rey Salomón ofrece este consejo a los jóvenes: «Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; anda según los caminos de tu corazón y según la vista de tus ojos; pero sabe que sobre todas estas cosas te juzgará Dios» (Eclesiastés 11:9). Él advierte a los jóvenes sobre seguir los deseos de su corazón y lo que ven sus ojos durante su juventud. ¿Cómo formula esta advertencia? El rey Salomón advierte a los jóvenes que Dios ejercerá juicio después de la muerte. En ese juicio final, tendremos que rendir cuentas por todas nuestras acciones.

Dado que debemos responder por todos nuestros actos, ¿qué actitud debemos adoptar ante este juicio final de Dios? Al igual que el rey Salomón, debemos decir en nuestro corazón: «Dios juzgará al justo y al impío, porque hay un tiempo para todo propósito y para toda obra» (3:17). Hay un tiempo señalado para todo bajo el cielo, y un tiempo para cada propósito (v. 1). Entre esos tiempos señalados, ciertamente hay un tiempo para el juicio (v. 17). Debemos creer que, incluso en ese tiempo de juicio, Dios hace que todo sea hermoso al llevar a cabo su voluntad soberana. Debemos ver las injusticias que se encuentran en los tribunales terrenales desde la perspectiva de Dios; es decir, debemos creer que Dios juzgará a todos con justicia. Aunque suframos injusticias en este mundo, debemos perseverar mientras aguardamos el justo juicio de Dios. Además, debemos temer a Dios (v. 14). Puesto que tememos a Dios, debemos obedecer sus mandamientos: su Palabra. En nuestra obediencia, debemos actuar con la expectativa de que Dios nos recompensará por todas nuestras obras. Por reverencia a Dios, debemos vivir una vida justa.

(2) En segundo y último lugar, Dios hace hermosas todas las cosas al humillarnos cuando se ejecuta el juicio por la injusticia del mundo.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 3:18: «Dije en mi corazón respecto a la condición de los hijos de los hombres: Dios los prueba para que vean que ellos mismos son como animales». El rey Salomón afirma que, si bien los creyentes podemos sufrir debido a juicios injustos en este mundo (versículo 16), Dios utiliza incluso los juicios injustos de los impíos para probarnos. Aquí, la afirmación de que Dios nos «prueba» significa que nos humilla a través de las tribulaciones (Park Yun-sun). ¿Por qué humilla Dios a los santos mediante pruebas? ¿Cuál es el propósito? El Dr. Park Yun-sun explica el propósito de tales pruebas de la siguiente manera: «El propósito de la prueba es hacer que las personas se den cuenta de que, en cuanto a la muerte física resultante de la opresión, no son diferentes de los animales y, por tanto, evitar que vivan una vida centrada en la carne». En última instancia, el objetivo de las pruebas es humillarnos para que no vivamos según la carne. Así, el rey Salomón habla de la siguiente manera en Eclesiastés 3:19-20: «Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, también les sucede a los animales; un mismo destino les aguarda: como muere el uno, así muere el otro. Ciertamente, todos tienen un mismo aliento; el hombre no tiene ventaja sobre los animales, pues todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar: todos proceden del polvo y todos vuelven al polvo». Su punto aquí es que, dado que tanto los seres humanos como los animales mueren finalmente, vivir una vida centrada en la carne es inútil. A veces, cuando vemos en televisión o en noticias en línea a un asesino que ha cometido un crimen horrendo, podríamos decir: «Esa persona es peor que una bestia». No hace mucho, vi la historia de un hombre que violó y asesinó a una mujer coreana embarazada de gemelos, y me pregunté: «¿Cómo puede alguien ser tan cruel?». Una persona de unos sesenta años había intentado intervenir al presenciar la agresión, pero no lo logró; aunque llamó a los servicios de emergencia, la mujer y sus hijos no nacidos terminaron perdiendo la vida. Sin embargo, ¿sabía usted que Asaf, el salmista, también se refirió a sí mismo diciendo: "Yo era... como una bestia delante de Ti" (Salmo 73:22)? ¿Cometió Asaf un asesinato brutal? No, no lo hizo. ¿Por qué, entonces, se llamó a sí mismo una bestia? El pecado que cometió fue

envidiar la prosperidad de los impíos. Pero, ¿es acaso envidiar la prosperidad de los impíos un acto equiparable al de una bestia? La lección que debemos extraer aquí —en relación con el pasaje de hoy de Eclesiastés 3:19-20— es que una vida centrada en la carne no es diferente de la vida de una bestia. El rey Salomón describe tal vida como una vida "vana" o "sin sentido". Al meditar anteriormente en Eclesiastés 3:11, aprendimos que Dios ha puesto un anhelo de eternidad en nuestros corazones. Por lo tanto, debemos buscar las cosas eternas; nunca debemos vivir una vida vana, semejante a la de una bestia, persiguiendo únicamente las cosas de la carne.

Debemos prestar atención al mensaje que nos da el rey Salomón: "Así que vi que no hay nada mejor para el hombre que disfrutar de su trabajo, porque esa es su porción. Pues, ¿quién podrá hacerle ver lo que sucederá después de él?" (Versículo 22). ¿Qué significa esto? El mensaje aquí es que, mientras vivimos en esta tierra, no hay nada mejor que hallar gozo en nuestro trabajo y permanecer fieles a él; específicamente, a la obra eterna del Señor. Esta es la porción que se nos ha asignado. ¿Por qué es así? Como se afirma en la última parte del versículo 22, una vez que una persona muere, no puede regresar a este mundo. Dado que vivimos una sola vez, no debemos desperdiciar nuestras vidas simplemente en los asuntos de la carne. Puesto que el destino del alma humana difiere del de las bestias (versículo 21), ¿cómo podríamos vivir y morir como animales, centrándonos únicamente en asuntos mundanos?

Durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, al meditar en 2 Tesalonicenses 3:3, reflexionamos sobre la exhortación del apóstol Pablo: sabiendo que le queda poco tiempo antes de la Segunda Venida de Jesús, Satanás busca tentar y hacer tropezar incluso a los creyentes; por tanto, debemos mantenernos firmes. Las personas que desprecian la ley —aquellas que no aman la verdad sino que creen en la falsedad— desobedecen el Evangelio y cometen actos de injusticia en este mundo. Incluso cuando nosotros, como creyentes, enfrentamos un trato injusto o juicios inicuos en los tribunales terrenales, debemos confiar en que Dios hace que todo sea hermoso a su debido tiempo. ¿Cómo hace hermosas las

cosas? Lo hace fortaleciendo nuestra fe en el juicio justo del Señor en la vida venidera y utilizando estas pruebas para cultivar la humildad en nosotros. Además, hace que todo sea hermoso al apartarnos de los asuntos de la carne y guiarnos hacia la obra espiritual —la obra del Señor—, permitiéndonos así disfrutar de la verdadera porción asignada a la humanidad. Ruego que Dios, quien hace que todo sea hermoso a su tiempo, haga que la vida de cada uno de ustedes sea cada vez más hermosa.

«No hay quien consuele»

[Eclesiastés 4:1–3]

Dos sucesos ocurrieron después de que celebré una última reunión de oración con los líderes de la iglesia el 3 de enero, el primer domingo del año nuevo. En primer lugar, un diácono de la iglesia intentó suicidarse tomando una sobredosis de somníferos. Aquella tarde de domingo, mi esposa, un anciano de la iglesia y dos hermanas fueron a visitarlo para ofrecerle ayuda. Cuando mi esposa acudió al apartamento del diácono al día siguiente, se enteró de que ya lo habían trasladado al hospital en ambulancia y que ahora se encontraba en un centro de cuidados. El segundo suceso fue la noticia de que un estudiante universitario, perteneciente a la iglesia en la que serví en Corea, se había ahogado durante un viaje misionero. Recordaba haberlo visto en el culto en inglés cuando él cursaba la escuela secundaria —época en la que yo también servía junto a su madre en el ministerio de habla inglesa—, por lo que recibir la noticia de su muerte por ahogamiento durante una misión fue un golpe devastador. Profundamente conmovido y preguntándome cómo podría consolar a sus padres, escribí una carta llena de sincera preocupación y oré a Dios. Clamando «¡Abba, Padre!», supliqué a Dios que consolara personalmente a los padres del joven, a su hermana, a sus amigos y a su familia de la iglesia.

Ciertamente, este mundo está lleno de dolor, adversidad, pecado y muerte. Al comenzar el año nuevo, vemos a amados hermanos y hermanas soportando diversas formas de dolor y sufrimiento. ¿Cómo podemos, entonces, consolar verdaderamente a estos seres queridos en su aflicción? Personalmente, siempre que pienso en la palabra «consuelo», recuerdo a los amigos de Job mencionados en Job 16:2 y a Bernabé, en Hechos 4:16. En Job 16:2, Job

se refiere a los amigos que acudieron a consolarlo como «consoladores molestos»: personas que, en realidad, le causaban más angustia. En cambio, Hechos 4:16 describe a Bernabé como un «Hijo de Consolación». Mientras que los amigos de Job fueron fuente de inquietud más que de consuelo durante su sufrimiento, Bernabé —figura clave de la iglesia primitiva— fue un verdadero consolador. Por ello, cuando oro por mí mismo, a menudo digo: «Que yo llegue a ser un consolador y un evangelista que arde de amor». Sin embargo, a menudo me cuesta saber cómo consolar a los amados hermanos y hermanas que me rodean y que enfrentan adversidades y dolor. Aunque anhelo consolarlos con el amor del Señor, hay muchas ocasiones en las que simplemente no sé qué hacer.

En el libro **The Spirituality of Comfort** (La espiritualidad del consuelo), del pastor Robert Strand, se presentan 101 historias sobre cómo consolar a almas heridas. En el prefacio, el padre Henri Nouwen explica que la palabra "consuelo" implica "estar con" una persona solitaria. Señala que consolar no significa eliminar el dolor, sino simplemente estar presente junto a la otra persona. Nouwen denomina a este acto de estar presente como "cuidado del alma". Llorar juntos, sobrellevar las dificultades en compañía y compartir sentimientos: el verdadero cuidado tiene su raíz en la compasión. A este respecto, el padre Henri Nouwen dijo: «A menudo, nuestra tristeza nos hace bailar, y nuestro baile crea un espacio para nuestra tristeza. En las lágrimas derramadas por la pérdida de un amigo querido, podemos descubrir una alegría inesperada; a la inversa, en medio de una fiesta que celebra el éxito, podríamos sentir una profunda tristeza. Así como el rostro de un payaso — que nos hace reír y llorar a la vez— puede parecer triste y alegre simultáneamente, también la tristeza y el baile, la angustia y la risa, el duelo y la alegría van de la mano. La belleza de la vida se encuentra precisamente donde el duelo y el baile se encuentran» (Strand). ¿Y nosotros? ¿Vivimos nuestras vidas viendo esta belleza allí donde el duelo y el baile se cruzan?

El rey Salomón, el Maestro en el pasaje de Eclesiastés 4:1–3 que leemos hoy, describe lo que presenció de la siguiente manera: «Volví a observar toda la opresión que se cometía bajo el sol: vi las lágrimas de los oprimidos, y no tenían quien los consolara; el poder estaba del

lado de sus opresores, y no tenían quien los consolara» (v. 1). Lo que presencié en este mundo fue a los poderosos oprimiendo a otros; vio a las víctimas de la opresión. También vio las lágrimas derramadas por aquellos que sufrían dicha opresión. Sin embargo, ¿cuál era el problema? Que no había nadie que consolara a estas personas oprimidas. Esto es precisamente lo que vio el rey Salomón: la ausencia de alguien que consolara a los oprimidos. Al observar esta situación, él declara: «Por tanto, consideré más afortunados a los muertos que ya habían fallecido que a los vivos que aún viven; y mejor que ambos es aquel que aún no ha nacido y no ha visto las malas obras que se cometen bajo el sol» (versículos 2-3). ¿Qué significa esto? Ciertamente no significa que sea mejor morir que vivir bajo opresión. El rey Salomón de ninguna manera está promoviendo el suicidio ni sugiriendo que quitarse la vida sea preferible a soportar la opresión. Vivimos en un mundo que parece fomentar el suicidio. Podemos verlo en la existencia de sitios web dedicados a este tema; de hecho, los informes de noticias coreanas han cubierto incidentes en los que desconocidos se conocieron a través de dichos sitios para suicidarse juntos. Personalmente, conozco a varias personas que se han quitado la vida. A medida que aumentan las dificultades económicas y la vida se vuelve cada vez más dolorosa, muchos luchan contra impulsos suicidas e intentan poner fin a sus valiosas vidas. En consecuencia, el número de suicidios consumados parece ir en aumento. Las personas que se encuentran en situaciones tan desesperadas podrían malinterpretar Eclesiastés 4:2, pensando: «Incluso el sabio rey Salomón dice que es mejor morir que vivir bajo opresión». Sin embargo, uno no debe quitarse la vida simplemente porque vivir resulte insoportable. El rey Salomón no está promoviendo el suicidio en este pasaje. Más bien, está observando las lágrimas de aquellos oprimidos por los poderosos de este mundo y señalando que, para tales víctimas, la vida se siente peor que la muerte. En otras palabras, el rey Salomón no está diciendo en el pasaje de hoy que la vida que Dios da sea peor que la muerte; más bien, está afirmando que una existencia dolorosa marcada por una opresión injusta es peor que la muerte (Park Yun-sun).

¿Qué clase de vida es verdaderamente peor que la muerte? Al reflexionar sobre esta pregunta, recuerdo a los desertores norcoreanos. Una vez encontré un artículo en línea del

Wall Street Journal (con fecha del 1 de mayo de 2006) que detallaba la vida miserable de los desertores en China a través de los testimonios de mujeres que habían ingresado a los Estados Unidos bajo la Ley de Derechos Humanos de Corea del Norte. El artículo presentaba a una mujer de 36 años bajo el seudónimo de «Hannah». Ella había sido maestra en Pionyang, pero comenzó a comerciar con telas para ayudar a su familia, que atravesaba dificultades económicas; Mientras visitaba una ciudad fronteriza para adquirir mercancías, perdió el conocimiento durante la cena y despertó descubriendo que había sido víctima de trata de personas y llevada a China. Allí fue vendida a un hombre chino que la golpeó brutalmente —hasta romperle los huesos— y la maltrató verbalmente, diciéndole: «Matar a una norcoreana como tú es más fácil que matar a una gallina». Ella testificó que incluso llegó a contemplar el suicidio, describiendo la experiencia como «vivir en el infierno» (Internet). Existen innumerables testimonios de este tipo por parte de desertores norcoreanos. No puedo afirmar que comprendo plenamente su difícil situación, pero nunca he olvidado lo que un pastor me dijo una vez: «Cuando me encuentro con desertores norcoreanos, el libro del Éxodo cobra vida para mí».

Para estas personas, ¿con qué profundidad resonarán a nivel personal las palabras de Eclesiastés 4:3 —que encontramos en el pasaje de hoy—? Aquellas que dicen: «Mejor que los muertos y que los vivos es aquel que aún no ha nacido y no ha visto el mal que se hace bajo el sol». ¿Cuánto mejor habría sido si los desertores norcoreanos nunca hubieran nacido? No habrían tenido que presenciar el mal cometido en este mundo ni soportar el tipo de sufrimiento que hace desear la muerte. ¿Y tú? Al mirar atrás en tu vida, ¿ha habido momentos en los que vivías simplemente porque no te atrevías a morir? ¿Ha habido instantes de tal agonía que el simple hecho de respirar parecía peor que la muerte misma; momentos en los que te sumergías en un llanto interminable? Sin embargo, cuando sufrimos hasta el punto de desear la muerte, lo que resulta aún más difícil de soportar que el dolor mismo es el hecho de no tener a nadie que nos consuele (versículo 1). En nuestros momentos de mayor adversidad, angustia y dolor emocional, lo que más nos atormenta es la ausencia de alguien a nuestro alrededor que realmente comprenda, empatice y ofrezca

un consuelo genuino ante nuestro sufrimiento. Resulta aún más angustioso cuando *sí* hay personas a nuestro alrededor que nos aman e intentan consolarnos, pero nadie logra darnos verdadero alivio; o tal vez, en nuestra profunda angustia, somos nosotros quienes rechazamos su consuelo. Cuando la maldad del opresor parece no tener fin y no hay señales de que el abuso y la tiranía vayan a terminar, dejamos de soñar. Dejamos de aferrarnos a la esperanza; Soltamos ese último salvavidas conocido como esperanza. Esto nos sume en la desesperación. Una vida sin esperanza conduce inevitablemente a la desesperación. ¿Qué debemos hacer, entonces, cuando nos encontramos en tal desesperación? Podemos extraer tres lecciones de la Biblia:

En primer lugar, cuando nos encontramos en lo más profundo de la desesperación, debemos hablarle a nuestra propia alma.

Un libro que recuerdo con especial cariño es *La depresión espiritual*, del Dr. Martyn Lloyd-Jones. Lo que más me impactó al leerlo fue la idea de que, cuando estamos desanimados o desesperados, debemos hablarle a nuestra alma tal como lo hizo el salmista. ¿Cómo debemos hablar? El Dr. Lloyd-Jones señala las palabras que se encuentran en el Salmo 42:5, 11 y 43:5: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío». Por eso, siempre que me siento desanimado, recuerdo estos versículos y oro declarando esto para mí mismo: «James, ¿por qué te abates? ¿Por qué estás angustiado? James, pon tu esperanza en Dios». Al hacerlo, me esfuerzo por volver la mirada intencionalmente hacia el Señor —mi fuente de ayuda— en oración. Y, al hacerlo, a menudo experimento la ayuda de Dios. Te animo a que tú también lo intentes. Cuando tu corazón esté lleno de desánimo o desesperación, intenta decirte a ti mismo la Palabra de Dios, tal como lo hizo el salmista. Aunque no utilices estos versículos específicos de los Salmos, puedes aferrarte a cualquiera de las promesas de Dios que atesores, declarándolas en voz alta mientras oras. Cuando enfrento dificultades al servir a la iglesia, sigo adelante orando a Dios y proclamando la promesa que Él dio: «...edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Sin duda, Dios nos ayudará.

En segundo lugar, debemos anhelar a Jesús en medio de la desesperación.

Cuando estamos desesperados, debemos anhelar a Jesús; debemos desearlo fervientemente. En particular, cuando la desesperación surge a causa del sufrimiento, debemos contemplar el sufrimiento de Jesús en la cruz. ¿Por qué? Porque el verdadero consuelo y la sanidad solo llegan cuando contemplamos en silencio y meditamos sobre su sufrimiento, uniendo así nuestro propio dolor al sufrimiento de Jesús. Personalmente, cuando me siento desanimado, a menudo recuerdo las palabras de Jonás 2:4: «Dije: "He sido expulsado de tu presencia; sin embargo, volveré a mirar hacia tu santo templo"». Reflexiono sobre el libro de Jonás porque deseo imitar a Jonás —siervo del Señor que, a pesar de enfrentar una tormenta de disciplina y las profundidades de la desesperación en el mar por haber desobedecido la palabra de Dios, decidió «volver a mirar hacia el santo templo del Señor» y anhelarlo fervientemente. Espero que, cuando tú también enfrentes el desánimo y la desesperación, te apoyes en el mensaje de Jonás y mires al Señor «de nuevo». Espero que puedas transformar los momentos de desánimo y desesperación en oportunidades para anhelar al Señor.

En tercer lugar, debemos poner nuestra esperanza en Jesús en medio de nuestra desesperación.

En última instancia, creo que la desesperación es lo que nos lleva a poner nuestra esperanza en Jesús. Cuando afrontamos diversas pruebas en este mundo que nos llevan a la desesperación, esa misma desesperación se convierte en una oportunidad inmejorable para anhelar al Señor. Además, considero la desesperación como una oportunidad concedida por Dios: un momento en el que el mundo y el yo se desvanecen de nuestra vista, permitiéndonos fijar los ojos únicamente en el Señor y depositar nuestra esperanza en Él. Por tanto, debemos estar dispuestos a experimentar una profunda decepción e incluso desesperación respecto a este mundo. Asimismo, debemos estar dispuestos a sentirnos

profundamente decepcionados y desesperados con nosotros mismos. La razón es que, sin esa desesperación, rara vez anhelamos a Dios o ponemos nuestra esperanza en Él. Por eso, personalmente amo la tercera estrofa del himno 488 (anteriormente 539), «Mi esperanza se funda en nada menos»: «Cuando todo a mi alrededor parece desmoronarse, Él es entonces toda mi esperanza y mi sostén». Aprecio esta letra porque es precisamente cuando todo aquello en lo que confiábamos en este mundo se desvanece, que realmente creemos en el Señor y dependemos de Él; al hacerlo, la desesperación interior se disipa y experimentamos el milagro de llenarnos de esperanza en Él. Cuando eso sucede, podemos ofrecer esta alabanza a Dios: "(Estrofa 1) Mi gozo, mi esperanza y mi..." "Aunque invoco y alabo al Señor —mi propia vida— día y noche, me queda la sensación persistente de que nunca es suficiente" (Estrofa 5); "Jesús, a quien verdaderamente anhelo: ¡qué bienvenida es Tu voz!; solo Tú eres mi vida y mi verdadera esperanza" [Himno 82, "Tú eres mi gozo y mi esperanza", estrofas 1 y 5].

Que el Señor, que es nuestra esperanza, te traiga consuelo. Que nuestro Señor te consuele cuando nadie más pueda hacerlo. Incluso cuando tu dolor sea tan profundo que rechaces todo consuelo humano, oro para que el Señor llene tu corazón de anhelo por Él y de una esperanza puesta en Él. Oro para que descubras la belleza de la vida —específicamente, la belleza de un cristiano— en ese punto de encuentro entre la tristeza y el gozo. Al concluir esta meditación, comparto contigo un escrito que elaboré pensando en una *Gwonsa* (una líder laica veterana) que me reveló la verdadera belleza de un cristiano:

"Eres hermosa.

Tú, que llevas una sonrisa en el rostro aun en medio de las lágrimas de tu corazón: eres hermosa.

Tú, que das gracias a Dios incluso mientras tu amado hijo duerme en la muerte: eres hermosa.

Tú, que te preocupas más por tu familia de la iglesia que por tu propio hogar: eres hermosa.

Tú, que ofreces consuelo en lugar de buscarlo: eres hermosa.

Tú, que te deleitas en dar más que en recibir: eres hermosa.

Tú, que abrazas el corazón de Dios Padre y te dedicas a salvar almas: eres hermosa". A la diaconisa veterana que da gloria a Dios: eres hermosa.

Veo a Cristo en ti...

Ser testigo de la presencia de Dios en ti me impulsa a declarar: "Eres hermosa".

Atentamente, Pastor James

«Serenidad»

[Eclesiastés 4:4–6]

¿Cómo está tu corazón en estos días? ¿Hay serenidad en tu corazón? ¿Alguna vez has leído la «Oración de la serenidad»? Dice así: «Dios, concédenos la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, el valor para cambiar las cosas que podemos y la sabiduría para conocer la diferencia. Amén». ¿Qué te parece? Al igual que en esta oración, ¿alguna vez le has pedido a Dios «la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar»? No creo haber ofrecido nunca esta oración específica a Dios. Aunque he orado por la paz que el mundo no puede dar, no recuerdo haber pedido jamás la serenidad para aceptar aquello que escapa a mi control. En cambio, a menudo me encuentro intentando cambiar las cosas por mi cuenta, incapaz de aceptar la realidad de lo que no puede cambiarse. En otras palabras, ha habido innumerables ocasiones en las que he luchado —intentando en vano alterar las cosas ante Dios— porque no lograba reconocer ni aceptar aquello que no podía cambiar. Como consecuencia, a menudo me veía sumido en conflictos, preocupaciones y reproches hacia mí mismo, carente de paz interior. Sin embargo, Dios me ha mostrado misericordia y me ha guiado a través de Su Palabra; me ha llevado a aceptar con humildad los aspectos inmutables de mi vida tal como los revelan las Escrituras, a encomendárselos a Él en oración y a aguardar Su intervención. A través de esto, Dios ha concedido —y sigue concediendo— serenidad a mi corazón.

Me gustaría compartir los «Diez mandamientos de la serenidad» escritos por el Papa Juan Pablo II. Parece que el Papa Juan Pablo II creó y se esforzó por seguir sus propios «Diez mandamientos de la serenidad» para mantener la paz en su corazón:

1. Solo por hoy, trataré de vivir únicamente el día de hoy, sin intentar resolver todos los problemas de mi vida de una sola vez.
2. Solo por hoy, me conduciré con gran cuidado. No criticaré a nadie ni intentaré corregir a los demás; buscaré únicamente criticarme y corregirme a mí mismo.
3. Solo por hoy, seré feliz con la convicción de que fui creado para la felicidad: no solo para los demás, sino para el mundo mismo.
4. Solo por hoy, me adaptaré a las circunstancias en lugar de intentar ajustar las situaciones o los acontecimientos a mis propios deseos.
5. Solo por hoy, dedicaré diez minutos de mi tiempo a la lectura. Así como el cuerpo necesita alimento, el alma necesita buenas lecturas.
6. Solo por hoy, haré una buena obra y no se lo contaré a nadie.
7. Solo por hoy, haré algo que no tenga nada que ver con mis propios deseos. Si siento algún resentimiento, me cuidaré de que nadie lo note.
8. Solo por hoy, creeré firmemente —aunque las cosas vayan en contra de mi voluntad— que la providencia de Dios cuida de mí como si yo fuera la única persona en el mundo.
9. Solo por hoy, no temeré nada. En particular, no tendré miedo de encontrar alegría en las cosas bellas ni de apreciarlas.
10. Solo por hoy, elaboraré un horario preciso. Aunque no pueda cumplir el plan exactamente, aun así lo crearé. Además, debemos guardarnos de dos males: actuar con excesiva prisa y comportarnos con indecisión.

En el pasaje de hoy —Eclesiastés 4:4-6—, el rey Salomón, el Predicador, ofrece tres lecciones sobre cómo podemos mantener la paz mental.

En primer lugar, para mantener la paz mental, debemos dejar de lado la envidia.

Observemos Eclesiastés 4:4: «Y vi que todo trabajo y todo logro nacen de la envidia de una persona hacia otra. Esto también es vanidad, es correr tras el viento». Durante la reunión de

oración del miércoles pasado, al meditar en Eclesiastés 4:1-3, reflexionamos sobre cómo el rey Salomón fue testigo de cómo los poderosos oprimían a los débiles y vulnerables. En otras palabras, vio a los oprimidos y sus lágrimas. En el pasaje de hoy, en el versículo 4, describe haber visto a personas impulsadas por la envidia mientras realizaban sus arduas labores y hábiles emprendimientos. Esencialmente, lo que Salomón observó en este mundo fue a personas esforzándose al máximo, impulsadas por la envidia y un espíritu de competencia. Todo esto es en vano, como correr tras el viento.

¿Qué es, entonces, la envidia? Se refiere al acto —o a la mentalidad— de albergar un odio o aversión infundados hacia alguien que se encuentra en una situación mejor que la propia; también surge de la negativa a aceptar la derrota y de la tendencia a codiciar el éxito ajeno. El carácter *si* (猜) se forma combinando el radical de «perro» (犬) con el carácter de «azul/verde» (青); simboliza a un perro que se torna de un color azulado o lívido mientras gruñe porque otro perro posee comida. Por otro lado, el carácter *gi* (忌) es una contracción de *gi-sim* (己心, que significa «corazón egocéntrico») y alude a los sentimientos de envidia y odio que nacen de una mentalidad centrada en uno mismo. La palabra latina *invidia* implica «mirar con malicia» y se refiere a un estado mental que lanza el «mal de ojo». En otras palabras, la envidia es un sentimiento de pesar y disgusto ante las posesiones de otra persona —especialmente aquellas superiores a las propias—, acompañado del deseo de arrebatárselas. En 1 Samuel 18:9, la Biblia relata que el rey Saúl vigilaba atentamente a David. Concretamente, tras la victoria de David sobre Goliath y mientras las mujeres cantaban y bailaban: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (versículo 7), el rey Saúl comenzó a mirar a David con «ojos celosos» desde aquel día en adelante; como consecuencia, intentó matarlo. Recientemente, al leer el Génesis durante las reuniones de oración matutinas, hemos observado casos de envidia entre personajes bíblicos. Por ejemplo, Génesis 30:1 describe cómo Raquel, la esposa de Jacob —que no lograba concebir—, envidiaba a su hermana mayor, Lea, quien sí tenía hijos; Raquel insistía a su marido Jacob diciendo: «Dame hijos, o si no, muero». Asimismo, Génesis 37:11 muestra a

los hermanos de José envidiándolo porque era el predilecto de su padre, Jacob. Finalmente, impulsados por la envidia, los hermanos de José llegaron incluso a conspirar para matarlo. ¡Qué fuerza tan aterradora es la envidia! Incluso Asaf, el salmista, llegó a envidiar la prosperidad de los impíos (Salmo 73). Es muy natural sentir envidia al ver a los malvados vivir con comodidad y prosperidad, mientras los justos sufren adversidades y aflicciones. La envidia surge cuando la admiración se transforma en amargura y resentimiento, derivando finalmente en el deseo de poseer —o incluso arrebatarse— aquello que tienen los malvados. Por eso el rey Salomón declaró: «El corazón en paz da vida al cuerpo, pero la envidia pudre los huesos» (Proverbios 14:30). Mientras que la paz interior y la tranquilidad vivifican el cuerpo, la envidia provoca un deterioro que penetra hasta lo más profundo de los huesos. Como expresó un pastor: «Las buenas palabras, un corazón alegre y la paz interior benefician a los huesos; por el contrario, la envidia, la preocupación y la ira los perjudican. La envidia pudre los huesos, la preocupación los marchita y la ira los mata» (fuente de Internet).

Algo que recuerdo vívidamente es haber asistido a la ceremonia de investidura del rector de un seminario, donde un pastor principal mencionó que fomentaba una "competencia sana" entre sus pastores asociados. En aquel momento, aquello me desconcertó un poco. Me preguntaba cómo un pastor principal podía poner a sus pastores asociados a competir entre sí, y cuestionaba si realmente era correcto calificar tal rivalidad como "competencia sana". A menudo, las personas actúan con un espíritu competitivo, ya sea dentro o fuera de la iglesia. Incluso en el hogar, los padres a veces fomentan este tipo de "competencia sana" al criar a sus hijos. ¿Cree usted que la "competencia sana" es algo correcto? Basándome en las palabras del rey Salomón en Eclesiastés 4:4 —nuestro texto de hoy—, considero que albergar un espíritu competitivo hacia los demás no es correcto. La razón es que, en última instancia, el espíritu competitivo nos priva de la paz mental. Si abordamos todo con una mentalidad competitiva, es mucho más probable que nuestros corazones se llenen de envidia, ansiedad e ira en lugar de paz. Por eso el rey Salomón declara en Eclesiastés 4:4 que el afán impulsado por el deseo de competir con el prójimo es vanidad. Por lo tanto,

debemos desechar el espíritu competitivo y la envidia que nos roban la paz interior. No debemos seguir participando en ese afán inútil nacido de la codicia y del deseo de competir con nuestros semejantes. Espero que nosotros —tanto usted como yo— dejemos atrás la envidia y preservemos la paz en nuestros corazones.

En segundo lugar, para mantener la paz mental, debemos trabajar con diligencia.

Observemos Eclesiastés 4:5: "El necio cruza los brazos y se arruina". El rey Salomón afirma que el "necio" —es decir, la persona insensata— "cruza los brazos". ¿Qué significa "cruzar los brazos" en este contexto? Significa que el necio se niega a trabajar. La Biblia dice: "El deseo del perezoso lo mata, porque sus manos se niegan a trabajar" (Proverbios 21:25). La persona perezosa que se niega a trabajar con sus manos es un necio (Eclesiastés 4:5). Al reflexionar sobre este pasaje, vino a mi mente 2 Tesalonicenses 3:10 —un versículo que probablemente usted conozca bien—: "...si alguno no quiere trabajar, tampoco coma...". En la comunidad de Tesalónica, durante la época de Pablo, había hermanos que se negaban a trabajar. El problema no era simplemente que fueran ociosos; también actuaban de manera desordenada dentro de la iglesia, causando problemas en lugar de realizar un trabajo productivo (versículo 11). ¿Por qué se negaban a trabajar y, en cambio, causaban problemas en la iglesia? En otras palabras, ¿por qué eran insensatamente perezosos, absteniéndose de trabajar? La razón residía en su escatología errónea. Aquellos miembros de la iglesia de Tesalónica que dejaron de trabajar lo hicieron porque tenían una visión distorsionada de la Segunda Venida de Jesús. Esto es comparable a lo que hicieron los Testigos de Jehová —quienes, creyendo en la profecía de su fundador, Charles Taze Russell, de que Jesús regresaría en 1874, detuvieron todas las demás actividades para prepararse para el evento—; de manera similar, algunos creyentes tesalonicenses dejaron de trabajar debido a su comprensión equivocada del regreso de Cristo. Aparte de esta escatología errónea, ¿por qué otras razones los cristianos nos abstenemos de trabajar y caemos en la ociosidad de no hacerlo?

Amigos, ¿cuáles son las características de una persona perezosa? Un rasgo distintivo es la tendencia a poner excusas. Observemos Proverbios 26:13: «Dice el perezoso: “¡Hay un león en el camino! ¡Un león en las calles!”». El camino y la calle representan los lugares donde la gente trabaja. Si hubiera un león allí, uno no podría ir a tal lugar. Esto ilustra el tipo de excusa que pone una persona cuando tiene miedo o carece de confianza para emprender una tarea. Otra característica del perezoso es su amor por el sueño. Veamos Proverbios 26:14: «Como la puerta gira sobre sus bisagras, así el perezoso se vuelve en su cama». Esto significa que el perezoso permanece en su lugar de descanso; en otras palabras, le encanta revolcarse en la cama y dormir. Más allá de estos versículos, el libro de Proverbios habla extensamente sobre la pereza: «¿Hasta cuándo, perezoso, seguirás durmiendo? ¿Cuándo despertarás de tu sueño? Un poco de sueño, una pequeña siesta, cruzar apenas los brazos para descansar... y la pobreza te asaltará como un bandido, y la escasez como un hombre armado» (Prov. 6:9–11); «La mano negligente empobrece, mas la mano de los diligentes enriquece» (Prov. 10:4); «El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada» (Prov. 13:4); «La pereza hace caer en profundo sueño, y la persona ociosa sufrirá hambre» (Prov. 19:15). En el pasaje de hoy, Eclesiastés 4:5, el rey Salomón afirma: «El necio cruza los brazos y consume su propia carne». Esto significa que la persona necia, debido a la pereza, no genera ingresos y simplemente provoca su propia ruina (Park Yun-sun). Por ello, dice: «Por la pereza se cae la techumbre, y por la flojedad de las manos gotera la casa» (10:18). Este pasaje implica que el estilo de vida disoluto de los gobernantes perezosos conduce a la caída de la nación. Por el contrario, la persona diligente prospera (Prov. 10:4). En otras palabras, la prosperidad de una persona depende de la diligencia (12:27). La Biblia enseña que los diligentes no solo prosperan (10:4), sino que también llegan a gobernar sobre otros (12:24), encuentran satisfacción en el corazón (13:4) y alcanzan la plenitud de la esperanza (Heb. 6:11). Hay paz en el corazón del diligente; sin embargo, el corazón del perezoso no alberga más que ansiedad, preocupación, excusas, resentimiento y quejas.

En tercer lugar, para mantener la paz del corazón, debemos estar satisfechos solo con Dios.

Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 4:6: «Más vale un puñado con tranquilidad que dos puñados con afán y corriendo tras el viento». Esto significa que es mejor tener un solo puñado y poseer paz en el corazón que tener dos puñados mientras nos afanamos en empresas inútiles. En otras palabras, la cantidad de posesiones importa menos que el hecho de poseer o no paz en el corazón. El problema es que, cuando perseguimos la abundancia material o las posesiones, a menudo terminamos trabajando por codicia, compitiendo con el prójimo y envidiándolo. Como consecuencia, inevitablemente perdemos nuestra paz interior. Un peligro aún mayor es que, más allá de perder esta paz, lleguemos a hallar satisfacción en la riqueza material en lugar de en Dios. Impulsados por el deseo de mantener esa satisfacción, nos volvemos cada vez más codiciosos; cuanto más se arraiga la codicia, más se llenan nuestros corazones de estrés, ansiedad y preocupación en vez de paz. Cuando nuestros corazones llegan a este estado, la Palabra de Dios queda bloqueada, dejándonos incapaces de vivir una vida que dé fruto (Mateo 13:22). Por eso el salmista declara: «Mejor es lo poco del justo que la abundancia de muchos impíos» (Salmo 37:16). El rey Salomón también dijo: «Mejor es lo poco con justicia que grandes ganancias con injusticia» (Proverbios 16:8). ¿Qué significa esto? Significa que la cantidad de ingresos no es lo que más importa; más bien, la distinción entre el justo y el impío —y entre la justicia y la injusticia— es lo que verdaderamente cuenta. Esto no implica que el justo deba poseer siempre poco; la Biblia nos muestra que figuras justas como Abraham y Job poseían grandes riquezas. Tampoco significa que el impío siempre posea abundancia; hay innumerables personas impías en este mundo que poseen muy poco. La diferencia crucial es que el corazón del justo halla satisfacción solo en el Señor, mientras que el corazón del impío busca satisfacción en la abundancia material, apartado del Señor. Tal corazón —el corazón del impío— ni posee la paz que Dios da ni es capaz de retenerla.

Para mantener la paz en nuestros corazones, debemos aprender el secreto de hallar satisfacción solo en el Señor. Observemos Filipenses 4:11–13: «No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar contento cualesquiera que sean las circunstancias. Sé lo que es vivir en necesidad, y sé lo que es tener abundancia. He aprendido el secreto de

estar contento en cualquier situación, ya sea que esté saciado o hambriento, que viva en abundancia o en escasez. Todo esto lo puedo hacer gracias a aquel que me fortalece». Al igual que el apóstol Pablo, nosotros también debemos aprender a manejar tanto los tiempos de escasez como los de abundancia. Debemos aprender el secreto del contentamiento en medio de estas circunstancias cambiantes. Ese secreto consiste en hallar satisfacción solo en el Señor: aquel que nos fortalece. Al hacer esto, podemos disfrutar de la verdadera paz que nos da el Señor, el Príncipe de Paz.

Guardo en mi corazón un recuerdo imborrable: la visita que hice hace años a un hermano llamado Mark en un centro de cuidados paliativos, donde canté entre lágrimas la canción evangélica «Mi paz os doy». La letra dice así: «Mi paz os doy; paz que el mundo no puede dar, paz que el mundo no puede conocer... ¡Mi paz os doy!». Esta canción me recuerda la paz que experimenté al cantarla en un sueño durante mis años de bachillerato. Aunque vivimos en un mundo carente de paz, puesto que Jesús —el Príncipe de Paz— habita en nuestros corazones, podemos ofrecer a Dios este canto de paz. Oro en el nombre de Jesús para que hoy todos podamos disfrutar de esa verdadera serenidad que solo el Señor puede brindar: una paz que el mundo no puede dar.

Más valen dos que uno.

[Eclesiastés 4:7-12]

En la introducción a los "Principios del ministerio colaborativo", parte de su sermón sobre Nehemías, el pastor Lee Dong-won presenta las famosas "3 P" mencionadas por Lee Iacocca —conocido como un genio de la gestión por haber reflatado la empresa automotriz estadounidense Chrysler cuando estaba al borde del fracaso—, tras ser preguntado por un periodista sobre los secretos de la gestión empresarial. El principio de las "3 P" se refiere a *Principle* (Principio), *Practice* (Práctica) y *Persistence* (Persistencia). En resumen, es una lección sobre cómo establecer principios y llevarlos a la práctica de manera constante e intensa. A continuación, el pastor Lee aborda el "liderazgo centrado en principios", un modelo que recientemente se ha propuesto como el ideal de un liderazgo saludable. Afirma que Nehemías, líder bíblico, logró completar un gran proyecto —la reconstrucción de Jerusalén— demostrando precisamente este tipo de liderazgo basado en principios. Luego plantea la pregunta de cuáles eran exactamente los principios de liderazgo que él valoraba, resumiéndolos en tres puntos principales. El primero de ellos es el "principio de cooperación". Nehemías reconstruyó los muros de Jerusalén con la ayuda de más de 75 personas, tal como se describe en el capítulo 3 del libro de Nehemías; estas personas permanecieron en sus puestos, trabajando codo a codo y en cooperación para lograr la reconstrucción de la ciudad. Por el contrario, se dice que la principal carencia en el liderazgo coreano es, precisamente, este espíritu de cooperación. Incluso nosotros, los cristianos, tendemos a ser excesivamente individualistas y poco cooperativos. A estas personas individualistas y reacias a colaborar se las compara con los "cangrejos en un frasco". Aunque cada cangrejo tiene la capacidad de salir trepando, ninguno logra escapar. La razón

es que, cada vez que uno intenta salir, otro lo agarra por las patas traseras y lo tira hacia abajo. En pocas palabras, su estrategia de supervivencia se basa en la mentalidad de "si yo caigo, tú caes conmigo". ¿Acaso este egoísmo extremo no refleja la situación actual de la iglesia?

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 4:7, el rey Salomón habla de haber visto algo "vanidad bajo el sol". ¿Qué es aquello que carece de sentido? Observemos el versículo 8: «Hay quien está solo, sin compañía: no tiene ni hijo ni hermano. Sin embargo, no hay fin a todos sus afanes, ni su ojo se sacia de riquezas. Pero nunca se pregunta: "¿Para quién trabajo y me privo del bien?". Esto también es vanidad y una grave desgracia». Este pasaje señala la futilidad del trabajo de un individualista extremo, impulsado únicamente por el deseo de satisfacer su propia codicia (Park Yun-sun). Lo que el rey Salomón observó «bajo el sol» fue a personas entregadas a toda clase de fatigas y trabajos hábiles por envidia de los demás (versículo 4). Tal envidia termina despertando la codicia en el corazón del envidioso; además, esa persona se transforma en un individualista extremo en su afán por satisfacer dicha codicia. Así, el texto describe a este individualista extremo como alguien que está «solo, sin compañía — sin tener ni hijo ni hermano—» (versículo 8). Esto implica que tal individualista extremo no llega a preocuparse ni siquiera por su propio hijo o hermano (Park Yun-sun). En última instancia, el individualista extremo no escatima esfuerzos en este mundo para acumular riquezas solo para sí mismo, para luego confesar: «¿Para quién trabajo y me privo del bien? Esto también es vanidad y una grave desgracia». En resumen, una vida de individualismo extremo es vana y fútil; todo ese trabajo carece de sentido. El rey Salomón vio en estos individualistas extremos un patrón en el que, tras pasar toda una vida trabajando arduamente sin hallar jamás verdadera satisfacción para sus almas, miran atrás y se dan cuenta: «He vivido una vida de vanidad».

Ciertamente, al igual que el rey Salomón, nosotros también observamos el trabajo vano y fútil de los individualistas extremos en este mundo... ¿Alguna vez ha visto vidas tan verdaderamente lamentables? Personas que, descuidando a sus propios hijos y hermanos,

trabajaron incansablemente toda su vida solo para acumular riquezas, pero no hallaron verdadera satisfacción ni alegría en sus almas. Quizás afirmen que trabajaron tan duro por el bien de sus hijos y su familia, pero al no haber cuidado realmente de ellos, sus relaciones se rompieron; en consecuencia, aunque creían que su trabajo era para su familia, los miembros de esta no lo veían así. Así, los egoístas extremos a menudo se encuentran en una profunda soledad, preguntándose: «¿Para quién, exactamente, trabajé tan duro?». ¿Alguna vez ha visto a personas a su alrededor planteando tales preguntas? ¿Ha sido testigo alguna vez de alguien que, tras una vida de adversidades y de haber logrado finalmente seguridad financiera, murió —ya fuera por enfermedad o accidente— sin haber disfrutado jamás de la riqueza que había acumulado y, además, en soledad debido a relaciones deterioradas con sus hijos y hermanos? «También esto es vanidad y un penoso afán» (versículo 8).

El rey Salomón observó algo que no era vano ni inútil, sino verdaderamente beneficioso (versículos 9–12). ¿Cuál era ese beneficio? En resumen, lo que el rey Salomón consideró beneficioso fue el hecho de que dos son mejor que uno. Observe el versículo 9: «Mejor son dos que uno, porque tienen una buena recompensa por su trabajo». ¿Por qué dos personas son mejor que uno? La razón es que obtienen una buena recompensa por su labor compartida (versículo 9). La afirmación de que dos son mejor que uno no se refiere simplemente al número de personas, sino a los beneficios de la unidad y la cooperación (Park Yun-sun). ¿Cuáles son exactamente estos beneficios? ¿Por qué dos son mejor que uno? El rey Salomón expone tres razones en el pasaje de hoy:

En primer lugar, dos son mejor que uno porque, si uno cae, el otro puede ayudarlo a levantarse.

Observe Eclesiastés 4:10: «Si uno de ellos cae, el otro puede ayudarlo a levantarse. Pero ¡ay de aquel que cae y no tiene a nadie que le ayude a levantarse!». Si usted está solo y cae, ¿quién está allí para levantarlo? Sin embargo, si dos personas caminan juntas y una cae, la

otra puede ayudarlo a levantarse. Así, el rey Salomón explica que dos son mejor que uno porque pueden apoyarse y levantarse mutuamente. En otras palabras, dos son mejor que uno porque pueden ayudarse mutuamente en los momentos difíciles. ¿Y usted? ¿Hay alguien que pueda ayudarlo cuando realmente está pasando por dificultades? La comunidad de la iglesia debe ser un lugar donde los miembros se ayuden unos a otros en tiempos de adversidad. Una comunidad que apoya, fortalece y ayuda a quienes han caído: esa es la verdadera naturaleza de la iglesia.

En segundo lugar, dos son mejor que uno porque pueden consolarse mutuamente.

Observe Eclesiastés 4:11: «Si dos se acuestan juntos, entrarán en calor. Pero ¿cómo puede uno calentarse estando solo?». El rey Salomón observó a los oprimidos de este mundo y vio sus lágrimas; al mismo tiempo, vio que no tenían quien los consolara (versículo 1). En tiempos de adversidad y dificultad, no solo necesitamos a alguien que nos ayude, sino también —y con urgencia— a alguien que nos consuele. Necesitamos un consolador que permanezca a nuestro lado cuando nos sentimos solos y que llore con nosotros cuando lloramos por el dolor del corazón. A través de un consolador así, podemos experimentar el cálido amor de Dios y hallar consuelo. Esta es la clase de iglesia en la que debemos convertirnos. Una comunidad que se consuela, anima y fortalece mutuamente: esa es la verdadera imagen de la iglesia.

En tercer lugar, dos son mejor que uno porque, al unir fuerzas, pueden mantenerse firmes y superar con éxito cualquier adversidad.

Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 4:12: «Aunque uno pueda ser dominado, dos pueden defenderse. Una cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente». ¿No es interesante? El rey Salomón habla de una persona en el versículo 8, de dos personas en los versículos del 9 al 11 y luego, en el versículo 12, se refiere a tres personas mediante la imagen de una «cuerda de tres hilos». ¿Qué significa esta «cuerda de tres hilos»? Implica que, si bien un solo

hilo se rompe con facilidad y dos hilos pueden ser algo más resistentes, una cuerda trenzada con tres hilos no se romperá fácilmente (Wiersbe). ¿Ha visitado alguna vez el puente Golden Gate en San Francisco? ¿Sabe algo sobre los cables que lo sostienen? Se dice que esos cables se forman reuniendo innumerables alambres de acero en un cable enorme. El cable tiene un grosor de 92,4 cm —más ancho que la mayoría de los árboles antiguos—, lo que hace difícil que un adulto pueda rodearlo con los brazos. Para crear un solo cable, se combinaron 27.572 alambres finos; alambres del grosor de un lápiz se agruparon en 61 haces que luego se comprimieron y unieron para formar un cable de tres pies de diámetro. Finalmente, el cable se envolvió con alambre fino para lograr un acabado liso. En total, se trenzaron 129.000 kilómetros de alambre de acero para crear ese cable gigantesco (Internet). ¿No es asombroso? Del mismo modo que los cables del puente Golden Gate no se rompen fácilmente, cuando tres personas se unen con un mismo corazón y una misma mente, permanecen firmes y son capaces de superar juntas cualquier adversidad. No solo pueden ayudarse y consolarse mutuamente, sino también protegerse unos a otros al enfrentar y vencer las dificultades de la vida. ¿No anhela usted una comunión tan amorosa en el Señor? ¿No desea soñar con una comunidad así?

En los tiempos que vivimos, el individualismo extremo —donde las personas solo se aman a sí mismas— se está acentuando cada vez más (2 Timoteo 3:2). Vemos esta tendencia en aquellos que se esfuerzan únicamente por satisfacer su propia codicia (Eclesiastés 4:8). Al observar a personas que han trabajado arduamente toda su vida para acumular riqueza y, sin embargo, permanecen insatisfechas —siguiendo el afán de acumular bienes solo para terminar distanciadas de sus familias y en absoluta soledad—, nos vemos obligados a preguntarnos: «¿Para quién trabajo realmente?». Al ver a quienes mueren en soledad tras una vida de penalidades, sin haber hallado jamás alegría en su propia alma, no podemos sino hacernos eco de la confesión del rey Salomón en el pasaje de hoy: «También esto es vanidad y un penoso afán». Junto a este individualismo extremo, creo que en el mundo actual también presenciamos un fenómeno conocido como «familismo egoísta». Las personas se preocupan únicamente por sus propias familias y no muestran interés alguno

por los demás. Considero esto una reacción extrema ante la crisis de desintegración familiar que vivimos; dicho de otro modo, a medida que las familias se deshacen, ha surgido un familismo egoísta en el que la gente se centra exclusivamente en proteger a los suyos, ajena a todos los demás. En consecuencia, los cristianos que creemos en Jesús a menudo tendemos a limitar nuestra vida de fe dentro de la iglesia a orar solo por nuestras propias familias. ¿Es esta realmente la manera ideal de vivir nuestra fe? A través del pasaje de hoy, el rey Salomón nos enseña los principios de una vida adecuada dentro de una comunidad de fe. Ese principio es que «dos son mejor que uno». En otras palabras, la clave de una comunidad de fe saludable es la cooperación mutua: un espíritu de colaboración. Este principio de cooperación es beneficioso porque, en los momentos difíciles, podemos ayudarnos y consolarnos mutuamente; al permanecer firmes y unidos, somos capaces de superar cualquier adversidad. Espero que nuestra comunidad se mantenga fiel a este principio de cooperación, ayudándonos y consolándonos unos a otros mientras avanzamos juntos hacia la victoria.

La sabiduría de los pobres de espíritu

[Eclesiastés 4:13–16]

Mientras meditaba en Éxodo 36:1–7 durante la reunión de oración de la madrugada del sábado pasado, recibí tres motivos de oración sobre cómo servir a la iglesia —el cuerpo de Cristo— y los presenté ante Dios. Esos tres motivos fueron: (1) primero: «Dios, concédenos sabiduría y entendimiento»; (2) segundo: «Dios, concédenos un corazón dispuesto»; y (3) tercero: «Dios, quita la codicia de nuestros corazones». La razón por la que pedimos a Dios sabiduría y entendimiento —el primer motivo de oración— es para cumplir lo que Él nos manda. En otras palabras, debemos buscar sabiduría y entendimiento de parte de Dios para discernir su voluntad (el *qué*) y comprender cómo llevarla a cabo (el *cómo*). En pocas palabras, buscamos sabiduría de Dios para conocer tanto su voluntad como sus métodos. Así como Dios llamó a obreros de entre los israelitas —dotándolos de sabiduría y entendimiento— y les dio instrucciones específicas sobre cómo construir el Tabernáculo, nuestro Señor levanta obreros para edificar su iglesia, concediéndoles sabiduría para que su voluntad se cumpla de manera concreta. Por lo tanto, no debemos servir a la iglesia insensatamente; más bien, debemos servir con sabiduría, utilizando la sabiduría que Dios provee.

Al meditar en el pasaje de hoy —Eclesiastés 4:13–16— y centrarme específicamente en las expresiones «aunque pobre» (v. 13) y «hombre pobre» (v. 13), me sentí impulsado a reflexionar sobre la naturaleza de la sabiduría (y la soledad) que poseen los pobres de espíritu. Por supuesto, la pobreza y los pobres mencionados en el pasaje de hoy se refieren a la pobreza material real, más que a un estado espiritual. Sin embargo, al meditar en este

texto y tratar de aplicarlo a nuestras vidas, me sentí guiado a considerar la dimensión espiritual; específicamente, la sabiduría que poseen aquellos que son «pobres de espíritu». Creo que existe una conexión entre la pobreza material y la pobreza de espíritu. La base de esta conexión, a mi parecer, se encuentra en Mateo 5:3: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Ciertamente, hay muchos creyentes verdaderamente piadosos que son materialmente ricos pero poseen un espíritu de pobreza. Por el contrario, hay muchos que son materialmente pobres pero carecen de esa pobreza de espíritu. El punto crucial no es si uno es materialmente pobre o rico; más bien, ya sea pobre o rico, el espíritu del creyente siempre debe permanecer pobre. Esto se debe a que Dios otorga bendiciones a los pobres de espíritu, y una de esas bendiciones es la sabiduría.

Al reflexionar sobre el pasaje de hoy —Eclesiastés 4:13-16— bajo el tema "La sabiduría de los pobres de espíritu", quisiera explorar tres aspectos de esta sabiduría y recibir las lecciones que Dios tiene para nosotros.

En primer lugar, la sabiduría de los pobres de espíritu radica en la capacidad de atender una advertencia.

Observemos Eclesiastés 4:13: "Mejor es el joven pobre pero sabio que el rey viejo pero necio, que ya no sabe atender una advertencia". Aquí, el rey Salomón establece tres comparaciones: un "joven" frente a un "rey", la sabiduría frente a la necedad y la pobreza frente a la riqueza. En resumen, el texto contrasta a un joven pobre pero sabio con un rey rico, anciano y necio. ¿Cuál es la esencia de esta comparación? No se trata de pobreza frente a riqueza, ni de juventud frente a vejez, ni de la distinción entre un muchacho y un rey; más bien, el elemento verdaderamente crucial es la sabiduría. Una persona sabia sabe aceptar consejo; es decir, sabe escuchar las recomendaciones de otros. En cambio, una persona necia o insensible se niega a aceptar consejos. El rey anciano y necio no sabe atender el consejo ni la advertencia (v. 13).

Mientras meditaba en este pasaje, me surgió una pregunta: "¿Fue siempre así este rey anciano y necio, incluso en su juventud?". Se me ocurrió que tal vez, cuando era joven —o antes de convertirse en rey—, escuchaba con humildad las exhortaciones amorosas, los consejos o las advertencias de quienes le rodeaban. Si ese fuera el caso, ¿qué hizo que se volviera tan insensible en su vejez? Sospecho que su riqueza y su poder como rey pudieron haber fomentado la arrogancia que lo llevó a esa insensibilidad. El Dr. Park Yun-sun observó: «Esto ilustra la desgracia de aquel que, tras haber ocupado el trono hasta la vejez, se ha vuelto arrogante y, por tanto, se niega a aceptar un buen consejo» (Park Yun-sun). Los arrogantes nunca escuchan los consejos sensatos —o acertados—; carecen de los oídos y del corazón necesarios para oírlos. Los sabios, en cambio, sí escuchan los buenos consejos. Como afirma el autor de Proverbios: «Al necio le parece bien su camino, pero el sabio escucha el consejo» (Proverbios 12:15). Cuando Salomón estaba a punto de convertirse en rey, pidió a Dios un «corazón sabio». Lo hizo porque deseaba ser capaz de distinguir entre el bien y el mal al juzgar al pueblo del Señor (1 Reyes 3:9). Un detalle interesante aquí es que la palabra hebrea traducida como «sabio» —*shema*— significa en realidad «escuchar». Esto revela que la actitud de fe de Salomón era de obediencia; en esencia, decía: «Si Dios habla, este siervo escuchará; ¡habla, Señor!». Nosotros también debemos escuchar la palabra de Dios con una actitud de obediencia, al igual que el rey Salomón. Debemos prestar atención a las palabras de Proverbios 19:20: «Escucha el consejo y acepta la instrucción, para que seas sabio al final». Es mi deseo que tú y yo adquiramos la sabiduría de los pobres de espíritu y lleguemos a ser personas que escuchan los buenos consejos.

En segundo lugar, sabemos que el Señor exalta la sabiduría de los pobres de espíritu.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 4:14: «Salió de la cárcel para ser rey, aun cuando nació pobre en aquel reino». Aquí, el rey Salomón explica por qué un joven sabio —a pesar de su pobreza— es mejor que un rey anciano y necio que ya no sabe atender a una advertencia. ¿Cuál es la razón? Es que el joven sabio, aunque nació en la pobreza e incluso estuvo encarcelado, finalmente fue liberado de la prisión para convertirse en el rey de

aquella tierra. Este pasaje no implica que hubiera otro rey gobernando junto al anciano y necio que se negaba a escuchar consejos; más bien, significa que el rey anciano y necio dejó el poder y este joven sabio y pobre le sucedió en el trono. Al oír esto, ¿qué personaje bíblico le viene a la mente? ¿No le recuerda a José, del libro del Génesis? Por supuesto, José no llegó a ser rey de Egipto. Sin embargo, cuando reflexiono sobre el «joven sabio» descrito en Eclesiastés 4:13-14 —quien «salió de la cárcel para ser rey» a pesar de su pobreza—, recuerdo a José. Él estuvo en prisión pero, gracias a la sabiduría que Dios le dio, interpretó el sueño del faraón y finalmente llegó a ser primer ministro de Egipto. Considere la historia de José: aunque sus hermanos lo odiaron, casi lo mataron y lo vendieron como esclavo en Egipto, Dios lo amaba profundamente y estaba con él, concediéndole éxito y sabiduría. Interpretó los sueños del copero (y del panadero) mientras estaba en prisión y, finalmente, interpretó el sueño del propio faraón; esto condujo no solo a su liberación de la cárcel, sino también a su nombramiento como primer ministro de Egipto.

La lección que aprendemos aquí es que Dios exalta a los pobres de espíritu, o a los humildes. La Biblia habla de esta verdad en muchos lugares. Considere, por ejemplo, la exhortación del apóstol Pedro a los «jóvenes» en 1 Pedro 5:5-6: «Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, revestíos de humildad los unos para con los otros, porque "Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes"». "Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo". Miren también lo que dice el apóstol Santiago en Santiago 4:10: "Humíllense delante del Señor, y él los exaltará". Así, la Biblia afirma claramente que cuando nos humillamos ante el Señor, él nos exalta. ¿Creen ustedes en esta promesa de Dios?

¿Por qué los pobres de espíritu no tienen más remedio que humillarse ante el Señor? Porque Jesús, nuestro Señor, se humilló a sí mismo. ¿Hasta qué punto se humilló Jesús? Jesús, "siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; más bien, se despojó a sí mismo, tomó la naturaleza de siervo y se hizo semejante a los seres humanos. Al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la

muerte, ¡y muerte de cruz!" (Filipenses 2:6-8). Al hacerlo, Dios "lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (versículos 9-11). Humillémonos todos tal como lo hizo Jesús. Humillémonos ante el Señor. Cuando lo hagamos, Dios ciertamente nos exaltará.

En tercer lugar, la sabiduría de los pobres de espíritu reconoce la vanidad del honor terrenal.

Observen el texto de hoy, Eclesiastés 4:15-16: "Vi que todos los vivientes que andan bajo el sol seguían al joven —el sucesor— que ocupó el lugar del rey. No tenía fin la multitud de gente que los precedía. Pero los que vinieron después no quedaron satisfechos con el sucesor. También esto es vanidad, un correr tras el viento". Lo que el rey Salomón observó "bajo el sol" fue esto: un joven pobre pero sabio (versículo 13) —que salió de la cárcel para convertirse en rey a pesar de haber nacido en la pobreza (versículo 14)— fue inicialmente seguido y aclamado por la multitud de personas bajo su gobierno (versículo 15). Sin embargo, con el paso del tiempo, cuando aquel joven rey envejeció, «los que vinieron después» —la siguiente generación de las mismas personas que habían estado con él en su juventud— ya no se complacían en el anciano monarca. Por ello, él declara: «También esto es vanidad; es como querer atrapar el viento» (v. 16). Al aplicar esto a nuestras propias vidas, comprendemos que el punto que el rey Salomón quiere transmitir es que el honor terrenal es fútil, semejante a intentar atrapar el viento (vv. 15-16).

A veces, durante las elecciones presidenciales en Corea o en Estados Unidos, me pregunto: «¿Por qué desean tanto llegar a ser presidentes?». Gobernar una nación debe de ser una tarea increíblemente difícil; ¿por qué se esfuerzan tanto por ganar la elección? ¿Qué cree usted que impulsa ese deseo de alcanzar la presidencia? ¿Es acaso una ansia de poder? En algunos países, los líderes incluso han tomado el poder mediante golpes de Estado. No obstante, más allá del simple deseo de poder, existe también la búsqueda del honor terrenal. Esto me lleva a plantearme: «¿Qué es realmente el honor terrenal?». En una ocasión, vi en

una película que hay militares de carrera —como los marines— que viven y mueren por el honor. Pero ¿qué beneficio real aporta tal honor terrenal a los ojos de Dios o desde una perspectiva eterna? ¿Qué valor tiene verdaderamente cuando se contempla bajo la óptica de la eternidad?

En cuanto al rey mencionado en el pasaje de hoy (Eclesiastés 4:15-16), aunque gozó de gran honor terrenal, no creo que lo haya experimentado en la misma medida que el propio Salomón. De hecho, en todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, probablemente no hubo rey alguno que disfrutara de tanto honor terrenal como Salomón. Sin embargo, él declara que tal honor carece de sentido y que perseguirlo «bajo el sol» equivale a intentar atrapar el viento. Afirma que el honor terrenal no reporta ningún beneficio real. Quienes son pobres de espíritu perciben y comprenden esta verdad. Al poseer la sabiduría que Dios otorga, saben que buscar el honor terrenal es un esfuerzo inútil. Por consiguiente, en lugar de buscar el honor del mundo, buscan la gloria de Dios. Los pobres de espíritu no viven para un honor terrenal sin valor, sino para la gloria verdadera y beneficiosa de Dios, la cual posee un valor eterno. Atienden el consejo que el Señor ofrece mediante Su Palabra, se humillan ante Él y viven en obediencia a Su Palabra, llevando así una vida que agrada a Dios.

Oro para que todos busquemos en Dios la sabiduría de los pobres de espíritu, convirtiéndonos en personas que saben escuchar bien, no solo el consejo que el Señor nos da mientras vivimos en esta tierra, sino también el de quienes nos rodean. Asimismo, oro para que vivamos vidas humildes —humillándonos ante el Señor y confiando en que Él ciertamente nos exaltará a su debido tiempo. Que seamos personas sabias y verdaderamente pobres de espíritu, que viven para la gloria de Dios en lugar de perseguir los vanos honores de este mundo.

«Pero tú debes temer a Dios».

[Eclesiastés 5:1-7]

¿Tememos verdaderamente a Dios tú y yo? Durante el estudio bíblico con el Consistorio y los diáconos ordenados, tras la reunión de oración del miércoles de la semana pasada, planteamos esta pregunta: «Entre el siervo del Señor, el profeta Jonás, y los marineros gentiles (no creyentes), ¿quién temía realmente más a Dios?». En el capítulo 1 de Jonás, la palabra «temor» aparece cuatro veces: «Los marineros tuvieron miedo» (1:5), «Él era un hombre que temía al Señor» (1:9), «Él tuvo mucho miedo» (1:10) y «Los hombres temieron grandemente al Señor» (1:16). Aquí, una de las menciones se refiere al profeta Jonás afirmando que era un hombre que temía a Dios, mientras que las otras tres describen el temor que sentían los marineros gentiles. Aunque Jonás confesó a los marineros gentiles que era un hombre que temía a Dios, sus acciones suscitan dudas sobre si realmente le temía. En cambio, los marineros gentiles sintieron miedo cuando la nave estuvo a punto de naufragar debido a una gran tormenta, pero sintieron un temor mucho mayor al escuchar la confesión de Jonás. Comenzaron a temer a Dios el Creador, al Dios que hizo el mar y la tierra; y finalmente, tras arrojar a Jonás al mar y ver que este se calmaba, temieron grandemente a Dios (1:16). En verdad, ¿quién temía más a Dios? ¿Fue Jonás, el siervo del Señor? ¿O fueron los marineros gentiles?

Al observar la última parte de Eclesiastés 5:7 en el texto de hoy, el Predicador, el rey Salomón, dice: «Pero tú debes temer a Dios». Hoy quisiera extraer tres lecciones sobre cómo se conducen aquellos que temen a Dios, basándome en el pasaje de Eclesiastés 5:1–7. Es mi

oración que tanto tú como yo acojamos estas lecciones y vivamos vidas que verdaderamente teman a Dios.

En primer lugar, quienes temen a Dios prestan atención a Su palabra.

Observemos Eclesiastés 5:1: «Guarda tus pasos cuando vayas a la casa de Dios. Acércate para escuchar en lugar de ofrecer el sacrificio de los necios, que no saben que hacen el mal». En el pasaje que meditamos anteriormente —Eclesiastés 4:13–16—, el rey Salomón comparó a un joven pobre pero sabio con un rey anciano y necio que se negaba a aceptar consejo o instrucción (versículo 13). Allí aprendimos que los sabios son aquellos que saben recibir consejo. Ahora, en Eclesiastés 5:1, vuelve a hablar sobre «escuchar la palabra». Nos dice que la persona sabia entra en la casa de Dios y escucha atentamente la palabra de Dios. Al meditar en este pasaje, me di cuenta de que no solo los sabios escuchan la palabra de Dios; quienes temen a Dios también le prestan atención. Para resumir mi pensamiento: la persona sabia (4:13) es aquella que teme a Dios (5:7), y quien teme a Dios es la persona sabia. La sabiduría y el temor de Dios están, por tanto, interconectados. Encontramos el fundamento de esto en Proverbios 1:7: «El temor del Señor es el principio del conocimiento, pero los necios desprecian la sabiduría y la instrucción». Entonces, ¿qué hace la persona sabia que teme a Dios? Al entrar en la casa de Dios, no solo cuida sus pasos, sino que también se acerca a Dios, deseosa de escuchar su voz (Eclesiastés 5:1). En cambio, los necios desprecian la sabiduría y la instrucción (Proverbios 1:7) y ofrecen sacrificios en lugar de escuchar la voz de Dios. ¿Qué figura del Antiguo Testamento nos trae esto a la mente? ¿Acaso no nos recuerda al rey Saúl? Dios ordenó la destrucción total de los amalecitas; sin embargo, Saúl desobedeció y no logró destruirlos por completo. Perdonó la vida al mejor ganado y, cuando más tarde fue confrontado por el profeta Samuel, puso excusas, alegando que había conservado los animales selectos para ofrecerlos como sacrificios a Dios. ¿Cuál fue la respuesta de Samuel? Fue simplemente esta: «La obediencia es mejor que el sacrificio» (1 Samuel 15:22). Lo que Dios desea es obediencia, no ofrecer sacrificios mientras se desobedece.

Debemos temer a Dios. Los sabios, que temen a Dios, no se limitan a escuchar su palabra, sino que la obedecen. Debemos oír y obedecer la palabra de Dios; debemos prestarle atención. El martes pasado, durante el servicio de oración de la madrugada, mientras leíamos y meditábamos en Levítico 26, vimos que Dios nos da mandamientos: si los escuchamos y obedecemos, hay bendición; pero si no les prestamos atención, hay disciplina. Un punto interesante es que, si el pueblo de Israel no escuchaba ni obedecía todos los mandamientos de Dios (versículo 14), Él los disciplinaba; sin embargo, si continuaban desobedeciendo incluso después de haber sido golpeados por la mano de Dios, Él declaraba repetidamente —cuatro veces, de hecho— que los castigaría «siete veces más» (versículos 18, 21, 24 y 28). ¿Qué significa esto? Revela cuán persistentemente el pueblo de Israel dejaba de prestar atención a la palabra de Dios. Dios nos disciplina cuando desobedecemos y, si aun así nos negamos a escuchar y persistimos en la desobediencia, nos golpea con una severidad siete veces mayor. ¿Por qué hace esto? Lo hace porque desea que tú y yo escuchemos su palabra y la obedezcamos. Este Dios es el mismo Dios al que tú y yo servimos. Nuestro Dios desea nuestra obediencia; la obediencia es mejor que el sacrificio. Por lo tanto, debemos entrar en la casa de Dios para adorar solo después de haber escuchado y obedecido su palabra. Nunca debemos acudir a la casa del Señor el domingo para adorar mientras ignoramos su palabra en nuestra vida diaria. Tal conducta es insensata a los ojos de Dios: es el comportamiento de alguien que no le teme. Tú y yo debemos llegar a ser personas que temen a Dios escuchando atentamente su palabra y obedeciéndola.

En segundo lugar, quienes temen a Dios le ofrecen sus oraciones de manera correcta. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 5:2: «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras». El rey Salomón afirma que quien teme a Dios no solo entra en la casa de Dios para atender a su palabra, sino que también se abstiene de hablar precipitada o apresuradamente en su presencia. Quienes temen a Dios no hablan con ligereza cuando entran en su casa para orar; en otras palabras, usan pocas palabras al orar

(Park Yun-sun). ¿Por qué quienes temen a Dios hablan poco al orar ante Él? La razón es que Dios está en el cielo, mientras que nosotros estamos en la tierra (versículo 2). Meditar en este pasaje me recordó Isaías 55:8-9: «Porque mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, ni sus caminos son mis caminos —dice el Señor—. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que los caminos de ustedes, y mis pensamientos más altos que los pensamientos de ustedes». ¿Cómo podríamos nosotros, que habitamos en la tierra, llegar a comprender la plena profundidad, amplitud y altura de los pensamientos de Dios, los cuales residen en el cielo? Sin embargo, temo que a menudo derrochamos una multitud de palabras en la oración sin captar verdaderamente los pensamientos sublimes de Dios. Debemos orar mientras vamos comprendiendo progresivamente los pensamientos elevados de Dios a través de su Palabra. Al mismo tiempo, a medida que nuestra fe crece, debemos orar a Dios con una fe cada vez mayor. Hemos de aferrarnos a la Palabra de Dios con fe al elevar nuestras oraciones, confiando plenamente en Él. Otra razón por la que debemos hablar poco al orar —por reverencia a Dios— es que «la multitud de palabras» conduce a la «voz del necio» (versículo 3). ¿Cómo es la voz del necio?

Observemos Eclesiastés 10:12-14: «Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, pero los labios del necio causan su propia ruina. Al principio sus palabras son insensatez; al final, son una locura perversa; y el necio multiplica las palabras. Nadie sabe lo que ha de venir; ¿quién puede decirle a otro lo que sucederá después de él?». Las palabras que salen de la boca del necio comienzan en la insensatez y terminan en una locura perversa; además, el necio habla en exceso. Sin embargo, al final, esa multitud de palabras necias no es más que vanidad. ¡Qué insensatez pensar que Dios responderá a oraciones llenas de tal palabrería vacía! Quienes temen a Dios poseen sabiduría; escuchan la palabra de Dios y presentan sus peticiones conforme a Su voluntad. En consecuencia, no incurren en repeticiones sin sentido. En otras palabras, quienes temen a Dios no oran divagando incoherentemente ni repitiendo interminablemente frases vacías ante Él. Por el contrario, la persona necia —que no escucha la voz de Dios y, por tanto, ora sin conocer Su voluntad—

habla precipitadamente, movida por la confusión y la prisa, repitiendo la misma oración una y otra vez. ¿Por qué siguen ofreciendo la misma oración? ¿Por qué hablan tanto al orar a Dios? Podemos encontrar la respuesta en Mateo 6:7: «Y al orar, no usen vanas repeticiones, como hacen los paganos, que piensan que serán escuchados por su mucha palabrería». Los paganos creían que debían hablar extensamente para que Dios escuchara sus oraciones. En cierto sentido, esto refleja una dependencia del mérito humano: la creencia de que uno puede obtener una respuesta a la oración mediante el esfuerzo humano, como ofrecer largas oraciones o hablar profusamente. Debemos orar a Dios confiando en el mérito de la cruz de Jesús. Cuando oramos, debemos hacerlo correctamente. ¿Cómo debemos dirigirnos a Dios en oración de la manera adecuada? Para orar correctamente, debemos acercarnos a Dios con un corazón preparado. Esto se debe a que lo que hay en nuestro corazón es lo que sale de nuestra boca (Mateo 12:34–37). Se dice que John Bunyan, autor de **El progreso del peregrino**, escribió: «En la oración, es mejor tener un corazón sin palabras que palabras sin corazón» (Wiersbe). Debemos elevar oraciones a Dios con un corazón sincero, y no meramente con palabras; este es el tipo de oración que es grata a los ojos de Dios. Al hacerlo, no hablaremos precipitada ni descuidadamente al orar (Eclesiastés 5:2). En otras palabras, evitaremos las repeticiones vacías y hablaremos con medida. Por supuesto, el versículo 2 del pasaje de hoy no significa que no debamos orar extensamente. Aconsejar que hablemos con medida no implica que nuestras oraciones deban ser breves. El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Este pasaje no se opone a la idea de que una oración sincera pueda ser larga y detallada. Una oración sincera **puede** ser larga y detallada. Esto se debe a que la fe implica confiar en el Dios que está en los cielos, lo cual lleva a la persona a derramar su alma y a orar con detalle» (Park Yun-sun). Debemos ofrecer a Dios tales oraciones: oraciones en las que derramamos nuestra alma y hablamos con detalle, confiando plenamente en Él.

Al reflexionar sobre Eclesiastés 5:1–7 junto con el pasaje estudiado anteriormente, Eclesiastés 4:13–16, comprendí que, al orar a Dios, primero debemos escuchar Su Palabra y obedecerla. En otras palabras, la oración y la obediencia a la Palabra deben ir de la mano.

Obedecer la palabra de Dios y orar a Dios nunca deben separarse; son como las dos caras de una misma moneda. Por tanto, cuando oramos a Dios, en lugar de limitarnos a hablar extensamente, debemos obedecer primero Su palabra. Dicho de otro modo, quienes temen a Dios derraman su alma en oración sincera mientras obedecen Su palabra.

En tercer lugar, quienes temen a Dios cumplen los votos que le han hecho.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 5:4: «Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo; Él no se complace en los insensatos. Cumple lo que has prometido». Si realmente tememos a Dios, viviremos nuestra fe atendiendo a su palabra y orando con un corazón sincero. Mediante una vida de fe así, demostramos nuestra sinceridad. ¿Cómo mostramos la sinceridad de nuestro corazón ante Dios? La mostramos a través de una vida de integridad. Y tal vida de integridad implica cumplir las promesas que le hemos hecho a Dios. Debemos cumplir los votos que le hemos hecho (5:5). ¿Qué es un «voto» en este contexto? ¿Qué significa hacer un voto a Dios? Significa hacerle un juramento solemne: un juramento cuyo cumplimiento conlleva una bendición, pero cuya transgresión acarrea una maldición. En el Antiguo Testamento, la primera persona en hacer tal voto a Dios fue Jacob. Mientras viajaba de Beerseba hacia Harán (Génesis 28:10), Jacob se detuvo en cierto lugar, usó una piedra como almohada y se quedó dormido; en sueños, vio a los ángeles de Dios subir y bajar por una escalera que se extendía desde la tierra hasta el cielo. Tras escuchar la voz de Dios (vv. 11-15) y despertar, llamó a aquel lugar Betel; allí, Jacob hizo un voto a Dios: «Entonces Jacob hizo un voto, diciendo: "Si Dios está conmigo y me protege en este viaje que emprendo, y me da alimento para comer y ropa para vestirme, de modo que regrese sano y salvo a la casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios; esta piedra que he erigido como pilar será la casa de Dios, y de todo lo que me des, te daré el diezmo"» (vv. 20-22). Según la Biblia, los votos hechos a Dios surgían ya fuera de la expectativa de recibir gracia de Él (Gn. 28:20) o de la gratitud por sus bendiciones (Sal. 116:12-14) (Youngblood). Además, hacer un voto formaba parte de la devoción diaria a Dios (Sal. 61:8) o estaba asociado con las fiestas anuales (1 Sam. 1:21). Tales votos debían hacerse voluntariamente y, una vez

hechos, debían cumplirse (Deut. 23:21–23; Ecl. 5:4–6). Por lo tanto, era necesario reflexionar detenidamente antes de hacer un voto (Prov. 20:25) (Youngblood).

Al meditar en este pasaje sobre los votos, reflexioné acerca de la relación de pacto entre Dios y nosotros. Lo que aprendí de esto es que, así como Dios cumple fielmente el pacto que ha establecido con nosotros, nosotros también debemos cumplir fielmente los votos que le hemos hecho. Si hemos hecho un voto a Dios al recibir su gracia y ofrecer oraciones de consagración, no debemos demorarnos en cumplirlo (Ecl. 5:4). Si hacemos un voto a Dios pero no lo cumplimos, o si nos demoramos en hacerlo, estamos pecando contra Él. Consideremos esto: si hacemos un voto a Dios y no lo cumplimos, ¿acaso no estamos mintiendo al Dios de verdad? Además, si no cumplimos un voto e intentamos excusarnos alegando que fue un error, la Biblia advierte: «¿Por qué Dios se ha de enojar a causa de tu voz y destruir la obra de tus manos?» (Versículo 6). Así, la Biblia afirma que «mejor es que no prometas, que no que prometas y no cumplas» (Versículo 5). Debemos prestar atención a las palabras de las Escrituras: «Porque en la multitud de los sueños y en las muchas palabras hay vanidad; pero tú teme a Dios» (Versículo 7).

Quisiera compartir con ustedes una oración de voto del Rev. A. W. Tozer: «¡Oh Señor! Tuve temor cuando escuché Tu voz. En un tiempo de gran crisis, me llamaste a emprender una tarea santa. Sacudirás las naciones, la tierra y los cielos para que permanezcan solo aquellas cosas que no pueden ser sacudidas. ¡Oh Señor, mi Señor! Te humillaste y me exaltaste, estableciéndome como Tu siervo. Nadie puede atribuirse la gloria de ser Tu siervo a menos que, como Aarón, sea llamado por Dios. Me concediste la ordenación para que predicara el Evangelio a aquellos cuyos corazones están endurecidos y cuyos oídos son tardos para oír. Puesto que Te rechazaron a Ti, su Maestro, también me rechazarán a mí, Tu siervo. ¡Dios mío! No perderé el tiempo lamentándome por mi debilidad e incapacidad. Eres Tú, no yo, quien lleva la responsabilidad. Dijiste: "Te conocí, te aparté y te santifiqué", y también: "Ve a dondequiera que te envíe y di todo lo que te mande". ¿Quién soy yo para discutir contigo? ¿Quién soy yo para cuestionar Tu elección soberana? Eres Tú, no yo, quien

toma la decisión. Señor, Tú decides. Que no se haga mi voluntad, sino la Tuya. ¡Oh Dios de los profetas y apóstoles! Si Te exalto, Tú me exaltarás. Por tanto, Dios misericordioso, concédeme cumplir este voto solemne a lo largo del ministerio de mi vida y darte gloria, ya sea navegando con viento favorable o luchando contra el viento en contra». Concédeme mantener este voto mientras tenga aliento, ya sea en la vida o en la muerte. ¡Oh Dios! Es el momento de que actúes. El enemigo ha entrado en Tu redil, desgarrando y dispersando a las ovejas. Sin embargo, hay tantos falsos pastores que afirman que no hay peligro; ignoran los riesgos que enfrenta Tu rebaño. Lamentablemente, las ovejas, engañadas por estos asalariados, los siguen con celo, mientras el lobo se acerca para matarlas y destruirlas. ¡Oh Dios! Te ruego que me concedas la sabiduría para percibir la cercanía del enemigo. Dame el valor para proclamar fielmente lo que he visto. Permite que mi voz refleje la Tuya; Entonces, incluso los enfermos entre las ovejas oirán Tu voz a través de mí y Te seguirán. Señor Jesús, al presentarme ante Ti, prepárame espiritualmente. Pon Tus manos sobre mí. Úngeme con el aceite de un profeta del Nuevo Testamento. No permitas que me convierta en un mero escriba religioso. Guárdame del error de olvidar mi llamado profético. Líbrame de las semillas de maldición que parecen marcar los rostros de tantos miembros del clero moderno: esa maldita tendencia a transigir, a imitar a otros y a caer en la rutina profesional. Ayúdame a evitar la insensatez de juzgar a una iglesia por su tamaño, su renombre o la cuantía de sus ofrendas anuales. Permíteme recordar que soy un profeta, no un hombre de espectáculo ni un administrador religioso. Que nunca olvide mi identidad como profeta. No permitas que me convierta en siervo de las multitudes clamorosas. Sana mis ambiciones carnales; líbrame del anhelo de popularidad... Líbrame. Asimismo, no permitas que me convierta en esclavo de las posesiones materiales. Que no sea yo alguien que pierde el tiempo ocioseando en casa. ¡Oh Dios! ¡Concédeme temerte! Entonces buscaré un lugar de oración y libraré batalla contra principados, potestades y los gobernadores de las tinieblas de este mundo. Ayúdame a no comer ni dormir en exceso. Capacítame para disciplinarme y ser un buen soldado de Jesucristo. Elijo trabajar arduamente en este mundo y recibir poco a cambio. No busco una posición de comodidad. Rechazaré cualquier método innoble que pudiera hacer mi vida más cómoda. Aunque otros sigan el camino fácil, yo elegiré el difícil

sin juzgarlos con dureza. Habrá quienes se opongan a mí, pero responderé a ellos con serenidad. Cuando las personas bondadosas del Señor —como a menudo hacen con los siervos del Señor— intenten ofrecerme regalos de gratitud, sostenme para que no tropiece. Concédeme la sabiduría para hacer buen uso de lo que se me dé; así, ni mi alma ni mi fortaleza espiritual sufrirán daño alguno por ello. Si, en Tu profunda providencia, me concedes honor dentro de Tu iglesia, permíteme recordar siempre dos cosas: primero, que soy indigno incluso de la menor de Tus gracias; y en segundo lugar, que si la gente conociera mi verdadero ser, no me otorgaría tal gloria, o bien concedería ese honor a quienes lo merecen más que yo. ¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! Consagro a Ti el resto de mis días. Ya sea que dispongas que sean breves... ...o que mi vida sea larga. Si es Tu voluntad, permíteme comparecer ante los poderosos; pero si es Tu voluntad, permíteme buscar y servir a los humildes y a los pobres. La elección no me corresponde a mí; es más, aun si pudiera elegir, no lo haría. No soy más que un siervo que cumple Tu voluntad. Tu voluntad es máspreciada para mí que el estatus, la riqueza o el honor; elijo Tu voluntad por encima de todas las cosas en el cielo y en la tierra. Tú me has elegido y me has concedido la gloria de un llamamiento santo y sublime. Sin embargo, ayúdame a recordar que no soy más que ceniza y polvo, y a no olvidar nunca que soy un ser humano nacido con las imperfecciones y pasiones innatas que afligen a la humanidad. Por tanto, oh Señor y Salvador mío, líbrame de mí mismo; no permitas que hiera mi propia alma mientras me esfuerzo por ser una bendición para los demás. Lléname con el poder del Espíritu Santo, para que pueda caminar en Tu fortaleza y proclamar Tu justicia. Mientras tenga aliento, difundiré el mensaje de Tu amor redentor. Y así, oh Señor amoroso, cuando envejezca y me fatigue, y ya no pueda trabajar más, prepárame una morada en el cielo y cuéntame entre Tus santos que habitan en la gloria eterna. Oro en el nombre de Jesús. Amén.

«No te sorprendas por esto»

[Eclesiastés 5:8–9]

Ayer, martes por la tarde, asistí al funeral del cuñado de un diácono de la iglesia. Al llegar a la capilla Skyrose, dentro del parque conmemorativo Rose Hills, me acerqué primero al féretro donde yacía el difunto y puse mi mano sobre la suya. Su mano estaba fría. Cuando lo había visitado en la unidad de cuidados intensivos del hospital St. Vincent y puse mi mano sobre la suya para orar, su mano estaba cálida; sin embargo, ahora que había entrado en su sueño eterno, estaba verdaderamente fría. Después, saludé a la familia afligida y pasé a una sala privada para prepararme para el servicio; allí leí un documento facilitado por el coordinador funerario estadounidense de Rose Hills. Descubrí que el difunto compartía la misma fecha de nacimiento —el 3 de marzo— que mi primogénito, Ju-young, quien había fallecido en mis brazos. En consecuencia, durante el servicio funerario, compartí la historia de Ju-young mientras transmitía el mensaje de Dios. Al hacerlo, proclamé el «amor de Dios» a la familia doliente. Aunque conocía al difunto desde hacía menos de tres semanas, mientras adoraba a Dios, el Espíritu Santo conmovió mi corazón hacia su familia y sus hermanos, impulsándome a proclamar con fervor la Palabra de Dios. Esa misma noche, entré en la habitación que compartían mis amadas hijas, Yeri y Ye-eun, y le conté a Yeri — que aún no se había dormido— lo sucedido en el funeral. Le expliqué que el difunto tenía dos hijas en edad de bachillerato que lloraban amargamente la pérdida de su amado padre, y le dije que había orado a Dios por esas dos hermanas. Entonces Yeri preguntó: «¿Así que, cuando Ye-eun y yo estemos en bachillerato, nosotras también estaremos así?». Al parecer, Yeri imaginaba que, cuando ella y su hermana menor, Ye-eun, llegaran a la edad de bachillerato, yo fallecería y ellas tendrían que organizar mi funeral. Así que le dije: «Aunque

papá muera, si crees en Jesús, tendrás la esperanza de la resurrección y nos volveremos a encontrar en el cielo». Entonces, al ver a Yeri bostezar, bromeé diciendo: "Realmente te pareces a tu mamá; cada vez que papá habla de algo serio, te da sueño, jaja". Ella también se rio ante ese comentario.

Después de hablar con Yeri, me pregunté si había abordado el tema de la muerte con niños demasiado pequeños. Sin embargo, por otro lado, quería enseñarles a mis amados hijos la realidad de que algún día tendrían que separarse de nosotros, mientras —sobre todo— les inculcaba la esperanza de la resurrección y del cielo mediante la fe en Jesús. En consecuencia, las conversaciones sobre la muerte no son nada inusual en nuestra familia. No obstante, hay momentos en los que realmente me sorprende. Siempre que hablo de fe y muerte con los niños, nuestra hija menor, Yeeun, suele decir cosas que me toman por sorpresa. Por ejemplo, hoy, mientras llevaba a los niños a la iglesia, les conté sobre mi visita al hospital para ver al pastor Gómez, quien dirige el ministerio hispano de nuestra iglesia. Yeeun dijo: "Dios lo salvará porque él ama a Dios, es un predicador...". Me sorprende porque ella sale con cosas que yo ni siquiera había considerado; al reflexionar sobre sus palabras, percibo que su mentalidad se está volviendo cada vez más espiritual. A menudo me asombra ver cómo todo se contempla y se expresa poniendo a Dios en el centro.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 5:8, el rey Salomón nos dice: "No te sorprendas del asunto". En otras palabras, nos dice que no nos asombremos. ¿Qué es exactamente lo que nos dice que no debe sorprendernos? Es "la opresión de los pobres y la perversión de la justicia". Dicho de otro modo, el rey Salomón afirma que no debemos escandalizarnos ni siquiera cuando veamos a campesinos pobres siendo oprimidos y privados de sus derechos. Observemos la primera parte de Eclesiastés 5:8: "Si ves opresión de pobres y perversión de justicia en una provincia, no te sorprendas del asunto". Lo que el rey Salomón presencié en este mundo fue la opresión de los pobres. ¿A quiénes vio oprimiéndolos y de qué manera? Vio a "altos funcionarios" —administradores tiránicos— oprimiendo a los pobres mediante la perversión de la justicia. Sin embargo, lo interesante es que se nos dice que no debemos

sorprendernos al ver tales cosas. ¿Por qué no deberíamos sorprendernos ante tales actos pecaminosos? ¿Cuál es la razón? En primer lugar, debemos aclarar que el rey Salomón de ninguna manera justifica los actos ilegales de funcionarios tiránicos que oprimen a los pobres (Wiersbe). Más bien, la razón por la que el rey Salomón dijo «no te sorprendas del asunto» es que ya había sido testigo de toda la opresión que ocurre «bajo el sol» (4:1). En otras palabras, tras haber visto con frecuencia a quienes ostentan el poder oprimir a los débiles y desvalidos bajo el sol, afirma que tales sucesos no son sorprendentes. Para ser más específicos, el rey Salomón observó maldad en el lugar del juicio e incluso allí donde la justicia debería prevalecer; por tanto, no le sorprendió que figuras poderosas y malvadas pisotearan la justicia y oprimieran a los débiles y empobrecidos (3:16).

No resulta sorprendente presenciar o tener noticias de personas comunes y sin poder que son maltratadas y privadas de sus derechos por los ricos y poderosos de este mundo; tales sucesos son, por desgracia, demasiado frecuentes. Existe un libro titulado **The Unheard Truth: Poverty and Human Rights** (La verdad no escuchada: pobreza y derechos humanos), escrito por Irene Khan, séptima secretaria general de Amnistía Internacional, la organización de derechos humanos más grande del mundo. Esta obra se centra en analizar las cuestiones de derechos humanos derivadas de la pobreza. A través de ella, Khan pretendía transmitir que la causa fundamental de la pobreza no es simplemente la falta de ingresos, sino más bien la discriminación que enfrentan las personas. Durante su visita a Corea, donde presidió un encuentro especial titulado "Derechos humanos: el momento es ahora" en el Salón Conmemorativo del Centenario de la Escuela Secundaria Femenina Ewha —al que asistieron unos 400 miembros de Amnistía Internacional Corea—, pronunció las siguientes palabras durante una sesión de entrevista abierta (que incluyó una ronda de preguntas y respuestas con los asistentes) y un diálogo especial con Hong Se-hwa, miembro del comité de planificación del diario **The Hankyoreh**: "Estas personas viven en la inestabilidad, están marginadas y carecen de voz. En particular, se les priva de derechos fundamentales como el acceso a la educación, la salud y la vivienda. No es casualidad que el 70 % de las personas pobres del mundo sean mujeres. Además, entre la población empobrecida figuran

numerosos miembros de minorías étnicas, migrantes y pueblos indígenas. Esto se debe a que las personas son pobres precisamente *porque* sufren discriminación, y sufren discriminación *porque* son pobres" (Internet). Otra cuestión de la que tenemos conocimiento —principalmente a través de los medios de comunicación— es la "esclavitud infantil". Se informa que, especialmente en las naciones empobrecidas, los niños son frecuentemente víctimas de abusos y trabajos forzados, al tiempo que se les priva de sus derechos. Un informe de 2005 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) estimó en 12,3 millones el número de niños en esta situación. Se calcula que la trata internacional de personas —una forma moderna de comercio de esclavos— afecta anualmente a entre 800.000 y 900.000 personas, con un valor de mercado que oscila entre los 10.000 y los 32.000 millones de dólares. La esclavitud moderna es un fenómeno global: en Oriente Medio existe la esclavitud doméstica; en el sur de Asia, la esclavitud por servidumbre por deudas; en Uganda y Sri Lanka, la esclavitud de niños soldados; y en las naciones desarrolladas se registran altas tasas de esclavitud sexual. Los traficantes crean esclavos mediante diversos métodos, como la violencia, el secuestro, el fraude, la intimidación y el suministro de drogas. Existen redes de trata de personas que captan esclavos prometiendo buenos empleos o viajes gratuitos, e incluso hay padres empobrecidos que venden a sus hijos a los traficantes de esclavos modernos. La moderna "industria de la esclavitud" prospera gracias a factores como la mejora del transporte, las penas leves, la laxitud en los controles fronterizos y la complicidad entre altos funcionarios gubernamentales y redes internacionales de tráfico de esclavos; la globalización está impulsando esta industria. Por tanto, el rey Salomón nos exhorta a no sorprendernos cuando veamos a los pobres ser maltratados y privados de sus derechos por funcionarios opresores.

Hay algo en este mundo que debería asombrarnos: el hecho de que los funcionarios opresores que maltratan a los pobres no se percaten de que existen superiores por encima de ellos que castigarán su maldad. Observemos la última parte de Eclesiastés 5:8: «...porque un funcionario superior vigila al alto funcionario, y hay otros aún más altos por encima de ellos». Si bien al rey Salomón no le sorprendía ver en este mundo a funcionarios

opresores que despojaban a los pobres de sus derechos y los maltrataban, le resultaba verdaderamente desconcertante que dichos funcionarios ignoraran la existencia de autoridades superiores a ellos mismos. Poseedor de sabiduría, Salomón conocía al Señor —el Rey de reyes— que estaba por encima de él; sin embargo, los reyes y funcionarios insensatos de este mundo, carentes de tal sabiduría, no reconocían la supremacía del Señor. En consecuencia, abusaban de su autoridad para maltratar a los pobres, vulnerables y desvalidos. En última instancia, estos gobernantes insensatos maltratan a los pobres porque no se dan cuenta de que el Señor está por encima de ellos. No solo carecen de temor al juicio mientras cometen tales abusos, sino que desconocen por completo la existencia misma de dicho juicio. Al rey Salomón le parecía asombrosa esta ignorancia. Le desconcertaba especialmente por qué los gobernantes y funcionarios maltrataban a los agricultores, precisamente a aquellas personas cuyo trabajo producía los frutos de la tierra que sustentaban su propio modo de vida (versículo 9) (Park Yun-sun). ¿No resulta extraño? Presidentes, políticos y funcionarios públicos se ganan la vida gracias al arduo trabajo de los agricultores y ciudadanos comunes; ¿no es desconcertante, entonces, ver a figuras opresoras despojando de sus derechos y maltratando a estas mismas personas? Al meditar en este pasaje, recordé Efesios 6:9: «Amos, tratad a vuestros esclavos de la misma manera. No los amenacéis, pues sabéis que aquel que es tanto su Amo como el vuestro está en el cielo, y para él no hay acepción de personas». ¿Por qué los jefes en el trabajo abusan de sus empleados mostrando favoritismo y profiriendo amenazas? Porque no se dan cuenta de que ellos también tienen un Amo en el cielo; es decir, no reconocen la presencia del Señor. Incluso si son conscientes de la existencia del Señor, no reconocen Su soberanía en su vida profesional, lo que los lleva a maltratar y amenazar a sus trabajadores. En consecuencia, carecen de toda reverencia hacia Dios. Como no temen al Dios justo, no sienten temor alguno al cometer el pecado de oprimir a los pobres; en otras palabras, actúan con audacia al hacer el mal. Abusamos de los derechos que Dios nos ha concedido porque no le tememos. Por eso el rey Salomón declaró: «Debes temer a Dios» (Eclesiastés 5:7). Debemos temer a Dios y tener presente que Él ve y examina todo lo que hacemos. Debemos recordar especialmente que Dios vela por los huérfanos, las viudas, los pobres y su pueblo cuando

son maltratados; por tanto, no debemos abusar de los pobres ni de los agricultores necesitados privándolos de sus derechos. Al contrario, como cristianos, debemos cuidar de ellos. Además, cuando presenciamos o nos enteramos de que funcionarios opresores maltratan a los desvalidos, a los indigentes y a los pobres, debemos clamar al Señor —que está por encima de todos esos gobernantes— y orar pidiendo la liberación de Dios. ¿Cuántas cosas pecaminosas encontramos, oímos y sentimos al vivir en este mundo? Ya no nos escandalizamos al ver las noticias o escuchar informes sobre personas que se matan unas a otras. Incluso al oír hablar de un asesino que ha matado de forma brutal —aunque ello pueda suscitar interrogantes sobre el alcance de la crueldad humana—, ya no nos sorprendemos realmente. La razón es que tales actos reflejan la naturaleza pecaminosa de la humanidad. Por eso no me resulta extraño leer sobre los funcionarios opresores descritos por el rey Salomón en Eclesiastés 5:8-9: aquellos que pisotean la justicia y maltratan a los pobres. Ya no me sorprenden tales conductas humanas pecaminosas. Sin embargo, hay algo más que me llama poderosamente la atención en estos días; algo que a menudo me llena de asombro. Ocurre cuando veo, con ojos y oídos espirituales, cómo Dios obra en mi propia vida y en la vida de los seres queridos que me rodean. Por ejemplo, esta mañana, al arrancar el coche para dirigirme al servicio de oración matutino y encender el teléfono, encontré un mensaje de voz esperándome. Era un mensaje de un evangelista —llamémosle Evangelista Kim— que se preocupa profundamente por mí y por nuestra iglesia. Llamaba para decirme que por fin había encontrado a un excelente músico acompañante. Escuchar ese mensaje me sacó una sonrisa. Doy gracias a Dios al reconocer con asombro cuán precisamente Él envía a los colaboradores que nuestra iglesia necesita, exactamente en su tiempo perfecto. Apenas el lunes pasado, a la hora del almuerzo, hablé por teléfono con una diaconisa sobre la necesidad que tenía nuestra iglesia de contar con alguien que acompañara la música. Ella y su esposo se habían comprometido a ayudar a nuestra iglesia durante un mes y, dado que este próximo domingo se cumplía dicho plazo, les animé a no preocuparse por nosotros y a sentirse libres de regresar a su iglesia de origen. Le dije que, puesto que esta es una iglesia establecida por el Señor, Él se encargaría de ella, por lo que no había motivo de preocupación. Sin embargo, ella respondió que no podía simplemente

dejar de ayudarnos y volver a su propia iglesia sin que se hubiera encontrado un reemplazo para la música. A menudo me maravillo al ver cómo obra Dios en nuestra iglesia. No obstante, cuanto más camino por la senda de la fe, más me sobrecoge el hecho asombroso de que Jesús fue crucificado y murió por un pecador como yo.

Amados, está por ocurrir un acontecimiento que nos dejará a todos maravillados: la Segunda Venida de nuestro Señor Jesús. En aquel día y a aquella hora, no solo seremos testigos, sino que también experimentaremos algo que trasciende nuestra imaginación. Quedaremos maravillados ante el glorioso regreso del Señor y viviremos la gloriosa transformación que este conlleva. Mientras vivimos en esta tierra —aguardando ese día con oración y expectación—, ofrezcamos acción de gracias, alabanza, adoración y gloria a Dios en un espíritu de santo asombro, experimentando sus obras poderosas en medio de un mundo que ya no valora las cosas de Dios.

Trabajadores que duermen plácidamente

[Eclesiastés 5:10-12]

¿Duerme usted bien por la noche? Según el profesor Yong-Won Cho, del Departamento de Neurología del Hospital Dongsan de la Universidad Keimyung y miembro de la Sociedad Coreana de Investigación del Sueño, una encuesta realizada a 5000 hombres y mujeres adultos coreanos reveló que 1141 personas padecían trastornos del sueño nocturno; es decir, se determinó que aproximadamente el 22,8 % sufría insomnio. En Occidente, se informa que entre el 20 % y el 30 % de la población adulta total padece trastornos del sueño nocturno (Internet). Personalmente, he escuchado relatos de la época de la ocupación japonesa sobre cómo la policía nipona impedía dormir a los coreanos como forma de tortura. ¿Qué tan angustiante resulta no poder dormir? Estudios recientes indican que, si no se duerme lo suficiente, la fatiga mental se intensifica y la salud física se deteriora; en casos graves, se sabe que esto aumenta la susceptibilidad a padecer hipertensión, diabetes, accidentes cerebrovasculares y cáncer (Internet).

****Trabajadores que duermen plácidamente**** En la parte final del Salmo 127:2, el salmista, el rey Salomón, dice: «...pues a su amado le concede el sueño». ¿Qué beneficios aporta a nuestro organismo dormir bien por la noche? Según las investigaciones, el sueño es crucial para recuperarse de la fatiga, el crecimiento físico, el fortalecimiento de las defensas, la regulación de la temperatura corporal y la preservación de la función cognitiva y la memoria (Internet). En cuanto a la duración adecuada del sueño según la edad, los bebés permanecen despiertos unos 30 minutos después de alimentarse a partir de los 2 o 3 meses de vida y, posteriormente, el tiempo de sueño se reduce gradualmente. Por lo general, se

recomienda dormir entre 16 y 20 horas en la lactancia; de 12 a 13 horas en la primera infancia; de 10 a 11 horas para los alumnos de los primeros cursos de primaria y de 9 a 10 horas para los de los cursos superiores; de 8 a 9 horas durante la adolescencia; de 7 a 8 horas en la juventud; y de 6 a 7 horas en la mediana edad. Para los adultos de mediana edad, la recomendación es de 6 a 7 horas; si se logra dormir profundamente durante seis horas sin interrupciones, uno se siente verdaderamente renovado al despertar. Por el contrario, si uno se despierta con frecuencia o pasa una noche inquieta, se siente bastante agotado por la mañana.

En el texto de hoy, Eclesiastés 5:12, el rey Salomón, el Predicador, afirma: «Dulce es el sueño del trabajador, coma poco o mucho; pero al rico, su abundancia no le deja dormir». Al meditar en este versículo, me vino a la mente el título «El trabajador que duerme plácidamente»; lo adopté como título para este mensaje y me pregunté: «¿Cómo es posible que un trabajador duerma tan plácidamente?». Encontré una o dos respuestas a esta pregunta dentro del texto:

En primer lugar, la razón fundamental por la que un trabajador puede dormir plácidamente es que realiza una labor. En otras palabras, la razón por la que un trabajador duerme plácidamente es que trabaja duro.

Un trabajador duerme plácidamente porque trabaja duro. Dicho de otro modo, no es perezoso; trabaja con diligencia y se esfuerza, lo que le permite disfrutar de un sueño reparador. La Biblia, sin embargo, dice que los ricos no pueden dormir. ¿Cuál es la razón de esto? He identificado dos posibles motivos:

(1) La primera razón es la pereza. Observemos Eclesiastés 4:5: «El necio cruza los brazos y se arruina». Aquí, la frase «retirar la mano» implica que «el necio no trabaja». En otras palabras, un necio es una persona perezosa, y a la persona perezosa le desagrade el trabajo (Proverbios 21:25).

Además, quienes rechazan el trabajo no derraman el sudor de una labor honesta y, por tanto, no pueden disfrutar de un sueño reparador.

(2) La segunda razón tiene que ver con el exceso de comida. Consideremos Eclesiastés 5:12: «Dulce es el sueño del trabajador, coma poco o mucho; pero la abundancia del rico no le deja dormir». Desde una perspectiva física, cuando ingerimos una comida abundante y nos sentimos saciados, resulta difícil acostarse y dormir cómodamente. Esto se debe a que los alimentos consumidos requieren movimiento físico para la digestión; si uno intenta dormir sin realizar tal actividad, la plenitud del estómago impide un sueño reparador. También desde una perspectiva material, cuando poseemos riqueza y estamos saciados, tendemos a caer en la inclinación pecaminosa de la pereza: vivir una vida de ocio sin trabajar. Al carecer del sudor que produce el trabajo honrado, no podemos disfrutar de un sueño reparador. En cambio, el trabajador que se esfuerza disfruta de un sueño dulce precisamente gracias a esa labor.

¿Qué es el trabajo? El trabajo es un acto virtuoso de obediencia al mandato de Dios de trabajar y comer (Park Yun-sun). Debemos trabajar en obediencia al mandato divino y por reverencia hacia Él. Debemos trabajar con diligencia. Debemos esforzarnos arduamente, incluso hasta llegar a sudar. Sin embargo, hay un punto crucial que debemos recordar: nuestro trabajo debe ser provechoso. Demasiados creyentes en Jesús llevan vidas caracterizadas por labores inútiles o vanas. Sudan y se esfuerzan en tareas que no reportan ningún beneficio; trabajos estériles que no producen nada de valor a los ojos de Dios. Por eso el rey Salomón dijo en Eclesiastés 2:22-23: «¿Qué saca el hombre de todo su trabajo y del afán con que se esfuerza bajo el sol? Todos sus días son dolor y pesadumbre; ni siquiera de noche descansa su mente. También esto es vanidad». No debemos dedicarnos a labores inútiles. No debemos trabajar meramente para nuestra propia gloria. Si sudamos y nos esforzamos solo para satisfacer nuestra propia codicia, no podremos disfrutar del sueño reparador que Dios concede. En su lugar, debemos dedicarnos a un trabajo que sea verdaderamente provechoso. ¿Qué clase de trabajo es provechoso a los ojos de Dios? Aquel

que se realiza para la gloria de Dios. En otras palabras, un trabajo provechoso es hacer la obra del Señor. Cuando realizamos diligentemente la obra del Señor para Su gloria, Dios nos concede un sueño reparador.

En segundo lugar, el trabajador puede dormir profundamente porque experimenta una sensación de satisfacción en su vida.

La situación de los ricos es distinta; carecen de satisfacción vital. Aun contando con abundante dinero y riqueza, nunca están satisfechos —ni podrán estarlo jamás— con sus ingresos, que no dejan de aumentar. El rey Salomón afirma: «El que ama el dinero, nunca se sacia de dinero; el que ama las riquezas, nunca se sacia de sus ganancias. También esto es vanidad» (Eclesiastés 5:10). También dice: «Todas las cosas son fatigosas, más de lo que se puede expresar. El ojo nunca se sacia de ver, ni el oído se harta de oír» (1:8). La afirmación de que el ojo y el oído nunca quedan satisfechos implica que, al igual que el mar nunca se llena a pesar de que el agua fluye constantemente hacia él (versículo 7), la codicia humana no conoce límites. Por lo tanto, cuando alimentamos en exceso nuestra codicia con abundancia material, resulta difícil dormir. La razón es que la codicia nunca puede saciarse. Como viven constantemente preocupados por cómo ganar más dinero y acumular riquezas, no pueden dormir profundamente. En resumen, el motivo por el que los ricos no pueden dormir bien es su amor al dinero; y dado que el dinero en sí mismo no puede satisfacernos verdaderamente, son incapaces de conciliar un sueño reparador. Como nos dice el conocido versículo de 1 Timoteo 6:10: «el amor al dinero es la raíz de toda clase de males»; naturalmente, quienes aman el dinero no pueden dormir en paz. Sin embargo, los trabajadores que aman a Dios más que al dinero pueden dormir profundamente. En otras palabras, aquellos que dejan de lado la codicia por las riquezas materiales y viven contentos, satisfechos únicamente con Jesús, logran disfrutar de un buen descanso nocturno. Al haberse desprendido de la codicia, poseen una paz interior que les permite dormir bien. Además, como trabajan para la gloria del Señor —más allá de la cantidad de bienes materiales que posean—, Dios les concede un sueño dulce y reparador. Los trabajadores

sabios que viven satisfechos solo con el Señor duermen profundamente. ¿Duerme usted profundamente?

En mi familia, todos parecen dormir muy bien, excepto mi hijo Dylan y yo. Mi hija mayor, Yeri, tiene un sueño especialmente profundo; en cuanto se acuesta, parece quedarse dormida en cuestión de dos o tres minutos. Creo que en este aspecto ha salido a su madre. Mi esposa también se duerme muy rápido al acostarse, agotada tras una larga jornada de trabajo y tareas domésticas. Solía decirle: «Qué bien debe de ser dormirse tan rápido». Decía esto porque yo no soy de los que duermen profundamente. Eso no quiere decir que sufra de insomnio. Sin embargo, siempre que no logro dormir bien, pienso en aquellos a quienes les cuesta conciliar un sueño reparador. A menudo me pregunto: «¡Qué profunda desdicha deben sentir!». Amigos míos, dormir profundamente es una bendición. Como nos dice el pasaje de las Escrituras de hoy, la capacidad de disfrutar de un sueño dulce y reparador es una gran bendición. Dios no otorga esta bendición a los ricos que ya están saciados, sino a los trabajadores que se esfuerzan con diligencia y hallan satisfacción en sus vidas. ¿Estamos trabajando arduamente para el Señor? ¿Poseemos paz en el corazón, encontrando nuestra satisfacción únicamente en el Señor?

Dios, quien otorga riqueza y bienes, nos permite disfrutarlos

[Eclesiastés 5:13-20]

¿Sabe quién es la persona más rica del mundo? La semana pasada vi una noticia en Internet titulada «Lista de los más ricos del mundo en 2010: Bill Gates deja el primer puesto», la cual indicaba que la persona más rica del mundo en 2010 era el mexicano Carlos Slim Helú (con un patrimonio neto de 53.300 millones de dólares). Carlos Slim Helú amasó su fortuna tras fundar una empresa, y se dice que la compañía que dirige es la mayor empresa de telecomunicaciones de América Latina. Para hacerse una idea de su inmensa riqueza, existe un dicho según el cual, si los mexicanos gastan 100 wones al día, 70 de ellos van a parar a su bolsillo. Según la revista de negocios estadounidense **Forbes**, Carlos Slim Helú, presidente de Telmex, aumentó su patrimonio neto en 18.500 millones de dólares en un solo año, alcanzando un total de 53.500 millones de dólares (aproximadamente 60,65 billones de wones) y convirtiéndose en la persona más rica del mundo. Esta fue la primera vez en 16 años —desde 1994— que la persona más rica del mundo provenía de un país distinto a Estados Unidos. Por regiones, Asia registró el mayor número de nuevos multimillonarios en 2010, con 97 personas. Además, China se situó por primera vez como la segunda nación con más multimillonarios. Corea del Sur, que el año anterior contaba con solo cuatro multimillonarios, vio aumentar esa cifra a 11 este año. Lee Kun-hee, expresidente de Samsung, ascendió del puesto 205 al 100, ya que sus activos totales se duplicaron con creces hasta alcanzar los 7.200 millones de dólares. ¿Cómo llegaron, entonces, a convertirse en magnates tan acaudalados?

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 5:19, el rey Salomón —el Predicador— afirma: «Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios». A través del rey Salomón, debemos aprender tres lecciones que Dios nos transmite.

En primer lugar, Dios es quien nos concede riquezas y bienes.

Aquí, la palabra «nosotros» no se refiere a aquellos descritos en Eclesiastés 5:10 como «amantes de la plata». Dios no otorga riquezas y bienes a quienes aman el dinero. Incluso si llegara a darles tales cosas, sería una maldición —o una forma de castigo— más que una bendición. ¿Cómo pueden las riquezas y los bienes convertirse en una maldición o un castigo para quienes aman el dinero? Uno de esos castigos es el apetito insaciable de la codicia. Cuando quienes aman el dinero adquieren más, su codicia solo se intensifica, dejándolos incapaces de hallar satisfacción alguna en la vida. Este es precisamente el castigo. ¡Qué terrible maldición es albergar un corazón codicioso que nunca puede saciarse! Quienes aman el dinero y poseen tal codicia insaciable no encuentran paz en sus corazones. En este contexto, «nosotros» no se refiere a los que aman el dinero, sino a los que aman a Dios. En otras palabras, Dios concede riquezas y bienes a quienes le aman. Aquí, «los que aman a Dios» se refiere a las personas que le temen y guardan sus mandamientos. Observemos el Salmo 112:1–3: «¡Alabad al Señor! Bienaventurado el hombre que teme al Señor, que en sus mandamientos se deleita en gran manera. Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendecida. Riquezas y bienes habrá en su casa, y su justicia permanece para siempre». Dios bendice a quienes le temen y se deleitan en gran manera en sus mandamientos, otorgando riquezas y bienes a sus hogares. ¿Cómo, entonces, concede Dios la bendición de las riquezas y los bienes a quienes le temen y guardan sus mandamientos? Él otorga esta bendición dándoles el «poder para adquirir riquezas» (Deuteronomio 8:18). Quienes no temen a Dios no piensan de esta manera; en lugar de reconocer que Dios les dio la capacidad de adquirir riquezas, creen que ganaron su

dinero mediante sus propias fuerzas. Para tales personas, la riqueza material se convierte en una maldición más que en una bendición.

En segundo lugar, Dios es quien nos permite disfrutar verdaderamente de las riquezas y los bienes que nos ha dado. Creo que las personas más insensatas del mundo son aquellas que poseen una gran riqueza pero no logran disfrutarla. ¡Qué insensatez es malgastar esa riqueza en placeres vanos, incluso si uno llega a utilizarla! ¿Por qué, insensatamente, no disfrutan de su abundante riqueza? Encontré la respuesta en el texto de hoy, Eclesiastés 5:13: «Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por su dueño para su propio mal». ¿Por qué no disfrutan de su abundante riqueza? Porque el dueño acumula sus bienes de una manera que le causa daño. ¡Qué acto tan insensato! ¿Por qué la gente se aferra a la riqueza hasta el punto de que esta llega a perjudicarla? La causa fundamental es que aman el dinero —o las posesiones materiales— más que a sí mismos. ¿Cómo puede el dinero ser más valioso que una vida humana? El Dr. Park Yun-sun dijo una vez: «Es perjudicial sacrificar la propia vida por algo que no se puede poseer para siempre». Ciertamente, esto es una grave insensatez. El rey Salomón intentó desesperadamente aferrarse a su riqueza —incluso en detrimento propio—, solo para perderlo todo en un desastre; terminó con las manos vacías, sin nada que dejar a sus hijos (v. 14). Por ello, observó: «Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, yéndose tal como vino; y nada tomará de su trabajo que pueda llevarse en la mano. Y esto también es un mal doloroso: que tal como vino, así se irá. ¿Y qué provecho sacó quien trabajó para el viento?» (vv. 15-16). En última instancia, llegamos a este mundo con las manos vacías y nos marchamos con ellas vacías. Por mucho que nos esforcemos en acumular riqueza, no podemos llevarnos ni una sola cosa al morir. ¿Qué sentido tiene acumular grandes riquezas a costa del propio bienestar? Es inútil si uno no puede disfrutar de la riqueza y finalmente lo pierde todo en un desastre. El resultado es simplemente que «todos sus días también come en tinieblas, con mucha tristeza, enfermedad y enojo» (v. 17). Al final, el rico insensato ha pasado toda su vida en la labor inútil de perseguir el viento. En cambio, a quienes aman a Dios —o más bien, a los sabios a quienes Dios ama— Él les concede riqueza y abundancia, junto con la

capacidad de disfrutarlas verdaderamente. Aquí hay una verdad importante que debemos tener presente. Significa que Dios no solo debe concedernos el poder de adquirir riqueza en abundancia, sino que también debe capacitarnos para disfrutar realmente de esa riqueza abundante.

En tercer lugar, Dios es quien nos permite hallar gozo en nuestra labor.

El gran mal que el rey Salomón observó bajo el sol (versículo 13) fue el de un dueño que acumulaba riquezas para su propio perjuicio, solo para perderlo todo en una desgracia (versículo 14). En resumen, el gran mal que vio fue el esfuerzo inútil de perseguir el viento (versículo 16). Sin embargo, junto a esto, el rey Salomón también vio algo bueno y hermoso (versículo 18). El versículo 18 lo registra de la siguiente manera: «He visto que es bueno y hermoso que una persona coma, beba y disfrute de todo el trabajo que realiza bajo el sol durante los días de vida que Dios le ha dado; pues esta es su porción asignada». Lo que él vio como bueno y hermoso fue hallar gozo al comer, beber y trabajar en este mundo a lo largo de la vida. En otras palabras, el rey Salomón comprendió que hallar placer en comer, beber y trabajar es algo bueno y hermoso (Park Yun-sun). Además, afirma que esta es la porción que Dios concede a quienes trabajan. ¿Qué significa aquí «porción asignada»? Si bien se refiere a una «bendición con la que uno nace», el significado original de la palabra abarca «fatiga», «trabajo», «adversidad» y «sufrimiento». Esencialmente, esta «bendición innata» es el acto mismo de vivir mientras se trabaja, se lucha y se soportan las adversidades (Internet). La pregunta crucial es si existe gozo en el corazón en medio de ese trabajo, fatiga y adversidad. ¿Hallas gozo en tu corazón en medio de tu arduo trabajo y fatiga? Ya sea que Dios nos conceda riqueza y abundancia para disfrutar, o que recibamos nuestra porción y trabajemos en medio de la adversidad (v. 19), nuestros corazones deben albergar gozo. Esta alegría del corazón es un don de Dios (v. 19). Dios «nos mantiene ocupados con la alegría de [nuestro] corazón» (v. 20). ¿Estamos realmente recibiendo y disfrutando de la alegría que Dios otorga como regalo a nuestros corazones? La cantidad de riqueza —ya sea mucha o poca— no es lo que importa; lo verdaderamente importante es si existe o no alegría

en el corazón. Si poseemos la alegría del corazón que Dios nos da, no nos preocuparemos excesivamente por los días de nuestra vida (v. 20). Mi oración es que todos podamos disfrutar de esta alegría divina —un regalo de Dios— y trabajar mientras hacemos lo que es bueno y hermoso ante sus ojos.

Hoy, basándonos en el pasaje de las Escrituras, hemos recibido tres lecciones de Dios: (1) primero, que Dios es quien nos da riqueza y abundancia; (2) segundo, que Dios es quien nos capacita para disfrutar de la riqueza y la abundancia que Él nos ha dado; y (3) tercero, que Dios es quien nos permite hallar alegría en nuestro trabajo. ¿Cómo debemos vivir, entonces? Vienen a mi mente las palabras de Eclesiastés 3:12-13, sobre las cuales ya hemos meditado: «Sé que no hay nada mejor para el ser humano que alegrarse y hacer el bien mientras viva. Que cada uno coma y beba, y encuentre satisfacción en todo su trabajo: esto es un don de Dios». Ciertamente, no hay nada mejor que alegrarse y hacer el bien mientras vivimos en esta tierra. No hay nada mejor que disfrutar de nuestro trabajo junto con el placer de comer y beber. Es mi esperanza que tanto usted como yo recibamos y disfrutemos de este regalo de Dios.

¿Qué es más importante que la bendición de la riqueza y las posesiones...?

«Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también la facultad de disfrutar de ellos, de aceptar su suerte y de gozar de su trabajo, esto es don de Dios» (Eclesiastés 5:19).

¿Es incorrecto pedirle a Dios la bendición de la riqueza y los bienes? ¿Es pecado suplicar por bendiciones materiales mientras se vive una vida agobiada por la pobreza, en un mundo donde cuesta tanto llegar a fin de mes? ¿Es verdad que poseer grandes riquezas no trae felicidad?

¿Cuál es, entonces, la felicidad de la que habla la Biblia? Al pensar en la palabra «felicidad», me vienen a la mente uno o dos versículos bíblicos. El primer pasaje que recuerdo es la primera parte de Deuteronomio 33:29: «¡Oh Israel, eres verdaderamente un pueblo feliz! ¿Qué nación hay como tú, salvada por el Señor? Él es tu escudo y tu espada; te protege y te concede la victoria; tus enemigos se inclinarán ante ti y tú los pisotearás» (Versión Coreana Contemporánea). Al observar este pasaje, vemos que la felicidad descrita en la Biblia se encuentra en ser salvados por Dios, así como en Su protección y en la victoria que Él otorga. Al igual que el pueblo de Israel, nosotros, que creemos en Jesús, somos un pueblo feliz porque hemos sido salvados por Dios y recibimos Su protección y victoria. El segundo pasaje que me viene a la mente se encuentra en Génesis 39:2 (primera parte), 3 y 23 (segunda parte): «El Señor estaba con José, y él prosperaba...» (v. 2a); «Su amo vio que el Señor estaba con él y que el Señor hacía prosperar todo lo que él hacía» (v. 3); «...porque el

Señor estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía» (v. 23b). Estos versículos nos muestran que la verdadera felicidad reside en la presencia de Dios. Incluso en medio de la tentación, la injusticia y el sufrimiento, aquel a quien Dios considera feliz es aquel con quien Él habita. Desde esta perspectiva, nosotros, al igual que José, somos un pueblo feliz, porque Emanuel —Dios— está con nosotros. Al examinar el contexto de Eclesiastés 5:19 —específicamente los versículos 3 y 6 del capítulo 6— encontramos la palabra «felicidad» (traducida como «prosperidad» en inglés): «Si un hombre tuviera cien hijos y viviera muchos años... pero no se saciara de tal prosperidad...» (v. 3); «Aunque viva dos veces mil años sin ver la prosperidad...» (v. 6). En estos pasajes, el término para «felicidad» se traduce como «prosperidad», refiriéndose específicamente a la riqueza y los bienes otorgados por Dios (v. 2). En otras palabras, la bendición de la riqueza y los bienes que Dios nos concede constituye la felicidad. Cuando recibimos de Dios la bendición de la riqueza y los bienes, somos verdaderamente personas felices. Sin embargo, no debemos olvidar que existe algo aún más importante que la bendición de la riqueza y los bienes en sí: la bendición de disfrutar y experimentar realmente esa riqueza. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 5:19: «Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellos, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios». En este pasaje, el rey Salomón, el Predicador, destaca varios puntos: (1) Dios otorga la bendición de la riqueza y los bienes; (2) Dios concede esta bendición a través de nuestro trabajo; (3) Dios nos capacita para disfrutar de esta bendición; y (4) la propia capacidad de disfrutar de esta bendición es un don de Dios. No obstante, en el capítulo siguiente, Eclesiastés 6, el rey Salomón habla de haber visto «un mal» (6:1), algo que «pesa mucho sobre la humanidad» (v. 1). Ese mal es la incapacidad de ver la propia felicidad o de hallar satisfacción. ¿Quién es la persona incapaz de ver su felicidad o hallar satisfacción? Es aquella que ha recibido de Dios la bendición de la riqueza y los bienes, pero a la que no se le ha concedido la capacidad de disfrutarlos (v. 2). Aunque una persona engendre cien hijos y viva dos mil años (vv. 3, 6), ¿cómo puede llamarse feliz si no puede disfrutar de la riqueza y los bienes que Dios le ha dado? Tal persona es infeliz. Por lo tanto, más importante que la bendición de la riqueza y las abundantes posesiones es la bendición de poder disfrutarlas.

¿Qué es más importante que la bendición de la riqueza y las posesiones...?

«Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también la facultad de disfrutar de ellos, de aceptar su suerte y de gozar de su trabajo, esto es don de Dios» (Eclesiastés 5:19).

¿Es incorrecto pedirle a Dios la bendición de la riqueza y los bienes? ¿Es pecado suplicar por bendiciones materiales mientras se vive una vida agobiada por la pobreza, en un mundo donde cuesta tanto llegar a fin de mes? ¿Es verdad que poseer grandes riquezas no trae felicidad?

¿Cuál es, entonces, la felicidad de la que habla la Biblia? Al pensar en la palabra «felicidad», me vienen a la mente uno o dos versículos bíblicos. El primer pasaje que recuerdo es la primera parte de Deuteronomio 33:29: «¡Oh Israel, eres verdaderamente un pueblo feliz! ¿Qué nación hay como tú, salvada por el Señor? Él es tu escudo y tu espada; te protege y te concede la victoria; tus enemigos se inclinarán ante ti y tú los pisotearás» (Versión Coreana Contemporánea). Al observar este pasaje, vemos que la felicidad descrita en la Biblia se encuentra en ser salvados por Dios, así como en Su protección y en la victoria que Él otorga. Al igual que el pueblo de Israel, nosotros, que creemos en Jesús, somos un pueblo feliz porque hemos sido salvados por Dios y recibimos Su protección y victoria. El segundo pasaje que me viene a la mente se encuentra en Génesis 39:2 (primera parte), 3 y 23

(segunda parte): «El Señor estaba con José, y él prosperaba...» (v. 2a); «Su amo vio que el Señor estaba con él y que el Señor hacía prosperar todo lo que él hacía» (v. 3); «...porque el Señor estaba con José y hacía prosperar todo lo que él hacía» (v. 23b). Estos versículos nos muestran que la verdadera felicidad reside en la presencia de Dios. Incluso en medio de la tentación, la injusticia y el sufrimiento, aquel a quien Dios considera feliz es aquel con quien Él habita. Desde esta perspectiva, nosotros, al igual que José, somos un pueblo feliz, porque Emanuel —Dios— está con nosotros. Al examinar el contexto de Eclesiastés 5:19 —específicamente los versículos 3 y 6 del capítulo 6— encontramos la palabra «felicidad» (traducida como «prosperidad» en inglés): «Si un hombre tuviera cien hijos y viviera muchos años... pero no se saciara de tal prosperidad...» (v. 3); «Aunque viva dos veces mil años sin ver la prosperidad...» (v. 6). En estos pasajes, el término para «felicidad» se traduce como «prosperidad», refiriéndose específicamente a la riqueza y los bienes otorgados por Dios (v. 2). En otras palabras, la bendición de la riqueza y los bienes que Dios nos concede constituye la felicidad. Cuando recibimos de Dios la bendición de la riqueza y los bienes, somos verdaderamente personas felices. Sin embargo, no debemos olvidar que existe algo aún más importante que la bendición de la riqueza y los bienes en sí: la bendición de disfrutar y experimentar realmente esa riqueza. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 5:19: «Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellos, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios». En este pasaje, el rey Salomón, el Predicador, destaca varios puntos: (1) Dios otorga la bendición de la riqueza y los bienes; (2) Dios concede esta bendición a través de nuestro trabajo; (3) Dios nos capacita para disfrutar de esta bendición; y (4) la propia capacidad de disfrutar de esta bendición es un don de Dios. No obstante, en el capítulo siguiente, Eclesiastés 6, el rey Salomón habla de haber visto «un mal» (6:1), algo que «pesa mucho sobre la humanidad» (v. 1). Ese mal es la incapacidad de ver la propia felicidad o de hallar satisfacción. ¿Quién es la persona incapaz de ver su felicidad o hallar satisfacción? Es aquella que ha recibido de Dios la bendición de la riqueza y los bienes, pero a la que no se le ha concedido la capacidad de disfrutarlos (v. 2). Aunque una persona engendre cien hijos y viva dos mil años (vv. 3, 6), ¿cómo puede llamarse feliz si no puede disfrutar de la riqueza y los bienes que Dios le ha

dado? Tal persona es infeliz. Por lo tanto, más importante que la bendición de la riqueza y las abundantes posesiones es la bendición de poder disfrutarlas.

Una pesada carga sobre el corazón

[Eclesiastés 6:1–6]

¿Qué pesa sobre tu corazón en estos días? ¿Qué oprime tu espíritu? Ayer —martes— llevé a mis hijos a su academia. Mientras Dylan y Yeri estaban en clase, salí para hacer una llamada telefónica. Al terminar, Yeyun, que me había seguido, sugirió que nos sentáramos en algún lugar, así que fuimos y nos sentamos bajo un árbol. De pie frente a ella, le pregunté: «¿Cómo va tu vida?». Ella respondió: «Bien». Sin embargo, cuando le pregunté qué era lo bueno de ella, confesó: «En realidad, estoy cansada». Parece que incluso una niña de seis años encuentra la vida agotadora. ¿Y tú? ¿Te sientes fatigado de cuerpo y mente? ¿Es pesada la carga emocional que llevas? Si es así, espero que aceptes la invitación que Jesús extiende en Mateo 11:28–30: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera». En el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:1, el rey Salomón —el Predicador— afirma: «Hay un mal que he visto bajo el sol, y pesa gravemente sobre la humanidad». Ya hemos reflexionado sobre el gran mal que Salomón observó en Eclesiastés 5:13–20. Ese gran mal era «las riquezas acumuladas para perjuicio de su dueño» (v. 13). Además, implicaba custodiar la riqueza en detrimento propio, solo para perderlo todo en un desastre, sin dejar nada que transmitir al hijo. En última instancia, tal como uno salió desnudo del vientre materno, así debe regresar; nada de lo ganado con esfuerzo puede llevarse en la mano (v. 15), y esto también es un mal (v. 16). ¿Qué sentido tiene custodiar toda esa riqueza hasta el punto de hacerse daño a uno mismo? Si ocurre un desastre y se pierde todo, sin dejar

herencia para los hijos, ¿de qué sirvió? Una vida que llega con las manos vacías y se marcha con las manos vacías: esto es, verdaderamente, un gran mal. Sin embargo, el rey Salomón observó otro mal en este mundo, uno que pesa gravemente sobre la humanidad (6:1). ¿Cuál es, entonces, esta pesada carga? Observemos Eclesiastés 6:2: «Dios da a algunas personas riqueza, posesiones y honor, de modo que a sus almas no les falte nada de lo que desean; sin embargo, no les concede la capacidad de disfrutarlos, sino que un extraño los disfruta. Esto es vanidad y un mal penoso». El mal que pesa tanto sobre las personas es este: recibir de Dios riqueza, posesiones y honor —ver cumplido todo deseo del corazón— y, no obstante, carecer de la capacidad de disfrutarlos realmente. En cambio, Dios concede el disfrute de todas esas cosas a otra persona. ¿Quién es, entonces, aquel a quien Dios permite disfrutar de toda esa riqueza, bienes y honor? Veamos Eclesiastés 2:26: «A la persona que le agrada, Dios le da sabiduría, conocimiento y felicidad; pero al pecador le da la tarea de reunir y acumular riqueza para entregarla a aquel que agrada a Dios...». Esto significa que Dios hace que los pecadores trabajen y acumulen riqueza, solo para que finalmente esa riqueza —acumulada por el pecador— pase a manos de quien le agrada a Él para que la disfrute. Esto también es vanidad y un «mal penoso», es decir, un mal que causa sufrimiento (versículo 2).

Además, la tragedia que observó el rey Salomón es esta: aunque un hombre posea toda esa riqueza, bienes y honor, e incluso tenga cien hijos y viva una larga vida, puede suceder que no llegue a disfrutar de todas esas bendiciones a lo largo de sus muchos años (versículo 3). Piénselo bien: ¡qué mal tan doloroso es recibir las bendiciones de la riqueza, los bienes, el honor, los hijos y la longevidad, y aun así no disfrutar de esa abundancia ni hallar felicidad en el alma! Es más, si —además de no disfrutar de estas bendiciones— la persona ni siquiera recibe un entierro digno al morir, ¡qué gran fuente de sufrimiento (un «mal penoso») representa esto para ella! En Oriente, por aquel entonces, no recibir un entierro adecuado se consideraba la humillación suprema. Así, el rey Salomón declara que a un niño nacido muerto le va mejor que a una persona que no logra disfrutar de tal abundancia y ni siquiera recibe sepultura al morir (versículo 3). ¿En qué sentido está mejor aquel que fue abortado que la persona que no disfruta de la abundancia y ni siquiera es sepultada al morir?

Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:4-5: «Porque en vano vino, y a las tinieblas va, y con tinieblas su nombre será cubierto; aunque nunca vio el sol, ni conoció nada, tiene más reposo que aquel». En aquella época, aunque una persona viviera una larga vida y tuviera muchos hijos, si moría sin que nadie la llorara y sin honor, se consideraba que su suerte era peor que la de un niño abortado (MacArthur). Una vida interrumpida en el vientre nunca ve la luz del sol de este mundo ni conoce nada —llegando en vano y muriendo en tinieblas—; sin embargo, está mejor que la persona que no logra disfrutar verdaderamente de las bendiciones que Dios otorga (riqueza, abundancia, honor, hijos y longevidad) y ni siquiera recibe sepultura al morir; la razón es que quien fue abortado posee paz. En otras palabras, al niño abortado le va mejor que a la persona que se pierde esas bendiciones y carece de una sepultura digna, porque el niño nunca llega a presenciar el mal que se comete bajo el sol (4:3). No importa cuánto tiempo viva uno en este mundo; si no logra disfrutar de la riqueza y la abundancia —viviendo más bien entre fatigas, penas y sufrimientos mientras presencia el mal que se hace en la tierra, para finalmente morir sin una sepultura digna—, entonces al niño abortado le va realmente mejor; pues, aunque fue abortado, ese niño goza de libertad frente a las preocupaciones, el dolor, la fatiga y la angustia del mundo, y encuentra paz. Al decir esto, el rey Salomón llega a una conclusión: «Y aunque viva aquel dos veces mil años sin haber gozado del bien, ¿no van todos al mismo lugar?» (6:6). En última instancia, ya sea un niño nacido muerto o alguien que obtiene toda clase de riquezas, bienes y honores y vive dos mil años —el doble de un milenio—, si mueren sin haber disfrutado de felicidad alguna, ¿acaso no regresan ambos al mismo lugar: el polvo? Así pues, a los ojos del rey Salomón, esto también constituye un mal grave y una pesada carga para la humanidad.

Recuerdo una ocasión en la iglesia en la que cantamos el himno 337 (anteriormente el 363), «Todas mis pruebas y pesadas cargas»; un miembro de la congregación comentó que cantarlo le hacía sentirse algo abatido. De hecho, una de las razones por las que canto este himno es precisamente porque deseo depositarlo todo ante el Señor Jesús cuando mi corazón está cansado y agobiado. Por eso, a menudo entonamos alabanzas como esta:

(Estrofa 1) Cuando deposito todas mis pruebas y pesadas cargas ante el Señor Jesús,
Él me contempla en mi inquietud y toma sobre sí todas mis preocupaciones.

(Estrofa 2) Cuando deposito todo mi sufrimiento y las tribulaciones que me aquejan ante el
Señor Jesús,
Él mismo me rescata y derrama sobre mí su amor infinito.

(Estrofa 3) Cuando mi carga se vuelve cada vez más pesada y la deposito ante el Señor Jesús,
Él mismo me rescata y lleva la carga en mi lugar.

(Estrofa 4) Cuando deposito las pruebas de mi corazón y mis terribles pecados ante el Señor
Jesús,
Jesús se convierte en mi fortaleza y me da el poder para vencer al mundo.

(Estribillo) Cuando llevo a solas una pesada carga y desfallezco, incapaz de soportarla,
Aquel que se compadece y me salva —el Señor de gracia— es únicamente Jesús.

Sin embargo, hubo momentos en que mi corazón seguía sintiéndose agobiado incluso después de cantar este himno. Esto se debía a que, en lugar de considerar la carga como ligera gracias a confiar en el Señor que la lleva, me centraba demasiado en el peso de la propia carga que depositaba ante Él. En consecuencia, a menudo cantaba con el corazón apesadumbrado y la voz vacilante. No obstante, hace unos tres años visité China, donde residía un pastor principal. Alrededor de las cuatro de la mañana, mientras estaba acostado, escuché al pastor principal cantar este himno durante una reunión de oración matutina con personas con discapacidad y un diácono de origen coreano; recuerdo que su canto estaba lleno de poder. Era una alabanza vigorosa, desprovista de cualquier sensación de pesadez. ¿Cómo era posible una alabanza tan poderosa? Al reflexionar sobre esto ahora, creo que el pastor principal halló descanso para su alma porque respondió con humildad a Jesús — quien invita a quienes están cansados y agobiados— y confió todas sus cargas al Señor; esto le permitió considerar ligera incluso la pesada carga que el Señor le había asignado. Oro para que, a través del pasaje de hoy, recibamos el mensaje que Dios tiene para nosotros y para que, siempre que enfrentemos las aflicciones de este mundo que oprimen nuestro

corazón, depositemos con humildad nuestras pesadas cargas ante el Señor y hallemos el descanso para el alma que solo Él ofrece.

¿Disfruta usted de la vida?

«Si un hombre engendra cien hijos y vive muchos años —por muy larga que sea su vida—, si no puede disfrutar de su prosperidad y no recibe una sepultura digna, entonces digo que le va mejor a un niño nacido muerto que a él... Aunque viva dos veces mil años y no logre disfrutar de su prosperidad, ¿de qué sirve? ¿Acaso no terminan ambos en el mismo lugar?» (Eclesiastés 6:3, 6).

¿Disfruta usted de los placeres de comer y beber? ¿Encuentra satisfacción en su arduo trabajo? La Biblia afirma que «que todos coman y beban, y disfruten de los frutos de su trabajo, es un don de Dios» (Eclesiastés 3:13). La Biblia dice que no hay nada mejor para alegrar el corazón humano (2:24, 8:15) y describe esto como algo bueno y hermoso (5:18). Por lo tanto, debemos disfrutar de este regalo que Dios nos da mientras podamos. La razón es que llegará un momento en el que tal vez queramos comer o beber pero no podamos, y sin duda llegará un tiempo en el que queramos trabajar pero no seamos capaces de hacerlo.

En el pasaje de hoy —Eclesiastés 6:3 y 6— encontramos a una persona verdaderamente desdichada. Este individuo infeliz (versículo 1) recibió de Dios riqueza, bienes y honor, sin que le faltara nada de lo que deseaba (versículo 2). Sin embargo, a pesar de ello, no encuentra satisfacción (5:10). Además, debido a sus vastas posesiones, se preocupa por una cosa y otra, incapaz de dormir (versículo 12). El problema verdaderamente grave es que se aferra a su riqueza de una manera que, a la larga, le perjudica (versículo 13). Luego,

azotado por la desgracia, pierde esa riqueza y no le queda nada que transmitir a sus hijos (v. 14). En consecuencia, se ve obligado a pasar toda su vida en tinieblas, tristeza, angustia, ira y enfermedad (v. 17). Es, verdaderamente, una gran desgracia (v. 16). Al fin y al cabo, la persona llega al mundo desnuda; por mucho que se haya esforzado en adquirir posesiones, no puede llevarse nada consigo cuando abandona este mundo (v. 15). Dado que una persona debe abandonar este mundo exactamente tal como llegó, es una profunda tragedia emprender la tarea inútil de intentar atrapar el viento, algo imposible de capturar (v. 16). Una desgracia verdaderamente grande ocurre cuando alguien recibe de Dios todo lo que podría desear —riquezas, bienes y honores—, pero Dios no le concede la oportunidad de disfrutarlos, de modo que es un extraño quien los disfruta en su lugar (6:2). ¡Qué cosa tan inútil y penosa es esta! (v. 2) Incluso si un hombre engendra cien hijos y vive una larga vida —que abarque dos mil años—, si muere sin experimentar alegría, ¡qué destino tan miserable es ese! (v. 3)

Amigos, lo mejor que podemos hacer mientras vivimos la breve vida que Dios nos ha dado es comer, beber y hallar satisfacción en nuestro trabajo (5:18). Si Dios nos concede riquezas y bienes, permitiéndonos disfrutarlos y hallar felicidad en nuestra labor, entonces se trata de un regalo de Dios (v. 19). Puesto que Dios llena nuestros corazones de alegría, si aceptamos y disfrutamos los dones divinos, no nos obsesionaremos con la brevedad de la vida (v. 20). Por tanto, aceptemos todos los dones de Dios y disfrutémoslos. Dios nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (Efesios 1:3). Oro para que el gozo de disfrutar de todas esas bendiciones espirituales celestiales llene sus corazones.

Una vida vivida como una sombra

[Eclesiastés 6:7-12]

Ayer, martes, visité el hospital para ver a un diácono de nuestra iglesia. Había sido ingresado el viernes anterior debido a problemas pulmonares, y parecía que el equipo médico estaba realizando pruebas continuas para identificar la causa y determinar el tratamiento adecuado. Cuando pasé a verlo ayer por la mañana, el diácono comentó que, tras vivir ochenta y cinco años, había llegado a la conclusión de que todo es, en última instancia, vanidad. Por eso recordé las palabras del rey Salomón en Eclesiastés y compartí este versículo con él: «¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!» (1:2). Al escuchar la conclusión de un anciano que había vivido una vida plena, me puse a reflexionar una vez más sobre cómo debo vivir esta vida: una vida que es, en efecto, tan fugaz y carente de sentido.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:12, el rey Salomón —el Predicador— habla de una vida vivida «como una sombra». ¿Qué significa realmente vivir la vida como una sombra? Piénselo por un momento. ¿Qué le viene a la mente al escuchar la palabra «sombra»? Lo primero que se me ocurre es que una sombra no se puede atrapar ni retener. Otra idea es que una sombra aparece pero no permanece; se desvanece en un instante. La descripción que hace el rey Salomón de la vida como una sombra puede interpretarse de un par de maneras:

(1) En primer lugar, una vida vivida como una sombra significa una vida que pasa rápidamente.

Considere Job 14:1–2: «El hombre nacido de mujer, de pocos días y hastiado de sinsabores, brota como una flor y se marchita; huye como una sombra y no perdura». Como observó Job, la vida humana en este mundo es breve y está llena de sufrimiento; pasa rápidamente como una sombra y no perdura. Esta verdad también resuena en el Salmo 90:10: «Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos llegan a ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos». Moisés, el autor del salmo, describe una vida de setenta u ochenta años —llena únicamente de afán y pesar— como algo que pasa velozmente, como si emprendiera el vuelo.

(2) En segundo lugar, una vida transcurrida como una sombra se refiere a «todos los días de su vida vana».

En otras palabras, una vida que pasa como una sombra alude a los días breves y vanos (carentes de sentido) de la existencia en este mundo. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:12: «...una vida transcurrida como una sombra, a lo largo de todos los días de su vida vana...». Al repasar los pasajes de Eclesiastés sobre los que ya hemos meditado, vemos que el rey Salomón habla repetidamente de cosas que son «vanidad» (1:2; 2:15, 19, 21, 23; 3:19; 4:7, 8; 5:10) y «afán de viento» (1:14, 17; 2:11, 17, 26; 4:4, 16); pregunta «¿qué provecho hay?» y declara que ciertas cosas son «sin provecho» (1:3; 2:11; 4:8; 5:11, 16). Pasar la vida —que transcurre tan velozmente como una sombra— ocupado en actividades inútiles y sin provecho equivale a vivir una vida vana. Por supuesto, esta descripción no se aplica a quienes agradan a Dios. La razón es que quienes agradan a Dios viven vidas provechosas y significativas a sus ojos, por breve y fugaz que sea su tiempo en la tierra. Más bien, este pasaje se refiere al pecador (6:1-6); específicamente, a aquel cuya suerte es peor que la de alguien que nació muerto. ¿Quién es esta persona cuya situación es peor que la de quien nació muerto? Es alguien que, a pesar de recibir bendiciones de Dios —tales como

riqueza, bienes, honra, hijos y larga vida—, no recibe la capacidad de disfrutarlas ni siquiera una sepultura digna. La vida de tal pecador es como una sombra; pasa sus días en la tierra en un estado de vanidad, carente de verdadero sentido. ¿Por qué, entonces, se considera vana una vida que pasa como una sombra —una vida que transcurre tan rápidamente—? ¿Por qué carece de sentido? ¿Cuál es la razón?

(1) En primer lugar, la razón por la que una vida semejante a una sombra es vana y carece de sentido es que carece de satisfacción.

Como ya hemos visto... En el pasaje de Eclesiastés 1:8, el rey Salomón afirmó: «Todas las cosas son fatigosas; el hombre no puede expresarlo. El ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír». ¿Qué significa esto? Significa que los ojos y los oídos nunca quedan satisfechos, por mucho que vean o escuchen. En otras palabras, la codicia humana no conoce límites. Por ello, el rey Salomón declara que este mundo es vanidad, ya que la codicia humana nunca puede verse satisfecha. Expresa una idea similar en el texto de hoy, Eclesiastés 6:7: «Todo el trabajo del hombre es para su boca, y sin embargo, el apetito no se sacia». El «hombre» al que se refiere Salomón aquí es el individuo específico mencionado en el versículo 3: alguien considerado más desafortunado que un niño nacido muerto porque no logra hallar satisfacción para su alma (Park Yun-sun). Por mucho que esta persona se esfuerce por su boca, su apetito permanece insatisfecho; en resumen, no encuentra plenitud para su alma. ¿Por qué es incapaz de satisfacer su alma? La razón es que, si bien nuestras almas solo pueden hallar verdadera satisfacción en Dios, él intenta saciar su apetito al margen de Dios. Una persona que carece de tal satisfacción en su alma no disfruta de verdadero placer en la vida; en cambio, simplemente se afana, viviendo finalmente una vida vana y sin sentido antes de enfrentarse a la muerte.

(2) En segundo lugar, una vida que pasa como una sombra es vana y carece de sentido porque no se recorre el camino de la salvación.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:8: «¿Pues qué ventaja tiene el sabio sobre el necio? ¿Qué tiene el pobre que sabe conducirse ante los vivos?». Lo que el rey Salomón quiere decir aquí es que, en lo que respecta a los asuntos de este mundo, no hay diferencia entre el sabio y el necio si no han recibido la salvación de sus almas (Park Yun-sun). Aunque uno sea humilde y maneje los asuntos terrenales con sabiduría, el punto crucial persiste: sin conocer a Dios y sin la salvación del alma, tal persona no obtiene ningún beneficio verdadero. En Eclesiastés 2:12–17, pasaje que ya hemos meditado anteriormente, el rey Salomón habló sobre el sabio y el necio; la lección fundamental allí era esta: "Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria perpetua; pues en los días venideros ambos serán olvidados. ¡Ay, que muere el sabio lo mismo que el necio! Por tanto, aborrecí la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me resultaba penosa. Todo ello es vanidad, un correr tras el viento" (versículos 16–17). Tanto el sabio como el necio deben recorrer el camino de la muerte; la cuestión real radica en lo que sucede *después* de la muerte. Lo que importa es si el alma alcanza la vida eterna o se enfrenta a la destrucción eterna. Por muy sabia y humildemente que uno gestione sus asuntos en la tierra, si el alma no transita el camino de la salvación, ¿qué será de ella tras la muerte? Una vida que pasa velozmente como una sombra carece de sentido si uno no cree en Jesús ni recorre el camino de la salvación.

Entonces, ¿cómo debemos vivir para que nuestras vidas fugaces, semejantes a una sombra, cobren sentido y sean valiosas a los ojos de Dios? En otras palabras, ¿qué constituye una vida verdaderamente provechosa y significativa para Dios durante nuestro breve paso por la tierra?

En primer lugar, una vida valiosa y significativa a los ojos de Dios —a pesar de su naturaleza fugaz— es aquella que halla satisfacción únicamente en el Señor.

El verdadero beneficio y sentido de la vida se encuentran solo... Significa recorrer el camino de la salvación mediante la fe en Jesús y vivir una vida satisfecha solo con Él. Debemos desechar la codicia y vivir con contentamiento, hallando plenitud únicamente en Jesús.

Mientras transitamos por una vida fugaz —que pasa como una sombra—, Jesús es el único que puede saciar nuestras almas. Solo Jesús puede colmar verdaderamente las necesidades más profundas de nuestro espíritu; puesto que nuestras almas anhelan la eternidad, solo el Jesús eterno puede satisfacerlas. Al igual que el apóstol Pablo, debemos aprender a estar contentos en toda circunstancia, ya sea en la abundancia o en la escasez (Filipenses 4:11). Por tanto, debemos vivir satisfechos solo con Jesús, obedeciendo su Palabra y buscando las cosas eternas. Esta es la manera de vivir una vida verdaderamente significativa y agradable a Dios a lo largo de nuestra fugaz existencia terrenal.

En segundo lugar, en una vida tan fugaz como una sombra, aquella que resulta provechosa y significativa a los ojos de Dios es la que lleva a cabo la obra del Señor con humildad y sabiduría.

Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:8: «¿Qué ventaja tiene el sabio sobre el necio? ¿Qué gana el pobre al saber conducirse ante los vivos?». Si bien este versículo se refiere a quienes no han recibido la salvación de sus almas, al aplicar su principio a la inversa a nosotros, los que *sí* hemos sido salvos, se infiere que, para vivir una vida provechosa y significativa para Dios durante nuestro breve paso por la tierra, debemos realizar la obra del Señor con humildad y sabiduría.

Durante la reunión de oración de la madrugada de ayer, reflexioné sobre 1 Samuel 15:17, específicamente sobre la figura de Saúl. Saúl, quien en otro tiempo se consideraba pequeño y humilde, terminó sucumbiendo al orgullo; erigió un monumento en su propio honor y buscó ser exaltado por los demás, incluso después de haber pecado al desobedecer la palabra de Dios. Comparé aquel personaje histórico con mi propia vida, contrastando la época en que yo también me veía como alguien pequeño con mi tendencia actual a exaltarme a mí mismo. Al hacerlo, el Espíritu Santo me llevó a sentir pesar por mi pecado y me condujo a la confesión y al arrepentimiento. Me sentí profundamente conmovido y afligido. El Espíritu Santo me impulsó a dejar a los pies de la cruz mi deseo soberbio de

autoexaltación, para renunciar verdaderamente a aquello que debía entregar. ¿Por qué me concedió tal gracia? Porque el Señor desea que sirva a su cuerpo —la iglesia— con humildad. Él quiere que sirva imitando su humildad y confiando en la sabiduría que Él provee, en lugar de apoyarme en mi propio entendimiento. ¿Y tú? Debemos servir al Señor con humildad y con la sabiduría que proviene de Él. Una vida de servicio humilde y sabio es una vida provechosa y significativa a los ojos de Dios.

En tercer lugar, en una vida fugaz que pasa como una sombra, aquella que resulta provechosa y significativa a los ojos de Dios es la que disfruta de las cosas buenas del presente. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 6:9: «Más vale lo que ven los ojos que el vagar del deseo; también esto es vanidad y querer atrapar el viento». Un erudito tradujo este versículo de la siguiente manera: «Es mejor disfrutar de las cosas buenas del presente que pensar en otras cosas buenas». En otras palabras, el rey Salomón nos dice que disfrutemos del presente y demos gracias a Dios (Park Yun-sun). La tragedia que el rey Salomón observó en este mundo era que una persona podía recibir bendiciones materiales, la bendición de los hijos y la bendición de la longevidad de parte de Dios, y sin embargo no llegar a disfrutarlas realmente (versículos 1–6). Tal persona no encuentra verdadera satisfacción ni gozo en su alma. ¿Qué hay de usted? ¿Encuentra satisfacción en su alma al disfrutar de todas las bendiciones espirituales que Dios le ha dado en Jesucristo? Debemos disfrutar, en nuestra vida presente, de las bendiciones que Dios ya nos ha otorgado generosamente a través de Jesucristo. Por ejemplo, consideremos la bendición espiritual de la adopción como hijos de Dios; debemos disfrutar de esta bendición con humildad y sabiduría en el presente, permitiendo que nuestras almas experimenten un gozo verdadero. Para ello, debemos buscar a Dios Padre. Debemos orar, invocando a Dios Padre como «Abba, Padre». Al hacerlo, debemos escuchar la voz de Dios Padre y obedecerle. Así, debemos aprender a conocer el corazón de Dios Padre. Cuando lo hacemos —disfrutando del gozo y la alegría que el Señor nos concede mientras vivimos nuestra vida fugaz, semejante a una sombra—, tal vida se vuelve provechosa y significativa a los ojos de Dios.

En cuarto lugar, una vida que es provechosa y significativa a los ojos de Dios —a pesar de la naturaleza fugaz de nuestra existencia— es aquella que se vive en obediencia a la verdad, fundamentada en el temor de Dios.

Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 6:10: «Todo lo que existe ya ha sido nombrado, y se sabe lo que es el hombre; no puede contender con quien es más fuerte que él». Este versículo implica que, dado que la posición y los límites del hombre ante Dios ya están establecidos, su papel consiste simplemente en temer a Dios y obedecer la verdad en su vida cotidiana, paso a paso (Park Yun-sun). Aquellos que viven vidas vanas y sin sentido no temen a Dios. En consecuencia, contienden con Dios y actúan más allá de los límites que les corresponden. Ignoran al Dios que determinó su existencia y su posición, intentando temerariamente convertirse en lo que a ellos les place (Park Yun-sun). Esto es vanidad (v. 11). De hecho, aparte de Dios, toda la existencia humana —fugaz como una sombra— resulta vana (v. 12) (Park Yun-sun). Por el contrario, una vida provechosa y significativa a los ojos de Dios es aquella que teme a Dios; por tanto, se vive en obediencia a Su Palabra. Esta es precisamente la conclusión del libro de Eclesiastés. Eclesiastés 12:13 resume el mensaje del libro de la siguiente manera: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre». Al meditar en el pasaje de hoy —Eclesiastés 6:7-12—, me planteé la siguiente pregunta: «¿Cómo debo vivir el resto de mi vida, que transcurre como una sombra pasajera?». El tiempo se escapa velozmente, como una sombra; sin embargo, anhelo vivir una vida verdaderamente provechosa y significativa ante los ojos de Dios. Deseo vivir una vida plenamente satisfecha en el Señor. Quiero llevar a cabo la obra que Él me ha encomendado con humildad y sabiduría. Además, en medio de mis circunstancias actuales, quiero valorar y disfrutar de las bendiciones espirituales que Dios ya me ha otorgado en Jesucristo. Al hacerlo, deseo vivir en obediencia a la Palabra de Dios —temiéndole a Él—, tal como concluyó el rey Salomón en el libro de Eclesiastés. Oro para que este mismo compromiso se convierta hoy en la oración tanto tuya como mía.

«Los vivos lo tomarán muy en cuenta»

[Eclesiastés 7:1–4]

Recuerdo haber visto hace algún tiempo un reportaje interesante en el canal coreano YTN, durante la emisión de las 11 de la noche. El informe trataba sobre un «centro de experiencia de la muerte» en Gyeonggi-do, Corea, donde las personas podían simular la experiencia de morir. Los participantes se hacían retratos funerarios, escribían y leían sus propios testamentos, e incluso llevaban sus retratos a una sala mortuoria para leer dichos testamentos en voz alta. Vi a muchos de estos participantes llorar, especialmente al leer sus testamentos. Más allá de la simple lectura, llegaban a meterse en un ataúd. Luego, otra persona echaba lentamente tierra sobre la tapa con una pala. Al ver caer la tierra —con intervalos suficientes para producir un sonido distintivo—, imaginé que escuchar ese sonido mientras se está dentro del ataúd haría que la experiencia de la muerte se sintiera increíblemente real para los vivos. Quienes vivieron esta experiencia a menudo comentaban que les despertaba el deseo de vivir más tiempo y que, durante el proceso, pensaban sobre todo en sus familias. En una entrevista, el director del centro explicó que habían puesto en marcha este programa para ayudar a la gente a prepararse para una «buena muerte» en una época tan obsesionada con el «bienestar». Aunque algunos podrían pensar: «Hoy en día se les ocurre cualquier cosa», personalmente me pareció una idea excelente. Creo que es beneficioso si tales experiencias ayudan a las personas a comprender verdaderamente la realidad de la muerte y a prepararse para ella.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:2, el rey Salomón —el Predicador— afirma: «Los vivos lo tomarán muy en cuenta». ¿Qué es, entonces, «esto»? Es el hecho de que el destino final de

todos es la muerte. Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete, porque aquel es el fin de todo hombre...». Debemos reflexionar profundamente sobre nuestra propia muerte. Hemos de considerar seriamente el hecho de que, algún día, nosotros también bajaremos de este tren y llegaremos a nuestro destino final. Desde la perspectiva de la muerte, debemos contemplar con sinceridad, en cada momento, cómo debemos vivir. ¿Qué debemos hacer para lograrlo? El rey Salomón nos ofrece un método excelente en Eclesiastés 7:2. ¿Cuál es ese método? Es simplemente «ir a la casa del luto» (versículo 2). En otras palabras, asistir a un funeral es una forma poderosa de reflexionar sobre la muerte. Quizás no haya mejor manera de contemplar profundamente nuestra propia mortalidad que asistiendo a un funeral. Al llorar al difunto, quienes permanecemos en este mundo nos sentimos impulsados a considerar el tipo de muerte que nosotros mismos enfrentaremos. Personalmente, cada vez que asisto a un funeral y percibo con mayor intensidad la realidad de la muerte, a menudo me asalta un pensamiento concreto: para morir bien, debo vivir bien. En última instancia, la sensación de muerte que se experimenta en un funeral me brinda la oportunidad de reflexionar sobre cómo llevar una vida buena.

Debemos vivir bien para morir bien. Pero ¿qué significa vivir bien? ¿Cómo podemos saber si estamos viviendo bien? Parece que el hecho de haber vivido una vida buena —o no— solo puede evaluarse verdaderamente después de la muerte. ¿Cómo podemos saberlo, entonces? Podemos encontrar la respuesta reflexionando sobre nuestro nombre. En otras palabras, podemos medir cómo hemos vivido nuestra vida considerando si la gente hablará bien de nosotros —o no— cuando piensen en nuestro nombre durante nuestro funeral. Un viejo proverbio afirma que toda persona tiene tres nombres: ① el nombre que le dan sus padres, ② el nombre por el que otros la llaman y ③ el nombre que ella misma se gana. ¿Qué clase de nombre nos estamos ganando? Como creyentes en Jesús, debemos reflexionar sobre si nuestros nombres son dignos de alabanza —no solo por parte de Dios, sino también de las personas— debido a que hemos llevado vidas justas. Proverbios 10:7 dice: «La

memoria del justo será bendita, mas el nombre de los impíos se pudrirá». Esto significa que el nombre del justo es honrado y alabado incluso después de la muerte; es un nombre bendito. Para usar las palabras del texto de hoy en Eclesiastés 7:1, es un «buen nombre». La Biblia nos dice que este buen nombre es mejor que el «buen ungüento». Un buen nombre es más valioso que las riquezas terrenales.

Pero ¿cuál es el problema? Es instinto humano preferir la casa del banquete a la casa del luto. Preferimos la risa al dolor (versículo 3). La gente prefiere entregarse a los placeres físicos antes que visitar a la familia afligida del difunto (Park Yun-sun). Sin embargo, el placer físico es vano (2:11). Asistir a un banquete para disfrutar de placeres mundanos no aporta ningún beneficio a los ojos de Dios. Más bien, lo que resulta beneficioso ante Dios es visitar la casa del luto y experimentar el dolor. ¿Por qué es mejor el dolor que la risa? La razón es que «la tristeza del rostro mejora el corazón» (versículo 3). ¿Qué significa esto? Significa que contemplar la muerte y sentir dolor ablanda nuestros corazones (Park Yun-sun). Y cuando el corazón se ablanda, no desperdiciamos la vida persiguiendo placeres mundanos y vanos. Por el contrario, cuando el corazón se ablanda, uno obedece humildemente la palabra de Dios y vive una vida que le agrada. Por eso el rey Salomón nos dice: «El corazón de los sabios está en la casa del luto, pero el corazón de los necios está en la casa del placer» (7:4).

Nuestros corazones no deben morar en la casa del placer —es decir, en lugares de banquetes donde uno se entrega a la gratificación física—. En cambio, nuestros corazones deben estar en la casa del luto. Deberíamos preferir asistir a funerales; allí, ante el difunto, debemos reflexionar sobre nuestra propia mortalidad. Pues cuando el Señor llame, también nosotros deberemos partir, ya que la muerte es el destino final de todos (versículo 2). Por tanto, al contemplar nuestra propia muerte, debemos considerar cómo vivir este día de una manera hermosa ante los ojos de Dios. Debemos dejar un «buen nombre» en este mundo: un buen nombre grabado en los corazones de nuestros hijos y descendientes. ¿Cuál es el nombre más hermoso de todos? Es «Jesús». Como creyentes que le seguimos, debemos vivir vidas que se asemejen a la suya, dejando recuerdos de Jesús en nuestros

descendientes y en los vecinos que algún día asistirán a nuestros funerales. Así, cuando nuestros hijos, descendientes o incluso vecinos piensen en nuestros nombres, esto debería suscitar una alabanza genuina. Además, mientras la gente llora nuestra partida, sus voces deberían elevarse en acción de gracias y alabanza a Dios.

Adoptemos la perspectiva de la muerte.

«Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón» (Eclesiastés 7:2).

Desde el comienzo del año nuevo, ya he asistido a dos funerales, ambos en el transcurso de una sola semana. Asistir a estos servicios me llevó a reflexionar una vez más sobre Eclesiastés 7:2. Al contemplar el hecho de que la muerte es el destino final de todas las personas, y al asimilar esta verdad como alguien que aún vive, me pregunté de nuevo: «¿Cómo debo vivir, entonces?». Esta reflexión cobró mayor intensidad hoy tras recibir noticias sobre mi querido tercer tío, el pastor Kim Chang-hyuk; sus médicos han dicho que solo le quedan dos o tres semanas de vida. Al meditar nuevamente en ese versículo, sentí una fuerte convicción de tomar esta realidad en serio. En medio de estos pensamientos, me sentí desafiado a vivir teniendo presente la perspectiva de la muerte.

¿Por qué deberíamos vivir con la perspectiva de la muerte? Porque hacerlo nos reporta un gran beneficio. ¿Cuál es ese beneficio? Aunque hay muchos, quisiera compartir tres puntos clave.

En primer lugar, cuando vivimos con la perspectiva de la muerte, reconocemos la incapacidad y la impotencia humanas, lo que nos lleva a depender más plenamente de Dios.

Asistir a esos dos funerales me hizo comprender una vez más que los seres humanos somos criaturas que venimos del polvo e inevitablemente volvemos al polvo. Recordé que, como dice la Biblia, somos como una neblina que aparece por un breve tiempo y luego se desvanece (Santiago 4:14). Ante la muerte, es inevitable sentir la magnitud de la incapacidad y la impotencia humanas. Por muy poderoso que sea un guerrero, o por muy famoso o rico que alguien sea, todo ser humano está destinado a enfrentarse a sus propias limitaciones y a su indefensión ante la muerte. Creo que los jóvenes, como yo, deberíamos hacer un esfuerzo especial por asistir a los funerales. Es allí donde podemos comprender plenamente el alcance de la impotencia y la fragilidad humanas. ¿Por qué debemos hacer este esfuerzo? Se trata de despojarnos de nuestra propia fuerza —o, mejor dicho, de renunciar a nuestra autosuficiencia para poder depender del poder y la fortaleza de Dios.

Necesitamos humillarnos; no solo ante los ojos de los demás, sino verdadera y completamente ante Dios. Al enfrentar la realidad de una muerte cercana, debemos dejar de lado nuestras propias fuerzas, postrarnos ante Dios y confiar en Su poder. A través de los funerales, debemos aprender que Dios es quien gobierna soberanamente la vida, la muerte y todo nuestro destino. En otras palabras, debemos aprender a reconocer la soberanía de Dios. Debemos aceptar el hecho de que nuestras vidas dependen enteramente del Señor. Para lograrlo, debemos examinarnos a nosotros mismos a la luz de la muerte.

Personalmente, disfruto mucho cantar el himno 543 (anteriormente el 342), "Cuando llegan las pruebas" (o "Confiaré en Jesús"). La letra de la primera estrofa y del coro dice así: (Estrofa 1) "Cuando llegan las pruebas y mi fe flaquea, me apoyo aún más en el Señor en quien confío"; (Coro) "Al pasar los años, Él es mi único apoyo; venga lo que venga, confío en Jesús". A través de las dificultades que atraviesan mis seres queridos, Dios me ayuda a comprender cuán frágil es mi propia fe. En consecuencia, el Señor me guía a depender únicamente de Él. Al ser testigo de la realidad de la existencia humana —envejecer y sucumbir inevitablemente a la enfermedad—, aprendo sobre la fragilidad humana y el poderío de Dios. Por eso deseo,

más que nunca, contemplar mi vida desde la perspectiva de la muerte. En segundo lugar, cuando vivimos teniendo presente la muerte, buscamos lo eterno en lugar de lo pasajero.

A menudo decimos que llegamos a este mundo con las manos vacías y que nos vamos de él con las manos vacías. Sin embargo, a pesar de conocer esta verdad, llevamos vidas ajetreadas, esforzándonos por llenar nuestras manos de cosas. A menudo, es al asistir al funeral de un ser querido cuando nos sentimos impulsados a reflexionar —aunque sea brevemente— sobre cómo y para qué debemos vivir. No obstante, pronto olvidamos los propósitos formulados en el funeral y regresamos a una vida incesante y frenética, tratando de llenar nuestras manos una vez más. ¿Cuál es, entonces, el resultado de trabajar tan arduamente sin hallar jamás el verdadero descanso? En última instancia, simplemente vamos a la tumba con las manos vacías.

Sin embargo, para quienes verdaderamente creen en Jesús, el funeral es una ocasión para mirar atrás y contemplar la vida a través del prisma de la muerte, reflexionando sobre cómo vivir los días que Dios nos concede en la tierra. Al hacerlo, desviamos nuestra atención de las cosas terrenales hacia las celestiales, eligiendo buscar lo eterno en lugar de lo pasajero. Comprendemos que este mundo no es nuestro hogar; al igual que los héroes de la fe en la Biblia, anhelamos una patria mejor y caminamos hacia el cielo (Hebreos 11). ¿Por qué sucede esto? Porque ver la vida desde la perspectiva de la muerte nos lleva a coincidir con el rey Salomón en que las cosas mundanas que perseguimos carecen de sentido. Al reconocer que solo lo eterno perdura tras el fin de este mundo, aprendemos a desprendernos de aquello efímero que antes ansiábamos —sin otorgarle ya gran importancia— y decidimos una vez más valorar y vivir para lo verdaderamente eterno. Me propongo nuevamente vivir para el Señor eterno, proclamando el Evangelio a almas eternas con un amor eterno y conforme a la Palabra eterna.

Al contemplar los cuerpos de seres queridos —que del polvo vinieron y al polvo regresan— o los ataúdes que los contienen, reflexiono sobre mi propia muerte y mi funeral. Medito en

el significado de las palabras de Eclesiastés 7:1: «Mejor es el día de la muerte que el día del nacimiento». El sabio rey Salomón declaró que «mejor es el buen nombre que el buen ungüento» (v. 1); me pregunto si, cuando yo parta, el nombre «James Kim» será recordado con aprecio y belleza en los corazones de aquellos que Dios ha puesto en mi vida. Imagino a cuántos recordarán mi nombre y dirán: «James Kim buscó lo eterno y ahora ha partido hacia el reino eterno que tanto anhelaba». Para vivir en este mundo como alguien que pertenece al mundo venidero, debemos contemplar la vida a través del prisma de la muerte. En otras palabras, debemos vivir con una perspectiva eterna, buscando las cosas eternas mientras peregrinamos por este mundo.

En tercer lugar, podemos aprovechar al máximo nuestro tiempo cuando vivimos teniendo presente la perspectiva de la muerte.

Quienes viven con la perspectiva de la muerte son sabios, y los sabios buscan lo eterno. Al hacerlo, la persona sabia vive «con mucho cuidado de cómo vive, no como necia sino como sabia» (Efesios 5:15). Por ejemplo, una persona sabia no se entrega al desenfreno de la embriaguez (v. 18), reconociendo que tal vida es insensata (v. 17). Sabiendo que los días son malos, aprovecha bien el tiempo (v. 16). Comprende la voluntad del Señor y se esfuerza por cumplirla (v. 17). En consecuencia, vive llena del Espíritu Santo, ofreciendo alabanza y adoración a Dios desde el corazón (v. 19). Además, vive «dando siempre gracias a Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (v. 20).

Parece ser un hecho de la vida que, a medida que envejecemos, nos damos cuenta de lo rápido que pasa el tiempo; aunque, por supuesto, hay quienes ignoran esta verdad y lo desperdician. ¿Cómo podemos, entonces, aprovechar al máximo este tiempo que se esfuma tan rápidamente? Creo que asistir a un funeral y reflexionar sobre la propia muerte es una manera de hacerlo. Aunque solemos vivir muy ocupados, como si fuéramos a vivir para siempre, asistir al funeral de un ser querido nos brinda un momento —al menos— para mirar atrás y contemplar nuestro propio destino final. Debemos considerar cómo hemos de

vivir nuestras vidas y cómo deberíamos llevarlas a su fin. La razón es que mi propio funeral no está tan lejos; la diferencia de tiempo es insignificante, algo así como comparar la altura de unas bellotas. Ahora me acerco a los cincuenta años; si la esperanza de vida promedio es de setenta u ochenta años, ya he vivido más de la mitad de mi vida. Por supuesto, no sé cuándo Dios me llamará a su presencia. De alguna manera, en estos días me encuentro reflexionando sobre la importancia de vivir cada día tal como viene, pues nadie sabe qué nos depara el mañana. Ya que Dios me ha concedido este día, simplemente me esfuerzo por vivir plenamente para Su gloria; en cuanto al mañana, si Él lo permite, creo que podré vivir con esa misma actitud. No deseo detenerme en el pasado, ni siento la necesidad de angustiarme por el futuro bajo el pretexto de prepararme para él. Simplemente valoro una vida caminada junto al Señor: una vida llena de gozo, alegría y gratitud. Creo que, si vivo de esta manera, podría presentarme ante el Señor con un corazón agradecido incluso si falleciera esta misma noche. Al fin y al cabo, ¿qué se puede hacer respecto a los años que ya han pasado? No sé cuánto tiempo me queda en esta tierra —ni creo que necesite saberlo—, pero simplemente quiero buscar las cosas eternas mientras dependo del Señor día tras día. Deseo caminar con el Señor, cumplir el ministerio que Él me ha encomendado y vivir para Su gloria.

El amado pastor Kim Chang-hyuk se encuentra actualmente en un estado de gran fragilidad física. Recuerdo haberlo visto luchar incluso para levantarse del sofá por sí mismo. Sin embargo, en medio de esa debilidad, recuerdo cómo cantaba con poder el estribillo del himno número 40 —«Mi alma alaba la grandeza y majestad del Señor»—, confiando plenamente en Dios. Aunque su cuerpo es sumamente frágil, su alma se eleva como un águila hacia los cielos. Su alma, que alaba la grandeza y majestad de Dios, descansa únicamente en el Dios eterno. Uniéndome —aunque de manera imperfecta— a la ferviente oración del pastor para que solo se manifieste la gloria de Dios, hago esta confesión ante Dios y ante todos ustedes: «Aun mientras vivo, deseo vivir como alguien que ha muerto». Deseo vivir teniendo presente la realidad de la muerte. Con ese fin, quiero atender el consejo de los sabios y asistir a funerales. En ellos, como alguien que aún vive, quiero contemplar la

muerte: el fin de la vida en este mundo. Quiero sentirla visceralmente; quiero grabarla profundamente en mi corazón, una y otra vez. Y, con esa perspectiva de la muerte, quiero vivir los días que me quedan, dependiendo cada vez más del Señor y buscando aquello que es eterno. Creo que al hacerlo, aun cuando muera, viviré para siempre. Amén.

La reprensión del sabio

[Eclesiastés 7:5–7]

¿Alguna vez ha oído hablar de la «enfermedad del pastor»? Escuché esta expresión por primera vez de boca de un colega pastor hace una o dos semanas. Él sugería que los pastores padecemos una dolencia específica —la «enfermedad del pastor»—, que consiste en la compulsión de enseñar a los demás. Parecía referirse concretamente a los pastores principales, como yo. En otras palabras, se daba a entender que, si bien la «enfermedad» del pastor principal es el impulso de enseñar a otros, a menudo le cuesta escuchar cuando son otros quienes intentan enseñarle *a él*. Sinceramente, no supe qué responder; estaba totalmente de acuerdo con él. Podía ver señales de esa misma enfermedad en mí mismo. Es una sensación pesada y aleccionadora darse cuenta de que he contraído esta condición, sobre todo cuando tanto había deseado evitarla. Resulta especialmente desalentador, dado que he estado buscando un «ministerio en el desierto» —centrándome en capacitarme para escuchar la voz del Señor y meditar en su Palabra—, solo para verme afligido por este mal. Al reflexionar sobre la raíz del problema, recordé a los fariseos del Nuevo Testamento. Me di cuenta de que, mientras estaba ocupado enseñando a los demás, descuidaba enseñarme *a mí mismo*. ¿Y cuál es el resultado? El orgullo. Y cuando el orgullo se apodera de uno, deja de escuchar no solo la voz de Dios, sino también las palabras de hermanos y hermanas amados.

Hace poco, durante un servicio de oración matutino, medité en 2 Samuel 12:7 bajo el título: «Tú eres aquel hombre». Este conocido relato bíblico describe cómo el profeta Natán

reprende al rey David por su pecado. Tras acostarse con Betsabé —la esposa de Urías— y enterarse de que había quedado embarazada, el rey David intentó encubrir su pecado y terminó cometiendo asesinato al ordenar la muerte de su leal soldado Urías. Dado que «aquello que David había hecho desagradó al SEÑOR» (v. 27), Dios envió al profeta Natán para reprender a David por haber tomado a la esposa de Urías, valiéndose de una parábola sobre un hombre rico y uno pobre que vivían en la misma ciudad (12:1–4). Encolerizado, David declaró a Natán: "¡Vive el SEÑOR, que el hombre que ha hecho esto merece morir!" (v. 5). Quizás debido a que se había esforzado tanto por ocultar su pecado —hasta el punto de acallar su propia conciencia—, David no se percató de que *él* era quien "merecía morir". Fue entonces cuando Natán lo reprendió directamente, diciéndole: "¡Tú eres ese hombre!" (v. 7). ¡Qué reprensión tan impactante fue aquella! Ciertamente, David no se consideraba a sí mismo como alguien que "merecía morir", por lo que debió quedar totalmente atónito cuando Natán lo señaló. Cuando no reconocemos nuestros pecados como tales, y el Dios santo deja al descubierto nuestras acciones tal como son en realidad, ¿acaso no resulta un choque para nuestra conciencia?

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:5, el rey Salomón nos dice: "Mejor es oír la reprensión del sabio que oír la canción de los necios". Hemos meditado anteriormente sobre la Palabra de Dios —centrándonos en Eclesiastés 7:1–4— bajo el tema: "Los vivos lo tomarán en serio". Hemos aprendido que nosotros, los vivos, debemos reflexionar profundamente sobre el hecho de que la muerte es el destino final de todos. También hemos aprendido que, para realizar tal reflexión profunda, es mejor visitar una casa de luto que una casa de fiesta donde uno se entrega a los placeres carnales. Así, el rey Salomón nos dice en Eclesiastés 7:4: "El corazón del sabio está en la casa de luto, pero el corazón de los necios está en la casa del placer". El corazón del sabio no habita en la casa del placer —un lugar de vanidad y futilidad—, sino más bien en la casa de luto, donde se contempla seria y profundamente la realidad de la muerte, el fin último de todos. El rey Salomón continúa hablando sobre el sabio en el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:5–7. Mientras que los versículos 1 al 4 se centraban en el "corazón del sabio", los versículos 5 al 7 se centran en la "reprensión del sabio". A través

de este pasaje, el mensaje que Dios nos transmite es: "Escucha la reprensión del sabio". ¿Quién disfruta, a fin de cuentas, de ser reprendido? Nuestra naturaleza pecaminosa y caída anhela la alabanza de los demás y no tiene el menor deseo de escuchar una reprensión. Personalmente, tengo una duda respecto al estilo tradicional coreano de crianza, común en la generación de mis padres; concretamente, sobre el concepto de *magapyeon* (azotar a un caballo que ya corre bien). Nunca he comprendido del todo por qué sería necesario azotar a un caballo que ya galopa eficazmente. Me siento más familiarizado con el estilo estadounidense de crianza. Con esto me refiero específicamente a la costumbre de los padres de elogiar y animar a sus hijos. Recuerdo una escena que vi una vez en televisión sobre unos niños jugando al fútbol; un momento concreto de aquella transmisión permanece vagamente en mi memoria. Vi cómo un niño pequeño pateaba el balón frente a la portería pero fallaba el tiro. A pesar del fallo, un adulto —que parecía ser el padre del niño— permanecía en la banda aplaudiendo y gritando: «¡Bien hecho! ¡Bien hecho!». Un padre coreano típico, en cambio, podría haber dicho algo como: «Oye, ¿ni siquiera pudiste marcar ese gol? Qué decepción». Tras haber asistido a algunos partidos de fútbol de mi hijo Dylan, he notado que hoy en día suelen ser las madres —y no solo los padres— quienes más se apasionan; parecen animar y gritar con aún más intensidad. Por supuesto, eso no significa que suscriba plenamente el estilo estadounidense de crianza. Personalmente, creo que criar a los hijos requiere un equilibrio entre ambos enfoques: el elogio —o el ánimo— y la mano firme, o «el látigo». Del mismo modo que un caballo que corre bien necesita el látigo pero también caricias y sosiego, creo que los niños necesitan ambas cosas. Desde esta perspectiva, la lección que el rey Salomón nos ofrece en Eclesiastés 7:5 es que la reprensión de un sabio es mejor que el elogio (o el ánimo) de un necio. Observemos el versículo 5: «Mejor es oír la reprensión del sabio que escuchar la canción del necio». ¿Cuál es, entonces, la «canción del necio» de la que habla Salomón? Se refiere al «falso consuelo de los impíos» (Park Yun-sun). Él nos advierte que debemos desconfiar del falso consuelo que ofrecen los impíos. ¿Por qué debemos guardarnos de tal falso consuelo? El rey Salomón explica la razón en el versículo 6 del pasaje de hoy: «Porque como el crepitar de los espinos bajo la olla, así es la risa del necio; también esto es vanidad». En resumen, la razón por la

que debemos guardarnos del canto del necio —es decir, del falso consuelo que ofrecen los impíos— es que dicho consuelo es inútil. Esta inutilidad se compara con «el crepitar de los espinos». ¿Qué significa esto? ¿Qué le viene a la mente cuando piensa en espinos ardiendo? Producen un ruido fuerte y crepitante, ¿verdad? Sin embargo, no generan el calor necesario para hervir el agua de la olla. Dado que en las Escrituras los «espinos» suelen simbolizar a los impíos (2 Samuel 23:6; Nahúm 1:10), Salomón ilustra que los sonidos de falso consuelo ofrecidos por los impíos —a menudo en medio de su búsqueda de placeres carnales— pueden parecer reconfortantes por un instante fugaz, pero se desvanecen rápidamente. No ofrecen un verdadero alivio. En esencia, el consuelo de los impíos carece de sentido. Por lo tanto, a lo que debemos prestar atención no es al canto del necio, sino a la reprensión del sabio.

En Proverbios 17:10, el autor de Proverbios nos dice: «Más penetra una reprensión en el que tiene entendimiento, que cien azotes en el necio». El necio no escucha, por más que se le reprenda; de hecho, si reprendes a un necio, te odiará (Proverbios 9:8). Por eso, el autor de Proverbios nos aconseja reprender al sabio. ¿Por qué? Porque el sabio te amará por reprenderlo (por amor) (versículo 8). Debemos reprender al sabio con amor, ya que hacerlo lo hace aún más sabio. Observemos Proverbios 9:9: «Da instrucción al sabio, y será más sabio; enseña al justo, y aumentará su saber». Consideremos también Proverbios 25:12: «Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es la sabia reprensión al oído que escucha». ¡Qué valioso es un «oído que escucha»! Un oído capaz de oír la voz de Dios es verdaderamente precioso. Mientras escuchamos la voz de Dios —específicamente sus mandamientos—, también debemos atender su voz de reprensión. Esto se debe a que la reprensión de Dios beneficia nuestras almas (2 Timoteo 3:16). Al aceptar la reprensión de Dios, nos arrepentimos y nos apartamos del camino del pecado para volver a la senda correcta. Mediante esta reprensión y arrepentimiento, llegamos a caminar por la senda de la justicia (2 Timoteo 3:16). Así, el autor de Proverbios declara: «Mejor es reprensión manifiesta que amor oculto» (Proverbios 27:5). Si realmente amamos a un hermano, debemos reprenderlo con amor cuando se desvía hacia un camino torcido. Si Dios le concede sabiduría, él

atenderá nuestra reprensión, se arrepentirá y regresará al camino correcto. Sin embargo, surge un peligro cuando la persona sabia —que ofrece esta reprensión amorosa— no camina ella misma por la senda correcta. En otras palabras, si una persona sabia descuida su propia disciplina, corre un riesgo considerable de sucumbir ante el atractivo del «canto de los necios». El rey Salomón aborda este peligro en Eclesiastés 7:7: «La extorsión convierte al sabio en necio, y el soborno corrompe el corazón». Este versículo implica que un corazón codicioso de ganancias materiales se oscurece, incapacitando a la persona para distinguir entre la justicia y la injusticia (Jamieson). En última instancia, si somos hábiles para corregir a otros pero fallamos en disciplinarnos fielmente a nosotros mismos, la tentación de un soborno puede despertar la codicia en nuestro interior, haciéndonos perder el discernimiento. Consideremos la verdad expresada por el autor de Proverbios: «El malvado acepta sobornos ocultos en los pliegues de su manto para pervertir el curso de la justicia» (Proverbios 17:23). Por ello, Deuteronomio 16:19–20 nos instruye: «No perviertas la justicia ni muestres parcialidad. No aceptes sobornos, pues el soborno ciega los ojos de los sabios y tuerce las palabras de los justos. Sigue la justicia, y solo la justicia, para que vivas y tomes posesión de la tierra que el Señor tu Dios te da».

Debemos atender con humildad la reprensión de los sabios. En esta época, resulta difícil encontrar «oídos que escuchen y obedezcan», oídos que sean agradables a los ojos de Dios. En particular, aunque el Espíritu Santo nos reprende a través de la santa Palabra de Dios, persistimos en rechazar tales reprensiones. Como consecuencia, nos desagradan los sermones que señalan y exponen nuestros pecados. Recuerdo el pasaje de 2 Timoteo 4:3–4: «Porque llegará el tiempo en que la gente no soportará la sana doctrina; más bien, para satisfacer sus propios deseos, se rodearán de una gran cantidad de maestros que digan lo que sus oídos quieren oír. Apartarán los oídos de la verdad y se volverán a los mitos». Necesitamos adoptar la misma actitud que el salmista. Observemos el Salmo 141:5: «Que el justo me golpee: eso es un acto de bondad; que me reprenda: eso es aceite sobre mi cabeza. Mi cabeza no lo rechazará, pues mi oración siempre estará en contra de las obras de los malvados». Debemos valorar la amorosa reprensión de los sabios como si fuera

«aceite sobre mi cabeza». Aunque tal reprensión pueda resultar difícil y dolorosa de escuchar en el momento, debemos verla como una oportunidad para reflexionar serenamente sobre nosotros mismos mientras nuestra conciencia es interpelada. Si logramos escuchar la voz de Dios en esa reprensión —reconociendo, confesando, arrepintiéndonos y volviéndonos a Él—, adquiriremos el recto juicio para distinguir entre la justicia y la injusticia, y caminaremos por la senda de la justicia. ¿Creemos verdaderamente que nosotros, los cristianos, poseemos ese recto juicio, distinguimos entre la justicia y la injusticia y caminamos por la senda de la justicia? ¿Creemos realmente que nuestra iglesia está recorriendo el camino de la justicia al obedecer la Palabra del Señor, quien es la Cabeza de la iglesia?

Hoy me reuní con un pastor que fue compañero mío de cursos superiores en el seminario; tras almorzar juntos, mantuvimos una conversación muy franca. A través de ella, Dios me impartió valiosas lecciones y hallé consuelo en nuestra comunión en el Señor. Dios me reprendió con suavidad mediante esa charla con un pastor de mayor trayectoria. Al recibir tal reprensión, vino a mi mente una persona en particular. Por ello, tras despedirme del pastor y mientras conducía de regreso a la iglesia, llamé a esa persona para pedirle perdón. También le expresé mi amor. Después de disculparme y decirle «te quiero» antes de colgar, me sentí profundamente conmovido. Hoy me pregunto qué palabras de amorosa reprensión podría estar dirigiendo el Señor a nuestra iglesia. Para explorar esto, acudí a los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, donde el Señor se dirige a las siete iglesias. Observé que, de entre las siete, solo las iglesias de Esmirna y Filadelfia recibieron elogios; las otras cinco recibieron tanto alabanzas como reprensiones por parte del Señor. Consideremos las palabras de reprensión del Señor: (1) La iglesia de Éfeso: «Pero tengo esto contra ti: que has dejado tu primer amor» (Ap. 2:4). (2) La iglesia de Pérgamo: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas» (Ap. 2:14-15). (3) La iglesia en Tiatira: «Sin embargo, tengo unas pocas cosas contra ti: toleras a esa mujer

Jezabel, que se llama a sí misma profetisa. Con sus enseñanzas induce a mis siervos a la inmoralidad sexual y a comer alimentos sacrificados a los ídolos. Le he dado tiempo para que se arrepienta de su inmoralidad, pero no quiere hacerlo» (Ap. 2:20–21). (4) La iglesia en Sardis: «Al ángel de la iglesia en Sardis escribe: Estas son las palabras de aquel que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras; tienes fama de estar vivo, pero estás muerto. ¡Despierta! Fortalece lo que queda y está a punto de morir, pues no he encontrado tus obras completas ante los ojos de mi Dios. Recuerda, por tanto, lo que has recibido y oído; obedécelo y arrepíentete» (Ap. 3:1–3a). (5) La iglesia en Laodicea: «Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras lo uno o lo otro! Así que, por cuanto eres tibio —ni caliente ni frío—, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Dices: "Soy rico; he acumulado riquezas y no necesito nada". Pero no te das cuenta de que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap. 3:15–17). ¿Qué te parecen las reprensiones del Señor a estas cinco iglesias? ¿Cuáles crees que son las palabras de reprensión que se aplican a nuestra iglesia? «El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Ap. 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22).

¿Por qué las personas tienen aventuras extramatrimoniales?

«Ciertamente la extorsión vuelve necio al sabio, y el soborno corrompe el corazón» (Eclesiastés 7:7).

Hoy escuché algo de alguien. En cierto país, el 99 % de las enfermeras desean trabajar en el extranjero; sin embargo, se dice que, de aquellas que están casadas, cerca del 98 % terminan teniendo aventuras una vez que se trasladan al extranjero. Al oír esto, me pregunté: «¿Realmente llega a tal extremo?». Aunque sabía que las aventuras extramatrimoniales son comunes en la actualidad, no tenía idea de que su prevalencia fuera tan alta. Es, verdaderamente, un asunto grave. ¿Por qué tantas personas se involucran en tales aventuras? Anteriormente, analicé las razones de esto basándome en Proverbios 5:8. La razón es que las personas no mantienen distancia de quienes deberían evitar, mientras que se alejan de aquellos a quienes deberían acercarse. En otras palabras, quienes tienen aventuras se distancian de sus propias esposas —a quienes deberían valorar y amar— y, en cambio, se acercan a otras mujeres a las que deberían evitar. Inician estas aventuras porque no aman fielmente a sus esposas (v. 15) ni hallan gozo en ellas (v. 18). Además, al no encontrar satisfacción constante en el abrazo de sus esposas ni deleitarse continuamente en su amor (v. 19), vuelcan su afecto hacia otras mujeres y abrazan a la esposa de otro hombre, llegando incluso a engendrar hijos con ella (vv. 16, 20).

Hoy quisiera considerar otra razón más para las aventuras extramatrimoniales, basándome en el pasaje de Eclesiastés 7:7. Esa razón es la «codicia». Éxodo 20:17, en la Biblia, registra el décimo de los Diez Mandamientos dados a Moisés: «No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la esposa de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo». Dios nos ordenó claramente no codiciar a la esposa del prójimo; entonces, ¿por qué lo hacemos? La causa raíz reside en la codicia que llevamos dentro. Cuando la codicia habita en nosotros, no logramos hallar satisfacción en el abrazo de nuestras propias esposas (Proverbios 5:19). Además, la codicia nos impulsa a desear a otras mujeres más allá de lo debido. Arrastrados por los deseos de los ojos, contemplamos a mujeres que no son nuestras esposas y les prestamos atención. Sin embargo, por muchas mujeres que veamos o de las que oigamos hablar, nuestros ojos nunca se sacian (Eclesiastés 1:8). Así, Satanás nos tienta con la impureza y los deseos de la carne, llevándonos al pecado (2 Pedro 2:18); específicamente, al pecado de codiciar a otra mujer.

Amigos, la raíz de las relaciones adúlteras es la codicia. La codicia no conoce límites y nunca se sacia (Isaías 56:11). Nos impide estar satisfechos con nuestras propias esposas (Proverbios 5:19) y nos impulsa a codiciar a la esposa de nuestro prójimo (Éxodo 20:17). Por tanto, no debemos permitir que nuestros corazones se inclinen hacia la codicia (Salmo 119:36). La Biblia declara que la codicia es idolatría (Colosenses 3:5). Debemos, pues, rechazar toda forma de codicia (Lucas 12:15) y hacer morir los deseos carnales que habitan en nosotros (Colosenses 3:5). Debemos abandonar «la inmoralidad sexual, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y la codicia» (v. 5). La razón es que ya hemos crucificado la carne, junto con sus pasiones y deseos, en la cruz (Gálatas 5:24). Que nosotros —tú y yo— nos abstengamos de codiciar a la esposa del prójimo (Éxodo 20:17) y, en cambio, hallemos siempre satisfacción en el abrazo de nuestras propias esposas (Proverbios 5:19).

«Entre ustedes no debe haber ni siquiera un indicio de inmoralidad sexual, ni de ninguna clase de impureza o de codicia, ya que tales cosas no son propias del pueblo santo de Dios» (Efesios 5:3).

El servicio de los sabios

[Eclesiastés 7:8-10]

Después de comer esta mañana, llamé a uno o dos miembros de nuestra iglesia. Me habían preparado algunos acompañamientos y quería expresarles mi gratitud tras haberlos probado. Al llamar a una de ellas para darle las gracias, hablé con cariño de nuestra iglesia y afirmé que asistiría a ella hasta el día de su muerte. Me conmovió profundamente escucharla decir que, tras haber asistido a nuestra iglesia durante tanto tiempo, había desarrollado un vínculo que abarcaba tanto las pruebas como las alegrías de nuestra vida en común. Su determinación de permanecer en nuestra iglesia hasta el final... Es verdaderamente hermoso servirnos unos a otros y servir juntos al Señor dentro de la comunidad de la iglesia. Cuando vislumbramos este hermoso servicio en la vida de los demás, vemos un «pequeño Jesús» en cada uno. Y creo que la reunión de tales «pequeños Jesuses» constituye una verdadera comunidad de Jesús. Oro para que nuestra iglesia llegue a ser precisamente esa clase de comunidad de servicio. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo debo —o debemos— servir?

Al comenzar a meditar en el capítulo 7 de Eclesiastés, aprendimos sobre «el corazón del sabio» en los versículos 1 al 4 y «la reprensión del sabio» en los versículos 5 al 7. Ahora, en el pasaje de hoy —Eclesiastés 7:8-10—, Dios nos ofrece lecciones valiosas sobre «el servicio de los sabios». Centrándome en estos versículos, quisiera explorar tres lecciones sobre cómo los sabios llevan a cabo la obra del Señor:

En primer lugar, los sabios llevan una tarea hasta el final y dan fruto.

Observemos la primera parte de Eclesiastés 7:8: «Mejor es el fin del negocio que su principio...». El rey Salomón declaró: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora», señalando que hay «tiempo de nacer, y tiempo de morir» (3:1-2). También habló de la muerte como el destino final de todos nosotros (7:2). La Biblia nos dice que la muerte marca el final de nuestra vida en este mundo. Además, declara que el fin de un asunto es mejor que su principio (versículo 8). ¿Qué significa esto? Aquí, el «fin de un asunto» se refiere a la determinación de una persona respecto a la tarea que tiene entre manos. Decir que es «mejor que el principio» significa que es superior a simplemente comenzar una tarea sin terminarla (Park Yun-sun).

Si examinamos detenidamente nuestra vida cotidiana, encontramos muchas situaciones en las que iniciamos cosas pero no logramos completarlas. Por ejemplo, a menudo abro un libro y empiezo a leer, pero me detengo antes de terminar y lo pospongo para el día siguiente o para más adelante. Más allá de la lectura, hay muchas otras tareas que inicio pero dejo inconclusas, postergándolas en su lugar. Incluso cuando esto sucede, a veces nos consolamos pensando que «empezar es la mitad de la batalla», aunque no logremos llevar el trabajo a su fin. Sin embargo, la Biblia nos exhorta no solo a comenzar, sino a llevar la tarea hasta su culminación y dar fruto. Personalmente, he reflexionado sobre Eclesiastés 3:1-2, 7:2 y la primera parte de 7:8 —el pasaje que nos ocupa hoy— considerándolos en conjunto. Al hablar el rey Salomón sobre el cumplimiento del propósito y el momento de la muerte, me llevó a reflexionar sobre el fruto que se obtiene al cumplir el propósito que Dios nos dio mientras vivimos en esta tierra: fruto que presentaremos cuando enfrentemos la muerte. Me pregunté: «¿Qué fruto he dado realmente al realizar la obra del Señor hasta ahora? ¿Qué fruto espero ver del trabajo que actualmente hago para Él? Cuando muera y comparezca ante el Señor para rendir cuentas, ¿tendré algún fruto que ofrecer?». Junto con el pensamiento de «no debo convertirme en una higuera estéril», surgió la comprensión de que Dios espera de mí otro tipo de fruto. En última instancia, creo que la vida es una carrera que

debe correrse hasta el final. Por muy magnífico que sea el comienzo, el final no debería ser sombrío; por el contrario, aunque el inicio haya sido humilde, una conclusión magnífica es hermosa. Por supuesto, no existe una regla estricta que dicte que el final **deba** ser magnífico. Lo importante es que, al correr la carrera de la fe mientras realizamos la obra del Señor, nunca abandonemos el camino. Debemos correr la carrera de la fe hasta la meta. Debemos correr teniendo la meta en mente, correr hasta el final y dar frutos hermosos. Nuestras vidas deben producir una cosecha digna de la alabanza de Dios.

En segundo lugar, una persona sabia trabaja con un espíritu paciente.

Observemos la segunda parte de Eclesiastés 7:8 en el texto de hoy: «...mejor es el paciente de espíritu que el altivo de espíritu». La semana pasada, mientras conversaba francamente con un pastor veterano, el mensaje que Dios me transmitió una vez más a través de él fue simplemente este: «Sé paciente». En particular, se me dijo que realizar la obra del Señor requiere no solo humildad, sino también gran paciencia. Este consejo sirve de reprensión para mi propio corazón, pues reconozco impaciencia en mí mismo. Aunque tengo un temperamento naturalmente apresurado, también tiendo a ser excesivamente impaciente y a carecer de perseverancia al llevar a cabo la obra del Señor. Tal impaciencia conduce inevitablemente a errores en el hablar y en el actuar. Un peligro aún mayor es que podría arruinar la obra de Dios. ¿Cómo sucede esto? Sucede porque me adelanto a Dios. En última instancia, al reflexionar sobre por qué soy impaciente, me doy cuenta de que la causa raíz es un corazón orgulloso (versículo 8). Un corazón orgulloso carece de paciencia; en cambio, alberga impaciencia. Como consecuencia, me adelanto al Señor no solo en mis acciones y palabras, sino también en mis propios pensamientos. Por tanto, aquellos de nosotros propensos a la impaciencia debemos prestar atención a las palabras del autor de Proverbios en 21:5 y 29:20: «Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura, de cierto va a la pobreza» (Prov. 21:5); «¿Has visto hombre ligero en sus palabras? Más esperanza hay de necio que de él» (Prov. 29:20). Las Escrituras nos dicen que no hay esperanza para la persona impaciente y que tal precipitación conduce a la

pobreza. El rey Salomón también dice: «No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios» (Ecl. 7:9). Al llevar a cabo la obra del Señor hasta el final, podemos encontrarnos con muchas dificultades y situaciones que provocan ira. Si no ejercemos paciencia y —como necios— reaccionamos con ira precipitada, corremos el riesgo de arruinar la obra del Señor. Por eso, el autor de Proverbios afirma: «La sabiduría del hombre le da paciencia; su gloria es pasar por alto la ofensa» (Proverbios 19:11). En cambio, ante una situación que provoca ira, debemos ejercer paciencia para persuadir a la persona que nos ha molestado. Consideremos Proverbios 25:15: «Con paciencia se persuade a un gobernante, y una lengua suave puede romper un hueso». ¡Qué hermoso sería si, en momentos de ira, practicáramos la paciencia y habláramos con suavidad, ganándonos así el corazón de la otra persona y permitiéndonos trabajar juntos por la causa del Señor!

Debemos perseverar; debemos resistir una y otra vez. Para llevar a cabo fielmente la obra del Señor hasta el final, debemos ejercitar la paciencia y la perseverancia. Debemos atender a las palabras de Santiago 5:10-11: «Hermanos y hermanas, tomen como ejemplo de paciencia ante el sufrimiento a los profetas que hablaron en nombre del Señor. Como saben, consideramos bienaventurados a aquellos que han perseverado. Han oído hablar de la perseverancia de Job y han visto lo que el Señor finalmente llevó a cabo. El Señor está lleno de compasión y misericordia». Cuando depositamos nuestra plena confianza en el Señor y esperamos con paciencia, seremos testigos del buen resultado que Él nos otorga.

En tercer lugar, una persona sabia permanece fiel a la realidad presente mientras realiza la obra del Señor.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 7:10: «No digas: "¿Por qué los tiempos pasados fueron mejores que estos?", pues no es sabio hacer tales preguntas». Hay momentos en que realizar la obra del Señor se vuelve difícil y arduo. En tales instantes, debemos completar la tarea con un corazón humilde. Debemos llevar a cabo la obra del Señor fielmente hasta el final, impulsados por un sentido de misión, y dar fruto para Él. Sin embargo, si enfrentamos

dificultades constantes y permitimos que el orgullo se infiltre en nuestros corazones sin que nos demos cuenta, podríamos dejar de hacer la obra. No logramos llevarla a término y abandonamos a mitad de camino. Es posible que hayamos comenzado con grandes intenciones, pero fracasamos en completar la tarea. Esto sucede porque el orgullo nos hace perder la paciencia y emitir juicios precipitados nacidos de la impulsividad. Además, podemos llegar a perder el control de nuestras emociones y enfadarnos ante la adversidad, dirigiendo nuestra ira hacia la situación, hacia quienes nos rodean o incluso hacia nosotros mismos. La Biblia califica a tal persona de insensata; es decir, alguien carente de sabiduría (versículo 9b). Ese insensato anhela los días de prosperidad pasada en lugar de afrontar las dificultades y adversidades del presente (versículo 10). Es propia de un insensato la mentalidad de añorar el comienzo prometedor de una tarea mientras se desanima ante los diversos desafíos que surgen a medida que la obra avanza. En consecuencia, en lugar de afrontar la realidad y permanecer fiel al presente por un sentido del deber de completar la tarea, el necio descuida su vida actual y se aferra constantemente a dulces fantasías nostálgicas del pasado. Así, el necio intenta negar la realidad una y otra vez; es incapaz de aceptar las cosas tal como son. Por el contrario, la persona sabia acepta la realidad exactamente como es. Sean cuales sean las circunstancias, la persona sabia abraza la realidad y permanece fiel en ella. En lugar de anhelar el pasado y quedarse estancada en él, recuerda la gracia que Dios otorgó en tiempos pasados y honra esa gracia en medio de las dificultades presentes. Aferrándose a la seguridad de la salvación, avanza con fe, confiando en que Dios la libraré de las dificultades y adversidades que enfrenta actualmente. Además, la persona sabia avanza con esperanza hacia el futuro; mira hacia adelante en vez de obsesionarse con el pasado. Para usar las palabras del apóstol Pablo, la persona sabia es aquella que prosigue hacia la meta. En la carrera de la fe, la persona sabia es quien mantiene la mirada fija en la línea de meta. Sabiendo que le espera una recompensa al cruzarla, corre con la vista puesta firmemente en ese premio. Por tanto, el rey Salomón nos exhorta a no preguntar: «¿Por qué los tiempos pasados fueron mejores que estos?» (v. 10). De hecho, se trata más de una reprensión que de una exhortación. Debemos atender con humildad esta reprensión del sabio.

Una de las cosas de las que me he dado cuenta últimamente, mientras sirvo a la iglesia — el cuerpo de Cristo—, es que carezco de sabiduría. Reconocer esta carencia me lleva a una confesión: que es enteramente por la gracia de Dios que he llegado hasta aquí. Al reconocer que he podido servir a nuestra iglesia hasta este momento únicamente gracias a la gracia de Dios, también reflexiono sobre si mi falta de sabiduría ha causado dificultades al rebaño. En consecuencia, he encontrado un nuevo motivo de oración: pedir sabiduría a Dios. Oro aferrándome a las palabras de Santiago 1:5: «Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, quien da a todos generosamente y sin menospreciar a nadie, y le será dada». En medio de esto, doy gracias a Dios por la oportunidad de meditar en el libro de Eclesiastés durante nuestras reuniones de oración de los miércoles, pues a través de él, Él nos enseña la sabiduría del corazón. Centrándonos específicamente en el pasaje de hoy —Eclesiastés 7:8-10—, Dios nos ofrece a usted y a mí tres lecciones sobre el servicio del sabio: (1) En primer lugar, el sabio lleva una tarea hasta el final y da fruto. (2) En segundo lugar, el sabio trabaja con un corazón paciente. (3) Por último, el sabio permanece fiel a la realidad presente mientras realiza la obra del Señor. Oro para que todos lleguemos a ser personas que sirven con tal sabiduría.

La carrera de la vida

[Eclesiastés 7:8-10, 14]

Esta semana conversé con un pastor principal a quien respeto. Tiene 48 años y mencionó que los próximos dos años son verdaderamente cruciales para él. Parecía abordar su ministerio con la convicción de que los cimientos de la iglesia deben estar firmemente establecidos antes de cumplir los 50 años. A menudo somos testigos de que, si un ministerio no se estabiliza para cuando el pastor llega a la cincuentena, el camino por delante dista mucho de ser sencillo. Ciertamente, hay pastores a nuestro alrededor que siguen lidiando con las cargas del ministerio incluso al llegar a los sesenta años. También reflexiono sobre estos asuntos cuando me reúno con pastores jubilados. A menudo oro y medito sobre cómo debo vivir el resto de mi vida y cómo debo desempeñar mi ministerio. Personalmente, a través de la comunión con miembros de nuestra iglesia que tienen noventa, ochenta, setenta, sesenta y cincuenta años, he llegado a ver la vida como una carrera de 100 millas. Por supuesto, uno puede vivir más allá de los 100 años o fallecer antes, pero para esta analogía, supongamos una vida de 100 años e imaginemos la existencia como una carrera de 100 millas. Desde esa perspectiva, he recorrido las primeras 40 millas, aproximadamente, por la gracia de Dios. Hoy quisiera extraer cinco lecciones del pasaje bíblico sobre cómo correr el resto de esta carrera de la vida.

En primer lugar, aprendemos la lección de que debemos correr la carrera de la vida hasta el mismo final.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:8, el rey Salomón afirma que "mejor es el fin del asunto que su principio". Si alguien corre una carrera sin la intención de terminarla, ¿qué sucede con esa carrera? Debemos correr hacia nuestra meta sin rendirnos hasta el final. Además, no debemos correr con intensidad solo al comienzo de la carrera. Hemos de correr con la determinación de completar todo el recorrido, asegurándonos de que el final sea aún más hermoso que el principio. A menudo escucho noticias de pastores que, al no terminar bien, causan dolor a muchos miembros de la congregación. Saber de pastores que sirvieron fielmente durante treinta o cuarenta años pero no lograron retirarse con dignidad constituye una lección profunda para mí —un novato en el ministerio—, recordándome que «mejor es el fin del asunto que su principio». Esta lección no se aplica solo a nosotros, los pastores, sino a todos. Los sabios prestarán atención a esta palabra de Dios y se esforzarán sinceramente por concluir el capítulo final de sus vidas de manera hermosa, tanto a los ojos de Dios como de los demás. Mi oración es que completemos la carrera de la fe de tal manera que nuestro final sea más hermoso que nuestro comienzo y que la fragancia de Jesús se manifieste a través de nosotros.

En segundo lugar, aprendemos que debemos correr la carrera de la vida con un corazón paciente y humilde.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:8, el rey Salomón afirma: «Mejor es el paciente de espíritu que el altivo de espíritu». Al esforzarnos por correr la carrera de la vida hasta el final, inevitablemente nos encontramos con muchas situaciones que exigen gran paciencia. La vida es un maratón que requiere resistencia. En medio de las adversidades y dificultades de la vida, debemos perseverar y completar la carrera. Más allá de la paciencia, también debemos correr la carrera de la vida con humildad; no debemos comenzar con un corazón humilde para terminar con un corazón lleno de orgullo. El rey Saúl, por ejemplo, fue inicialmente humilde y se consideraba insignificante, pero más tarde se volvió arrogante, desobedeció la palabra de Dios y pecó contra Él. El rey Salomón gobernó bien al pueblo de Israel al principio, buscando la sabiduría de Dios con un corazón humilde; sin embargo, el

capítulo final de su vida estuvo lejos de ser hermoso, marcado por la desobediencia a la palabra de Dios. Es un pensamiento sobrecogedor: cuán difícil resulta servir al Señor y mantener la fe con humildad hasta el mismo final. ¿Cuántos pastores comienzan su ministerio como una «voz que clama en el desierto», como Juan el Bautista, para luego sucumbir al orgullo y cometer pecados —como el rey David— justo en el corazón de la ciudad, en el palacio real? Lo que más temo es la facilidad con la que el orgullo puede infiltrarse sin que uno siquiera se dé cuenta. Guardar el corazón de esta manera es verdaderamente difícil. No obstante, aquellos que se han propuesto completar la carrera de la vida deben perseverar y mantener un espíritu humilde hasta el final. La humildad debe marcar tanto el principio como el fin. Corramos la carrera de la fe con paciencia y humildad.

En tercer lugar, aprendemos la lección de que no debemos correr la carrera de la vida con un espíritu apresurado o un temperamento irascible.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:9, el rey Salomón nos dice: «No te apresures en tu espíritu a enojarte». No sé mucho sobre maratones, pero imagino que un maratonista no corre a toda velocidad en cuanto comienza la carrera. Si uno corriera con impaciencia, jamás lograría terminarla. Quienes han vivido más tiempo que yo seguramente entienden bien esto: que la vida no puede recorrerse con éxito si se tiene un espíritu apresurado. Por supuesto, esto no significa que debamos vivir con pereza; la pereza también es un pecado. Debemos correr la carrera de la vida con diligencia, pero sin impaciencia. Además, al correr la carrera de la vida, no debemos hacerlo mientras albergamos o damos rienda suelta a la ira. Es fácil ceder ante la ira cuando tenemos prisa. Una vez visité un hogar de ancianos para ver a una diaconisa mayor de mi iglesia y escuché a otras dos ancianas gritando y peleando. Me quedé impactado al oírlas insultarse mutuamente en medio de tal arrebató de ira. Temiendo que aquello diera un mal ejemplo a mis hijos, abandoné el lugar apresuradamente. ¡Qué espectáculo tan desagradable: ver a personas que habían vivido tanto tiempo incapaces de controlar su ira, recurriendo a gritos y palabrotas! «El hombre irascible provoca contiendas» (Proverbios 15:18). Como sugirió una vez el presidente Lincoln, ya he llegado a los cuarenta

años, una edad en la que debo hacerme responsable de la expresión que lleva mi rostro. No debo correr la carrera de la vida con un semblante airado o irascible. En este mundo ajetreado, quiero correr la carrera de la vida con un espíritu sereno, manteniéndome tranquilo y controlando mi ira.

En cuarto lugar, aprendemos la lección de que no debemos correr la carrera de la vida anhelando el pasado.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:10, el rey Salomón nos aconseja no preguntar: «¿Por qué los tiempos pasados fueron mejores que estos?». La razón es simplemente que plantear tal pregunta no es propio de una persona sabia. En otras palabras, el sabio no descuida la carrera del presente por anhelar el pasado. Imaginemos a un maratonista que, mientras compite, se queda pensando en el pasado —«Yo era el más rápido al principio...»— en lugar de concentrarse en la carrera que está disputando; ¿qué pasaría con su carrera? Muchas personas viven inmersas en la nostalgia, añorando el pasado y, como consecuencia, sus vidas no progresan; se niegan a desarrollarse. Si uno mira constantemente hacia atrás, a sus días de gloria —pensando: «En aquel entonces, yo era...»—, no puede ser fiel a su vida actual ni desarrollar plenamente su potencial para correr la carrera. Los sabios corren mirando hacia adelante. Ningún maratonista compite mirando hacia atrás; corren con la vista fija en la meta. Nosotros debemos hacer lo mismo. Para completar la carrera de la vida, no debemos mirar atrás. Por supuesto, no debemos olvidar la gracia que Dios nos otorgó en el pasado; sin embargo, nunca debemos quedarnos estancados en esa gracia pasada. Nuestro Dios es un Dios que derrama una gracia aún mayor en el presente que en el pasado (Isaías 43:18-19). Por tanto, debemos correr nuestra carrera de fe mientras oramos, anticipamos y aguardamos la obra de Dios, quien hará algo nuevo. Debemos correr anhelando una gracia aún mayor. Dios seguramente derramará en abundancia la gracia que ha reservado para nosotros.

Finalmente, la quinta lección que aprendemos es que debemos correr la carrera de la vida por fe, reconociendo la realidad de que los tiempos de prosperidad y los de adversidad van de la mano. En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:14, el rey Salomón afirma que Dios ha dispuesto que tanto la prosperidad como la adversidad coexistan en nuestras vidas. Él nos exhorta: «En el día de prosperidad alégrate, pero en el día de adversidad reflexiona». ¿Por qué ha dispuesto Dios que ambas cosas vayan de la mano? Su propósito es asegurar que «el hombre no descubra nada de lo que vendrá después de él». Aunque pudiera parecer preferible saber qué nos depara el futuro, si lo conociéramos, sin duda pecaríamos aún más contra Dios. Conocer el futuro seguramente nos volvería arrogantes, llevándonos a dejar de depender de Dios. Intentaríamos vivir a nuestro antojo, actuando como si fuéramos los dueños de nuestro propio destino. Podríamos volvernos perezosos o —si nos rindiéramos— simplemente dejar que la vida siguiera su curso sin rumbo fijo. Es mejor no conocer el futuro. Ver un partido de fútbol cuando ya se conoce el resultado final le quita toda la gracia; es posible que ni siquiera queramos verlo. Es necesario que no sepamos; debemos permanecer ignorantes respecto a nuestro futuro. No necesitamos saber si nos espera prosperidad o adversidad. Simplemente debemos regocijarnos en los tiempos de prosperidad y reflexionar en los tiempos de adversidad. Al fin y al cabo, nuestras vidas no deberían consistir únicamente en prosperidad, pues eso engendraría arrogancia; ni tampoco deberían consistir solo en adversidad, pues eso nos llevaría al pecado. Dios, en su omnisciencia, ha dispuesto que la carrera de nuestra vida incluya una mezcla de caminos llanos, cuestas empinadas y senderos sinuosos. Así como ambos tipos de terreno son esenciales en un maratón, lo son también en la carrera de nuestra vida. De este modo, podemos correr esta carrera de fe hasta el final, ofreciendo acción de gracias, alabanza y oración, mientras mantenemos la mirada fija únicamente en el Señor y confiamos en Él. Al hablar de la carrera de la fe, no podemos pasar por alto las palabras que se encuentran en 2 Timoteo 4:7-8 y Hechos 20:24:

«He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe.

Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que el Señor,

juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí,
sino también a todos los que aman su venida» (2 Tim. 4:7-8). «Sin embargo, no considero
que mi vida tenga valor alguno para mí; mi única meta es terminar
la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea
de dar testimonio de las buenas noticias de la gracia de Dios» (Hechos 20:24).

Terminemos todos bien nuestra carrera, tal como lo hizo el apóstol Pablo. Completemos la
carrera de la fe. Corramos una carrera de fe en la que nuestro final sea aún más hermoso a
los ojos de Dios que nuestro comienzo. Corramos hasta el mismo final con paciencia y
humildad. No corramos esta carrera con prisa ni con ira. Sin importar las dificultades que
tengamos por delante, completemos la carrera de la fe manteniendo la mirada fija en el
Señor, quien hace que todas las cosas cooperen para el bien. Que todos vivamos de una
manera que glorifique a Dios.

La belleza de la sabiduría

[Eclesiastés 7:11–14]

Al considerar las decisiones que tomamos en la vida, ¿cuál creemos que es el criterio para elegir las? Personalmente, creo que la pregunta fundamental es: «¿Es esto beneficioso para mí?». Por ejemplo, si nos enfrentamos a la elección entre la opción A y la opción B —donde la A ofrece un beneficio y la B conlleva una desventaja—, naturalmente elegiríamos la A. Por supuesto, al tomar decisiones basadas en este criterio, debemos considerar cuidadosamente la naturaleza del «beneficio» en cuestión. Es necesario evaluar si el camino elegido beneficia nuestra vida de fe o si simplemente sirve a nuestra vida física y terrenal. Si el camino elegido ofrece un beneficio espiritual, deberíamos seleccionarlo. Incluso si ese camino no aporta una ventaja material o física, aun así deberíamos elegirlo si resulta beneficioso para nuestra vida espiritual y nuestra fe. Para lograrlo, necesitamos la sabiduría de Dios. La sabiduría nos permite poseer el discernimiento adecuado y emitir juicios acertados.

Al continuar meditando en el capítulo 7 de Eclesiastés, reflexionamos sobre el tema de la «sabiduría»: los versículos del 1 al 4 tratan sobre el «corazón de la sabiduría»; los versículos del 5 al 7, sobre la «reprimenda de la sabiduría»; y los versículos del 8 al 10, sobre el «servicio de la sabiduría». En este contexto, al observar el pasaje de hoy —Eclesiastés 7:11 y 12—, vemos al rey Salomón afirmar: «La sabiduría es hermosa como una herencia...» (versículo 11) y «...el conocimiento es aún más hermoso...» (versículo 12). En resumen, él declara que

la sabiduría es hermosa; habla de la «belleza de la sabiduría». Aquí, la palabra «hermosa» conlleva el significado de «buena» o «ventajosa». En otras palabras, afirmar que la sabiduría es hermosa significa que es buena para nosotros y nos aporta beneficios. Entonces, ¿cuáles son los beneficios que nos ofrece la sabiduría? La Biblia destaca tres puntos principales.

En primer lugar, el beneficio que aporta la sabiduría es que nos otorga una perspectiva eterna.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:11, el rey Salomón describe la sabiduría como hermosa —comparándola con una herencia—, refiriéndose a una posesión que perdura para siempre. En resumen, la sabiduría es hermosa (y beneficiosa para nosotros) porque tiene un valor eterno para nosotros (Park Yun-sun). Mientras que las posesiones mundanas, como la riqueza material o el poder, carecen de valor eterno, la sabiduría es hermosa porque, al igual que una herencia, posee un valor eterno. La sabiduría no solo es buena y hermosa por tener ese valor duradero, sino también porque infunde en nosotros una perspectiva eterna. Es buena, beneficiosa y hermosa porque nos guía y nos ayuda a vivir eternamente en función de aquello que es eterno. En particular, Dios ha puesto en nosotros un anhelo de eternidad (Eclesiastés 3:11), y la sabiduría es buena, beneficiosa y hermosa porque satisface precisamente ese anhelo. Por ello, el autor de Proverbios declara: «Ten por seguro que la sabiduría es como la miel para ti: si la encuentras, tendrás un futuro esperanzador y tu esperanza no será truncada» (Proverbios 24:14). Quienes poseen sabiduría tienen una esperanza eterna.

En segundo lugar, el beneficio que aporta la sabiduría es la protección. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 7:12: «La sabiduría sirve de refugio, al igual que el dinero; pero la ventaja del conocimiento es que la sabiduría preserva la vida de quien la posee». El significado literal de la palabra «refugio» aquí es «sombra» o «cobijo» (Radmacher). El rey Salomón afirma que tanto la sabiduría como el dinero nos sirven de sombra o refugio. Imaginemos un día en el que el sol cae con intensidad. Haría un calor sofocante, ¿verdad? Ante tal calor, ¿no

buscaríamos instintivamente una sombra? El rey Salomón nos dice que la sabiduría y el dinero nos brindan exactamente esa clase de sombra. Decir que ofrecen sombra significa que nos proporcionan paz y una sensación de seguridad. En pocas palabras, significa que la sabiduría y el dinero nos protegen. ¿Qué opinas? ¿Crees que la sabiduría y el dinero te ofrecen protección? Probablemente estés de acuerdo en que el dinero brinda protección, ya que tenerlo suele darnos una sensación de seguridad. Por eso el autor de Proverbios dice: «Las riquezas de un hombre pueden servir de rescate por su vida, pero el pobre no escucha amenazas» (Proverbios 13:8). Por ejemplo, si un niño fuera secuestrado y se exigiera un rescate, tener dinero nos permitiría pagar el precio y rescatarlo. Pero ¿qué podríamos hacer en tal situación si no tuviéramos dinero? Sin embargo, el rey Salomón declara que la sabiduría es aún más excelente que el dinero; es decir, la sabiduría es más beneficiosa que el dinero cuando se trata de protegernos. ¿Cree usted también que la sabiduría es más beneficiosa que el dinero para nuestra protección? En el conocido pasaje de Proverbios 31:10–31, el autor habla de la mujer virtuosa. El versículo 10, en particular, afirma: «¿Quién hallará mujer virtuosa? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas». Las cosas materiales, como las perlas o el dinero, son pasajeras; en otras palabras, al dinero le falta permanencia. La sabiduría, en cambio, no es algo que simplemente va y viene (Eclesiastés 7:11); tiene un valor eterno para nosotros. Por eso el rey Salomón declara que la sabiduría es más beneficiosa que el dinero. Si bien el dinero puede preservar nuestra vida física, no puede preservar nuestra alma. La sabiduría, por otro lado, preserva no solo nuestra vida física sino también nuestra alma, lo que la hace mucho más valiosa que el dinero. Así, el autor de Proverbios escribe: «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino» (Proverbios 3:13–14). No debemos abandonar la sabiduría, sino amarla, pues ella nos protegerá y guardará (Proverbios 4:6).

Finalmente, el tercer beneficio que ofrece la sabiduría es que nos permite experimentar la gracia de Dios: una gracia que brinda ayuda en momentos de necesidad.

¿Qué es esta gracia de Dios que nos ayuda en nuestros momentos de necesidad? La Biblia destaca uno o dos aspectos clave:

(1) En primer lugar, la gracia de Dios que experimentamos implica reconocer la soberanía de Dios.

Considere el texto de hoy, Eclesiastés 7:13: «Considera la obra de Dios; porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció?». Este pasaje significa que los seres humanos no pueden alterar ni corregir las obras de Dios. Por lo tanto, este pasaje señala la soberanía absoluta de Dios (Park Yun-sun). Puede resultar relativamente fácil reconocer la soberanía absoluta de Dios cuando prosperamos. Sin embargo, reconocerla en tiempos de adversidad es imposible sin fe. Por supuesto, incluso en tiempos de prosperidad, solo podemos reconocer la soberanía de Dios mediante la fe; no obstante, por alguna razón, parece más sencillo hacerlo entonces que en momentos de dificultad. Es natural que nos preguntemos: «Si Dios nos ama, ¿por qué permite la adversidad en lugar de concedernos únicamente la bendición de la prosperidad?». Este es un acto de la voluntad soberana de Dios que trasciende nuestro entendimiento humano. ¿Cuál es, entonces, la voluntad de Dios? Observemos la última parte de Eclesiastés 7:14: «...Dios hizo lo uno y lo otro, a fin de que el hombre nada halle después de él». La prosperidad o la adversidad que Dios permite dentro de su voluntad soberana sirven para impedirnos descifrar el futuro. Esto nos beneficia, ya que nos impulsa a depositar nuestra confianza únicamente en Dios (Park Yun-sun). El mensaje que el rey Salomón transmite en el pasaje de hoy es que la sabiduría reside en reconocer la soberanía absoluta de Dios, tanto si experimentamos prosperidad como adversidad. Así, la persona sabia vive por fe, reconociendo la soberanía de Dios tanto en los buenos como en los malos momentos.

(2) En segundo lugar, la gracia de Dios —que acude en nuestra ayuda en el momento oportuno y se nos revela a través de la sabiduría— nos capacita para regocijarnos en los tiempos de prosperidad y para reflexionar en los tiempos de adversidad.

Observemos la primera parte de Eclesiastés 7:14 en el texto de hoy: «En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad, considera...». La persona sabia sabe que Dios dispone tanto la prosperidad como la adversidad en nuestras vidas. También reconoce que Dios, quien orchestra ambas cosas, ha dispuesto que no podamos comprender ni prever plenamente el futuro. Una persona sabia no se regocija ni se deleita únicamente cuando las cosas van bien; más bien, abraza la gracia que Dios provee durante los tiempos de adversidad. ¿Cuál es esa gracia? Es aquella mediante la cual la sabiduría nos permite ver, en medio de la adversidad, cosas que antes no habíamos visto. ¿Qué es, entonces, lo que la sabiduría nos revela durante la adversidad y que nos permite experimentar la gracia de Dios? (Park Yun-sun)

(a) Revela el hecho de que somos pecadores. En otras palabras, la sabiduría nos capacita para ver nuestro propio pecado en tiempos de adversidad, humillándonos así ante Dios. ¡Qué tremenda bendición es esto! Darse cuenta de que uno es pecador ante Dios es una gran bendición. Esto se debe a que, al comprender esta verdad, podemos captar la magnitud de la gracia del perdón que se encuentra en la cruz de Jesús. Si logramos percibir esta gracia en tiempos de adversidad, entonces la adversidad misma se convierte en una bendición. La sabiduría es beneficiosa porque nos permite comprender esta verdad.

(b) Nos capacita para ver a los demás. Cuando cabalgamos sobre la ola del éxito, a menudo no nos fijamos en las personas que nos rodean, o incluso podemos llegar a ignorarlas por completo. Sin embargo, es solo cuando enfrentamos la adversidad que comenzamos a notar a quienes nos rodean. A medida que disminuye la tendencia a menospreciar a los demás, llegamos a reconocerlos y respetarlos.

(3) Es un encuentro con el juicio de Dios. ¿Quién pensaría en el juicio de Dios cuando todo marcha bien y prospera? Sin embargo, en tiempos de adversidad, nos encontramos con el Dios justo que juzga el pecado. Como consecuencia, surge en nosotros un sentido de

reverencia hacia Dios. Esta es precisamente la gracia que Dios nos otorga en los tiempos de dificultad. (d) Nos permite esperar con ilusión el momento de morar eternamente con el Señor. La sabiduría no solo nos hace anhelar las cosas eternas, sino que también infunde en nosotros una perspectiva eterna; así, especialmente en tiempos de adversidad, hace que deseemos aún más profundamente el reino eterno de Dios. Además, la sabiduría nos inspira la esperanza de vivir para siempre con el Señor en ese reino. Esta es la gracia que Dios nos concede en nuestra aflicción. La sabiduría que Dios provee nos ayuda a experimentar precisamente esta gracia. Este es el beneficio de la sabiduría; esta es la belleza de la sabiduría.

La sabiduría es hermosa. La sabiduría es beneficiosa para ti y para mí. Es beneficiosa porque nos otorga una perspectiva eterna. Es beneficiosa porque nos protege. Más aún, es beneficiosa porque nos permite experimentar la gracia de Dios: esa ayuda que llega justo cuando la necesitamos. Por eso, el autor de Proverbios nos exhorta: «La sabiduría es lo supremo; ¡adquiere sabiduría! Aunque te cueste todo lo que tienes, ¡adquiere inteligencia!» (Proverbios 4:7). Oro para que tú y yo busquemos la sabiduría de Dios, quien da generosamente a todos sin reprochar nada (Santiago 1:5). Por tanto, espero que tanto tú como yo experimentemos la belleza de la sabiduría.

El fundamento de la sabiduría

[Eclesiastés 7:15–18]

Durante la reunión de oración de esta mañana, medité sobre los temas de una familia bendecida, una iglesia bendecida y una nación bendecida, centrándome en 2 Crónicas 9:7: «¡Bienaventurados tus hombres! ¡Bienaventurados estos siervos tuyos, que están continuamente delante de ti y oyen tu sabiduría!». Al reflexionar sobre este versículo, contemplé la tremenda bendición que supone encontrar a un líder sabio. Esto se debe a que la nación de Israel fue bendecida precisamente porque su rey, Salomón, era sabio. Al defender la justicia y la rectitud, el sabio rey Salomón fortaleció a la nación (versículo 8); así, tal como observó la reina de Sabá, el pueblo de Israel era, en efecto, un pueblo bendecido. Para que nuestras familias sean bendecidas, el cabeza de familia —el esposo o el padre— debe ser sabio. Para que nuestras empresas sean bendecidas, el presidente debe ser sabio. Para que nuestras iglesias sean bendecidas, el pastor debe ser sabio. Para que nuestra nación sea bendecida, el presidente debe ser sabio. Por eso oramos por estos líderes durante la reunión de oración de esta mañana. Oramos para que Dios conceda sabiduría a los líderes de nuestras familias, empresas, iglesias y nación.

Últimamente, hemos estado meditando en el capítulo 7 de Eclesiastés durante nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles. Hemos reflexionado sobre el «corazón de la sabiduría» (versículos 1–4), la «reprimenda de la sabiduría» (versículos 5–7), el «servicio de la sabiduría» (versículos 8–10) y la «belleza de la sabiduría» (versículos 11–14). En este

contexto, el pasaje de hoy —Eclesiastés 7:18— nos presenta al sabio rey Salomón hablando sobre aquellos que temen a Dios. Al meditar en Eclesiastés 7:15–18, recordé Proverbios 1:7: «El temor del Señor es el principio del conocimiento; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza». Por lo tanto, bajo el título «El principio de la sabiduría», deseo aprender las lecciones sobre cómo deben vivir aquellos que temen a Dios, quien es la fuente de la sabiduría. Por favor, observemos Eclesiastés 7:18: «Bueno es aferrarse a lo uno sin soltar lo otro; porque quien teme a Dios escapará de ambos extremos». El rey Salomón afirma que aquellos que temen a Dios —la fuente de la sabiduría— evitan ambos extremos. Personalmente, creo que el «equilibrio» es crucial en la vida de fe. Esto se debe a que percibo que muchos cristianos llevan vidas de fe carentes de equilibrio. Por ejemplo —y tal como meditamos anteriormente en Eclesiastés 7:14—, los cristianos tienden a amar los «días de prosperidad», pero rechazan los «días de adversidad». En otras palabras, aunque deberíamos creer que Dios nos otorga gracia para ayudarnos a su debido tiempo —ya sea en la prosperidad o en la adversidad— y disfrutar plenamente de ella, a menudo no lo hacemos en los momentos difíciles, aun cuando creemos estar disfrutándola en los tiempos de prosperidad. ¿Y usted? ¿Disfruta verdaderamente de la gracia oportuna de Dios durante los días de adversidad? ¿Logra ver cosas en los tiempos de dificultad que no vio durante los tiempos de prosperidad? ¿Percibe que, en la adversidad, nos reconocemos como pecadores y notamos a las personas que nos rodeaban y a las que pasamos por alto cuando estábamos en la cima? ¿Ve que llegamos a reverenciar al Dios justo que juzga el pecado y que anhelamos morar con el Señor para siempre? Observar cómo Dios dispone no solo los días de prosperidad sino también los de adversidad —entrelazando ambos— me hace sentir con mayor intensidad la necesidad de equilibrio en nuestra vida de fe. Ciertamente necesitamos días de prosperidad, pero también necesitamos días de adversidad. La razón por la que Dios entreteje estas dos experiencias en nuestras vidas es que, al mantener el futuro oculto a nuestra plena comprensión (versículo 14), desea que vivamos por fe únicamente en Él. Por tanto, una vida de pura prosperidad no nos basta; también necesitamos el sufrimiento. Sin embargo, parece que, si bien muchos cristianos de

hoy conocen bien la bendición de la prosperidad, no logran comprender la bendición que se encuentra en el sufrimiento. Tal vida de fe carece de equilibrio.

No es solo el futuro lo que escapa a nuestra comprensión (versículo 14). Tampoco logramos comprender por qué el justo debe sufrir mientras el impío prospera. En otras palabras, Dios no solo ha entremezclado días de prosperidad y adversidad para mantener el futuro fuera de nuestro alcance, sino que, en su soberanía absoluta, también ha impedido que comprendamos por qué los justos sufren y los impíos prosperan. Consideremos Eclesiastés 7:15, el pasaje que nos ocupa hoy: «En esta vida mía, carente de sentido, he visto ambas cosas: un justo que perece en su justicia y un impío que vive mucho tiempo en su maldad». El rey Salomón expresa su incapacidad para comprender por qué los justos perecen mientras los impíos disfrutan de una larga vida. ¿Lo comprende usted? ¿No deberían los justos que creen en Jesús gozar de la bendición de la longevidad? ¿Cómo es posible que los impíos disfruten de tal bendición? Sin duda, este es un ejemplo de la obra soberana de Dios que escapa a la comprensión de nuestro intelecto humano. Por tanto, no nos queda más remedio que reconocer la soberanía absoluta de Dios. Debemos avanzar con fe, confiando en Dios como el Gobernante Soberano, y debemos proceder obedeciendo la Palabra que Él nos da. Un aspecto de esa Palabra es la instrucción de evitar los extremos. Quienes viven una vida de fe equilibrada —actuando con sabiduría y temiendo a Dios— se mantienen alejados de los extremos. ¿Cuáles son, entonces, los extremos a los que se refiere el rey Salomón? El versículo 18 habla de «esto» y «aquello», refiriéndose a los extremos de ser demasiado justo y ser excesivamente impío. En otras palabras, aquellos que poseen el fundamento de la sabiduría —es decir, los que temen a Dios— evitan los extremos de ser excesivamente justos o excesivamente impíos.

En primer lugar, el rey Salomón nos exhorta a no ser demasiado justos.

La «persona justa» a la que se hace referencia aquí no es alguien que ha sido justificado mediante la fe en Jesucristo, sino más bien un hipócrita que pretende ser justo por sus

propios medios (Park Yun-sun). ¿Quiénes son estos hipócritas? Al igual que los fariseos, son personas que buscan la salvación guardando y practicando la ley de Dios. En otras palabras, son aquellos que intentan alcanzar la salvación mediante sus propias obras. En lugar de aceptar la justicia de Dios como algo que les es imputado, buscan adquirirla a través de sus propios esfuerzos y méritos. Su justicia era aquella que validaba sus propios esfuerzos y méritos, y los exaltaba a sí mismos. En última instancia, tal justicia engendra inevitablemente arrogancia. Por consiguiente, estos hipócritas se consideraban sabios. Sin embargo, su sabiduría no era en absoluto la sabiduría que proviene de lo alto (Santiago 1:15). Sabemos esto porque la sabiduría de lo alto se caracteriza por la mansedumbre —es decir, la humildad—, mientras que los hipócritas mostraban la arrogancia de la autoexaltación. Así, en Eclesiastés 7:16, el rey Salomón dice: «No seas demasiado justo, ni te hagas demasiado sabio; ¿por qué habrías de destruirte a ti mismo?». Escuchar las palabras del rey Salomón me recordó Proverbios 16:18, que afirma que el orgullo precede a la destrucción. Para evitar la ruina, no debemos ser demasiado justos.

En segundo lugar, el rey Salomón nos exhorta a no ser demasiado impíos. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 7:17: «No seas demasiado impío, ni seas necio: ¿por qué habrías de morir antes de tiempo?». Este pasaje no implica que sea aceptable ser impío hasta cierto punto; más bien, sirve como advertencia contra la impiedad extrema. El rey Salomón nos exhorta a no volvernos excesivamente impíos. Entonces, ¿qué significa para nosotros volvernos excesivamente impíos? Significa no temer a Dios y, en nuestra necedad, desobedecer su palabra. En otras palabras, el necio que persigue una impiedad extrema vive según sus propios caprichos, desobedeciendo la palabra de Dios porque niega su existencia. Por ejemplo, quien es excesivamente impío es un necio profundo. El corazón del necio habita en la casa de la alegría (v. 4). Además, el corazón del necio está dominado por la codicia y la inclinación a aceptar sobornos (v. 7). El necio es arrogante (v. 8) y propenso a la ira (v. 9). ¿Qué podemos esperar de una persona así? ¿Qué dice la Biblia sobre el destino de alguien tan sumamente malvado? El rey Salomón afirma que los malvados en exceso mueren antes de tiempo (v. 17). Sin embargo, al compararlo con la última parte del versículo

15, el versículo 17 parece presentar una contradicción. En el versículo 15, Salomón señalaba que hay malvados que viven muchos años a pesar de su maldad; no obstante, en el versículo 17 afirma que los malvados pueden morir antes de tiempo. ¿Cómo debemos interpretar, entonces, estas dos afirmaciones? Consideremos las palabras de Eclesiastés 8:12-13: «Aunque el pecador haga lo malo cien veces y prolongue sus días, yo sé con certeza que les irá bien a los que temen a Dios, a los que guardan reverencia ante Él. Pero al malvado no le irá bien, ni prolongará sus días —que son como una sombra—, porque no teme ante Dios». Aunque nos parezca que hay malvados que viven mucho tiempo a pesar de sus malas acciones (v. 15), la Biblia afirma claramente que al malvado no le irá bien y no prolongará sus días (8:13). ¿Cuál es la razón? Que los malvados no temen a Dios. La Biblia declara explícitamente que quienes no temen a Dios no disfrutarán de una vida larga.

Quienes temen a Dios no viven vidas marcadas por los extremos. En otras palabras, la persona sabia que teme a Dios no vive «en exceso» (vv. 16, 17). Quien teme a Dios —fuente de sabiduría— no se vuelve ni excesivamente justo ni excesivamente malvado. Esto se debe a que comprenden que volverse excesivamente justo conduce a la autodestrucción, mientras que volverse excesivamente malvado lleva a morir antes de tiempo. En cambio, evitan estos extremos y llevan una vida equilibrada de fe. Esta vida equilibrada significa que, habiendo sido justificados mediante la fe en Jesucristo, viven solo por fe y llevan una vida que aborrece el mal. Aborrecen el mal porque temen a Dios (Proverbios 8:13) y aman la justicia por la misma razón. Por tanto, quien teme a Dios —la fuente de la sabiduría— aborrece la injusticia, ama la justicia y camina por la senda de la justicia. Además, aquellos que caminan por la senda de la justicia y temen a Dios no se desvían ni a la izquierda ni a la derecha. Oro para que tú y yo seamos personas que teman a Dios, la fuente de toda sabiduría.

Sabiduría que capacita a uno para ser sabio

[Eclesiastés 7:19–22]

Últimamente, al encontrarme con personas mayores y enfermas a mi alrededor, comprendo verdaderamente la verdad de Eclesiastés 7:2: que la muerte es el destino final de todos nosotros. Me encuentro reflexionando profundamente sobre este destino último de la vida humana. Observo que, a medida que envejecemos, nuestros cuerpos —estas «tiendas» de carne— inevitablemente se debilitan. Veo a personas que sufren diversas enfermedades mientras su fuerza física disminuye. Así como un cuerpo debilitado pierde inmunidad y se vuelve susceptible a las enfermedades, nuestras almas, si carecen de fortaleza, caen fácilmente presa de las tentaciones y el pecado. Por eso necesitamos poder espiritual. Entonces, ¿cómo adquirimos este poder espiritual? Debemos orar a Dios. Por supuesto, las oraciones que ofrecemos a Dios deben fundamentarse en Su Palabra. Quizás por esto algunos equiparan el poder espiritual con el poder de la oración. Hablando del poder de la oración, recuerdo una conversación que tuve hace un tiempo con alguien de la región de Gyeongsang. Me dijo que, al orar, debemos hacerlo «ppaksige» (con intensidad o rigor). Parece que la gente de esa región utiliza esta palabra para describir la oración hecha con gran fervor y esfuerzo. Personalmente, hace unos años, un anciano me dijo —a mí, que era un pastor joven— que carecía de poder espiritual. En aquel entonces, no entendía bien qué significaba «poder espiritual», así que no supe cómo responder. Sin embargo, desde entonces, al examinarme a mí mismo, me doy cuenta de que no solo carezco de poder espiritual, sino también de capacidad intelectual, competencia, capacidad para llevar

cosas a la práctica, resistencia física y más. Más allá de sentirme simplemente inadecuado, hubo momentos en los que experimenté una sensación de total impotencia. ¿Qué debo hacer, entonces? Siento una necesidad apremiante de fortalecer estas áreas en las que carezco de recursos, ya sea el poder espiritual, la capacidad intelectual, la competencia, la capacidad de acción o la resistencia física. ¿Cómo podemos fortalecernos? En particular, ¿cómo podemos fortalecer nuestro poder espiritual?

En el texto de hoy, Eclesiastés 7:19, el rey Salomón afirma: «La sabiduría hace al sabio más poderoso que diez gobernantes de la ciudad». ¿Qué significa esto? Significa que la sabiduría fortalece a la persona sabia —haciéndola más fuerte y capaz— más que a los diez gobernantes que dirigen una ciudad. En resumen, la sabiduría otorga poder al sabio. ¿Cómo, entonces, fortalece la sabiduría al sabio? Extraigamos tres lecciones del pasaje de hoy.

En primer lugar, la sabiduría fortalece al sabio enseñándole que no hay ninguna persona justa en la tierra que no peque.

Observemos Eclesiastés 7:20 en el texto de hoy: «No hay hombre justo en la tierra que haga lo bueno y nunca peque». El rey Salomón declara que no existe persona justa en este mundo que haga el bien y no cometa pecado. ¿Qué significa esto? Significa que no hay ni una sola persona que pueda ser justificada —declarada justa— por sus propias buenas obras. En otras palabras, nadie puede alcanzar la justicia ante Dios mediante esfuerzos humanos por cumplir la ley (Romanos 3:20). Por eso el apóstol Pablo afirma: «No hay justo, ni aun uno» (versículo 10). La sabiduría fortalece al sabio revelando la verdad de que nadie en este mundo puede salvarse mediante buenas obras. ¿Cómo fortalece la sabiduría al sabio? Lo hace llevándolo a poner la mirada en el Dios de la salvación. La sabiduría nos fortalece enseñándonos dos verdades fundamentales: que no hay persona justa en la tierra que haga el bien y nunca peque, y que nadie puede alcanzar la salvación mediante sus propias buenas obras. Al revelar esto, la sabiduría dirige nuestra mirada hacia el Dios de la salvación, quien justifica al pecador. Más concretamente, la sabiduría nos fortalece llevándonos a

mirar con fe a Jesucristo, el verdadero Justo que vivió en la tierra haciendo el bien y sin cometer pecado. Por tanto, debemos desear fervientemente esta sabiduría, incluso más que el oro, la plata o los tesoros preciosos. Para aquellos de nosotros que ya hemos sido justificados mediante la fe en Jesucristo, la sabiduría nos fortalece ayudándonos a comprender que nuestra justificación proviene únicamente de la gracia absoluta de Dios. En resumen, el poder que imparte la sabiduría es el poder de la gracia; la sabiduría nos fortalece mediante la fuerza de la gracia.

En segundo lugar, la sabiduría fortalece al sabio otorgándole un oído capaz de discernir. Consideremos el texto de hoy, Eclesiastés 7:21: "No prestes atención a todas las palabras que la gente dice, no sea que oigas a tu siervo maldiciéndote". Personalmente, creo que tener un oído que realmente escucha a los demás es un don raro y precioso, sencillamente porque esa escucha atenta no se encuentra comúnmente. Además, en medio de las dificultades y luchas de la vida, escuchar atentamente a quienes sufren constituye un ministerio de consuelo verdaderamente valioso. Por supuesto, esta no es en absoluto una tarea fácil, pues escuchar bien a los demás requiere la disciplina del dominio propio. Ejercer tal dominio —específicamente, ser "tardo para hablar", como instruye el apóstol Santiago— exige esfuerzo y dedicación a la hora de escuchar activamente a los demás. Asimismo, para poner en práctica en nuestras vidas la exhortación de Santiago a ser "prontos para oír", debemos buscar la sabiduría de Dios (Santiago 3:19). ¿Por qué es esto necesario? Porque cuando Dios nos concede sabiduría, somos capacitados no solo para escuchar a los demás con humildad, sino también con discernimiento. Una persona verdaderamente sabia no escucha indiscriminadamente todo lo que se dice; más bien, escucha con discernimiento. En resumen, los sabios poseen un oído que discierne. Escuchan lo que debe ser escuchado, mientras filtran y desestiman aquello que no necesita ser oído. Si, en nuestra insensatez, carecemos de tal oído discernidor, podríamos prestar atención a las palabras de todos. Podríamos terminar escuchando —y tomando muy a pecho— incluso los susurros de quienes murmuran sobre nosotros. Si escuchamos y nos detenemos en las palabras de todos, podríamos llegar a oír a "tu siervo maldiciéndote" (Eclesiastés 7:21). Si prestamos

demasiada atención a cada palabra pronunciada por todos, inevitablemente oiremos voces que nos maldicen. Y cuando eso suceda, ¿en qué estado se encontrará nuestro corazón?

Se dice que el pastor Charles Spurgeon dijo una vez a sus estudiantes de ministerio: «Un pastor necesita un ojo ciego y un oído sordo», y luego añadió: «No se puede detener la lengua de la gente. Por tanto, lo mejor que puedes hacer es cerrar tus propios oídos: no prestar atención a lo que otros dicen» (Wiersbe). Debemos buscar la sabiduría de Dios; específicamente, debemos pedirle que nos conceda oídos con discernimiento. Con tales oídos, podemos distinguir entre lo que debe escucharse y lo que debe ignorarse, prestando atención solo a aquello que nos beneficia. Una de las cosas que debemos escuchar es la reprensión del sabio. Observemos Eclesiastés 7:5: «Mejor es oír la reprensión del sabio que escuchar la canción de los necios». ¿Quién disfrutaría naturalmente al oír una voz que le reprende? Sin embargo, la sabiduría lleva al sabio a atender tales reprensiones. Más allá de eso, la sabiduría nos capacita para escuchar la voz de Dios. Por eso debemos pedir a Dios sabiduría y oídos con discernimiento. Con los oídos con discernimiento que Dios nos otorga, debemos distinguir la voz del mundo de la voz del Señor y hallar gozo al escuchar la voz del Señor. En resumen, el poder que nos da la sabiduría es el poder de la Palabra; la sabiduría nos fortalece a través de la Palabra de Dios.

En tercer lugar, la sabiduría fortalece al sabio capacitándolo para reconocer el pecado.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 7:22: «Porque tu corazón sabe que tú también has maldecido a otros muchas veces». Cuando la sabiduría capacita al sabio para distinguir entre la voz del mundo y la voz del Señor —y para escuchar esta última—, llegamos a reconocer nuestros pecados a través de esa voz divina. Mientras que la voz del mundo hace que pasemos por alto el pecado, llevándonos a repetir las mismas transgresiones, la voz de Dios nos permite percibir el pecado tal como es en realidad. Un ejemplo claro de esto es el reconocimiento del pecado en nuestro corazón (v. 22); específicamente, el acto de maldecir a otros en nuestra mente (v. 22). Si escuchamos a los demás sin discernimiento, podemos

oír palabras de maldición; sin embargo, sin discernimiento, podríamos no oír —o no reconocer— la voz interior de nuestro propio corazón que maldice a los demás. La sabiduría fortalece a los sabios capacitándolos para oír y reconocer incluso estas voces interiores. ¿Cómo fortalece la sabiduría a los sabios? Lo hace revelando su absoluta incapacidad para vencer el pecado por sí mismos, al tiempo que los lleva a confiar en la sangre expiatoria de Jesús derramada en la cruz. En otras palabras, la verdadera sabiduría no solo revela el pecado en nuestros corazones, sino que también nos lleva a mirar con fe a Jesús —quien murió en nuestro lugar en la cruz, el madero de maldición, para perdonar ese mismo pecado—, otorgándonos así libertad frente al pecado. ¿Acaso no deseas la libertad frente al pecado? La sabiduría fortalece a los sabios liberándolos del pecado. Les permite confiar en el poder de la sangre de Jesús derramada en la cruz y experimentarlo. En resumen, la fortaleza que la sabiduría nos imparte es precisamente la de la preciosa sangre... Es una fuente de fortaleza. La sabiduría nos fortalece mediante la preciosa sangre derramada por Jesús en la cruz.

La sabiduría fortalece a los sabios; nos da fortaleza. ¿Cómo nos fortalece la sabiduría? Al enseñarnos la verdad de que no hay justo sobre la tierra que no peque, la sabiduría nos guía a mirar con fe a Jesucristo, Aquel que hizo el bien y no cometió pecado alguno. En consecuencia, la sabiduría nos fortalece mediante el poder de la gracia. Al fortalecernos mediante esta gracia, la sabiduría hace que nuestros corazones rebosen de gratitud. La sabiduría también nos fortalece concediéndonos oídos que saben discernir. Nos permite distinguir entre la voz de Dios y la voz del mundo; nos fortalece ayudándonos a filtrar la voz del mundo y a escuchar, en cambio, la voz de Dios. En otras palabras, la sabiduría nos fortalece mediante el poder de la Palabra. Al fortalecernos mediante la Palabra, la sabiduría nos guía a caminar por la senda de la obediencia. La sabiduría nos fortalece ayudándonos a reconocer el pecado; específicamente, revela el pecado de maldecir a otros en nuestros corazones, llevándonos a mirar a Jesús, quien puede perdonar ese pecado. La sabiduría nos fortalece mediante el poder de la preciosa sangre, permitiéndonos gustar el gozo de la libertad. Oro para que tales bendiciones sean sobre todos nosotros.

«Señor Jesús, derrama abundante gracia sobre mi alma;
solo el Señor Jesús es mi fortaleza y mi satisfacción». (Estribillo del himno 486)

«Esto es lo que he descubierto»

[Eclesiastés 7:23–29]

¿Cómo manejas los conflictos que surgen en tus relaciones con los demás? Por supuesto, no todas las relaciones están llenas de conflictos, pero puede haber una persona específica con la que la relación es tan tensa que te causa un gran estrés. ¿Qué debemos hacer, especialmente cuando esa persona —que nos estresa y nos complica la vida— saca a relucir lo peor de nosotros? Personalmente, cuando me encuentro con alguien así, tiendo a evitarlo porque quiero mantenerme al margen del conflicto. No tengo deseos de enfrentarme a esa persona ni de conversar con ella, así que simplemente me alejo. A menudo me pregunto si esta es realmente la voluntad del Señor, pero no estoy del todo seguro. No tengo certeza de si estoy llevando mis relaciones de la manera que el Señor desea. Sin embargo, una vez le dije a mi esposa: «Si hay alguien que te hace la vida difícil y saca lo peor de ti, tal vez Dios esté usando a esa persona para ayudarte a reconocer tu propio pecado». ¿No es irónico? Bien podría ser que Dios esté usando a la misma persona que yo quiero evitar para ayudarme a *mí* a darme cuenta de mi propio pecado; sin embargo, yo no lo vi así: en cambio, sugerí que Dios podría estar concediéndole *a ella* tal revelación.

Últimamente, me he dado cuenta de que reconocer el propio pecado es una bendición profunda. En el pasado, no lo veía de esta manera; la conciencia del pecado resultaba dolorosa y me sumía en la desesperación debido a la culpa. No obstante, al meditar en las Escrituras, la frase «¡Oh, feliz pecado!» —célebremente pronunciada por San Agustín— resuena a menudo en mi corazón. Dios me está ayudando gradualmente a comprender el

significado de esas palabras en el contexto de mi propia vida. Con esta perspectiva en mente, al reflexionar sobre el pasaje de hoy —Eclesiastés 7:23–29—, creo que esa «toma de conciencia» es una gran bendición que Dios nos otorga.

En el pasaje de hoy, el rey Salomón utiliza la expresión «me di cuenta» (o «descubrí») tres veces: «me di cuenta...» (v. 26), «...me di cuenta de esto» (v. 27) y «Esto es lo que descubrí» (v. 29). Reflexionar sobre esta palabra que se repite me llevó a preguntarme: «¿De qué se dio cuenta exactamente el rey Salomón?». Basándome en el pasaje, he resumido sus conclusiones en cuatro puntos:

En primer lugar, el rey Salomón comprendió que uno no puede simplemente hacerse sabio por sí mismo.

Observemos Eclesiastés 7:23: «Probé todo esto con sabiduría y dije: "Seré sabio", pero la sabiduría estaba lejos de mí». Como sabemos, el rey Salomón fue un rey sabio. La Biblia afirma que su sabiduría superaba a la de todos los demás reyes de la tierra (2 Crónicas 9:22). Él mismo era consciente de haber adquirido una gran sabiduría, una sabiduría que excedía a la de cualquiera que hubiera gobernado Jerusalén antes que él (Eclesiastés 1:16). No obstante, se esforzó por llegar a ser aún más sabio. Veamos Eclesiastés 1:17: «Apliqué mi mente a conocer la sabiduría y a conocer la locura y la insensatez, pero me di cuenta de que esto también era como perseguir el viento». Lo que resulta algo desconcertante es que, tras afirmar (en 1:17) que su búsqueda de sabiduría equivalía a perseguir el viento, él —como vemos en el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:23— continuó poniendo a prueba la sabiduría y esforzándose por ser aún más sabio. Sin embargo, la conclusión a la que llegó fue: «La sabiduría estaba lejos de mí» (v. 23). Aunque el rey Salomón se esforzó enormemente por adquirir sabiduría, la conclusión final que tuvo que aceptar fue que no podía hacerse sabio por sí mismo.

¿Qué debemos comprender a partir de esto? Que no podemos llegar a ser sabios por nuestra propia cuenta; solo Dios puede hacernos sabios. En otras palabras, debemos entender que solo alcanzamos la sabiduría si Dios nos la concede. ¿Llegó el rey Salomón a ser sabio gracias a sus propios esfuerzos? Ciertamente no. Cuando ofreció mil holocaustos (2 Crónicas 1:6) y Dios se le apareció por la noche preguntándole: «¡Pide! ¿Qué quieres que te dé?» (v. 7), ¿acaso no pidió «sabiduría y conocimiento»? (v. 10). Dios es quien debe darnos sabiduría. Lo que nosotros podemos hacer es pedirle sabiduría a Dios, tal como hizo el rey Salomón. Y cuando pidamos, debemos hacerlo con fe, solicitádoselo al Dios que da generosamente a todos sin reprochar (Santiago 1:5).

En segundo lugar, el rey Salomón comprendió que la sabiduría trasciende la plena comprensión.

Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:24: «Lo que está lejos y es sumamente profundo, ¿quién podrá descubrirlo?». La definición de diccionario del verbo «dominar» (o «comprender plenamente») utilizado aquí es «tener una comprensión clara y sin obstáculos de conocimientos o habilidades en un campo determinado», mientras que el significado de la palabra griega original es «examinar» o «buscar» (Internet). El rey Salomón se esforzó por descubrir la sabiduría que reside en lo profundo de la sociedad humana; sin embargo, terminó lamentando la dificultad de captarla (Park Yun-sun). Al aplicarlo a nosotros mismos, esto significa que, por más que nos esforcemos por hallar sabiduría, nuestros esfuerzos resultan inútiles a menos que Dios la conceda; por tanto, no nos queda más remedio que lamentarnos. ¿Cómo podríamos nosotros, que no podemos llegar a ser sabios por nuestra propia cuenta, llegar a dominar la sabiduría?

¿Qué debemos comprender aquí? Que solo podemos dominar la sabiduría si el Espíritu Santo nos capacita para ello. Por eso el apóstol Pablo afirma: «Pero Dios nos lo reveló por medio de su Espíritu. El Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios» (1 Corintios 2:10). ¿No resulta esto un tanto extraño? Puesto que el Espíritu Santo es Dios,

ciertamente no tiene necesidad de escudriñar las profundidades de Dios. ¿Por qué, entonces, dice Pablo que el Espíritu Santo «escudriña» —es decir, explora— las profundidades de Dios? La razón es que Pablo escribió la carta desde la perspectiva de nosotros, los creyentes en Jesús, y no desde la perspectiva propia de Dios. En otras palabras, aunque el Espíritu Santo —al ser Dios— no necesita escudriñar las profundidades de Dios para sí mismo, Él habita en nosotros, los creyentes, y obra para guiarnos a buscar esas profundidades; por ello, Pablo habla del Espíritu escudriñando las profundidades de Dios. Así es, en efecto. Incluso en este preciso instante, Dios el Espíritu Santo habita en nosotros, guiándonos a buscar la Palabra de Dios y capacitándonos para comprenderla. Además, el Espíritu Santo que habita en nosotros nos revela la voluntad de Dios —sus pensamientos— y nos capacita para obedecer dicha voluntad. Él nos ayuda en nuestra debilidad; puesto que no sabemos cómo orar como conviene, Él mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Romanos 8:26). Amén. Él intercede por nosotros conforme a la voluntad de Dios (versículo 27). Debemos comprender esta verdad y vivir nuestras vidas guiados por el Espíritu Santo.

En tercer lugar, el rey Salomón comprendió que la solución a todos los problemas de la vida reside únicamente en Dios.

El rey Salomón se esforzó diligentemente por adquirir sabiduría para resolver los problemas de la vida. Observemos Eclesiastés 7:25, en el pasaje de hoy: «Aplicué mi corazón a conocer, a investigar y a buscar la sabiduría y la razón de las cosas, y a comprender la insensatez de la maldad y la locura de la necedad». ¿De qué se dio cuenta tras todo ese esfuerzo por volverse más sabio? Comprendió que la solución a todos los problemas de la vida no se encuentra en nuestro interior. ¿Por qué la solución no reside en nosotros? Porque nuestros corazones son como trampas y redes. Veamos el versículo 26: «Y hallo más amarga que la muerte a la mujer que es una trampa, cuyo corazón es un lazo y cuyas manos son cadenas. El hombre que agrada a Dios escapará de ella, pero el pecador caerá en sus redes». ¿Qué significa aquí que nuestros corazones sean como trampas y redes? Este pasaje sugiere que

el corazón humano es más traicionero que la muerte, lo que nos hace vulnerables a la seducción de una mujer cuyo corazón es como una trampa y una red, y cuyas manos son como ataduras. Por ello, el autor de Proverbios nos exhorta a no desviarnos hacia el camino de la adúltera (Proverbios 2:16-19; 5:1-14; 6:24-29; 7:1-27) (MacArthur). Si nos acercamos a la sabiduría, esta nos protegerá de caer presa de la astuta adúltera que seduce con sus palabras (Proverbios 7:5). Sin embargo, el insensato es «como un buey que va al matadero» y «como un necio que cae en una trampa para ser castigado» (versículo 22). Es semejante a «un ave que se precipita en la red, sin saber que ello le costará la vida» (versículo 23). El rey Salomón, quien había buscado alcanzar mayor sabiduría, llegó finalmente a comprender la naturaleza de la insensatez humana. Entendió que tal insensatez —muy parecida a cavar la propia tumba— lleva a las personas a sucumbir ante las tentaciones mundanas (simbolizadas por la mujer adúltera), solo para quedar atrapadas y perder la vida. No obstante, también reconoció que los sabios, al obedecer la palabra de Dios y agradarle, evitan estas tentaciones mundanas y escapan de las trampas y redes que, de otro modo, los atraparían.

Lo que el rey Salomón comprendió fue que la solución a todo problema de la vida reside únicamente en Dios (Park Yun-sun). ¿Qué opina usted? ¿Cree que la solución a todos los problemas de la vida depende solo de Dios? ¿O sigue creyendo que la solución está dentro de usted mismo? Si continúa viviendo bajo la creencia de que la respuesta a los problemas de la vida se encuentra en su interior, es probable que termine atrapado en trampas y redes, viviendo como esclavo del pecado. Sin embargo, si vive creyendo que la solución a los problemas de la vida pertenece únicamente a Dios, se librará de esas trampas y redes, disfrutando de libertad frente al pecado.

En cuarto lugar, el rey Salomón comprendió que, si bien Dios creó a la humanidad recta, las personas han ideado muchos artificios.

Observe el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:29: «He hallado solo esto: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas artimañas». Tras comprender que la solución a todos los problemas de la vida reside en Dios, el rey Salomón lamenta en los versículos 27 y 28 que pocas personas capten realmente la sabiduría divina necesaria para resolver estas cuestiones: «... examiné una cosa tras otra para hallar la conclusión —algo que mi alma sigue buscando pero no ha encontrado—: hallé un hombre recto entre mil, pero ni una sola mujer recta entre todos ellos». El rey Salomón señala que pocas personas —y, específicamente entre las mujeres, aún menos— captan la sabiduría con la que Dios resuelve los problemas de nuestra vida. ¿Cómo podemos entender la sabiduría de Dios? ¿Cómo podemos comprender plenamente la sabiduría con la que Dios resuelve cada problema que enfrentamos? ¿Por qué sucede que, al igual que el rey Salomón, por más que busquemos, no logramos alcanzar la sabiduría de Dios? ¿Por qué nos resulta tan difícil captar la verdad de Dios? ¿Cuál es la causa fundamental? La causa no reside en Dios, sino en nosotros mismos, en la propia humanidad (Park Yun-sun). En otras palabras, la razón por la que nos cuesta comprender la verdad de Dios es nuestra propia falta de integridad. Aunque Dios creó a la humanidad recta, nosotros ideamos muchos artificios (versículo 29), lo que nos impide percibir la sabiduría divina necesaria para resolver los problemas de la vida. En última instancia, al caer víctimas de nuestra propia astucia y desobedecer la palabra de Dios, perdimos la capacidad de comprender Su sabiduría y Su verdad.

Sin embargo, por amor a tales pecadores, Dios envió a Su Hijo unigénito y sin pecado, Jesús, para morir en la cruz, recreándonos así como seres rectos. Además, al capacitarnos para creer en Jesús —quien es la Verdad— y obedecer Su palabra, Dios nos ha concedido el discernimiento para comprender Su sabiduría. De este modo, ahora disfrutamos de la bendición de avanzar en fe y obediencia a la palabra de Dios, mientras buscamos fervientemente Su sabiduría. ¿Cuál es, entonces, la sabiduría de Dios que usted está experimentando en su propia vida en estos días?

Debemos llegar a una comprensión fundamental. Debemos reconocer que no podemos llegar a ser sabios por nuestra propia cuenta. También debemos comprender que no podemos dominar plenamente la sabiduría nosotros solos. Hemos de entender que la solución a cada problema de la vida no reside en nosotros, sino únicamente en Dios. Debemos reconocer que, si bien Dios creó a la humanidad recta, las personas han ideado muchos planes y artimañas. Esta comprensión proviene de Dios. Dios nos ha permitido entender que Jesucristo es la encarnación de la verdadera sabiduría. Por tanto, mediante la obra del Espíritu Santo que habita en nosotros, debemos obedecer a Jesús, quien es la verdadera sabiduría. En nuestra obediencia, debemos disfrutar de la gracia de experimentar la sabiduría de Dios a medida que Él resuelve todos los asuntos de nuestra vida. Aun cuando nuestra comprensión sea incompleta, debemos avanzar con fe en Jesucristo, actuando conforme a esa pequeña medida de entendimiento que poseemos.

«Sabiduría humana»

[Eclesiastés 8:1–8]

Existe un proverbio coreano que habla de alguien que se arrincona a sí mismo: «cavar su propia tumba». Me sorprendí pensando a menudo en este proverbio tras meditar en Eclesiastés 7:23–29 la semana pasada. Probablemente se debió a que el pasaje describe el corazón humano como una trampa o una red (versículo 26). Si poseemos la sabiduría que Dios da y vivimos en obediencia a Su Palabra, evitamos caer en tales trampas y cavar nuestra propia tumba; sin embargo, si somos insensatos y desobedecemos la Palabra de Dios, efectivamente cavamos nuestra propia tumba. Parece demasiado común que los cristianos caven su propia tumba. En otras palabras, nosotros, los cristianos, a menudo mostramos una gran insensatez. Como consecuencia, en nuestra necesidad, frecuentemente desobedecemos la Palabra de Dios, caemos en trampas y redes creadas por nosotros mismos, y sufrimos tribulaciones y adversidades. A menudo me encuentro haciendo esto. Debido a mi propia insensatez —al no refrenar mis pensamientos ni mis palabras—, frecuentemente me meto en aprietos. Por mucho que me arrepienta después, las palabras ya han sido pronunciadas —como agua derramada que no se puede recoger— y me he arrinconado a mí mismo. Un ejemplo claro ocurrió durante una reciente reunión del presbiterio; no tenía idea de que un simple comentario que hice a un anciano me metería en tal aprieto. Aunque otros tal vez no lo vieran como una crisis grave, para mí creó una situación que me causó considerable estrés y agitación. De hecho, incluso ahora, a veces me encuentro luchando contra la ansiedad y la angustia por aquel incidente. ¿Y usted? ¿Alguna vez, en su insensatez —al igual que yo— se ha arrinconado a sí mismo?

Con esto en mente, quisiera reflexionar hoy sobre la sabiduría humana, centrándome en el pasaje de Eclesiastés 8:1–8. Pretendo explorar esto desde dos perspectivas: primero, qué es realmente la sabiduría humana; y segundo, qué beneficios nos ofrece. Mi esperanza es que, al atender las lecciones que Dios nos da y vivir una vida sabia, podamos disfrutar de las bendiciones que Él otorga.

En primer lugar, ¿qué es la sabiduría humana? En resumen, la sabiduría humana es la obediencia a la Palabra de Dios. Observemos Eclesiastés 8:2 en el texto de hoy: «Yo digo: Obedece el mandato del rey debido al juramento hecho ante Dios». Aquí, el «rey» no se refiere a un gobernante terrenal, sino al Rey del Cielo: Dios mismo (Park Yun-sun). El rey Salomón insta al pueblo de Israel a obedecer el mandato de Dios, el Rey celestial. ¿Por qué? Porque el pueblo de Israel había hecho un juramento ante Dios, reconociéndose como su pueblo (versículo 2) (Park Yun-sun). Debemos obedecer la palabra de Dios, nuestro Rey; ahí es donde reside nuestra sabiduría. Para hacerlo, primero debemos reconocer humildemente la soberanía de Dios: su naturaleza como Dios. El texto describe esta naturaleza desde la última parte del versículo 3 hasta el versículo 4: «...el rey hace lo que le place. Puesto que la palabra del rey tiene autoridad, ¿quién puede decirle: “¿Qué estás haciendo?”?». ¿Qué significa esto? Significa que Dios es el Gobernante Soberano. Como tal, Dios, en su soberanía, hace todo lo que quiere. Esta enseñanza sobre la soberanía de Dios también se encuentra en Romanos 9:20–21: «Pero ¿quién eres tú, oh hombre, para discutir con Dios? ¿Acaso dirá el objeto formado a aquel que lo formó: “¿Por qué me hiciste así?”? ¿No tiene el alfarero derecho a hacer de la misma masa de barro una vasija para usos especiales y otra para uso común?». ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos responder tú y yo al Dios Soberano? No debemos preguntar a Dios, nuestro Rey: «¿Qué estás haciendo?». Nosotros, como seres creados, no debemos cuestionar la soberanía de Dios, nuestro Creador. Lo único que debemos hacer es obedecer humildemente la poderosa palabra de Dios. En otras palabras, debemos obedecer la poderosa palabra de Dios (versículo 4). Esto es precisamente lo que constituye la sabiduría humana. La persona verdaderamente sabia reconoce la soberanía de Dios y obedece humildemente su palabra

soberana. Dicho de otro modo, la persona sabia obedece los mandatos del Dios Soberano. Por el contrario, la persona necia se rebela contra la voluntad soberana de Dios y desobedece su poderosa palabra. Además, el necio comete el mal y peca contra Dios (versículo 3). El rey Salomón nos insta a no ser necios; por el contrario, nos exhorta a ser sabios. ¿Por qué nos insta a ser sabios? Porque la sabiduría humana nos ofrece ciertos beneficios.

En segundo lugar, ¿qué beneficios aporta la sabiduría humana? El rey Salomón nos enseña dos de ellos en el pasaje de hoy.

(1) La sabiduría humana nos protege de sufrir daño. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 8:5: «El que acata el mandato no sufrirá ningún mal, y el corazón sabio sabrá el momento y el procedimiento adecuados». ¡Qué lección tan valiosa es esta para nosotros! La afirmación de que poseer sabiduría nos libra del daño implica, a la inversa, que la falta de sabiduría — o la necedad— conduce al daño.

¿Quién es, entonces, el necio? El necio es aquel que no obedece la palabra de Dios; en consecuencia, sufre daño debido a esta desobediencia. Por el contrario, la persona sabia que obedece la palabra de Dios evita dicho daño. ¿Cómo nos permite la sabiduría escapar del daño? Lo hace permitiéndonos discernir el momento oportuno y el curso de acción correcto. En otras palabras, la sabiduría nos ayuda a reconocer los tiempos que vivimos. Por ejemplo, la sabiduría nos otorga el discernimiento bíblico para comprender la naturaleza de la época actual. ¿Qué tiempo es este? La Biblia nos dice que vivimos en los últimos días, en el tiempo del fin. Además, la Biblia revela que este es el tiempo de la salvación. La sabiduría también nos proporciona un juicio sensato. Eclesiastés 8:7 afirma que no podemos conocer el futuro. También señala las muchas cosas que escapan a nuestro control, como el hecho de no tener poder sobre nuestras propias vidas ni sobre el día de nuestra muerte (versículo 8). Esta realidad nos lleva a una conclusión crucial: nosotros carecemos de poder, mientras que Dios es omnipotente y soberano sobre todos estos asuntos. La sabiduría es lo que nos

otorga esta perspectiva. Con tal entendimiento, podemos reflexionar sobre por qué Dios ha decidido no revelarnos lo que nos depara el futuro. La razón es que Él ha dispuesto que dependamos totalmente de Dios (7:14). Por lo tanto, no podemos saber qué acontecimientos nos sucederán mañana, pasado mañana o en el futuro. Lo que sí sabemos es que, si bien habrá días de prosperidad, ciertamente habrá también días de adversidad (v. 14). La sabiduría nos proporciona el juicio adecuado respecto a estos acontecimientos futuros impredecibles; por ejemplo, nos permite regocijarnos en los días de prosperidad y reflexionar en los días de adversidad (v. 14).

(2) La sabiduría humana hace que nuestros rostros resplandezcan.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 8:1: «¿Quién es como el sabio? ¿Y quién sabe la interpretación de las cosas? La sabiduría del hombre hace brillar su rostro y cambia la dureza de su semblante». El rey Salomón afirma que la sabiduría humana hace que nuestros rostros resplandezcan y transforma un semblante adusto. Por el contrario, podría decirse que la insensatez humana se manifiesta en una expresión severa o dura. Da un mal ejemplo que los cristianos que creen en Jesús anden con un semblante adusto. ¿Qué pensarían los no creyentes si vieran nuestras expresiones duras? Se dice que el presidente Lincoln comentó: «Una persona es responsable de su propio rostro después de los cuarenta años». Yo también he superado la edad en la que debo hacerme responsable de mi propio rostro. Al reflexionar sobre la Escritura de hoy, me pregunto si hay alguna dureza en mi propia expresión. ¿Y ustedes? ¿Han cambiado sus rostros en algo desde que creen en Jesús? Aunque no irradian un brillo deslumbrante, ¿ha desaparecido la dureza? Los cristianos verdaderamente sabios no solo pierden la severidad en sus expresiones, sino que también irradian un brillo genuino. En otras palabras, el rostro de una persona verdaderamente sabia está lleno de paz verdadera (Park Yun-sun). Así como Esteban —quien verdaderamente conocía y obedecía la voluntad de Dios— tenía un rostro que resplandecía en el momento de su muerte, el rostro de la persona verdaderamente sabia se llena de paz verdadera

incluso al enfrentarse a la muerte. Por tanto, la sabiduría aporta beneficios a quienes obedecen la palabra de Dios.

La verdadera sabiduría humana reside en obedecer la palabra de Dios. Cuando obedecemos la palabra de Dios, la sabiduría nos protege del mal. Además, dicha sabiduría transforma nuestros semblantes, haciendo que resplandezcan. Oro para que esta bendición repose tanto sobre ustedes como sobre mí.

«Todo lo que se hace debajo del sol»

[Eclesiastés 8:9–13]

Al desenvolverse en su vida cotidiana en este mundo, ¿qué ven y qué sienten? Y cuando reflexionan profundamente sobre lo que observan y experimentan, ¿a qué conclusión llegan? Personalmente, una verdad clara que percibo es que el orgullo de este mundo no es más que afán y pesar (Salmo 90:10). También veo este mundo como un lugar agobiado por preocupaciones, adversidades, pecado y muerte (Himno 486). Mantengo esta perspectiva porque refleja la realidad de lo que veo, oigo y siento cada día. En consecuencia, he sacado mi propia conclusión de estas experiencias: mientras vivo en este mundo semejante a un desierto, el Señor es el único en quien puedo fijar mi mirada y confiar. Así, renuevo mi determinación de hacer del Señor mi esperanza y de vivir preparándome para el mundo venidero. ¿Qué mentalidad tienen al vivir sus vidas? ¿A qué conclusiones llegan cuando reflexionan profundamente sobre las cosas que ven, oyen y experimentan en este mundo?

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 8:9, vemos al rey Salomón examinando de todo corazón todo lo que se hace debajo del sol. A través de este proceso, lo vemos llegar a una conclusión —guiado por la sabiduría que Dios otorga— respecto a las cosas que ha observado. En resumen, esa conclusión es esta: les va bien a quienes temen a Dios. Miren el pasaje de hoy, Eclesiastés 8:12: «Aunque el pecador haga lo malo cien veces y sus días se prolonguen, yo sé con certeza que les irá bien a los que temen a Dios, a los que temen ante su presencia». Después de examinar con todo su corazón todo lo que se hace debajo del sol (versículo 9), el rey Salomón concluyó que a los impíos no les va bien (versículo 13), mientras que a quienes temen a Dios sí les va bien (versículo 12). Miren el versículo 13: «Pero al impío

no le irá bien, ni prolongará sus días, que son como una sombra, porque no teme ante la presencia de Dios». Él afirma claramente que a los impíos no les va bien. Aunque nos parezca que una persona malvada (un pecador) vive una larga vida a pesar de cometer el mal cien veces (versículo 12), los impíos ciertamente no prosperan ni viven mucho tiempo; sus días son como una sombra (versículo 13). ¿Cuál es la razón de esto? Es porque los impíos no temen a Dios (versículo 13). Debido a que la sentencia por una mala acción no se ejecuta rápidamente, el corazón de los impíos —que no temen a Dios— se envalentona para cometer el mal (versículo 11). ¡Qué ciertas y sensatas son estas palabras: que el corazón se atreve a hacer el mal porque el castigo no se aplica de inmediato! Si, tras cometer un pecado, enfrentáramos un castigo inmediato de Dios sin arrepentirnos, sentiríamos temor y no nos apresuraríamos a pecar de nuevo. Sin embargo, como Dios es paciente y lento para la ira, y espera a que confesemos nuestros pecados, nos arrepintamos y volvamos a Él, no tememos pecar; por el contrario, cometemos pecado con osadía.

La persona malvada descrita en el pasaje de hoy —alguien que se atreve a cometer el mal— se refiere específicamente a un rey impío que gobierna sobre el pueblo (Park Yun-sun). Podemos entender esto observando el versículo 9, donde el autor describe cómo, tras examinar con todo su corazón las obras realizadas bajo el sol, observó una situación en la que una persona ejercía autoridad sobre otras, solo para causarse daño a sí misma. Esa "única persona" que ejerce autoridad sobre la multitud se refiere a un rey que gobierna a la nación. No obstante, se ve a este rey haciéndose daño a sí mismo mientras gobierna sobre ellos. ¿Cuál es la razón? Observemos el versículo 10 del pasaje de hoy: "Vi entonces a los impíos ser sepultados —aquellos que solían entrar y salir del lugar santo— y ser olvidados en la ciudad donde habían hecho tales cosas. También esto es vanidad". La razón es que el propio rey impío terminará muriendo (Park Yun-sun). Además, dado que será olvidado por el mismo pueblo al que una vez gobernó, el rey Salomón declara: "También esto es vanidad".

¿Cómo debemos vivir, entonces? Uno de los versículos bíblicos que conocemos bien y citamos a menudo al bendecirnos unos a otros es 3 Juan 1:2: «Amado, ruego que goces de

buena salud y que todo te vaya bien, así como prospera tu alma». ¿Cómo podemos recibir esta bendición? ¿Cómo pueden prosperar nuestras almas? El secreto no es otro que temer a Dios (Eclesiastés 8:12–13). Tras examinar todos los afanes humanos, el rey Salomón concluyó que, si bien los impíos —que pecan osadamente sin temor a Dios— pueden parecer disfrutar de una larga vida, a la larga no vivirán mucho ni prosperarán, y sus vidas serán como una sombra pasajera; por el contrario, quienes temen a Dios prosperarán verdaderamente. Para que nuestras almas prosperen, debemos temer a Dios. Como se afirma en Eclesiastés 12:13 —la conclusión del libro—, para que nuestras almas prosperen en todo, debemos temer a Dios y guardar sus mandamientos. Mi oración es que todos temamos a Dios y obedezcamos su palabra, disfrutando así de la bendición de que nuestras almas prosperen en todo.

El castigo demorado de Dios

«Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto a hacer el mal» (Eclesiastés 8:11).

El rey Salomón, el Predicador, afirma que, debido a que el castigo por las malas acciones no se aplica de inmediato, las personas se envalentonan para cometer el mal. Esta es una verdad de la Palabra de Dios con la que nadie puede discrepar. Si el castigo de Dios cayera inmediatamente después de un acto malvado, la gente dudaría en volver a hacerlo, aunque solo fuera por miedo. Sin embargo, como el castigo no llega pronto, las personas cometen el mal sin vacilar. Y lo hacen sin sentir temor alguno. No temen pecar porque creen que Dios no está mirando. Así, aun cuando «el pecador haga lo malo cien veces» (v. 12), su corazón permanece audaz. Cuanto más mal cometen, más se envalentonan. Sus corazones se endurecen cada vez más debido al pecado reiterado. Como no temen a Dios, cometen el mal con el corazón endurecido.

Entonces, ¿por qué se demora el castigo de Dios? Romanos 2:4 dice: «¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?». La razón por la que el castigo de Dios no cae inmediatamente cuando pecamos es que Él desea que nos arrepintamos. En otras palabras, Dios no nos castiga al instante cuando pecamos porque nos está concediendo tiempo —una oportunidad— para arrepentirnos. Sin embargo, a menudo tomamos a la ligera esta bondad de Dios. Como resultado, al pecar contra Dios, frecuentemente ponemos a prueba su paciencia. En lugar de volver rápidamente a Dios para arrepentirnos de nuestros pecados, tendemos a regresar

a la maldad. Como el perro que vuelve a su propio vómito, cometemos repetidamente las mismas insensateces (Proverbios 26:11).

Quienes temen a Dios tienen miedo de cometer el mal, pues han probado las consecuencias de sus propias malas acciones; habiendo sido disciplinados por Dios a causa de sus pecados, sienten temor de obrar mal. Nunca toman a la ligera la disciplina de Dios. En consecuencia, quienes temen a Dios no tienen el corazón dispuesto a cometer el mal ni son capaces de hacerlo. Dado que sus corazones han sido ablandados por la amorosa disciplina de Dios, no son capaces de cometer el mal con osadía. Quienes temen a Dios poseen una conciencia limpia; por ello, aun cuando su conciencia les remuerde, rechazan la tentación, luchan contra el pecado y triunfan sobre él. Jamás se apresuran a cometer actos que inquieten su conciencia. Al amar y servir a Dios con buena conciencia, permanecen libres de culpa tanto ante Dios como ante los demás; muestran valentía ante Dios, pero no osadía para pecar. Quienes temen a Dios aborrecen el mal porque Dios mismo lo aborrece. Además, puesto que Dios es santo, quienes le temen también buscan Su santidad.

Las obras inescrutables de Dios

[Eclesiastés 8:14 – 9:1]

¿De qué se ha dado cuenta al vivir en este mundo? Últimamente, he comprendido —más que antes— que la vida es breve y que muchas de las cosas que hacemos durante ese corto lapso son verdaderamente vanas y carentes de sentido. En medio de esto, al meditar en el libro de Eclesiastés durante nuestras reuniones de oración de los miércoles, a menudo surge una pregunta en mi corazón: "¿Por qué permite Dios que los impíos prosperen?". Como aprendimos la semana pasada, los impíos se envalentonan para hacer el mal porque el castigo por sus actos no se ejecuta con prontitud; esto nos lleva a preguntarnos: "¿Por qué Dios no los castiga de inmediato?". ¿Conoce usted la respuesta a esta pregunta?

Ya hemos conocido la conclusión a la que llegó el rey Salomón tras examinar de todo corazón las obras realizadas bajo el sol; una conclusión que se encuentra en Eclesiastés 8:9-13. Dicha conclusión fue, sencillamente, que "les irá bien a los que temen a Dios". En otras palabras, Salomón determinó que aquellos que no temen a Dios y cometen el mal nunca prosperarán verdaderamente (versículo 13), mientras que solo a quienes temen a Dios les irá bien (versículo 12). Luego, al llegar a Eclesiastés 8:17 —el pasaje de hoy—, extrae otra conclusión tras examinar todas las obras de Dios: "Cuando apliqué mi corazón a conocer la sabiduría y a ver la faena que se hace en la tierra... vi toda la obra de Dios: que el hombre no puede alcanzar a comprender la obra que se hace debajo del sol. Por mucho que el hombre se esfuerce buscándola, no la hallará; y aunque el sabio intente conocerla,

tampoco podrá encontrarla". Aunque examinó y reflexionó diligentemente sobre todo lo que Dios hace bajo el sol, su conclusión fue simplemente que las obras de Dios escapan a la comprensión humana. Centrándome en esta conclusión del rey Salomón, quisiera reflexionar sobre dos puntos bajo el título: "Las obras incomprensibles de Dios". Oro para que, a través de este proceso, todos aceptemos las lecciones que Dios nos ofrece, las obedezcamos y vivamos sabiamente en este mundo. El primer punto a considerar es: «¿Cuáles eran exactamente las obras de Dios que el rey Salomón no podía comprender?». El texto que tenemos ante nosotros destaca dos aspectos.

(1) Una de las obras de Dios que el rey Salomón no podía comprender es la realidad de que hay personas justas que sufren desgracias como si fueran malvadas, mientras que hay personas malvadas que prosperan como si fueran justas.

Observemos Eclesiastés 8:14: «Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay hombres justos a quienes sucede como si hubieran hecho obras de impíos, y hay hombres impíos a quienes sucede como si hubieran hecho obras de justos. Dije que esto también es vanidad». La obra de Dios que el rey Salomón no lograba comprender en este mundo era el hecho de que a los justos a veces les va mal —como a los malvados—, mientras que los malvados a veces prosperan —como los justos— (Park Yun-sun). En otras palabras, él confiesa su incapacidad para entender las acciones de Dios: sabiendo muy bien que Dios es un Dios de justicia, se siente desconcertado al ver que los justos pueden recibir castigo como los malvados, mientras que los malvados reciben recompensas como los justos (MacDonald). ¿Entiende esto? ¿Sabe cómo un Dios justo puede castigar a los justos como si fueran malvados y recompensar a los malvados como si fueran justos? Creo que esta cuestión está ligada al sufrimiento de los justos y a la prosperidad de los malvados. La semana pasada, mientras leía la Biblia, mi atención se centró en Jeremías 12:1. Anteriormente pensaba que solo Asaf —el autor del Salmo 73— había luchado con el dilema de que los justos sufrieran mientras los malvados prosperaban; sin embargo, descubrí que el profeta Jeremías también se había enfrentado a esta misma cuestión. Observemos Jeremías 12:1: «Justo eres tú, oh

Jehová, cuando yo entro en pleito contigo; sin embargo, alegaré mi causa ante ti: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? ¿Por qué viven en paz todos los que se deslealtan?». El profeta Jeremías cuestiona a Dios sobre su justicia: «¿Por qué prosperan los malvados y viven tranquilos?». Sinceramente, ¿no es esta una pregunta que usted y yo también le hacemos ocasionalmente a Dios en nuestro corazón? El núcleo de nuestra pregunta tiene que ver con la justicia de Dios: «Dios es claramente un Dios justo, así que ¿por qué permite que los impíos prosperen mientras los justos sufren?».

(2) Una de las obras de Dios que el rey Salomón no lograba comprender es que nadie puede saber si los sucesos que les ocurren a los justos o a los sabios son señales del amor de Dios o de su odio. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:1: «Reflexioné sobre todo esto y llegué a la conclusión de que los justos y los sabios, así como sus obras, están en manos de Dios; pero nadie sabe si les espera amor u odio: todo está en el futuro». Otra de las obras de Dios en este mundo que el rey Salomón no podía abarcar con su entendimiento es que los seres humanos no pueden discernir si los acontecimientos que les suceden a los justos o a los sabios son muestras del amor de Dios o de su odio (MacDonald). Si bien es cierto que los justos, los sabios y sus obras están en manos de Dios, lo que no está claro es por qué Dios no concede necesariamente prosperidad material a los justos en este mundo (Park Yun-sun), ni si tales circunstancias denotan amor u odio. ¿Cómo podríamos predecir la providencia de Dios? ¿Cómo podemos comprender plenamente el gran propósito del Señor al permitir que los justos sufran? A menudo, solo vislumbramos tenuemente la providencia divina una vez que los acontecimientos han pasado, pero nunca llegamos a comprender del todo su voluntad vasta y suprema. Por más que nos esforcemos sinceramente por entender la voluntad de Dios, no podemos saber por qué Él no siempre otorga prosperidad material a los justos en este mundo. Aunque creemos y confesamos que Dios permite que soportemos sufrimiento y dolor porque nos ama, hay momentos en que nos preguntamos: «¿Realmente nos ama Dios?» o «Si nos ama, ¿por qué permite que suframos así?». En tales instantes, no solo dudamos del amor de Dios, sino que incluso podemos llegar a preguntarnos si está actuando por odio hacia nosotros. Los israelitas se sintieron exactamente así durante el

Éxodo. Observemos Deuteronomio 1:27: «Y murmuraron en sus tiendas diciendo: “Porque el Señor nos odiaba, nos sacó de la tierra de Egipto para entregarnos en manos de los amorreos y destruirnos”». Durante el Éxodo, el pueblo de Israel murmuró contra Dios. Su queja era que «Dios nos odia» (versículo 27). En consecuencia, afirmaban que Dios los había sacado de Egipto solo para entregarlos a los amorreos para su destrucción. En realidad, estaban diciendo un completo disparate a Dios. Si Dios los hubiera odiado, ¿por qué habría rescatado a los israelitas de Egipto en primer lugar? Dios claramente los había salvado por amor; sin embargo, los israelitas creían que Él los odiaba. ¿Es el sufrimiento que Dios permite para ti y para mí una señal de amor o una señal de odio? La conclusión del rey Salomón es que no podemos conocer la respuesta.

El segundo punto que quisiera considerar es este: «¿Qué debemos hacer cuando no podemos comprender las obras de Dios?». Me gustaría abordar esto desde dos perspectivas.

(1) Cuando no logramos comprender lo que Dios está haciendo en este mundo, en lugar de luchar por resolver lo incomprensible, debemos reconocer que estos asuntos difíciles están en las manos de Dios (9:1) y poner nuestra mirada únicamente en Él (8:16–17) (Park Yoon-sun).

¿Cuántos desafíos difíciles encontramos al vivir en este mundo? En verdad, ¿cuántos problemas desconcertantes llenan nuestras vidas? ¿Puedes realmente comprender todas esas cuestiones difíciles? ¿Entiendes por qué surgen tales problemas en tu vida? ¿Podemos captar plenamente la voluntad de Dios? El rey Salomón no solo buscó entender las causas de las dificultades de la vida, sino que también se esforzó por resolver esos problemas desconcertantes. Sin embargo, su conclusión nos dice que, en lugar de luchar por resolver lo que no podemos comprender, debemos creer que estos asuntos descansan en las manos de Dios y mirar solo hacia Él. Aunque ocurren tantas cosas en este mundo que no podemos entender, hay una verdad que tú y yo debemos creer con confianza: el hecho de que cada problema difícil que enfrentamos en la vida está en las manos de Dios. Además, debemos

creer que nuestro futuro desconocido también descansa bajo la soberanía de Dios. Si bien ninguno de nosotros sabe qué nos espera o qué acontecimientos encontraremos en el futuro, debemos creer que Dios lo sabe todo acerca de estas dificultades y de nuestro futuro. También debemos creer que Dios cumple su voluntad soberana a través de los desafíos de nuestras vidas y que Él gobierna nuestro futuro conforme a su voluntad. Cuando creemos en esta soberanía de Dios, podemos superar —por medio de la fe— incluso el dolor y la adversidad que puedan estar ante nosotros.

(2) Cuando no podemos comprender plenamente lo que Dios está haciendo en este mundo, debemos hallar contentamiento y gozo en la porción de vida que Él nos ha asignado.

Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 8:15: «Por tanto, recomiendo disfrutar de la vida, porque no hay nada mejor para el hombre bajo el sol que comer, beber y alegrarse. Así, el gozo lo acompañará en su trabajo durante todos los días de la vida que Dios le ha dado bajo el sol». Mientras vivimos en esta tierra y nos enfrentamos a innumerables problemas desconcertantes —situaciones que superan nuestra comprensión o capacidad de resolución—, debemos confiar en que todos estos asuntos están en las manos del Señor. Tras encomendárselo todo a Él, debemos hallar gozo y satisfacción en la porción que Dios nos otorga cada día. Por supuesto, cuando el rey Salomón habla de comer, beber y alegrarse como la porción que nos corresponde, de ninguna manera está promoviendo una vida de mero placer físico. Sabemos esto porque él ya había buscado los placeres físicos a modo de experimento, solo para concluir que, en última instancia, carecían de sentido. Su mensaje aquí es que, aun cuando no logremos comprender las obras de Dios en este mundo, debemos confiar en que todo está bajo Su soberanía y disfrutar de las bendiciones que Él nos concede día tras día. Debemos prestar atención a las palabras de Eclesiastés 2:24: «No hay nada mejor para el hombre que comer y beber, y encontrar satisfacción en su propio trabajo. Vi que esto también proviene de la mano de Dios». Debemos reconocer y valorar las bendiciones que hemos recibido de Dios. Para vivir cada día disfrutando de las bendiciones recibidas en el Señor, debemos contar las bendiciones que Dios nos ha otorgado. Hemos

de deleitarnos con alegría en las bendiciones espirituales que ya hemos recibido de Dios a través de Jesucristo. En lugar de malgastar nuestro tiempo y energía tratando de resolver — por nuestra cuenta— asuntos complejos que escapan a nuestra comprensión, debemos encomendar a Dios las dificultades que enfrentamos en este mundo injusto y, aun en medio de ellas, disfrutar con alegría de la porción de bendiciones que Él nos ha dado.

Mientras conducía hacia la iglesia hoy, escuché una historia interesante en la radio. Trataba sobre cómo una semilla de loto de la dinastía Goryeo, plantada en Haman-gun (provincia de Gyeongnam), finalmente floreció tras 700 años. No sé cómo determinaron que la semilla tenía 700 años de antigüedad, pero resultó verdaderamente asombroso ver una flor con tal longevidad, especialmente considerando que la vida humana abarca apenas setenta u ochenta años. Al reflexionar sobre esto, me maravillé ante la providencia de Dios, comprendiendo que Aquel que gobierna todos los asuntos de este mundo también gobierna la vida de una flor de esa manera. Amigos míos, aunque nosotros —al igual que el rey Salomón— nos esforcemos por comprender las obras que Dios realiza en este mundo, jamás podremos entenderlas por completo. Si ni siquiera logramos captar el misterio de una semilla de loto que florece tras 700 años, ¿cómo podríamos llegar a comprender la historia de la obra de Dios al gobernar el universo entero? ¿Por qué parece que un Dios justo castiga a los justos como si fueran malvados, mientras recompensa a los malvados como si fueran justos? ¿Podemos realmente comprender las acciones de Dios? ¿Sabemos por qué Dios no concede necesariamente prosperidad física en este mundo a aquellos a quienes considera justos? ¿Podemos determinar si tales desenlaces son señales de Su amor o de Su odio? ¿Qué podemos hacer, entonces? En lugar de luchar por resolver asuntos que escapan a nuestro entendimiento, debemos confiar en que todos los desafíos difíciles están en manos de Dios. Al hacerlo, debemos poner la mirada únicamente en Dios y hallar gozo y satisfacción, día tras día, en las bendiciones que Él nos ha otorgado. Ruego que todos poseamos tal sabiduría.

El destino final de todos es el mismo.

[Eclesiastés 9:2-6]

¿Alguna vez ha oído hablar del "Síndrome de Paul"? Este término se refiere al fenómeno provocado por "Paul, el pulpo adivino", durante la Copa Mundial de Sudáfrica. Paul, un pulpo que vivía en el Sea Life Centre de Oberhausen (Alemania), logró una tasa de acierto del 100 % al predecir los resultados de los partidos del Mundial. Predijo correctamente el desenlace de ocho encuentros —incluida la final y siete partidos en los que participó Alemania— con una precisión asombrosa. Vi noticias sobre este pulpo en televisión e internet, y todo el asunto me pareció bastante absurdo. Resultaba ridículo porque, tras Paul, empezaron a aparecer todo tipo de animales "adivinos", como un cocodrilo que predecía el futuro. Al parecer, algunas casas de apuestas obtuvieron enormes ganancias gracias a Paul. También me quedé atónito cuando, tras la victoria de España en la final, el jugador que marcó el gol decisivo declaró: "¡Viva Paul!".

¿Por qué cree que la gente acude a adivinos para que les lean el futuro? ¿No es acaso porque desean conocerlo? Sin embargo, la Biblia habla con claridad sobre este asunto. En Eclesiastés 7:14 y 8:7 —pasajes sobre los que hemos reflexionado anteriormente—, el rey Salomón afirma que no podemos comprender ni conocer el futuro ("lo que ha de venir"). Solo el Dios omnisciente, que gobierna el pasado, el presente y el futuro, sabe lo que nos depara el porvenir. No obstante, hay algo respecto al futuro que usted y yo podemos saber con absoluta certeza. ¿De qué se trata? Del hecho de que el destino final de todo ser

humano es la muerte. No hay nadie que ignore este hecho. Tampoco hay quien niegue la realidad de que la muerte es el destino final de todas las personas. Sin embargo, aunque todos conocemos este futuro inevitable, las reacciones de la gente ante él parecen variar. ¿Cómo vive usted, entonces, a la luz de su propio destino final: la muerte?

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 9:2-3, el rey Salomón utiliza la expresión "el mismo destino" (o "lo mismo") en cuatro ocasiones. ¿Cuál es ese destino común del que habla con tanta insistencia? Es la muerte: el destino final de todos nosotros. En otras palabras, el rey Salomón dice: «Todos compartimos el mismo fin último, y ese fin es la muerte». Observemos Eclesiastés 9:2: «Todos comparten un destino común: el justo y el impío, el bueno y el malo, el puro y el impuro, el que ofrece sacrificios y el que no lo hace. Como le sucede al bueno, así le sucede al pecador; como le sucede al que hace juramentos, así le sucede al que teme hacerlos». Él declara que, ya sea que uno sea justo o impío, bueno o pecador, puro o impuro, creyente o no creyente, todos mueren finalmente. No hay una sola persona en este mundo que niegue esta verdad. Todos en la tierra son conscientes de la realidad de la muerte como desenlace final. Tanto los cristianos que creen en Jesús como los no cristianos coinciden en este hecho: que el fin último de la humanidad es la muerte. Sin embargo, hay un punto en el que los cristianos diferimos de los no cristianos: el desenlace que sigue a la muerte. En otras palabras, aunque tanto cristianos como no cristianos coinciden en que el fin último de la vida en *esta era* es la muerte, no están de acuerdo sobre lo que sucede en *la era venidera*, es decir, la era posterior a la muerte. Nosotros, los cristianos, creemos en la era venidera; creemos en la vida eterna. Creemos en una existencia futura, ya sea la vida eterna en el cielo o la existencia eterna en el infierno. Los no cristianos, en cambio, no creen en la vida eterna, en el cielo ni en el infierno descritos en la Biblia. Esta es la diferencia fundamental entre cristianos y no cristianos.

¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos vivir nuestras vidas tú y yo —que creemos en la era venidera, a diferencia de los no cristianos—? Debemos prestar atención a las palabras de Eclesiastés 7:2: «Más vale ir a una casa de luto que a una casa de banquete,

pues la muerte es el destino de toda persona; los vivos deben tener esto muy presente». Como personas que hoy vivimos y respiramos, debemos grabar en nuestro corazón el hecho de que la muerte es el destino final de todos en esta tierra. Teniendo esto en cuenta, debemos vivir bien el resto de nuestros días aquí, contemplándolos bajo la perspectiva de la muerte. ¿Cómo, entonces, debemos vivir en este mundo con tal perspectiva? Hoy quisiera reflexionar sobre esto centrándome en dos puntos extraídos del pasaje de Eclesiastés 9:2-6.

En primer lugar, debemos vivir con la perspectiva de la muerte, arrepintiéndonos del pecado que llena nuestros corazones.

Observemos Eclesiastés 9:3 en el pasaje de hoy: «Este es el mal que hay en todo lo que se hace debajo del sol: que un mismo suceso acontece a todos. Además, el corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad; hay locura en su corazón mientras viven, y después de esto se van a los muertos». Dado que, en última instancia, no existe distinción entre el justo y el impío en cuanto a los sucesos que experimentan en este mundo, quienes pertenecen a este mundo utilizan esto como pretexto para convertir toda su vida en una oportunidad para pecar (Park Yun-sun). Por ejemplo, cuando los impíos ven a los justos — que creen en Jesús— sufrir igual que ellos, concluyen que no hay diferencia entre creer en Jesús y no creer; en consecuencia, cometen aún más pecado en este mundo. Además, la razón por la que los impíos pecan con tanta osadía es que el castigo de Dios por sus malas obras no se ejecuta de inmediato (8:11). Así, ante la muerte, los impíos no solo dejan de arrepentirse de sus pecados, sino que son incapaces de hacerlo. Por el contrario, continúan pecando audazmente incluso frente a la muerte.

¿Cómo reaccionaría usted si supiera que su muerte es inminente? Por ejemplo, ¿cómo respondería si un médico le dijera: «Le quedan solo seis meses —o a lo sumo un año— de vida»? Creo que existen dos reacciones posibles. Son: (1) intentar hacer todo lo que uno desea al máximo, ya que el tiempo se agota, o (2) reflexionar sobre la propia vida ante la

muerte y arrepentirse de los pecados cometidos contra Dios. En mi opinión, la primera reacción es probablemente más común que la segunda. Esto se debe a que quienes no creen en Jesús son incapaces de reflexionar verdaderamente sobre sí mismos y ofrecer un arrepentimiento genuino a Dios al enfrentarse a la muerte. Por lo tanto, si incluimos tanto a los no creyentes como a aquellos creyentes que —al igual que los no creyentes— optan por satisfacer sus propios deseos en lugar de arrepentirse ante la cercanía de la muerte, la primera reacción sin duda superaría en número a la segunda. Podemos encontrar un fundamento bíblico para esto al observar a los israelitas durante el Éxodo; aunque creían en Dios, vemos cuán tercos y obstinados eran, negándose a arrepentirse incluso bajo la ira y la disciplina divinas. Creo que nosotros no somos diferentes. Somos personas lentas para reconocer nuestros pecados y arrepentirnos, incluso ante la muerte. En consecuencia, sospecho que hay muchas más personas que —con poco tiempo restante— eligen vivir exactamente como les place, en lugar de aquellas que reflexionan sobre sus vidas y se arrepienten de los pecados cometidos contra Dios. Si vivimos conforme a nuestros propios deseos hasta el mismo momento de la muerte, ello equivale simplemente a «albergar locura en el corazón antes de acabar uniéndonos a los muertos» (versículo 3). No debemos afrontar la muerte de esa manera; por el contrario, antes de enfrentarla, debemos arrepentirnos ante Dios de los pecados que llenan nuestro corazón.

El pastor Wiersbe dijo una vez que la muerte posee un poder semejante al de una radiografía. ¿Qué significa esto? Así como nos sometemos a radiografías durante los chequeos médicos para ver el interior de nuestro cuerpo, la muerte actúa como una radiografía que revela lo que hay en nuestro corazón. Expone la naturaleza pecaminosa profundamente arraigada que albergamos, ofreciéndonos la oportunidad de arrepentirnos ante Dios. En otras palabras, Dios utiliza la muerte como una herramienta para sacar a la luz los pecados que llenan nuestro corazón, llevándonos al arrepentimiento y constituyéndonos como su pueblo santo. Por tanto, mientras vivimos en este mundo, debemos ver la vida a través del prisma de la muerte, arrepintiéndonos de los pecados que llenan nuestro corazón. Debemos vincular nuestra propia muerte con la muerte de Jesús en la cruz, depositando los pecados

que albergamos a los pies de la cruz una y otra vez a lo largo de lo que nos queda de vida. Debemos depositar diligentemente nuestros pecados en la cruz. Confiando en el poder de la preciosa sangre que Jesús derramó allí, debemos entregarle continuamente nuestros pecados. Aunque afrontemos la sentencia de muerte, debemos vivir el tiempo que nos queda en la tierra arrepintiéndonos de los pecados que llevamos dentro. Al hacerlo, podremos afrontar la muerte de una manera agradable a Dios, como su pueblo santo.

En segundo y último lugar, debemos vivir con esperanza en el corazón, viendo la vida desde la perspectiva de la muerte.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:4: «¡Quien está entre los vivos tiene esperanza; pues más vale perro vivo que león muerto!». ¿Qué le sugiere la frase «más vale perro vivo que león muerto»? Para el pueblo judío, el perro era el animal más despreciado. Y el león, como sabemos, es el rey del reino animal, ¿verdad? Sin embargo, el rey Salomón declara que un perro vivo es mejor que un león muerto. ¿Qué significa esto? Significa que estar vivo es mejor que estar muerto. ¿Por qué es mejor la vida que la muerte? Porque una vez que una persona muere, ya no existe la oportunidad de vivir rectamente; en cambio, mientras se está vivo, existe la posibilidad de arrepentirse y la esperanza de corregir las cosas. Por tanto, un perro vivo es, en efecto, mejor que un león muerto. Por tanto, tú y yo —que estamos vivos hoy— estamos en mejor situación que aquellos que ya han muerto, sin importar cuán famosos, ricos o poderosos hayan sido.

¿Cómo debemos vivir entonces nosotros, que hoy respiramos y estamos vivos? Debemos vivir conscientes de que hemos de morir. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:5: «Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa, pues su memoria cae en el olvido». Como vemos, los muertos no saben nada. Para ellos no hay amor, ni odio, ni envidia (versículo 6). Al haber muerto, ya no tienen parte en nada de lo que se hace bajo el sol, y esto es para siempre (versículo 6). En resumen, los muertos no tienen esperanza. Carecen del entendimiento necesario para actuar con miras

a una recompensa; no tienen esperanza y sus nombres quedan en el olvido. Pero los vivos sí tienen esperanza. ¿Qué clase de esperanza? Puesto que saben que morirán, tienen la esperanza de vivir con una determinación renovada y un espíritu vigilante. ¿Poseemos realmente esta esperanza? ¿Somos verdaderamente conscientes de que hemos de morir? Y, sabiendo que moriremos, ¿vivimos con un espíritu vigilante y una determinación renovada? Debemos arrepentirnos mientras existe la oportunidad; la ocasión para el arrepentimiento no siempre está disponible. Sabiendo que algún día moriremos, debemos apartarnos del pecado mientras aún vivimos y caminar por la senda correcta, manteniendo una relación adecuada con Dios. Ruego que nunca desperdiciemos la oportunidad de arrepentimiento que Dios nos concede, para luego lamentarlo cuando ya sea demasiado tarde. No esperemos hasta que arrepentirnos resulte inútil. Una vez que morimos, ya no existe posibilidad alguna de arrepentimiento ni de rectificación. El momento de arrepentirse es ahora mismo.

El destino final de todas las personas es el mismo; ya sean justas o impías, el fin de todos es la muerte. Sabiendo esto, ¿cómo debemos vivir nuestras vidas en este mundo durante el tiempo que se nos ha asignado? Debemos vivir conscientes de nuestra mortalidad, arrepintiéndonos de los pecados que llenan nuestros corazones. Al reflexionar profundamente sobre la muerte —que actúa como una radiografía que revela lo que hay en nuestros corazones— y al contemplar la vida bajo la perspectiva de la muerte, debemos arrepentirnos diariamente ante el Dios santo, confiando en el poder de la preciosa sangre de la cruz de Jesús. Además, debemos vivir con esperanza en el corazón, aun sin perder de vista la realidad de la muerte. Como personas vivas, somos gente de esperanza capaz de mantenerse vigilante y vivir con una determinación renovada. Anclados en esta esperanza, debemos arrepentirnos y caminar por la senda correcta que el Señor desea. Al andar por el camino del Señor, albergamos esperanza para el futuro. Recordemos las palabras: «Más vale perro vivo que león muerto».

Una persona a quien Dios aceptará con agrado

[Eclesiastés 9:7–10]

¿Qué le produce alegría en la vida hoy en día? ¿Qué clase de felicidad experimenta al desenvolverse en su vida cotidiana? Aunque vivimos en un mundo lleno de tristeza, la Biblia nos manda a «regocijarnos siempre». ¿Vivimos verdaderamente con una alegría constante? ¿Qué debemos hacer para vivir una vida de alegría constante? Debemos obedecer los mandamientos de Dios. En otras palabras, podemos experimentar alegría cuando vivimos en obediencia a la Palabra de Dios. Además, cuando vivimos en obediencia a Su Palabra, Dios nos aceptará con agrado.

En la segunda parte de Eclesiastés 9:7, el rey Salomón dice: «...porque Dios ya ha aceptado tus obras». Al meditar en este versículo, me pregunté: «¿Quién es la persona a quien Dios aceptará con agrado?». La respuesta es: aquellos que viven conforme a la Palabra de Dios (Park Yun-sun). Quienes viven conforme a la Palabra de Dios viven con alegría. Deseo explorar cuatro maneras en que tales personas —aquellas a quienes Dios acepta con agrado— viven con alegría, centrándome en el pasaje de hoy, y recibir así la gracia que Él ofrece.

En primer lugar, aquellos a quienes Dios acepta con agrado comen y beben con alegría.

Observe la primera parte de Eclesiastés 9:7: «Ve, come tu pan con alegría y bebe tu vino con corazón alegre...». Puesto que aquellos a quienes Dios acepta con agrado viven en obediencia a Su Palabra, Él derrama bendiciones sobre ellos. ¿Qué clase de bendiciones otorga? Observe Eclesiastés 2:24: «No hay nada mejor para el hombre que comer y beber, y encontrar satisfacción en su trabajo. También vi que esto proviene de la mano de Dios». La bendición que Dios otorga a quienes obedecen Su palabra es la capacidad de comer, beber y hallar verdadero gozo en sus almas. ¿Estamos usted y yo experimentando verdaderamente esta bendición de Dios? ¿Encuentra la alegría que Dios da al comer y beber? Al reflexionar sobre las imágenes de comer y beber presentes en Eclesiastés 2:24 y en el pasaje de hoy, Eclesiastés 9:7, me viene a la mente la idea de un «banquete». Y cuando pienso en un banquete o una fiesta, recuerdo las bodas de Caná, narradas en el capítulo 2 del Evangelio de Juan. Esto me trae a la mente una conferencia que escuché hace algún tiempo del pastor Tim Keller sobre dicho acontecimiento. Me impactó profundamente el mensaje de que «el Reino de Dios es un banquete». Si esto es así, creo que para quienes creemos en Jesús, nuestra vida cotidiana debería ser un banquete. La razón es que Jesús, el Rey del Reino de Dios, habita en nosotros por medio del Espíritu Santo. Lo mismo se aplica a la iglesia: cuando los creyentes nos reunimos, debemos regocijarnos, comiendo y bebiendo con la alegría propia de un banquete. Bajo esta perspectiva, creo que al recibir el pan y la copa —símbolos del cuerpo y la sangre de Jesús— y al conmemorar su muerte en la cruz, debemos alegrarnos al participar de ellos. Nos regocijamos porque, gracias a la muerte de Jesús en la cruz, no solo hemos recibido el perdón de todos nuestros pecados, sino que también tenemos la certeza de que, el día en que el Señor regrese, entraremos en el cielo y participaremos en la Cena de las Bodas del Cordero. Para aquellos a quienes Dios se complace en aceptar, la vida es un banquete diario: comer con alegría y beber con un corazón gozoso.

En segundo lugar, quienes agradan a Dios viven vidas marcadas por la pureza y el gozo.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:8: «Que tus vestidos sean siempre blancos, y que nunca falte aceite sobre tu cabeza». Aquí, la instrucción de que «tus vestidos sean siempre blancos» significa que nuestra vida debe ser siempre pura. Por su parte, el mandato de que «nunca falte aceite sobre tu cabeza» implica que el gozo debe estar siempre presente en nuestra vida (Erid Metcher). El rey Salomón nos dice que una vida agradable a Dios es aquella que combina pureza y gozo. Al meditar en este pasaje, comprendí que existe una conexión entre la pureza y el gozo. En otras palabras, quienes viven en pureza poseen gozo; a la inversa, es imposible que aquellos que no viven con pureza experimenten el verdadero gozo. ¿Por qué sucede esto? Porque el pecado jamás puede brindarnos alegría. En última instancia, quienes agradan a Dios buscan una vida de pureza: obedeciendo su Palabra y disfrutando de la libertad frente al pecado. Si deseamos ser personas que agradan a Dios, debemos buscar una vida de pureza. Y si queremos disfrutar del gozo que Dios otorga, debemos buscar la pureza de corazón. ¿Por qué? Porque Dios mira nuestros corazones. Podemos parecer puros ante los demás por fuera mientras albergamos toda clase de pecado en nuestro interior, pero no podemos engañar al Dios omnisciente que todo lo sabe. Por tanto, debemos vivir una vida que busque la pureza de corazón ante el Dios santo. Para lograrlo, debemos confiar en la preciosa sangre de Jesús derramada en la cruz, así como confesar nuestros pecados y arrepentirnos de ellos a diario. Debemos depositar los pecados de nuestro corazón a los pies de la cruz. Al hacerlo, podremos vivir disfrutando de la libertad frente al pecado: el gozo que pertenece a aquellos que son verdaderamente puros de corazón.

En tercer lugar, aquellos a quienes Dios acepta con agrado viven con alegría junto a sus amadas esposas.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:9: «Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol». El rey Salomón declara que, en este mundo pasajero y carente de sentido, la recompensa por

nuestro esfuerzo es vivir felizmente con la amada esposa que Dios nos ha dado. Él enseña que, para agradar a Dios, debemos regocijarnos en el banquete de comer y beber (v. 7), deleitarnos en una vida de pureza (v. 8) y hallar gozo en nuestras amadas esposas (v. 9). Escuchemos lo que dice el rey Salomón en Proverbios: «El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia del Señor» (Prov. 18:22), y «La casa y las riquezas son herencia de los padres, pero la esposa prudente viene del Señor» (Prov. 19:14). La vida de aquellos que agradan a Dios se caracteriza por el disfrute humilde de la bendición de tener una esposa concedida por Él. Conforme a la Palabra de Dios, aman a sus esposas tal como Jesús ama a la iglesia. Quienes agradan a Dios —amando tal como Jesús se regocia en la iglesia— se deleitan en sus esposas y se regocian con ellas. ¿Realmente nos deleitamos y nos regocijamos en nuestros cónyuges? ¿Estás viviendo verdaderamente una vida llena de gozo junto a tu amado cónyuge?

El lunes pasado, mientras hacía ejercicio en la YMCA, escuché a un hombre estadounidense de 80 años conversando con otro anciano en los vestuarios. Mencionó que pronto celebraría su 60.º aniversario de bodas. El otro hombre le preguntó: «Hoy en día, la gente se casa, se divorcia y se vuelve a casar constantemente; ¿cómo logró permanecer junto a su esposa durante 60 años?». El hombre de 80 años respondió: «Mi esposa fue muy paciente conmigo». Luego añadió: «Tenemos mucho en común y confiamos el uno en el otro...». Escuchar a este anciano me conmovió profundamente. Ver cómo atribuía sus 60 años de unión a la paciencia de su esposa —y oírle hablar de ella de esa manera— me permitió vislumbrar el amor que sentía por ella. Como señaló el otro hombre, hoy en día muchas personas pasan por el matrimonio, el divorcio y nuevas nupcias. En medio de tales tendencias sociales, ver a un hombre que ha vivido con su esposa durante 60 años y todavía la ama me lleva a reflexionar: ¿cómo *debemos* amar a nuestros cónyuges? Vienen a mi mente las palabras de Proverbios 5:18-19: «¡Bendita sea tu fuente! ¡Alégrate con la esposa de tu juventud! Es como una cierva amorosa, como una gacela llena de gracia; que sus pechos te satisfagan siempre, que su amor te cautive para siempre». Debemos hallar siempre satisfacción en el

abrazo de nuestro cónyuge. Si no lo hacemos, nuestra mirada vagará hacia otras mujeres, llevándonos a desearlas y, finalmente, a caer en la infidelidad y el adulterio.

Por último, el cuarto punto: aquellos que agradan a Dios trabajan con diligencia y con todas sus fuerzas. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:10: «Todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo tu empeño; porque en el sepulcro, adonde te diriges, no hay trabajo ni planes ni conocimiento ni sabiduría». Según el pastor Wiersbe, el pueblo judío no consideraba el trabajo como una maldición, sino como una responsabilidad encomendada por Dios. En otras palabras, abordaban su labor con un sentido de llamado divino. Como administradores de Dios, cumplían fielmente las tareas que Él les había asignado. Desde esta perspectiva, el rey Salomón parece exhortarnos: «Busca trabajo y realízalo con diligencia» y «Da lo mejor de ti mientras puedas trabajar». ¿Por qué nos insta el rey Salomón a trabajar arduamente mientras podemos? Porque pronto llegará la noche en la que ya no podremos trabajar. Mientras vivimos en este mundo y realizamos la obra del Señor, debemos aprender a disfrutar del trabajo mismo con un corazón alegre. ¡Qué lamentable sería si constantemente nos quejáramos y refunfuñáramos mientras trabajamos, ya sea en nuestros empleos o en la iglesia! En particular, sin un sentido claro de vocación —reconociendo el trabajo como una mayordomía dada por Dios, tal como lo hacía el pueblo judío—, sería difícil trabajar con diligencia y resultaría imposible disfrutar del trabajo mismo. Debemos poseer el mismo sentido de mayordomía que el apóstol Pablo en el Nuevo Testamento. Ya sea que trabajemos en nuestros empleos o sirvamos a la iglesia —el cuerpo de Cristo—, debemos mantener una mentalidad de mayordomía que provenga de Dios. Si tenemos un sentido claro de mayordomía y una conciencia definida de nuestro llamado, podremos cumplir con nuestros deberes tanto con diligencia como con alegría. Estas son precisamente las personas cuyo trabajo Dios acepta con agrado. Espero que nosotros —tú y yo— seamos personas que den lo mejor de sí, con espíritu de mayordomía, en las tareas que se nos han encomendado mientras aún tengamos fuerzas para hacerlo.

¿Qué clase de personas debemos ser? Debemos ser personas a quienes Dios se complazca en aceptar. Para ello, debemos temer a Dios y obedecer su Palabra. Su Palabra nos dice que comamos y bebamos con alegría y un corazón gozoso (v. 7). También nos instruye a vivir vidas de pureza y alegría (v. 8). Además, debemos vivir felices con nuestros amados cónyuges (v. 9). Debemos trabajar con diligencia y con todas nuestras fuerzas mientras podamos hacerlo (v. 10). Que todos seamos personas que agraden a Dios.

El momento oportuno y la oportunidad

[Eclesiastés 9:11–12]

La semana pasada, encontré un artículo interesante en el sitio web de CNN. Informaba que un hombre de 35 años llamado Mitchell Heisman, quien vivía en un apartamento dentro del campus de la Universidad de Harvard, se suicidó alrededor de las 11:00 a. m. del sábado 18 de septiembre: Yom Kipur, el Día de la Expiación judío. Antes de quitarse la vida, escribió una nota de suicidio de 1.905 páginas. Según se informa, la nota hacía referencia a figuras como Sócrates, Newton y Einstein, y abordaba temas como la libertad, el nihilismo, Dios, el judaísmo, el simbolismo judío, el coeficiente intelectual judío y la historia de los anglosajones. Aunque no leí el texto completo, una afirmación en particular que hizo sobre la vida me impactó, y quisiera compartirla con ustedes: "La vida carece de sentido". Leer esto en el artículo me trajo inmediatamente a la mente las palabras de Eclesiastés 1:2: "¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!". Sentí tristeza al leer sobre un hombre que —en el mismo acto de quitarse la vida— escribió palabras que ya estaban escritas en la Biblia. La razón de mi tristeza era que, si bien tal vez comprendió la futilidad de la vida, terminó con ella sin haber descubierto su verdadero sentido en Jesús. De haber encontrado ese sentido en Jesús, estoy seguro de que no se habría suicidado; en cambio, habría aprovechado al máximo la vida que se le dio y la habría vivido para el Señor. También pienso que, si hubiera comprendido el sentido de la vida en Jesús y hubiera vivido una vida significativa para el Señor antes de fallecer, su muerte ciertamente no habría sido en vano. Más bien, habría

podido experimentar la muerte de un santo —un tránsito precioso a los ojos de Dios— en el Señor.

Últimamente he estado reflexionando sobre el concepto del "momento oportuno". En concreto, he estado pensando en cuándo se debe dejar de luchar por salvar a un ser querido que sufre y, en su lugar, permitirle partir de este mundo en paz. Esto se debe a la situación de mi querido suegro. Su médico tratante ha indicado que es hora de prepararse para el final. Desde un punto de vista médico, la recomendación es aceptar que ya no hay nada más que hacer y trasladarlo a un programa de cuidados paliativos (hospice) donde pueda estar cómodo hasta sus últimos días. Sin embargo, mi querida suegra sigue haciendo todo lo que está a su alcance. Esta situación me ha llevado a reflexionar sobre el factor tiempo. Por supuesto, nadie puede determinar ese momento con absoluta precisión. Incluso cuando un médico aconseja desistir y prepararse para el final, quienes creemos en Jesús podemos seguir orando, confiando en el Dios sanador. Oramos de esta manera porque siempre existe la posibilidad de que Dios decida restaurar la vida de la persona. Un ejemplo claro de esto es cuando David ayunó y oró mientras el primer hijo nacido de su adulterio con Betsabé estaba enfermo. Aunque David había recibido claramente la palabra de Dios a través del profeta Natán —«Por cuanto con este asunto has hecho blasfemar a los enemigos del Señor, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá» (2 Samuel 12:14)—, aun así ayunó y rogó a Dios por el niño (versículo 16). ¿Por qué rogó de esa manera? David explica la razón en 2 Samuel 12:22: «Él dijo: "Mientras el niño aún vivía, ayunaba y lloraba, pues pensaba: '¿Quién sabe? Quizás el Señor tenga misericordia de mí y permita que el niño viva'"».

En la última parte de Eclesiastés 9:11 —nuestro texto de hoy—, el rey Salomón afirma: «porque el tiempo y el azar les ocurren a todos». ¿Cuál es el verdadero significado de esta afirmación? Antes de comprender su sentido, debemos reconocer primero que la traducción coreana de la palabra «azar» en este pasaje es, en realidad, errónea (según Park Yun-sun). Para nosotros, los cristianos que creemos en la soberanía de Dios, no existe tal cosa como el «azar» o la «casualidad». Todo ocurre dentro de la soberanía y la providencia

de Dios; nada sucede meramente por accidente. Creemos que todas las cosas suceden conforme a la voluntad soberana de Dios. Por eso, personalmente, no acepto la expresión «buena suerte». Si observamos la Versión Estándar Coreana Revisada (RNKSV), utilizada actualmente por la denominación Hapdong en Corea, Eclesiastés 9:11 dice: «...porque el tiempo y la *oportunidad* les llegan a todos». La RNKSV traduce la palabra no como «azar» (coincidencia), sino como «oportunidad». Considero que esta traducción es más adecuada. Entonces, ¿a qué «oportunidad» (o «azar») se refiere aquí el rey Salomón? Según el diccionario coreano de Naver, una «oportunidad» se define como «un momento u ocasión propicia para hacer algo». Del mismo modo, el diccionario de Hanja (caracteres chinos) de Naver la describe como «el momento previsto: un tiempo adecuado para actuar». Cuando aprovechamos las oportunidades que se nos presentan y pasamos a la acción, ¿qué esperamos lograr? ¿Acaso no es el éxito? Entonces, ¿qué debe hacer uno mientras espera tal oportunidad? Debe prepararse. Para aprovechar al máximo una oportunidad futura y alcanzar el éxito, es necesario desarrollar activamente las propias capacidades como preparación.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 9:11, el rey Salomón habla de cinco categorías de personas preparadas o capaces. Podemos describirlas como individuos que se disponen para las oportunidades de la vida cultivando sus propias habilidades:

(1) En primer lugar, están los «corredores veloces». ¿Qué desean los corredores veloces? Naturalmente, llegar primeros en la carrera. Para lograrlo, deben entrenar para correr más rápido: más rápido que nadie. Cuando surge la oportunidad de competir, deben darlo todo y correr a toda velocidad hacia la meta. ¿Por qué? Para cruzar la línea en primer lugar y alcanzar la victoria.

(2) En segundo lugar, están los «guerreros». ¿Qué desean los guerreros? Naturalmente, la victoria en la batalla. Para ganar una guerra, los soldados deben ser verdaderamente valientes; lograr esto requiere un entrenamiento exhaustivo.

(3) En tercer lugar, están los «sabios». Los sabios deben aplicar eficazmente los conocimientos que poseen a su vida real, utilizándolos para mejorar su sustento y bienestar. Ninguna persona verdaderamente sabia desearía vivir una vida en la que ni siquiera pueda ganarse la vida adecuadamente, poseyendo únicamente conocimientos inútiles.

(4) En cuarto lugar, están los «perspicaces». Ellos también se esforzarán por utilizar su agudo intelecto para trabajar arduamente, ganar dinero y acumular riqueza.

(5) En quinto lugar están los «intelectuales». Buscarán obtener reconocimiento y el favor de muchas personas valiéndose de los conocimientos que han adquirido mediante un estudio diligente.

Sin embargo, el problema radica en que, aun cuando estos cinco tipos de personas preparadas y capaces aprovechan las oportunidades y se esfuerzan al máximo con la esperanza de triunfar, el resultado nunca está garantizado. El rey Salomón afirma en Eclesiastés 9:11: «Me volví y vi bajo el sol que la carrera no es de los veloces, ni la batalla de los fuertes, ni el pan de los sabios, ni las riquezas de los entendidos, ni el favor de los hábiles; sino que el tiempo y la ocasión les acontecen a todos». El significado de estas palabras — que los corredores más veloces no necesariamente ganan la carrera y los guerreros más poderosos no necesariamente triunfan en la guerra— es que estos asuntos trascienden la comprensión y la explicación humanas. En otras palabras, estos sucesos se desarrollan mediante la intervención de Dios, y los seres humanos no pueden explicarlos ni justificarlos plenamente (Park Yun-sun). Por tanto, aunque una persona haya cumplido todas las condiciones necesarias para alcanzar una meta, no debe caer en la soberbia, como si pudiera asegurar el éxito únicamente con sus propios esfuerzos. Uno siempre debe poner la mirada en el Señor (Park Yun-sun).

Es un instinto humano albergar la arrogancia de jactarse de haber logrado el éxito mediante las propias fuerzas. Un ejemplo claro es el orgullo que sentimos al querer presumir de haber

acumulado grandes riquezas gracias a nuestro propio poder y capacidad. Por eso, Deuteronomio 8:17-18 nos dice: «Y digas en tu corazón: "Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza". Acuérdate del Señor tu Dios, porque Él es quien te da el poder para adquirir riquezas, a fin de confirmar el pacto que juró a tus padres, como sucede en este día». No adquirimos grandes riquezas por nuestro propio mérito o habilidad; más bien, las obtenemos porque Dios cumple el pacto que juró a los antepasados de Israel. En otras palabras, solo podemos obtener riquezas cuando Dios nos concede el poder para hacerlo. Por eso el apóstol Santiago dice: «Pero ahora os jactáis en vuestras arrogantes pretensiones. Toda jactancia de esta clase es mala» (Santiago 4:16). ¿Por qué debemos evitar tal jactancia arrogante? Porque un día de calamidad —totalmente inesperado e imprevisto— puede irrumpir repentinamente en nuestras vidas. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:12: «Además, nadie sabe cuándo llegará su hora: así como los peces son atrapados en una red cruel o las aves caen en una trampa, las personas quedan atrapadas por tiempos aciagos que les sobrevienen inesperadamente». ¿Qué significa esto? Significa que, aun cuando nos preparemos con diligencia, nos esforcemos al máximo, aprovechemos las oportunidades y demos lo mejor de nosotros, pueden ocurrir sucesos totalmente inesperados. ¿Cuál es ese suceso inesperado? Es la llegada repentina de un día de calamidad. Tal como los peces quedan atrapados en la red del desastre y las aves caen en una trampa, un día de calamidad —imprevisto y fuera de nuestro control— puede sobrevenirnos de repente. ¿Qué debemos hacer, entonces?

Debemos recordar. Debemos recordar que hay un tiempo para todo y un momento para cada actividad bajo el cielo (Eclesiastés 3:1-8). También debemos recordar que existe un tiempo y un procedimiento adecuados para cada asunto (8:6). Sobre todo, aun cuando un día de calamidad nos golpee repentinamente, no debemos olvidar la verdad de que Dios hace todo hermoso a su tiempo (3:11) (Wiersbe). Aunque los acontecimientos de nuestra vida no sigan el curso que esperábamos —y resulten tan dolorosos y difíciles que parezcan un desastre—, no debemos renunciar a la esperanza que hemos depositado en el Señor. Debemos creer que todo lo que sucede en nuestra vida ocurre bajo la soberanía de Dios.

Además, debemos confiar en que, a la larga, Dios hará que todo sea hermoso a través de estos sucesos. Incluso cuando una calamidad repentina parezca —desde una perspectiva humana— totalmente sombría y carente de belleza, debemos creer que el Dios que nos ama obrará incluso a través de tales desastres para producir el bien y hacer que las cosas sean hermosas a sus ojos. Al hacerlo, contemplaremos la gloria de Dios, quien es la Luz.

En la Biblia, Jesús decía con frecuencia: «Mi tiempo aún no ha llegado» (Juan 2:4; 7:6, 8, 30; 8:20; 12:4, 23, 27; 13:1; 17:1). ¿Qué quería decir Jesús con «mi tiempo»? Ese tiempo se refiere al momento en que Él fue crucificado y murió para redimirnos a ti y a mí. En otras palabras, el tiempo de Jesús se refiere al momento en que revelaría Su gloria como el Hijo de Dios. La Biblia promete que Jesús murió, resucitó, ascendió al cielo y ciertamente regresará. Solo Dios conoce el momento exacto de ese acontecimiento (Mateo 24:36). En ese tiempo, Dios traerá la plenitud de la salvación y embellecerá tu vida, la mía y la de todo el pueblo de Dios que vive en este mundo de tinieblas. Oro para que todos vivamos con esperanza y preparados para ese día.

«El pobre sabio»

[Eclesiastés 9:13-18]

Si le pidieran elegir entre «riqueza» y «sabiduría», ¿cuál elegiría? Si tuviera que escoger solo una de las dos opciones, ¿cuál elegiría: «hacerse rico» o «ser pobre pero adquirir sabiduría»? Al plantearme esta pregunta, recordé la historia de Nabal y Abigail, narrada en el capítulo 25 del primer libro de Samuel, en el Antiguo Testamento. Como saben, Nabal era muy adinerado. Era un hombre rico que poseía tres mil ovejas y mil cabras (versículo 2). Sin embargo, no solo era obstinado y de malas obras (versículo 3), sino también un hombre malvado (versículo 17) y necio (versículo 25). Incluso su esposa, Abigail, era consciente de su necesidad. Por ello, Abigail acudió a David y le dijo: «...No haga caso mi señor de ese hombre malvado, Nabal. Su nombre le va bien; se llama Nabal, y es un necio...» (versículo 25). En cambio, su esposa, Abigail, era una mujer inteligente y de hermoso parecer (versículo 3). Al enterarse de que David había decidido hacer daño a Nabal y a toda su casa porque su necio esposo había pagado con mal el bien que David había hecho (versículos 17 y 21), ella cargó apresuradamente pan, vino, ovejas y grano sobre unos asnos (versículo 18) y fue al encuentro de David (versículo 20) para evitar que este derramara sangre y se tomara la justicia por su mano (versículo 33). En ese momento, David le dijo a Abigail: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te ha enviado hoy a mi encuentro. Bendito sea tu buen juicio...» (versículos 32-33). Otro pasaje que podemos considerar es Eclesiastés 4:13-16. En él, el rey Salomón compara a un joven pobre pero sabio con un rey rico, pero anciano y necio. Su mensaje es que la pobreza o la riqueza, la juventud o la vejez —ya se trate de un muchacho o de un rey— no importan; lo que realmente importa es la sabiduría. Al reflexionar sobre estos dos pasajes bíblicos, la elección que se nos presenta no es la riqueza, sino la sabiduría.

Sin embargo, debemos plantearnos una pregunta: «Si, a pesar de haber elegido la sabiduría, te encuentras pobre en lugar de rico, y rechazado por los demás en vez de reconocido y alabado, ¿qué harías? ¿Seguirías eligiendo la sabiduría por encima de la riqueza?».

En el texto de hoy, Eclesiastés 9:13, el rey Salomón dice: «También vi bajo el sol este ejemplo de sabiduría que me impresionó profundamente». ¿Cuál es ese ejemplo de sabiduría que Salomón observó y valoró tanto? Es la historia de una ciudad pequeña y poco poblada que fue sitiada por un rey poderoso, quien construyó grandes obras de asedio contra ella (versículo 14); un «hombre sabio y pobre» dentro de la ciudad la salvó gracias a su sabiduría. Por muy grande que sea un rey —incluso si construye enormes obras de asedio para atacar una ciudad pequeña—, nadie puede garantizar el resultado (9:11–12). Aunque el sentido común sugiere que un rey poderoso naturalmente conquistaría una ciudad pequeña y ganaría la guerra, el rey Salomón señala que una ciudad pequeña —habitada por pocos— podría, de hecho, prevalecer. ¿Cómo es esto posible? Gracias a un «hombre sabio y pobre». Observemos Eclesiastés 9:15: «Y se halló en ella un hombre sabio y pobre, el cual libró a la ciudad con su sabiduría...». El rey Salomón observó «bajo el sol» que incluso un rey rico y poderoso podía ser derrotado por un hombre sabio y pobre. Un ejemplo destacado de esto se encuentra en 2 Samuel 20:14–22. Cuando la ciudad israelita de Abel fue sitiada por el ejército de Joab, una mujer sabia de la ciudad habló con astucia a Joab y salvó la ciudad. ¿Cuál es, entonces, el mensaje central que el rey Salomón —él mismo un hombre sabio— desea transmitir mediante este ejemplo? Observemos la primera parte de Eclesiastés 9:16: «Entonces dije: "Mejor es la sabiduría que la fuerza..."». Es simplemente que la sabiduría es superior a la fuerza. Veamos el versículo 18: «Mejor es la sabiduría que las armas de guerra...». El rey Salomón declara que la sabiduría supera al armamento. Si bien la fuerza y el armamento son innegablemente importantes en la guerra, no se puede alcanzar la victoria sin sabiduría, por muy grande que sea el poderío o superiores que sean las armas. La sabiduría es mucho más importante que la fuerza y el armamento. Por ello, el autor de Proverbios afirma: «La sabiduría es lo supremo; ¡adquiere sabiduría! Aunque te cueste todo lo que tienes, ¡adquiere entendimiento!» (Proverbios 4:7). El rey Salomón también dice:

«Más se escuchan las palabras sosegadas de los sabios que los gritos de quien gobierna a los necios» (Eclesiastés 9:17). Debemos escuchar las palabras sosegadas de los sabios en lugar de los gritos de un líder de necios.

Sin embargo, ¿cuál es el problema? Aunque la sabiduría es superior al poderío y al armamento, el rey Salomón observó cosas bajo el sol que desafiaban el entendimiento o las expectativas. Hay dos asuntos desconcertantes de este tipo:

En primer lugar, observemos la última parte del versículo 16 del texto de hoy: «...se desprecia la sabiduría del pobre y no se escuchan sus palabras».

Lo que el rey Salomón presenció bajo el sol —algo que no podía comprender ni explicar— fue que, incluso cuando un hombre sabio y pobre realiza una gran hazaña, como salvar una ciudad, a menudo no recibe el reconocimiento debido y, en cambio, es rechazado (versículo 16) (Wiersbe). ¿Por qué cree que sucede esto? ¿Por qué un hombre sabio y pobre, tras lograr la magnífica hazaña de rescatar una ciudad, no solo no es honrado por la gente, sino que es apartado? Busqué la razón en el libro de Proverbios: «Al pobre lo aborrece hasta su vecino, pero el rico tiene muchos amigos» (14:20); «Las riquezas multiplican los amigos, pero al pobre hasta su amigo lo abandona» (19:4). ¿Por qué la gente rechaza, en lugar de honrar, al hombre sabio y pobre que los salvó a ellos y a su ciudad? La razón es simplemente que es pobre. Si ese hombre sabio hubiera sido rico, es probable que muchos hubieran buscado su amistad, elogiándolo y escuchando sus palabras; ciertamente no lo habrían despreciado ni rechazado. El rey Salomón señaló que, si bien la sabiduría es superior a la fuerza y al armamento, existe en este mundo un segundo fenómeno que desafía la comprensión y las expectativas —descrito en la segunda mitad del versículo 18—: «...pero un solo pecador destruye mucho bien».

¿Qué significa esto? Eclesiastés 10:1 ofrece una perspectiva al respecto: «Las moscas muertas hacen que el ungüento del perfumista despida mal olor; así, un poco de insensatez

pesa más que la sabiduría y el honor». Esto implica que la sabiduría puede echarse a perder fácilmente, del mismo modo que un pequeño error puede hacer que el hedor de la insensatez opaque la fragancia de la sabiduría (10:1) (Carson). En otras palabras, el gran valor de la sabiduría puede quedar destruido por un solo acto de insensatez (Walvold). Un ejemplo destacado de esto se encuentra en el libro del Génesis: el primer ser humano, Adán. Al observar cómo el pecado entró en el mundo —y la muerte por medio del pecado— debido a la desobediencia (transgresión) de un solo hombre, Adán, comprendemos que un solo pecador puede, en efecto, destruir una gran cantidad de bien (Romanos 5:12). Vemos otro ejemplo en la historia de Acán, durante la época de Josué; toda la nación de Israel sufrió una derrota en la batalla de Hai a causa de un solo acto de transgresión de Acán (Josué 7). Incluso la transgresión del rey David acarreó calamidad sobre el pueblo de Israel (2 Samuel 24), y su hijo Absalón encabezó un golpe de Estado que sumió a la nación en una guerra civil (2 Samuel 15 y ss.) (Wiersbe).

Así pues, las acciones insensatas —específicamente, la desobediencia— de una sola persona tuvieron consecuencias devastadoras; en el caso de Adán, su desobediencia trajo el pecado y, por consiguiente, la muerte a toda la humanidad. Sin embargo, en medio de esto, Dios hizo algo que trasciende la comprensión humana: envió a su Hijo unigénito, Jesucristo, al mundo para morir en la cruz y así salvarnos a ti y a mí. Tal como un hombre pobre y sabio salvó una vez a una pequeña ciudad de un rey poderoso, Jesús —la encarnación de la verdadera sabiduría— nos ha rescatado de la muerte, de Satanás y de sus poderes. No obstante, lo que resulta aún más desconcertante es que, al igual que la gente olvidó a aquel hombre pobre y sabio, hoy se está olvidando de Jesucristo, la verdadera Sabiduría (Proverbios 8). Además, así como la gente menospreció la sabiduría del hombre pobre y se negó a atender sus palabras, muchos hoy menosprecian la sabiduría de Jesús y se niegan a escuchar sus enseñanzas. ¿Puedes comprender esto? Jesús vino a este mundo para redimir a muchos del pecado; sin embargo, los suyos no le recibieron (Juan 1:12). Hoy, Dios nos habla diciendo: «Atended el consejo y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando

junto a los postes de mi entrada. Porque el que me halla, halla la vida y alcanza el favor del Señor; pero el que no me encuentra, se hace daño a sí mismo; todos los que me aborrecen aman la muerte» (Proverbios 8:33-36). Debemos acoger a Jesús, quien es la verdadera Sabiduría. Al hacerlo, no solo obtendremos la vida eterna, sino que también recibiremos el favor de Dios. Ruego que esta preciosa gracia repose sobre todos nosotros.

No demostremos ser necios.

[Eclesiastés 10:1-4]

¿Hasta dónde cree usted que llega la necedad humana? En otras palabras, ¿qué considera el colmo de la necedad humana? Al reflexionar sobre esta pregunta, vinieron a mi mente las palabras de Proverbios 26:11: «Como el perro que vuelve a su vómito, así el necio repite su necedad». Quizás no hayamos visto a un perro comerse su propio vómito, pero es probable que lo hayamos visto comer excrementos. ¿Qué piensa usted al ver eso? ¿No le parece un perro verdaderamente necio? Del mismo modo, ¡cuán necio debe parecer ante los ojos de Dios que nosotros, los seres humanos, cometamos repetidamente las mismas insensateces! Los israelitas, en los libros del Antiguo Testamento de Éxodo y Jueces, sirven de ejemplo de esto; cometieron repetidamente los pecados de murmurar y desobedecer la palabra de Dios. ¡Cuán necio debió parecerle eso a Dios! Sin embargo, ¿no cree que esto refleja nuestra propia naturaleza? No obstante, no creo que esto represente el punto máximo de la necedad humana. A mi parecer, el verdadero colmo de la necedad se describe en el Salmo 14:1: «Dice el necio en su corazón: “No hay Dios”...». Creo que la necedad suprema es un corazón que no cree en la existencia de Dios. Un corazón que niega a Dios se corrompe, y las acciones que surgen de un corazón corrupto son detestables (versículo 1). En última instancia, quienes dicen que no hay Dios son tan necios que ni hacen el bien ni son capaces de hacerlo. Creo que el mundo sombrío en el que vivimos hoy está verdaderamente lleno de esta clase de necedad suprema. La gente se entrega a la corrupción y a conductas abominables, actuando según sus propios caprichos en lugar de

creer en la existencia de Dios o en la verdad absoluta. Muchos han abandonado la sabiduría y transitan por un camino de necedad; al hacerlo, demuestran su propia insensatez. En otras palabras, al creer que no hay Dios y vivir basándose en esa creencia, demuestran cuán necios son.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:3, el rey Salomón nos dice: «Aun cuando el necio camina por el camino, le falta juicio y muestra a todos cuán necio es». Él afirma que el necio habla de su propia necedad, lo que significa que la persona necia deja en evidencia su propia insensatez. ¿Qué opinas de esta afirmación? Yo estoy de acuerdo con ella, pues al examinarme a mí mismo, reconozco que hay muchas ocasiones en las que manifiesto mi propia necedad. Un ejemplo de esto —como suele señalar el autor de Proverbios— es que frecuentemente revelo mi insensatez a través de mis palabras. Por ejemplo, Proverbios 10:19 dice: «En las muchas palabras no falta pecado, pero el que refrena sus labios es prudente»; sin embargo, al no controlar mis labios y hablar en exceso, a menudo cometo pecados contra Dios y contra los demás, exponiendo así mi propia necedad. Otro ejemplo se encuentra en Proverbios 14:29: «El que es paciente tiene gran entendimiento, pero el que es de genio pronto muestra su insensatez». Al reflexionar sobre esta enseñanza, comprendo que debo ser lento para la ira; no obstante, hay momentos en que la impaciencia me domina y no logro contener mi enojo. Al pecar tanto contra Dios como contra el prójimo, a menudo demuestro cuán necio soy. En consecuencia, no tengo nada que objetar ante Proverbios 12:23: «El hombre prudente oculta su conocimiento, pero el corazón de los necios proclama su insensatez».

Hoy, centrándome en el pasaje de Eclesiastés 10:1-4, deseo explorar la lección que Dios nos ofrece bajo el título: «No demostremos ser necios». Mi oración es que aceptemos humildemente esta lección, obedezcamos la Palabra de Dios y dejemos atrás la vida del necio —que constantemente manifiesta su propia insensatez— para vivir una vida de sabiduría.

¿Qué lección quiere transmitirnos Dios en el pasaje de hoy? Hay al menos dos puntos clave.

En primer lugar, debemos aprender de este pasaje qué aspectos de nuestra necedad no debemos revelar ni manifestar. Esto puede resumirse de dos maneras:

(1) No debemos exponer ni la más mínima muestra de insensatez.

Observemos Eclesiastés 10:1: «Las moscas muertas hacen que el ungüento del perfumista despida mal olor; así también, un poco de insensatez pesa más que la sabiduría y el honor». Un solo acto insensato de nuestra parte hace que el hedor de la necedad opaque la fragancia de la sabiduría (9:18; 10:1). Un ejemplo destacado es el primer ser humano, Adán. Por la desobediencia de un solo hombre, Adán, el pecado entró en el mundo y, a través de ese pecado, la muerte alcanzó a toda la humanidad. Incluso una pequeña cantidad de maldad causa un gran daño a la humanidad (Park Yun-sun). Por lo tanto, no debemos cometer ni siquiera un acto menor de maldad o necedad. Nunca debemos tomar a la ligera ni siquiera una pequeña muestra de insensatez.

(2) No debemos rebelarnos contra nuestro gobernante.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 10:4: «Si el enojo del gobernante se enciende contra ti, no abandones tu puesto; porque la calma aplaca grandes ofensas». El rey Salomón nos dice que permanezcamos en nuestro puesto incluso cuando un gobernante de carácter difícil dirige su ira hacia nosotros. En otras palabras, aunque seamos tratados injustamente por un gobernante inicuo, no debemos rebelarnos contra él (Park Yun-sun). ¿Por qué debemos hacerlo? La razón es que «la calma aplaca grandes ofensas» (versículo 4). ¿Qué significa esto? Aquí, el significado original en hebreo de la palabra traducida como «calma» (o «mansedumbre/serenidad») abarca tanto la salud —estar libre de enfermedad o debilidad— como la «recuperación». Esto implica que, aunque un gobernante inicuo descargue su ira y nos trate injustamente, si permanecemos sanos en espíritu y cuerpo —

absteniéndonos de la rebelión y soportando con paciencia—, evitamos cometer los muchos pecados en los que de otro modo habríamos incurrido (Park Yun-sun). Debemos mantener la salud espiritual y física y no rebelarnos contra nuestros superiores en el trabajo; debemos ejercitar la paciencia y la perseverancia. Por muy injusto que sea un superior, o por mucho que dirija su ira y trato injusto hacia nosotros, no debemos tomar represalias. De este modo, evitamos cometer pecados mayores y más numerosos.

En segundo y último lugar, debemos considerar la lección que se encuentra en el texto de hoy sobre cómo evitar revelar —o demostrar— tal insensatez.

Observemos Eclesiastés 10:2: «El corazón del sabio se inclina a la derecha, pero el corazón del necio, a la izquierda». ¿Qué significa esto? Nos enseña que nuestros corazones deben ser sabios y que el corazón de una persona sabia se inclina hacia la derecha. En otras palabras, debemos poseer el corazón de una persona sabia: un corazón que se inclina hacia la derecha. Según el pastor Wiersbe, en el mundo antiguo, la mano derecha simbolizaba fuerza y honor, mientras que la mano izquierda se asociaba con debilidad y rechazo (Mateo 25:33, 41). Por tanto, la afirmación de que el corazón de una persona sabia está a la derecha implica que dicha persona guarda su corazón con vigilancia y poder. Por el contrario, la afirmación de que el corazón del necio está a la izquierda implica que este carece de poder —como una mano izquierda— para controlar su propio corazón (Park Yun-sun). En resumen, la lección para nosotros hoy es que debemos guardar nuestros corazones con poder, tal como lo hacen los sabios. Por esta razón, el autor de Proverbios dice: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23). ¿Cómo podemos, entonces, guardar nuestros corazones con poder?

(1) Debemos permanecer vigilantes.

Amigos, ¿qué le sucede a una ciudad si el centinela que la protege de una invasión enemiga se queda dormido? Inevitablemente será conquistada. Por ello, el centinela debe

mantenerse despierto. Del mismo modo, debemos permanecer espiritualmente alertas. Debemos mantenernos despiertos, ser sobrios y orar a Dios. Y en nuestras oraciones, debemos buscar la protección de Dios. También debemos buscar la sabiduría de Dios. Esto se debe a que, cuando Dios nos concede sabiduría, recibimos la capacidad de guardar nuestros corazones en medio de la batalla espiritual.

(2) Para guardar eficazmente nuestros corazones, debemos advertir a nuestras almas (corazones) utilizando la Palabra de Dios.

La función del centinela que protege una ciudad consiste en tocar una trompeta o dar alguna otra señal para alertar a los habitantes cuando el enemigo ataca. Asimismo, como centinelas del alma que custodian el corazón —la fuente misma de la vida—, debemos advertir a nuestras almas cuando Satanás lanza un ataque. ¿Cómo debemos emitir esta advertencia? Debemos advertir a nuestras almas con la Palabra de Dios. Tal como el salmista proclamaba a su propia alma: «¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún he de alabarle, Salvador mío y Dios mío» (Salmo 42:5, 11; 43:5), así también debemos hacer declaraciones similares y volvernos hacia Dios cuando nuestros corazones estén ansiosos o abatidos. Al hacerlo, podremos guardar nuestros corazones eficazmente.

Debemos ser sabios. Los sabios no se acercan a la insensatez; mantienen distancia de ella (Wiersbe). Debemos alejarnos incluso de la más mínima insensatez, pues tales actos de necedad pueden llevarnos a cometer pecados que oscurecen la gran gloria de Dios. Además, debemos permanecer firmes en los puestos que se nos han asignado. Por muy injusto que sea nuestro gobernante —incluso si provoca nuestra ira o nos trata injustamente—, no debemos alzarnos contra él. Para mantener esta postura, debemos guardar nuestros corazones con fortaleza. Debemos permanecer alertas y sobrios, orando a Dios y amonestándonos con Su Palabra. Por tanto, no debemos comportarnos como insensatos, sino demostrar que somos sabios.

¡Mantenga la calma!

"Si el enojo del gobernante se enciende contra ti, no abandones tu puesto; la calma aquieta grandes ofensas" (Eclesiastés 10:4).

Ayer leí un artículo en Yahoo News titulado "Pastor se enfrenta a la pena máxima tras una acusación formal". Un ex pastor llamado Jeong (63 años) fue acusado formalmente por interrumpir un servicio de adoración en la iglesia que lo había destituido previamente; había golpeado una silla con una botella de bebida vacía y cantado himnos frente a un micrófono. El conflicto se originó a raíz de su destitución en septiembre de 2001 —provocada por haber expulsado a un anciano de la iglesia sin la aprobación de la denominación—, tras lo cual abandonó dicha denominación para fundar una nueva iglesia. Las tensiones sobre la propiedad de la iglesia aumentaron cuando la denominación envió a otro pastor a esa nueva congregación, lo que desembocó en el incidente en cuestión. El tribunal condenó a Jeong a tres años de prisión y ordenó su detención inmediata, declarando: "A pesar de su condición de pastor y de la enseñanza bíblica de 'amar incluso a los enemigos', el Sr. Jeong no mostró remordimiento alguno". El tribunal añadió: "Persiguió únicamente intereses mundanos; un pastor —que debería guiar rectamente a la congregación— encabezó los actos delictivos, lo que justifica una pena severa". (Un pastor asistente y ocho miembros de la congregación también fueron condenados a penas de uno o dos años de prisión y puestos bajo custodia). Es, verdaderamente, un incidente absurdo e impactante.

Una situación similar parece estar desarrollándose en el presbiterio al que pertenece nuestra iglesia. Una gran iglesia dentro del presbiterio se ha dividido en dos facciones, y el

conflicto ha escalado hasta convertirse en una batalla legal. Aunque el presbiterio ha intentado mediar y restaurar la paz, un grupo de dicha iglesia, insatisfecho con las acciones del presbiterio, ha terminado por retirarse de la denominación. No conozco todos los detalles, pero la semana pasada vi un informe en un periódico coreano sobre un conflicto interno que derivó en una pelea alimentada por la ira; una situación que incluso requirió la intervención policial. Es, en verdad, un asunto vergonzoso.

¿Por qué pelean? Puede haber diversas razones, pero creo que es la ira la que aviva las llamas del conflicto, llevando a menudo a las partes involucradas hasta los tribunales. El pasaje de hoy ofrece varias lecciones sobre cómo debemos responder ante la ira.

El primer punto a considerar es cómo debemos ver a un "gobernante" que está airado.

Aquí, el término "gobernante" puede referirse a un rey o, en un sentido más amplio, a un líder, un superior, un pastor o un esposo que está enojado. Eclesiastés 10:3 afirma que un "gobernante" airado revela su propia insensatez debido a la falta de sabiduría. Esta falta de sabiduría surge de no buscar la Palabra de Dios ni vivir una vida de obediencia a ella; un proceso que, de otro modo, ensancharía el corazón de la persona. En otras palabras, tal individuo permite que las emociones prevalezcan sobre el intelecto. Al no dejar que la Palabra guíe sus emociones, carece de dominio propio emocional. En consecuencia, se apresura a dar rienda suelta a su ira. Proverbios 25:28 dice: "Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene freno". La Biblia describe a tal persona —alguien que carece de dominio propio y sabiduría, y que cede fácilmente a la ira— como un insensato que expone su propia necesidad.

El segundo punto a considerar es cómo debemos comportarnos ante un "gobernante" airado.

El pasaje de hoy nos dice: "No abandones tu puesto". Esto significa que, por muy malvado que sea un "soberano" —e incluso si se nos trata injustamente—, no debemos oponernos a dicho "soberano". Significa que no debemos responder con ira cuando un superior se enoja. Sin embargo, confieso que en muchas ocasiones yo también me he airado cuando mi esposa estaba enojada. Esto revela mi propia insensatez y demuestra el pecado de desobedecer la Palabra de Dios. Eclesiastés 8:3 nos ordena: "No te apresures a alejarte de la presencia del rey, ni persistas en una mala causa". David fue un ejemplo de esto. Aunque el malvado rey Saúl buscaba matarlo, David no tomó represalias contra él porque temía a Dios. No debemos oponernos a un "soberano" (ya sea un pastor, esposo, superior o presidente) que actúa bajo el impulso de la ira.

El tercer y último punto a considerar es la valiosa lección de que debemos mantener la calma ante un "soberano" airado. La Biblia coreana utiliza la palabra *gongsun* (deferencia o sumisión) en el versículo 4, mientras que las traducciones al inglés emplean términos como "calma" (NIV) o "serenidad" (NASB). El alma de una persona serena es como aguas tranquilas. Bíblicamente hablando, tal persona posee un espíritu apacible. Este es el corazón del sabio. La persona sabia sabe controlar su propia ira; es "lenta para la ira" y alguien que "domina su propio espíritu" (Proverbios 16:32). Además, es alguien capaz de calmar la ira de un gobernante. Una persona sabia y serena aplaca la furia de un individuo airado (Proverbios 16:14). ¿Cómo es esto posible? Encontré la respuesta en Proverbios 25:15: "Con paciencia se persuade al gobernante, y la lengua blanda puede quebrantar el hueso". La paciencia y una lengua amable calman la ira de una persona enfurecida.

Estamos rodeados de personas y situaciones que provocan ira. Vivimos en una sociedad donde las emociones están constantemente al borde de estallar. Este fenómeno no se limita a la sociedad en general; vemos arrebatos de ira dentro de la iglesia, incluso entre los pastores. ¿Cómo debemos responder? Dado que una persona airada revela su insensatez mediante la falta de sabiduría, no debemos devolver el golpe; por el contrario, debemos

mantener la calma y ayudar a apaciguar su ira. Sin embargo, para lograrlo, primero debemos ser capaces de controlar nuestra propia ira.

Un mal en particular

[Eclesiastés 10:5–7]

¿Qué tipo de anuncios ve frecuentemente en la televisión hoy en día? A menudo veo anuncios relacionados con las elecciones de mitad de mandato de los Estados Unidos, que se celebrarán el 2 de noviembre. Entre estos anuncios electorales, hay tres en particular que han captado mi atención: las contiendas por el Senado de California y por la gobernación, y —lo que es importante— la Proposición 19. La razón por la que me interesa la Proposición 19 —siguiendo no solo los anuncios sino también las noticias— es que implica una propuesta de enmienda legal sobre la marihuana (cannabis), una sustancia que generalmente clasificamos como droga. Aquí en California, donde vivo, existe una iniciativa para legalizar la marihuana para uso recreativo en cantidades limitadas; informes recientes indican que el apoyo a la legalización se sitúa en torno al 40%, mientras que la oposición ronda el 44%. Más allá de la Proposición 19, vivir en California naturalmente me obliga a prestar atención a las campañas para el Senado y la gobernación. Al ver los anuncios televisivos tanto de candidatos republicanos como demócratas, se observa una gran cantidad de ataques mutuos y campañas de desprestigio. Comparto esto porque creo que, como residentes de California, debemos saber quiénes son los líderes que guiarán a nuestro estado hacia el futuro. Sostengo esta opinión porque el nombramiento de líderes justos —ya sea para una nación o para un estado— es de vital importancia. Como pastor, considero crucial el nombramiento de oficiales de la iglesia para puestos clave; por consiguiente, no puedo evitar interesarme profundamente en el proceso de selección de líderes.

¿Qué tipo de líderes, entonces, debería nombrar la iglesia? El tipo de líder que nuestra iglesia busca nombrar es aquel que no se centra en sí mismo ni en las personas, sino en Cristo. Aquí, "centrado en Cristo" se refiere a un líder que acepta a Jesucristo como Señor y obedece Su Palabra. La visión de nuestra iglesia es levantar líderes que obedezcan, y que lo hagan con humildad y fidelidad. Sin embargo, uno de los desafíos al perseguir esta visión es la falta de transformación en el carácter y en la vida. En mi opinión personal, las iglesias de hoy nombran con demasiada facilidad a personas para puestos de liderazgo, a pesar de la falta de dicha transformación. En otras palabras, al nombrar indiscriminadamente a personas no cualificadas como ancianos, diáconos ordenados y diaconisas principales, la iglesia altera su propio orden y paz. Creo que la causa raíz de esta situación pecaminosa en nuestras iglesias presbiterianas reside en el Consistorio: el órgano de liderazgo principal compuesto por pastores y ancianos. Los pastores, incluyéndome a mí, somos particularmente responsables, y la causa subyacente es nuestra falta de sabiduría.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:5, el rey Salomón afirma: «Hay un mal que he visto debajo del sol, un error que procede del gobernante». En cuanto a «un mal», ya habíamos reflexionado anteriormente sobre un mal específico que Salomón observó en este mundo, tal como se describe en Eclesiastés 6:1. Ese mal se refiere a una pesada carga impuesta a las personas: alguien puede recibir de Dios riqueza, bienes y honra —sin que le falte nada de lo que su corazón anhela— y, sin embargo, nunca recibir la capacidad de disfrutarlos realmente, por más tiempo que viva. En cambio, Dios concede el disfrute de estas cosas a quienes le agradan. Antes de observar este mal en particular, el rey Salomón ya había hablado de un «mal doloroso» en Eclesiastés 5:13–20. Y ese «mal grave» no es otro que el de un dueño que acumula riquezas para su propio perjuicio (v. 13). Además, se observó que el dueño custodiaba sus riquezas de una manera que le hacía daño, solo para terminar enfrentando un desastre y perderlo todo, sin dejar nada que transmitir a sus hijos. ¡Qué terrible tragedia es esta! La vida comienza y termina con las manos vacías; ¿por qué aferrarse a la riqueza con tanta fuerza que llega a perjudicarnos? ¿Cuál es el beneficio si, al

final, sobreviene el desastre y se pierde toda esa riqueza? ¿Acaso no somos testigos también de esta clase de mal grave al vivir en este mundo?

¿Cuál fue un mal que el rey Salomón observó en este mundo? Fue un error que provenía del gobernante (10:5). Al hablar aquí del «error» del gobernante, podemos remitirnos a Eclesiastés 10:4, pasaje sobre el cual ya hemos reflexionado. Volvamos a Eclesiastés 10:4: «Si el enojo del gobernante se levanta contra ti, no abandones tu puesto; la calma aquietará grandes errores». El rey Salomón afirma que, aunque un gobernante injusto nos trate con injusticia y provoque nuestra ira, debemos permanecer en nuestro puesto en lugar de alzarnos contra él. ¿Por qué? Porque al oponernos a nuestro gobernante, podríamos cometer un error mayor —es decir, un pecado mayor— contra Dios. En el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:5, el rey Salomón vuelve a mencionar el «error». ¿De quién es el error? Es un error que se origina en el gobernante. ¿En qué consiste, entonces, este error del gobernante? No es otra cosa que una decisión nacida de su insensatez. Vemos un ejemplo de tal decisión en el versículo 6: «La insensatez es colocada en gran dignidad, mientras que los ricos ocupan un lugar humilde». ¿Qué significa esto? Significa que un gobernante insensato coloca a necios en cargos o puestos elevados, mientras sitúa a los «ricos» en cargos o puestos inferiores (Wiersbe). En cuanto a la mención de los «ricos» situados en puestos inferiores, aunque hoy en día solemos asociar la riqueza con un estatus elevado —incluso dentro de la iglesia—, aquí el término «ricos» se refiere a los sabios (Walvoord). Consideremos Proverbios 14:24: «La riqueza de los sabios es su corona, pero la insensatez de los necios solo produce insensatez». Al reflexionar sobre esta decisión insensata tomada por una persona con autoridad, me pregunto qué sucedería en una nación si un presidente inepto —actuando por propia insensatez— nombrara a necios para cargos elevados y relegara a los sabios a puestos inferiores. Lo mismo se aplica a una empresa. Un director ejecutivo inepto no solo trata a los empleados con injusticia, provocando su ira, sino que también —debido a su propia insensatez— coloca a necios en puestos elevados y a los sabios en puestos inferiores. Lo mismo ocurre en la iglesia. Especialmente dada la realidad actual, en la que los cargos eclesiásticos a menudo se asignan de manera arbitraria,

reflexiono sobre nuestro contexto presbiteriano: ¿carecen a veces de sabiduría nuestros consejos de ancianos —actuando con insensatez— al no confiar funciones importantes a personas cualificadas, asignándolas en cambio a quienes carecen lamentablemente de la preparación necesaria, basándose en diversas justificaciones? Por ejemplo, las responsabilidades eclesiásticas significativas deberían confiarse a personas a quienes el liderazgo —pastores y ancianos— considere dignas de ser recomendadas por la congregación y que gocen de respeto dentro de la iglesia (cf. Romanos 16:1–6). Sin embargo, creo que la iglesia oscurece la gloria de Dios al conferir descuidadamente títulos como «Anciano», «Díacono ordenado» o «Diaconisa principal» a quienes carecen de los requisitos necesarios. ¿Por qué siguen ocurriendo estas cosas incesantemente en la iglesia? ¿Conoce la razón? Si bien ciertamente se debe a la insensatez de los líderes eclesiásticos, más concretamente, se origina en el «capricho de quien ostenta la autoridad» (Wolbold). Tomando a la iglesia como ejemplo, podría decirse que un pastor como yo —al actuar por capricho— deja de confiar responsabilidades clave a personas sabias y cualificadas, asignándoselas en su lugar a los insensatos. La insensatez de un gobernante a menudo proviene de ser excesivamente complaciente o de dejarse influir fácilmente (Wiersbe). Cuando un gobernante es demasiado complaciente y carece del carácter y el valor necesarios, puede tomar decisiones totalmente erróneas respecto a los nombramientos: situar a los insensatos en puestos elevados y a los sabios en posiciones inferiores. En el contexto de la iglesia, esto puede ocurrir cuando el liderazgo —como el pastor y la junta de ancianos— carece de la valentía para hacer lo correcto por dejarse influir demasiado fácilmente por otros.

¿Cuál es el resultado de esto? En otras palabras, ¿qué sucede cuando un líder nacional —actuando con insensatez, ya sea por capricho o por una complacencia excesiva— no eleva a los sabios a cargos de importancia, sino que otorga esas posiciones elevadas a los insensatos? Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 10:7: «He visto siervos a caballo, mientras príncipes caminaban por tierra como siervos». Cuando las acciones insensatas de un gobernante conducen a tal situación, el orden de la nación se desmorona, la paz se

desvanece y el país no puede mantenerse firme. Imagínese esto: ¿qué sucede con una nación cuando los siervos cabalgan a caballo e imponen respeto, mientras que los príncipes —quienes deberían ser los que cabalgan y reciben honra— se ven obligados a caminar por el suelo como siervos? Creo que este principio se aplica por igual al hogar, al lugar de trabajo y a la iglesia. Por ejemplo, considere un hogar donde el esposo es la cabeza, pero la esposa actúa como si ella lo fuera; ¿qué ocurre con el orden de esa familia? La Biblia instruye claramente a las esposas a respetar y someterse a sus esposos, y a los esposos a amar a sus esposas; sin embargo, si una esposa no respeta a su esposo —confundiéndolos roles y engañándose a sí misma al creer que ella es la cabeza del hogar mientras exige respeto para sí misma—, ¿qué sucede con esa familia? Lo mismo se aplica al lugar de trabajo. Una empresa se compone de un presidente y empleados; si un empleado se sentara en la silla del presidente, exigiendo todo el respeto, mientras el presidente realizaba las tareas del empleado, ¿qué pasaría con esa empresa? La iglesia no es diferente. Con pastores, ancianos y diáconos ordenados, ¿qué sucedería con la iglesia si las personas no reconocieran sus posiciones y roles adecuados, traspasando los límites en sus pensamientos y acciones? Tales familias, lugares de trabajo e iglesias pierden su orden y paz, y no pueden mantenerse firmes. Este es precisamente el tipo de error que surge de un líder insensato. ¿Observa tales errores en el pastor de su iglesia, en el presidente de su empresa o en el esposo (o padre) que encabeza su hogar?

Al meditar en este pasaje, me pregunté: "¿Por qué permite Dios que el pueblo de una nación nombre a un presidente tan insensato?". La razón es que Dios ha determinado juzgar a una nación a través de los errores de un líder insensato (Park Yun-sun). En otras palabras, Dios juzga a una nación, a una iglesia o a una familia a través de un presidente insensato, un pastor insensato o un cabeza de familia insensato, respectivamente. Específicamente, Dios disciplina a estas entidades permitiendo que una persona no cualificada ocupe una posición de alta autoridad, alterando así el orden y la paz de la nación, la iglesia o la familia. ¿Cómo debemos responder, entonces, cuando comprendemos esta verdad? En otras palabras, ¿cómo deben conducirse los líderes que gobiernan una familia, una iglesia o una

nación? Deben dejar de lado su propia insensatez y buscar la sabiduría de Dios, para así pensar y actuar con sabiduría. En particular, los líderes deben confiar los cargos importantes a los sabios en lugar de asignarlos precipitadamente a los insensatos; deben asegurarse de que se rinda el debido respeto a quienes lo merecen. Cuando esto se hace, la nación, la iglesia y el entorno laboral se mantienen firmes en el Señor y disfrutan de la paz que Él otorga. Es mi oración que nuestras familias, nuestras iglesias, así como esta nación y su pueblo, lleguen a ser una comunidad así.

La sabiduría: clave para el éxito

[Eclesiastés 10:8–11]

¿Qué considera usted que es el «éxito»? ¿Cree que el «éxito» definido por el mundo es el mismo del que habla la Biblia? ¿O piensa que son diferentes? Si difieren, ¿en qué aspectos cree que lo hacen? ¿Alguna vez se ha planteado estas preguntas? Personalmente, creo que el «éxito» del que habla el mundo y el «éxito» del que habla la Biblia son distintos. Sin embargo, el problema radica en que incluso nosotros, los cristianos, parecemos cegados por la visión mundana del éxito en lugar de por la bíblica. La introducción del libro **Succeed by God's Standards** (Triunfar según los estándares de Dios), de Tony Nelson, contiene el siguiente pasaje: «Nuestra sociedad centrada en el ser humano está obsesionada con el éxito. Todo el mundo habla de éxito y aspira a él. Sin embargo, ¿por qué tantas personas luchan y viven con culpa y remordimiento tras probar la amargura del fracaso? Porque no comprenden la verdadera esencia del éxito tal como la describe la Biblia. El verdadero éxito no es la riqueza. No consiste simplemente en llevar una vida feliz. El éxito no es algo que logramos, sino quiénes somos: nuestra propia existencia. El éxito no trata de impresionar a los demás, sino de que Dios se complazca en nosotros» (Internet). ¿Le parece que esto tiene sentido? ¿Conoce la verdadera esencia del éxito según la definición bíblica? En su libro, Tony Nelson sostiene que, si bien estamos constantemente bombardeados por una visión mundana del éxito —que lo equipara con dinero, prestigio, honor y prosperidad—, debemos adoptar una perspectiva bíblica basada en los estándares de Dios. A continuación, presenta doce principios del éxito bíblico. Respecto a la primera de esas doce claves para el éxito,

afirma: «En primer lugar, la clave bíblica del éxito comienza por ajustar nuestra perspectiva. El punto de partida del éxito es temer a Dios y adquirir sabiduría. El fundamento del éxito reside en depender desesperadamente de la presencia de Dios, hasta el punto de que la convicción de que no podemos prescindir de Él gobierne nuestras vidas. Como conocemos el carácter y la soberanía de Dios, no damos ni un solo paso en la vida confiando en nosotros mismos» (Internet). ¿Qué opina de esta afirmación? ¿Está de acuerdo? La historia de José en Génesis 39 revela que la perspectiva bíblica del éxito incluye las dificultades y el sufrimiento. El verdadero éxito bíblico es lo que la Biblia llama «prosperidad» (o «éxito»), y la esencia de esa prosperidad es la presencia de Dios con nosotros. José es un ejemplo perfecto de esto. Génesis 39 nos dice: «El Señor estaba con José, y llegó a ser un hombre próspero...» (v. 2); «Su amo vio que el Señor estaba con él y que el Señor hacía prosperar en sus manos todo lo que él hacía» (v. 3); «Pero el Señor estaba con José y le mostró misericordia, y le concedió gracia ante los ojos del jefe de la cárcel» (v. 21); «...porque el Señor estaba con él; y todo lo que él hacía, el Señor lo hacía prosperar» (v. 23). Este es el secreto del verdadero éxito (prosperidad) para nosotros, los cristianos. Debido a que el Señor —Emanuel— está con nosotros, podemos disfrutar de la bendición del éxito (prosperidad) incluso en este mundo. Por eso el salmista oró a Dios: «¡Te ruego, oh Señor, que nos salves! ¡Te ruego, oh Señor, que nos des prosperidad!» (Salmo 118:25). En la segunda parte de Eclesiastés 10:10, el pasaje que analizamos hoy, el rey Salomón afirma: «La sabiduría conduce al éxito». ¿Cuál es esta sabiduría que conduce al éxito? Es la sabiduría aplicada a nuestra vida cotidiana; en Eclesiastés 10:8-11, el rey Salomón destaca dos aspectos específicos de ella:

En primer lugar, la sabiduría que conduce al éxito nos protege del peligro.

Observemos Eclesiastés 10:8-9: «El que cava un hoyo puede caer en él; el que derriba un muro puede ser mordido por una serpiente. El que extrae piedras puede resultar herido por ellas; el que parte leños puede correr peligro a causa de ellos». El mundo en que vivimos está lleno de peligros. Hay elementos a nuestro alrededor que pueden hacernos caer en

situaciones de riesgo. Uno de esos peligros surge cuando quienes desean hacernos daño cavan trampas para atraparnos. El salmista, tras haber experimentado esto, escribió: «Los soberbios me han ocultado una trampa; han tendido una red de cuerdas junto al camino y me han puesto lazos» (Salmo 140:5). En efecto, los soberbios tienden lazos, cuerdas, redes y trampas para hacernos daño. Entre estos peligros, encuentro especialmente alarmante la advertencia de Proverbios 23:27: «Porque foso profundo es la adúltera, y pozo estrecho la mujer ajena». La trampa de la adúltera es particularmente peligrosa porque muchos cristianos caen en ella y pecan contra Dios. ¿Cuál es la causa fundamental? Nuestra propia insensatez (Proverbios 7:7). Debido a nuestra propia insensatez, cuando la adúltera cava un foso y nos seduce con palabras lisonjeras, caminamos —como un buey llevado al matadero— directamente hacia las cadenas del castigo (versículos 21-22). ¿Cómo debemos responder ante tal realidad? En Eclesiastés 10:8-9, el rey Salomón habla de cavar fosos, derribar muros, extraer piedras y partir leña; estas acciones describen la intención destructiva de quienes desean hacernos daño, actos que fácilmente pueden precipitarnos al peligro. Con tales peligros acechándonos por todas partes y buscando hacernos tropezar, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo debemos actuar cuando aquellos que nos desean el mal cavan fosos, derriban muros, extraen piedras y parten leña para ponernos en peligro? Debemos clamar a Dios. Observemos el Salmo 141:9: «Guárdame de los lazos que me han tendido, de las trampas de los malhechores». Al igual que el salmista, debemos suplicar la liberación de Dios. Debemos orar para que Dios nos rescate de las trampas tendidas por quienes desean hacernos daño. Además, debemos desechar nuestra insensatez y buscar la sabiduría de Dios. Pues, al recibir la sabiduría divina, obtenemos la capacidad de escapar de las trampas tendidas por quienes buscan perjudicarnos. Consideremos Proverbios 13:14 y 2:16: «La enseñanza del sabio es fuente de vida, que aparta a la persona de los lazos de la muerte» (13:14). «La sabiduría también te librará de la mujer adúltera, de la mujer extraviada con sus palabras seductoras» (2:16).

En segundo lugar, y para terminar, la sabiduría que conduce al éxito implica una preparación exhaustiva y previa.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 10:10-11: «Si el hierro pierde su filo y no se afila, hay que emplear más fuerza; pero la sabiduría aporta éxito. Si la serpiente muerde antes de ser encantada, de nada sirve el encantador». El mensaje aquí es que, para tener éxito en cualquier empeño, es preciso prepararse a fondo de antemano. Toda empresa que carezca de plan y preparación está condenada al fracaso (Park Yun-sun). Aquí, el rey Salomón cita dos ejemplos:

(1) El primer ejemplo es que, si un cuchillo no tiene filo, utilizarlo requiere inevitablemente más esfuerzo.

¿Qué significa esto? Significa que afilar el cuchillo de antemano reduce el esfuerzo necesario. Existe un lema famoso: «No trabajes más duro, ¡trabaja con más inteligencia!» (Wiersbe). En otras palabras, nos aconseja trabajar con sabiduría en lugar de hacer que la tarea sea innecesariamente difícil. Con demasiada frecuencia, abordamos nuestro trabajo de manera rudimentaria o insensata; sin embargo, debemos trabajar con inteligencia. Una persona sabia trabaja inteligentemente. Al igual que un cuchillo bien afilado, la persona sabia realiza sus tareas con eficacia a la vez que conserva energía, evitando la necesidad de un esfuerzo excesivo.

(2) El segundo ejemplo se refiere a un encantador de serpientes que debe emplear primero sus técnicas específicas al manipular una serpiente.

¿Qué significa esto? Significa que un encantador de serpientes sabio debe dominar los métodos y habilidades necesarios antes de intentar manipular a la serpiente. Lucas 14:28, en la Biblia, habla del «costo del discipulado»: «Supongamos que alguno de ustedes quiere construir una torre. ¿Acaso no se sienta primero a calcular el costo para ver si tiene suficiente dinero para terminarla?». ¿Cuál es el punto aquí? Para decirlo en términos modernos: antes de construir un edificio, debemos elaborar un presupuesto para determinar el costo. Necesitamos sentarnos y comparar los gastos con los fondos que

poseemos actualmente. Del mismo modo que uno debe calcular minuciosamente los costos de construcción de antemano, Jesús enseña que debemos estar plenamente preparados si deseamos convertirnos en sus discípulos. En otras palabras, debemos anticipar los sacrificios que implica seguir a Jesús y preparar nuestros corazones en consecuencia. ¿Cómo preparamos nuestros corazones? Como discípulos de Jesús, debemos decidir en nuestro interior hacer los sacrificios necesarios. Dicho de otro modo, debemos seguir a Jesús con nuestra propia vida. Actualmente, se está construyendo una pequeña iglesia y un jardín de infancia en Namyangju, Corea. Por alguna razón, la iglesia que se construye allí vino a mi mente mientras meditaba en la idea de que la sabiduría —que es beneficiosa para el éxito— conlleva una preparación exhaustiva. El nombre de esa iglesia es «Iglesia Preparada». Además, el pastor de dicha iglesia es un amigo con quien crecí; asistimos a la misma iglesia donde mi padre sirvió como pastor durante unos once años, comenzando cuando yo tenía un año de edad. Al observar las peticiones de oración que él compartió conmigo —tales como «envía obreros preparados» o «levanta obreros como los 300 soldados preparados de Gedeón»—, noto que la palabra «preparado» aparece en casi todas ellas. Durante mi reciente año sabático, visité la obra en construcción junto con mi amigo —el pastor— y un pastor jubilado que era amigo de mi padre; juntos entramos en el edificio de la iglesia, aún sin terminar, y oramos a Dios. Otro pastor me habló de las diversas formas en que Dios había estado preparando a mi amigo a lo largo de los años, y escuchar esto fortaleció mi convicción de que Dios realmente prepara a los siervos que desea utilizar. Creo que un siervo preparado es algo hermoso y que un obrero preparado es valioso. Amigos, los sabios se preparan a fondo, y Dios concede el éxito a los sabios que se han preparado bien.

Recientemente, ha habido mucho debate en la comunidad cristiana coreana sobre un pastor que había dirigido con éxito un ministerio juvenil pero que más tarde cayó en desgracia; se ha publicado en línea una carta de disculpa en la que admite su falta. Durante mi estancia en Corea, un joven me comentó que este pastor perseguía el «exitismo». Al parecer, quienes lo critican creen que él buscaba una forma mundana de ministerio

orientada al éxito. Yo no lo había visto así antes, pero tras escuchar tales comentarios directamente de jóvenes y adultos de la congregación, empecé a preguntarme: «¿Es realmente así?». Luego, cuando estalló el escándalo de conducta sexual inapropiada que involucraba a dicho pastor, me interesé por la historia y leí artículos y comentarios en línea, lo cual suscitó diversas reflexiones. Mientras preparaba el mensaje de hoy en medio de todo esto, me impactó la verdad de la primera de las doce habilidades para el éxito bíblico según Tony Nelson: «El punto de partida del éxito es temer a Dios y adquirir sabiduría». Creo que esto se aplica no solo a ese pastor, sino también a mí mismo, a todos ustedes y a cada cristiano. El punto de partida del éxito es temer a Dios y adquirir sabiduría. La razón es que, como se afirma en el texto de hoy —Eclesiastés 10:8-11—, «la sabiduría conduce al éxito» (Ecl. 10:8-10). También debemos reconocer el hecho de que la sabiduría que conduce al éxito nos protege del peligro. Es la sabiduría dada por Dios la que puede protegernos de las artimañas de Satanás y de las numerosas tentaciones y trampas de este mundo. Además, debemos aceptar que la sabiduría que conduce al éxito requiere una amplia preparación previa. Por ejemplo, si los cristianos carecemos de preparación, corremos el riesgo de caer en el orgullo al alcanzar gran fama, ver crecer enormemente nuestras iglesias o prosperar económicamente; este orgullo a menudo nos lleva a caer en las trampas tendidas por Satanás, haciéndonos pecar contra Dios. En particular, al observar a cristianos que caen en estas trampas y pecan, considero que el aspecto en el que carecían de preparación era su carácter. Por mucho conocimiento bíblico, formación teológica o destreza profesional que uno posea, si carece de un carácter semejante al de Jesús —específicamente un carácter humilde—, inevitablemente sucumbirá a la tentación y pecará contra Dios. Espero que todos grabemos en nuestros corazones el mensaje que el rey Salomón nos transmite hoy —«la sabiduría es provechosa para dirigir»— y que, al buscar de Dios la sabiduría que conduce al verdadero éxito, vivamos sabiamente para Su gloria.

Los labios del necio

[Eclesiastés 10:12–15]

¿Conoce usted el «asombroso y oculto poder de las palabras»? Encontré un artículo en línea que hablaba sobre cómo debemos hablar desde el nacimiento hasta la muerte; sugería que, así como una piedra bruta se convierte en diamante mediante el corte y el pulido, nuestras palabras —cuando se refinan y cultivan— pueden irradiar la fragancia de una vida que brilla como una joya. He aquí algunas de las sugerencias compartidas en dicho artículo: (1) «No diga todo lo que le venga a la mente. Incluso cuando filtra sus palabras cuidadosamente — como a través de un cedazo—, es inevitable que se produzcan algunos errores». (2) «Las palabras tienen sabor. Evite aquellas que dejen un mal sabor de boca; en su lugar, pronuncie palabras que sean agradables y sabrosas». (3) «Utilice con frecuencia palabras de alabanza, gratitud y amor. La gente se sentirá naturalmente atraída hacia usted». (4) «Las heridas causadas por las palabras pueden durar toda la vida. No existe una goma de borrar para las palabras, así que hable con cautela». (5) «Las palabras son como semillas. Considere detenidamente qué clase de semillas está sembrando». ¿Y usted? ¿Cómo habla? ¿Estamos glorificando a Dios con nuestros labios o estamos oscureciendo su gloria?

En el pasaje de hoy —Eclesiastés 10:12–15—, el rey Salomón habla sobre los labios del necio: «los labios del necio» (v. 12), «las palabras de su boca» (v. 13) y «el necio multiplica palabras» (v. 14). Él identifica cuatro características del habla del necio. ¿Cuáles son estas cuatro características?

En primer lugar, los labios del necio le causan daño a él mismo. Observe el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:12: «Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, pero los labios del necio lo consumen». El rey Salomón afirma que, mientras las palabras del sabio son llenas de gracia, los labios del necio lo consumen. Aquí, «consumirse a sí mismo» significa causarse daño; en otras palabras, los labios del necio le acarrearán perjuicio a él mismo. ¿Cómo causan daño? ¿De qué manera se perjudica un necio a sí mismo con sus propios labios? Observemos Proverbios 10:32: «Los labios del justo saben lo que es apropiado, pero la boca del impío habla solo lo que es perverso». Como los sabios saben cómo agradar a los demás, pronuncian «palabras dichas en el momento oportuno» (Proverbios 25:11). En cambio, el necio usa sus labios para complacerse a sí mismo en lugar de a los demás; habla imprudentemente, sin considerar a quien escucha ni preocuparse por causar daño. Al hacerlo, el necio hiere y, en última instancia, se perjudica a sí mismo. Respecto a los labios que dañan a otros —y a uno mismo—, la Biblia dice: «El hombre que da falso testimonio contra su prójimo es como una maza, una espada y una flecha afilada» (Proverbios 25:18). El autor de Proverbios describe los labios que levantan falso testimonio contra el prójimo como una maza, una espada y una flecha afilada. Los labios del necio son exactamente así —una maza, una espada y una flecha afilada—: capaces de dañar, herir e incluso destruir a los demás. Además, el apóstol Santiago describe la lengua no solo como «un fuego, un mundo de maldad», sino también como «un mal indomable, lleno de veneno mortal» (Santiago 3:5-8). La lengua es, en verdad, algo temible. La lengua del necio es peligrosa; verdaderamente peligrosa. Debemos guardarnos de la lengua del necio, que acarrea daño a quien la posee.

En segundo lugar, los labios del necio van de mal en peor.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 10:13: «El principio de las palabras de su boca es insensatez, y el final de su discurso es locura desenfrenada». Inevitablemente, el necio daña no solo a los demás, sino también a sí mismo con sus labios, simplemente por su condición

de necio. Por naturaleza, el necio no puede evitar hablar neciamente. Por eso el rey Salomón afirma que el comienzo del discurso del necio es insensatez. Si el comienzo es insensatez, ¿cuál es el final? El rey Salomón dice que el final es «locura desenfrenada». ¿Qué significa esto? Significa que la conclusión del discurso del necio es una conducta malvada y demente. Los necios a menudo dicen disparates. Comienzan diciendo cosas que desafían el sentido común y, cuanto más hablan, más suenan como locos. Al igual que una lata vacía que al principio puede sonar levemente una o dos veces, pero que termina haciendo un gran estrépito al chocar repetidamente, los desvaríos de un necio se vuelven cada vez más ruidosos y caóticos, hasta que parecen los de alguien que ha perdido la razón. Consideremos Proverbios 29:11: «El necio da rienda suelta a todo su enojo, pero el sabio sabe refrenarlo». El necio no solo habla con insensatez, sino que también desahoga plenamente su ira. Dice disparates y, incapaz de controlar sus emociones, libera un torrente de palabras en un arrebatado de furia, sonando como un loco. En última instancia, aunque la necesidad de una persona pueda comenzar de manera sutil, puede escalar hasta llegar a una conducta demencial. No debemos esperar palabras buenas, sabias o provechosas de los labios de un necio, pues su discurso solo tiende a empeorar. Debemos reconocer que conversar con un necio no aporta ningún beneficio y, por tanto, poner fin a dicho diálogo; debemos alejarnos de él. Si no nos detenemos y continuamos conversando con un necio, terminaremos presenciando cómo su necesidad desemboca en locura.

En tercer lugar, los labios del necio carecen de freno y hablan en exceso.

Observemos la primera parte de Eclesiastés 10:14 en el texto de hoy: «El necio multiplica las palabras...». El necio habla muchísimo. Al igual que una lata vacía es la que más ruido hace, el necio —carente de conocimiento— revela su insensatez hablando demasiado. Al carecer de sabiduría mientras recorre su camino, el necio exhibe su necesidad ante todos los que encuentra (10:3). ¿Cómo revela esta insensatez? La manifiesta no solo restando importancia a actos menores de necesidad, sino también oponiéndose a su gobernante (versículos 1 y 4). Al vincular esto con la primera parte de Eclesiastés 10:14, vemos que,

como el necio no da importancia a las palabras insensatas, no se refrena; sigue hablando neciamente y termina pronunciando insensateces aún mayores. Además, el necio revela su insensatez al no controlar su ira y al oponerse a su gobernante, al menos con sus palabras. Por eso el autor de Proverbios nos dice: «En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente» (Proverbios 10:19). No debemos apresurarnos a usar la lengua. ¿Por qué? Observemos Proverbios 18:21: «La muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama comerá de sus frutos». En cambio, debemos ser parcos en palabras. Hemos de ejercer moderación al hablar, tal como hacen los sabios (Proverbios 17:27). En cuarto lugar, los labios del necio se jactan de sí mismos.

Observemos el pasaje que va desde Eclesiastés 10:14 (primera mitad) hasta el 15: «Nadie sabe lo que ha de venir; ¿quién podrá decirle a otro lo que sucederá después de él? El trabajo de los necios los fatiga; no saben ni el camino a la ciudad». Aunque nadie conoce el futuro —solo Dios lo sabe—, el necio parlotea como si lo supiera todo o como si su futuro estuviera bajo su propio control (Wiersbe). En consecuencia, el necio inquieta y perturba a todos los que le rodean (versículo 15) (Park Yun-sun). ¿No es esto absurdo? El rey Salomón afirma que el necio «ni siquiera sabe el camino a la ciudad» (versículo 15). En otras palabras, el camino a la ciudad está abierto y es conocido por todos, y sin embargo, el necio ignora incluso eso (Park Yun-sun); ¿cómo puede, entonces, hablar tanto como si supiera todo sobre el futuro? En cierto sentido, el necio parlotea sobre conocer el futuro precisamente porque no es fiel a sus tareas presentes. ¿Por qué, pues, habla tanto el necio, actuando como si supiera lo que ha de venir? ¿Cuál es su intención? Simplemente jactarse de sí mismo. Proverbios 27:1 dice claramente: «No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué traerá el día»; no obstante, el necio se jacta como si supiera todo sobre el mañana. A tal persona, Dios le habla a través de Santiago 4:14-16: «No saben qué pasará mañana. ¿Qué es su vida? Es como la niebla que aparece por poco tiempo y luego se desvanece. Más bien, deberían decir: "Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello". Pero ahora se jactan en su arrogancia. Toda jactancia de este tipo es mala».

Últimamente, al meditar en el libro de Eclesiastés, reflexiono sobre mi propia vida. Al hacerlo, me doy cuenta de cuán necio soy. En consecuencia, cuando oro a Dios, confieso mi necesidad y busco Su sabiduría. Ciertamente, lo único que podemos reclamar verdaderamente como propio es nuestra necesidad; en medio de esto, lo único digno de nuestra jactancia es la sabiduría de Dios. Así, al igual que el apóstol Pablo, nosotros también debemos confesar: «Porque la necesidad de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Corintios 1:25). Debemos buscar la sabiduría de Dios. En lugar de usar nuestras palabras para hacernos daño, deberíamos usarlas para consolar y edificar a los demás, encontrando así consuelo y edificación para nosotros mismos. Además, nuestro hablar debe comenzar y terminar con sabiduría; nuestras palabras han de volverse cada vez más virtuosas, y debemos aprender a controlar nuestros labios (Proverbios 19:19). Debemos usar nuestros labios para gloriarnos en Jesús y proclamar el Evangelio de Jesucristo. Ruego que Dios nos conceda unos labios tan sabios.

Una nación bajo aflicción

[Eclesiastés 10:16–20]

A primera hora de ayer —martes—, encontré noticias en línea sobre la provocación de artillería de Corea del Norte contra la isla surcoreana de Yeonpyeong. Poco después del incidente del hundimiento del *Cheonan*, este bombardeo a la isla de Yeonpyeong se ha cobrado, según se informa, la vida de dos jóvenes infantes de marina y dos civiles. Al reflexionar sobre por qué siguen ocurriendo tales sucesos en la península de Corea, personalmente creo que el núcleo del problema reside en el liderazgo de Corea del Norte. Una vez leí un artículo que citaba al difunto Hwang Jang-yop, quien sostenía que el líder supremo de Corea del Norte, Kim Jong-il, debía morir. Es una realidad verdaderamente trágica que un solo líder pueda atormentar y matar a tantas personas. Esto pone de relieve cuán crucial es el líder de una nación. En muchos aspectos, no es exagerado decir que el ascenso y la caída de una nación dependen de su líder.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:16–20, el rey Salomón habla de una "nación bajo aflicción". Observemos el versículo 16: "¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es un niño y cuyos príncipes banquetean por la mañana!". ¿Qué clase de nación es esta que enfrenta tal aflicción? Podemos identificar tres características.

En primer lugar, una nación sin un liderazgo adecuado es una nación bajo aflicción.

Miremos de nuevo Eclesiastés 10:16: "¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es un niño y cuyos príncipes banquetean por la mañana!". Este versículo implica que, aunque una nación tenga rey y funcionarios, si el rey es demasiado joven para gobernar con eficacia y los funcionarios (o "príncipes") se entregan al desenfreno en lugar de a la gobernanza, la nación está inevitablemente destinada a la aflicción (Park Yun-sun). Por supuesto, la juventud de un rey no significa necesariamente que sea incapaz de gobernar una nación. Un ejemplo destacado es el rey Josías de Judá, que aparece en 2 Crónicas 34; ascendió al trono a los ocho años (versículo 1) e inició reformas religiosas apenas ocho años después, a los dieciséis años de edad (versículo 3). Sin embargo, el «rey joven» mencionado en Eclesiastés 10:16 se refiere a un gobernante que no es simplemente joven en edad, sino inmaduro, y que actúa únicamente según sus propios caprichos (Wiersbe). El rey joven de este pasaje no se caracteriza por la franqueza y la inocencia propias de un niño, sino más bien por la autocomplacencia y el carácter caprichoso de un niño malcriado (Jamieson). Si el líder de una nación es así, sus funcionarios deberían ser lo suficientemente maduros y vigilantes como para gobernar con sabiduría; en cambio, sin embargo, estos funcionarios se entregan a los banquetes y la embriaguez, incluso por la mañana (versículo 16). En otras palabras, sucumben al desenfreno a primeras horas del día (Park Yun-sun). ¿Qué sucede, entonces, con una nación así? Con un rey inmaduro y autocomplaciente como un niño, y funcionarios entregados a la juerga desde temprano, ¿cómo puede decirse que la nación cuenta con un líder que gobierna?

Intenté aplicar este pasaje a nuestra propia iglesia. Por ejemplo, supongamos que yo, como líder, fuera inmaduro y actuara arbitrariamente; si el anciano Yoon —quien sirve a mi lado y posee una fe sólida— guiara a la iglesia correctamente, al menos podríamos decir que nuestra iglesia cuenta con un líder que gobierna. Pero, ¿qué ocurriría si, mientras yo fuera joven, inmaduro y autocomplaciente, el anciano Yoon también se entregara a la juerga y al desenfreno desde la mañana temprano? ¿Qué sería entonces de nuestra iglesia? ¿Podríamos decir realmente que un líder estaba gobernando la iglesia? El mismo principio se aplica a la familia. El orden y la armonía prevalecen en una familia cuando el esposo —

como cabeza del hogar— es maduro y la esposa, que lo apoya, es sabia, permitiéndoles gobernar el hogar eficazmente juntos. Sin embargo, ¿qué sucede con una familia donde el esposo, como cabeza, es inmaduro y se entrega a la autocomplacencia, mientras la esposa también busca placeres mundanos desde el amanecer? ¿Puede decirse realmente que tal familia tiene un líder que gobierna bien? Las familias, iglesias y naciones que sufren tal desgracia carecen de un liderazgo verdadero. En cambio, el rey Salomón habla de una nación que es bendecida. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 10:17: «¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles y tus príncipes banquetean a la hora debida, para cobrar fuerzas y no para embriagarse!». ¿Qué significa esto? La expresión «hijo de nobles» se refiere a alguien que posee un carácter noble (Park Yun-sun). Si el rey que gobierna una nación es un «hijo de nobles» —es decir, alguien de carácter noble—, ¿cómo podría dejar de gobernar bien el país? Además, Salomón señala que los funcionarios de tal rey —sus ministros— «banquetean a la hora debida, para cobrar fuerzas y no para embriagarse»; esto implica que los funcionarios de un rey de carácter noble no llevan una vida disoluta, sino que ejercen dominio propio incluso al comer y beber (Park Yun-sun). ¡Qué marcado contraste presenta esto frente a los líderes de una nación bajo juicio! En una nación así, tanto el rey como sus funcionarios son personas maduras y de carácter noble que gobiernan la tierra con eficacia; por tanto, es verdaderamente una nación bendecida. En otras palabras, una nación verdaderamente bendecida es aquella donde se practica un gobierno justo (Park Yun-sun).

Creo que lo mismo se aplica a la iglesia y a la familia. Si los líderes de la iglesia y del hogar poseen un carácter noble y llevan vidas marcadas por el dominio propio en lugar del desenfreno, entonces las familias y las iglesias bajo su guía son verdaderamente bendecidas. En este contexto, recuerdo dos elementos absolutamente esenciales para los líderes —ya sea en el hogar, en la iglesia o en la nación—: el carácter y el dominio propio. Por supuesto, la competencia y la capacidad también son necesarias para los líderes; sin embargo, el carácter es aún más vital. Por muy hábil o capaz que sea un líder, si su carácter es defectuoso, quienes le siguen no podrán hallar la verdadera felicidad. Es posible que

experimenten cierta sensación de logro, pero no lograrán experimentar el tipo de transformación que surge de una influencia positiva. El dominio propio es igualmente esencial para los líderes. Al librar la batalla espiritual contra las múltiples tentaciones de Satanás, aquellos líderes que carecen de dominio propio —uno de los frutos del Espíritu Santo— inevitablemente sucumben a la tentación y pecan tanto contra Dios como contra las personas. Por lo tanto, ya sea que se lidere una nación, una iglesia o una familia, lo que se requiere es un carácter noble y el autocontrol para rechazar tentaciones como el desenfreno y la autocomplacencia. Los ciudadanos, los feligreses y los hijos que siguen a tales líderes son verdaderamente bendecidos. Oro para que tanto Corea como Estados Unidos lleguen a ser naciones bendecidas de esa manera. Oro para que nuestra iglesia sea una iglesia bendecida así. Oro para que nuestras familias —las suyas y la mía— sean familias bendecidas por Dios.

En segundo lugar, una nación cuyo líder lleva una vida perezosa y desenfrenada es una nación bajo maldición. Observemos el pasaje de hoy, Eclesiastés 10:18–19a: «Por la pereza se hunde el techo; por la ociosidad de las manos, goteras en la casa. El banquete se hace para la risa, y el vino alegra la vida...». Estos versículos describen la vida disoluta de gobernantes perezosos que llevan a su nación a la ruina. Se entregan a festines por pura diversión y beben vino constantemente por placer. Carecen por completo de sentido de responsabilidad o justicia en cuanto al servicio al pueblo (Park Yun-sun). Imagínese: ¿qué sería de una nación si sus líderes carecieran de todo sentido de responsabilidad o justicia para servir a su gente? ¿En qué estado caería un país si sus líderes olvidaran sus deberes y simplemente pasaran el tiempo bebiendo en exceso y entregándose a festines desenfrenados? A veces, al ver dramas históricos sobre el pasado de Corea, uno observa a funcionarios de la corte llevando vidas disolutas, entregados al vino y a las mujeres. Son corruptos y no cumplen con sus responsabilidades; por el contrario, conspiran contra los funcionarios honestos que realmente buscan cumplir con su deber y llegan incluso a matarlos.

En el popular drama coreano *Daemul* (Big Thing), se presenta al presidente bajo una luz positiva, mientras que al líder de la oposición se le retrata como corrupto. Considero que tales dramas ofrecen una visión parcial de la historia y la realidad de Corea; una realidad que puede resumirse en una sola palabra: corrupción. Somos testigos —no solo en los dramas, sino también en las noticias— de políticos que, debiendo gobernar bien y velar por la prosperidad de sus ciudadanos, abusan de sus cargos para incurrir en actos de corrupción y enriquecerse ilícitamente por pura codicia. Son líderes verdaderamente irresponsables. El pastor Wiersbe señaló en una ocasión: «Entre los líderes, hay quienes *usan* su cargo y quienes simplemente lo *ostentan* (1 Timoteo 3:10). Las personas inmaduras disfrutan de los privilegios que se les otorgan mientras olvidan sus responsabilidades; las personas maduras, en cambio, ven sus responsabilidades como privilegios y las asumen en beneficio de los demás». Es una observación válida. Es inevitable coincidir en que existen líderes que ejercen activamente su cargo y otros que simplemente se aferran a él. Sin embargo, yo iría más allá al afirmar que el verdadero problema radica en aquellos líderes que abusan de su posición para servir a sus propios intereses en lugar de servir a la ciudadanía. También en el contexto de la iglesia hay quienes ocupan un cargo pero se limitan a mantener el título, sin utilizarlo para servir eficazmente a la congregación. Algunos titulares de cargos son inmaduros e infieles a sus deberes, o bien perezosos, y se niegan a cumplir su papel como miembros del cuerpo de Cristo. No obstante, un problema aún mayor es la presencia de líderes dentro de la iglesia que abusan de sus posiciones, prefiriendo ser servidos antes que servir. La iglesia sufre a causa de tales líderes. En su libro *Laziness* (Pereza), el pastor Kim Nam-jun describe la pereza de la siguiente manera: «La esencia de la pereza es el cansancio; su raíz es el amor propio; su progresión es la concupiscencia; su elección es la negligencia; y su consecuencia es el sufrimiento...». Cuando los líderes de una nación son perezosos, esa pereza evoluciona hacia una manifestación de amor propio impulsado por la concupiscencia; esto conduce a un estilo de vida disoluto y a la corrupción, transformando finalmente a la nación en una que se enfrenta a la calamidad.

Deberíamos prestar atención a las palabras del pastor Charles R. Swindoll. Él señaló que existe un "ladrón profesional" que invade nuestros corazones y nos arrebató el impulso saludable y la pasión por la vida: ese ladrón es la "procrastinación". En otras palabras, una actitud perezosa que percibe las tareas como una molestia y las posterga, sofoca la pasión y el espíritu de superación esenciales para la vida, privándonos finalmente de la verdadera felicidad que de otro modo podríamos disfrutar. Por tanto, la "diligencia" es un valor que debe recalcarse nuevamente en nuestros tiempos. Ciertamente, la diligencia es una virtud necesaria para un líder nacional. Un líder que lleva una vida perezosa y disoluta jamás podrá ser instrumento para edificar una nación bendecida; más bien, Dios establece una nación a través de líderes diligentes y fieles. Lo mismo se aplica a las familias y a las iglesias. El Señor no utiliza líderes perezosos para edificar familias e iglesias; en cambio, emplea líderes fieles y diligentes para establecerlas. Así pues, para construir una nación, una iglesia o una familia verdaderamente bendecida a los ojos de Dios, nuestros líderes deben ser diligentes. En tercer lugar, una nación guiada por un líder que cree que el dinero puede resolverlo todo es una nación bajo maldición.

Observemos la última parte de Eclesiastés 10:19 en el texto de hoy: "...el dinero responde a todo". Esto implica que los líderes de tal nación maldita son perezosos y disolutos, y creen que el dinero por sí solo puede resolver todos los problemas de la nación. Los líderes que sostienen esta opinión claramente aman el dinero y confían en él en lugar de confiar en Dios. En consecuencia, impulsados por la creencia de que el dinero es la solución definitiva, llevan vidas irresponsables caracterizadas por la pereza y el desenfreno, intentando resolver cada asunto con dinero en efectivo. Al no cumplir con sus deberes —mientras la nación se desmorona y los ciudadanos sufren—, simplemente siguen aumentando los impuestos en un intento inútil de solucionar los problemas del país (MacArthur). ¿Cuál es el resultado? A fin de cuentas, los líderes que aman el dinero y buscan resolver cada problema con él están destinados a la ruina precisamente a causa de ese dinero.

Debemos cuidarnos de la mentalidad de que el dinero puede resolverlo todo. Hoy en día, muchas personas parecen abordar su fe con la creencia de que "el dinero es poder". Esta es una idea verdaderamente peligrosa. Si una nación, una iglesia o una familia es guiada por alguien con esta mentalidad, inevitablemente enfrentará problemas a causa del dinero. Además, esa nación, iglesia o familia terminará sufriendo una calamidad a causa de ello. Por tanto, debemos desconfiar no solo de la idea de que el dinero lo resuelve todo, sino también de los líderes que sostienen tales opiniones. Debemos estar alerta ante los líderes que dependen del dinero. Es más, no debemos seguir a tales líderes, pues podríamos compartir la calamidad que les sobrevenga. Más bien, los líderes a quienes debemos seguir son aquellos piadosos que confían en Dios en lugar de en el dinero. Debemos buscar líderes que, como el apóstol Pablo, hayan aprendido el secreto de la satisfacción al experimentar tanto la abundancia como la escasez. No debemos hallar nuestra satisfacción en el dinero, sino únicamente en Jesús. Cuando hacemos esto, nuestras familias, nuestras iglesias y nuestra nación son bendecidas por Dios.

Creo que el ascenso y la caída de una nación dependen de la soberanía de Dios; lo mismo ocurre con las familias, las empresas y las iglesias. El problema surge cuando los líderes —quienes deberían cumplir fielmente con sus deberes gobernando bien y temiendo a Dios— llevan vidas perezosas y disolutas, impulsados por la creencia de que el dinero puede resolverlo todo. ¿Cuál es el resultado? Tales líderes inevitablemente acarrearán calamidad sobre la nación, la familia o la iglesia que dirigen. Si nos encontramos viviendo en una nación destinada a tal calamidad, ¿qué debemos hacer? Debemos prestar atención a las palabras de Eclesiastés 10:20: «Ni aun en tu pensamiento maldigas al rey, ni en lo íntimo de tu cámara maldigas al rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las criaturas aladas harán saber el asunto». ¿Qué significa esto? Si nuestros líderes fallan en gobernar adecuadamente debido a la pereza, la inmoralidad y la creencia de que el dinero lo es todo, debemos tener cuidado de no maldecirlos ni criticarlos. ¿Por qué? Porque las palabras que pronunciamos en secreto —nuestras maldiciones o críticas— bien podrían llegar a sus oídos. Por tanto, debemos refrenar nuestra lengua; en lugar de maldecir o criticar a líderes imperfectos,

debemos orar a Dios por ellos. Debemos orar buscando la misericordia, la compasión y la gracia de Dios, al tiempo que oramos por Su justo juicio. Además, debemos orar por los líderes de nuestra nación (o de nuestra familia e iglesia), pidiendo a Dios que les enseñe un carácter semejante al de Jesús —específicamente el fruto del Espíritu conocido como dominio propio, así como la integridad y el secreto de la satisfacción que se encuentra en estar contentos solo con Jesús—. Cuando hacemos esto, nuestra nación (o nuestra familia e iglesia) recibe la bendición de Dios.

¡Reflexionemos sobre ese día!

[Eclesiastés 11:1–8]

Al mirar atrás y repasar el año que acaba de terminar, encuentro muchas razones para estar agradecido por la gracia y el amor que Dios nos ha prodigado. En cuanto a nuestra comunidad eclesial, siento una profunda gratitud porque Dios le concedió una segunda oportunidad de vida al diácono Kim. A nivel personal, agradezco que Dios prolongara la vida de mi suegro. Reflexionar sobre estas dos personas me ha llevado a ciertas conclusiones, por más imperfecto que sea mi entendimiento. Una de ellas es la certeza de que Dios realmente responde a nuestras oraciones. Recuerdo vívidamente un momento en que el diácono Kim estaba en la unidad de cuidados intensivos; al salir yo de una visita, su esposa —quien también es diaconisa— se acercó y me dijo: "Pastor, simplemente estoy orando por un milagro de Dios". Dios respondió a su ferviente súplica y hemos sido testigos de un milagro verdaderamente asombroso. Mi suegro también había recibido un pronóstico terminal por parte de su médico; sin embargo, Dios respondió a las oraciones de tantas personas, y resulta extraordinario ver cómo su salud ha mejorado tan notablemente. Recuerdo claramente aquellos momentos: cuando tanto al diácono Kim como a mi suegro sus médicos les comunicaron que se enfrentaban a la muerte. Me pregunté cómo habría reaccionado yo de haber estado en su lugar. Además, reflexioné sobre cómo viviría mis días restantes si un médico me dijera: "Le quedan menos de seis meses de vida". Me vinieron a la mente dos pensamientos. El primero surgió de una anécdota que escuché a un amigo durante mis años universitarios. Cuenta la historia que unos monjes jugaban al fútbol en su

monasterio. Cuando el abad llegó y preguntó: "Si fueran a morir mañana, ¿qué harían?", los monjes dieron diversas respuestas —como evangelizar con mayor diligencia, leer la Biblia con más fervor u orar más—, pero uno de ellos respondió: "Yo también jugaría al fútbol mañana". Me encanta esta historia porque refleja mi propio deseo de continuar fielmente la labor que vengo realizando, incluso si fuera a morir mañana. También me recordó al difunto pastor Lee, un compañero de mayor antigüedad que yo en el Seminario Teológico de Westminster. Recuerdo haber oído que, antes de fallecer a causa del cáncer, él llegó a vomitar mientras predicaba en la iglesia a la que servía y tuvo que ser trasladado al hospital en ambulancia. Al pensar en el pastor Lee, quien cumplió fielmente con sus responsabilidades hacia el cuerpo del Señor —la iglesia— hasta el último instante de su vida, sentí un deseo más profundo de desempeñar fielmente las tareas que se me han encomendado hasta el día de mi muerte.

Eclesiastés 11:8 dice: «Si el hombre vive muchos años, que los disfrute todos. Pero que recuerde los días de tinieblas, pues serán muchos. Todo lo que ha de venir carece de sentido». El rey Salomón nos insta a «recordar los días de tinieblas». ¿Qué quiere decir, entonces, con «ese día» —los «días de tinieblas»? Se refiere al día de la muerte (Park Yun-sun). Nos anima a vivir conscientes de que llegará el día de la muerte. Así pues, ¿en qué consiste vivir teniendo presente ese día de tinieblas —el día de la muerte—? Podemos considerar tres aspectos. En primer lugar, vivir teniendo en mente el día de la propia muerte significa vivir con prudencia y por fe.

En el pasaje de hoy —Eclesiastés 11:2, 5 y 6— se repite tres veces la misma frase: «no sabes» (v. 2), «así como no sabes» (v. 5) y «no sabes» (v. 6). ¿Qué es aquello que el rey Salomón dice que desconocemos? El futuro. Afirma que no podemos saber qué nos depara el porvenir. Observemos Eclesiastés 7:14: «En el día de prosperidad alégrate, y en el día de adversidad considera: Dios ha hecho tanto lo uno como lo otro, para que el hombre no descubra nada de lo que sucederá después de él». ¿Qué significa esto? Significa que Dios nos concede tanto días de prosperidad como días de adversidad a lo largo de nuestra vida. ¿Cuál es su

propósito al hacerlo? Asegurarse de que no podamos comprender ni conocer plenamente nuestro futuro. ¿Cómo debemos vivir entonces nosotros, que no podemos conocer el futuro? En lugar de temer, preocuparnos o angustiarnos por el futuro, debemos vivir confiando y dependiendo totalmente de Dios, quien conoce y controla soberanamente el futuro (7:14). Además, precisamente porque desconocemos el futuro, debemos planificar y vivir nuestras vidas con mayor prudencia (Wiersbe). Nunca debemos vivir de manera improvisada o sin planes bajo la apariencia de vivir por fe. Debemos ejercer prudencia. Debemos vivir la única vida que Dios nos ha concedido en esta tierra con cuidado y fidelidad, para Su gloria.

En segundo lugar, vivir teniendo presente el día de la propia muerte significa vivir una vida de amor al prójimo.

Aquí, el amor al prójimo se refiere específicamente a actos de caridad y a ayudar a los necesitados. En otras palabras, debemos vivir con la mirada puesta en el día de nuestra muerte, ayudando diligentemente a nuestro prójimo necesitado. ¿Cómo debemos, entonces, ayudar a nuestro prójimo?

(1) Debemos dar generosamente, sin tacañería.

Observemos Eclesiastés 11:1, el pasaje de hoy: «Echa tu pan sobre las aguas, porque después de muchos días lo hallarás». ¿Qué significa aquí la frase «echa tu pan sobre las aguas»? Significa que, al ayudar a nuestro prójimo, debemos hacerlo con un corazón generoso, libre de tacañería (Park Yun-sun). En otras palabras, el rey Salomón nos exhorta a vivir teniendo presente el día de la muerte —ese día sombrío—; nos insta a llevar una vida de generosidad, ayudando a los demás sin esperar recompensa alguna a cambio (Park Yun-sun). ¿Por qué no debemos esperar una recompensa de las personas a quienes ayudamos? Porque confiamos en el Señor y esperamos que Él nos recompense (v. 1b).

(2) Debemos mostrar abundante misericordia a muchas personas.

Observemos Eclesiastés 11:2, el pasaje de hoy: «Reparte tu porción entre siete, o aun entre ocho, porque no sabes qué mal puede ocurrir en la tierra». La instrucción de «repartir tu porción entre siete, o aun entre ocho» significa que debemos practicar actos de misericordia de tantas formas y en tantos ámbitos como sea posible. También implica mostrar abundante misericordia a tantas personas como podamos (Park Yun-sun). ¿Cuál es la razón de esto? Se debe a que no sabemos qué clase de desastre podría azotar la tierra (v. 2b). En otras palabras, dado que desconocemos cuándo moriremos, debemos utilizar las bendiciones materiales que Dios nos ha dado para mostrar gran misericordia y brindar alivio a nuestro prójimo durante el tiempo que se nos ha concedido; lo hacemos así porque nunca sabemos cuándo podría ocurrir una calamidad que nos impida seguir ayudando a los demás. Es cierto que, así como «si las nubes están cargadas de lluvia, la derraman sobre la tierra, y si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte, allí queda» —permaneciendo exactamente donde cayó tras una tormenta—, del mismo modo, cuando el desastre golpea esta tierra, las personas enfrentan inevitablemente el destino que les toca vivir (versículo 3) (Park Yun-sun). ¿Cómo debemos vivir, entonces, cuando no sabemos cuándo podría azotar el desastre a la tierra o a nuestras propias vidas? Podríamos vacilar a la hora de servir y ayudar a los demás debido a la ansiedad ante una posible calamidad imprevista. Por eso dice el rey Salomón: «El que observa el viento no sembrará, y el que mira las nubes no cosechará» (11:4). ¿Qué significa esto? Significa que no debemos dudar en ayudar a los demás por temor a futuros desastres. Es una lección que nos insta a ayudar al prójimo con fe, pues si nos dejamos atrapar sopesando diversas circunstancias, nunca llegaremos a brindar esa ayuda.

Amados, solo Dios conoce nuestro futuro. Puesto que desconocemos lo que el porvenir nos depara, debemos mostrar gran misericordia y brindar alivio a muchas personas siempre que Dios nos conceda días de prosperidad. ¿Por qué? Porque no sabemos cuándo podría llegar un día de adversidad a nuestras vidas (Eclesiastés 7:14).

En tercer lugar, una vida vivida con la conciencia de la propia muerte inminente es una vida dedicada a obedecer la Palabra de Dios y a realizar diligentemente la obra de Dios.

Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 11:5–6: «Como no sabes cuál es el camino del viento, ni cómo se forma el cuerpo en el vientre de la madre, así tampoco puedes entender la obra de Dios, el Hacedor de todas las cosas. Siembra tu semilla por la mañana, y por la tarde no dejes que tus manos descansen, pues no sabes cuál prosperará: si esta o aquella, o si ambas darán buen resultado». ¿Qué significa esto? No conocemos el camino del viento. Tampoco sabemos cómo se forman y crecen los huesos de un bebé en el vientre materno. Del mismo modo, no podemos comprender plenamente la providencia de Dios: cómo Él lleva a cabo todas las cosas. Por ello, el rey Salomón nos dice que «semremos la semilla por la mañana y no dejemos descansar nuestras manos por la tarde». Debemos consagrarnos a servir a Dios con nuestros recursos en aras de la justicia durante nuestra juventud (la «mañana») y continuar haciéndolo en nuestra vejez (la «tarde») (Park Yun-sun). Al igual que un agricultor, debemos sembrar semillas diligentemente a lo largo de nuestra vida, ya sea en la juventud o en la vejez. Y cuando sembremos, debemos hacerlo incluso entre lágrimas (Salmo 126:6). Si lo hacemos, ciertamente regresaremos con gavillas de grano, llenos de alegría. En resumen, debemos esforzarnos por servir a Dios diligentemente durante toda nuestra vida. Puesto que no podemos saber qué fruto hará brotar Dios, no debemos permitir que nuestras manos permanezcan ociosas, sino que debemos trabajar ardua y diligentemente para el Señor. Esta tarde recibí una noticia desgarradora a través del pastor Gómez, quien dirige nuestro ministerio hispano. Un hermano hispano que solía asistir a nuestra iglesia se había mudado a México; mientras hacía unas compras, fue asaltado y recibió un disparo por la espalda, lo que le provocó parálisis y hospitalización. Es una noticia verdaderamente trágica. Su esposa es una hermana que sirvió fielmente en nuestra iglesia, y él tiene apenas treinta y cuatro años. Unas horas después de enterarme de esto, recibí noticias de un hermano en la fe en Corea: había fallecido una *kwonsa* (una mujer laica veterana de la iglesia), alguien que había invitado a mi familia a comer y a conversar en su casa durante mi visita a Corea en mi año sabático. Mi último recuerdo de

ella es verla sentada en una silla en la oficina de la iglesia, luchando y emitiendo ruidos fuertes como si tuviera algo atascado en la garganta, mientras yo le daba palmadas en la espalda para ayudarla. Supe que había fallecido, ya fuera anoche o a primera hora de esta mañana. Fue una tarde que me hizo comprender una vez más cómo este mundo está lleno de la realidad de la muerte. ¿Cómo debemos vivir, entonces? Debemos transcurrir nuestra vida cotidiana conscientes de aquel día —ese día sombrío— en que habremos de enfrentarnos a la muerte. Debemos vivir con prudencia y fe; además, en cumplimiento del mandamiento de Jesús de amar al prójimo, debemos esforzarnos por mostrar misericordia y dedicarnos a obras de caridad. También debemos obedecer la Palabra de Dios y realizar con diligencia la obra de Dios. Tal vida es verdaderamente hermosa a los ojos de Dios, y es una vida vivida disfrutando del gozo que Dios mismo otorga. Oro para que tú y yo vivamos una vida llena de gozo y hermosa ante los ojos de Dios.

«Oh, joven»

[Eclesiastés 11:9–10]

¿Sientes gozo en tu corazón en estos días, o te agobia la preocupación?

Ya hemos aprendido tres lecciones sobre cómo vivir —mientras contemplamos el día de nuestra muerte— basándonos en Eclesiastés 11:1–8 y en el tema «Pensemos en ese día»: (1) Primero, debemos vivir el resto de nuestra vida con prudencia, confiando plenamente en Dios (mediante la fe); (2) Segundo, al mirar hacia el día de nuestra muerte —y sabiendo que no podemos prever qué desastres podrían afectar nuestro futuro— debemos esforzarnos por amar a nuestro prójimo y realizar actos de caridad dentro de nuestras circunstancias actuales; y (3) Tercero, conscientes del día de nuestra muerte, debemos llevar a cabo diligentemente la obra de Dios. Aprendimos que una vida vivida en obediencia a la Palabra de Dios, teniendo presente el día de nuestra muerte, es verdaderamente una vida hermosa (versículo 7).

Hoy quisiera explorar el consejo que el rey Salomón ofrece a los jóvenes, basándome en Eclesiastés 11:9–10 y en el tema «Oh, joven». Aunque este pasaje contiene un mensaje de Dios dirigido específicamente a la juventud, los principios que encierra se aplican a todos nosotros; por lo tanto, debemos escuchar con atención.

En primer lugar, los jóvenes deben alegrarse en su juventud.

Observen la primera parte de Eclesiastés 11:9 en el texto de hoy: «Oh, joven, alégrate en tu juventud y que tu corazón se regocije en los días de tu mocedad; sigue los caminos de tu corazón y todo lo que tus ojos consideren oportuno...». En Eclesiastés 11:7–8, el rey Salomón habla de cómo «es agradable a los ojos ver el sol» (v. 7) y de cómo, «si una persona vive muchos años, que se regocije en todos ellos» (v. 8). Luego, en el versículo 9 —el pasaje que nos ocupa hoy— se dirige específicamente a los jóvenes, diciéndoles: «alégrate en tu juventud y que tu corazón se regocije en los días de tu mocedad». En última instancia, independientemente de si somos jóvenes, estamos en la plenitud de la vida, somos maduros o ancianos, debemos hallar gozo al mirar hacia «aquel día» (v. 8) —el día de nuestra muerte— mientras obedecemos la Palabra de Dios, confiamos plenamente en Él y nos dedicamos diligentemente a actos de caridad (amar al prójimo) y a la obra de Dios. En este contexto, el rey Salomón se dirige especialmente a los jóvenes en los versículos 9 y 10. Sin embargo, aun cuando les dice que se «alegren y regocijen», añade en la segunda mitad del versículo 9: «...pero ten en cuenta que por todas estas cosas Dios te llevará a juicio».

Antes de meditar en este pasaje, el versículo 9 me resultaba algo confuso. Parecía claro que el rey Salomón instaba a los jóvenes a alegrarse y regocijarse; no obstante, la segunda mitad del versículo introduce el juicio de Dios mediante la conjunción «pero». No estaba seguro de si realmente los animaba a alegrarse o si expresaba algo más bien como: «Adelante: haz lo que tu corazón desee y lo que tus ojos consideren oportuno; pero, si lo haces, Dios te juzgará». ¿Cómo debemos interpretar, entonces, el versículo 9? La instrucción de «seguir los caminos de tu corazón y lo que tus ojos vean» es, en realidad, una observación satírica. En otras palabras, es una forma de decir: «Si quieres intentar hacer eso, adelante». Sin embargo, esto sirve como recordatorio del juicio de Dios, sugiriendo que conlleva ciertos peligros (Park Yun-sun). Por otra parte, los comentarios de otros eruditos ofrecen una interpretación ligeramente distinta. Por ejemplo, un estudioso sugiere que, si bien los jóvenes deben disfrutar de su juventud y regocijarse según los deseos de su corazón, también han de moderar tales deseos teniendo presente el juicio de Dios (Walbold). Aunque no puedo afirmar con certeza cuál es la interpretación correcta, al considerar el contexto de

Eclesiastés 11:7-8, parece que el rey Salomón insta a los jóvenes a disfrutar de su juventud moderando sus deseos y sin olvidar el juicio de Dios.

¿Cómo pueden, entonces, los jóvenes disfrutar verdaderamente de su juventud? Si repasamos los pasajes de Eclesiastés sobre los que ya hemos meditado, veremos que el rey Salomón habla con frecuencia de disfrutar de la vida; Estos sentimientos pueden resumirse de la siguiente manera: «hallar gozo en el comer y el beber» (2:24; 3:13; 8:15; 9:7), «disfrutar de la felicidad conyugal» (9:9), «encontrar satisfacción en el propio esfuerzo» (2:24; 5:18) y «regocijarse en el propio trabajo» (3:22). En última instancia, podemos interpretar esto como un mensaje que anima a los jóvenes a experimentar gozo y deleite, tanto en los actos sencillos de comer, beber y trabajar, como en la felicidad de un matrimonio compartido con el cónyuge en el Señor. Sin embargo, al reflexionar sobre cómo deberían disfrutar los jóvenes de su juventud, vinieron a mi mente las palabras del Salmo 119:9: «¿Cómo puede el joven mantenerse en el camino de la pureza? Viviendo conforme a tu palabra». Lo que debería traer verdadero gozo y deleite a los corazones de nuestros jóvenes es la búsqueda de una vida limpia —o pureza— conforme a la Palabra de Dios. En resumen, la manera en que los jóvenes pueden disfrutar verdaderamente de su juventud es buscando la limpieza y la pureza.

En segundo lugar, y para terminar, los jóvenes deben desterrar la ansiedad de sus corazones y alejar el mal de sus cuerpos.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 11:10: «Así pues, destierra la ansiedad de tu corazón y aleja de tu cuerpo los males, porque la infancia y el vigor de la juventud son pasajeros». Si los jóvenes no buscan la pureza en sus vidas y en su conducta conforme a la Palabra de Dios, la ansiedad inevitablemente echará raíces en sus corazones. Además, cuando no viven según la Palabra de Dios, inevitablemente cometerán actos pecaminosos con sus cuerpos. Si un joven actúa dejándose llevar por una desenfrenada complacencia propia, haciendo todo lo que le place, terminará enfrentando situaciones que le causarán

pesar y contaminarán su cuerpo con el mal (Park Yun-sun). Por ello, el rey Salomón exhorta a los jóvenes: «Destierra la ansiedad de tu corazón y aleja de tu cuerpo los males». ¿Cómo es esto posible? Cuando los jóvenes buscan la pureza conforme a la Palabra de Dios y encuentran verdadero gozo y deleite en sus corazones, pueden disfrutar de libertad frente a la ansiedad, el sufrimiento y el pecado que afligen tanto al cuerpo como a la mente (versículo 9). ¿Por qué, entonces, deben los jóvenes —y, de hecho, todos nosotros— vivir una vida que busque la pureza conforme a la Palabra de Dios, mientras se regocijan en su corazón? La razón es simplemente que la etapa de la juventud pasa demasiado rápido (versículo 10).

¿Qué opinas? ¿No sientes que el tiempo vuela? Reflexiona sobre tu propia juventud. ¿Acaso no pasó muy deprisa? ¿Encontraste alegría durante esa etapa de tu vida? ¿Disfrutaste de tu juventud? ¿Se desbordaba tu corazón de alegría y gozo —fruto de una vida pura vivida según la Palabra de Dios— en lugar de estar agobiado por la preocupación, el sufrimiento y el pecado? ¿O pasaste tu juventud con el cuerpo y la mente manchados por tales cargas? ¿Qué consejo les darías a los jóvenes? Los jóvenes deben regocijarse y sentir alegría en su corazón; deben deleitarse en su juventud. Deben comer, beber, trabajar arduamente y formar familias felices. Además, deben disfrutar de los placeres de la juventud manteniendo una conducta pura, conforme a la Palabra de Dios. Nunca deben permitir que su juventud se vea empañada por la angustia mental, el sufrimiento físico o el pecado. Conscientes del juicio de Dios y de la naturaleza pasajera de la juventud, los jóvenes deben alegrarse en el tiempo que se les ha concedido, hallando verdadero gozo en el Señor.

«Acuérdate de tu Creador... en los días de tu juventud»

[Eclesiastés 12:1–8]

Centrándonos en Eclesiastés 11:9–10, ya hemos recibido dos lecciones que el rey Salomón ofrece a los jóvenes bajo el tema «Oh, joven». (1) En primer lugar, los jóvenes deben disfrutar de su juventud, pero haciéndolo con autodominio, asegurándose de no caer en excesos ni pecar contra Dios. En otras palabras, mientras disfrutan de la vida —ya sea en las rutinas diarias, en las relaciones matrimoniales o en el trabajo—, deben tener presente el juicio de Dios y buscar una vida de pureza conforme a Su Palabra. (2) En segundo lugar, los jóvenes deben apartar la ansiedad de su corazón y el mal de su cuerpo. En el pasaje de hoy, Eclesiastés 12:1, el rey Salomón dice: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que lleguen los días de aflicción y se acerquen los años en los que digas: "No encuentro placer en ellos"». Debemos recordar a Dios, nuestro Creador.

¿Cuándo, entonces, debemos recordar a Dios, nuestro Creador? Precisamente durante «los días de tu juventud». Dicho de otro modo, debemos recordar a Dios, nuestro Creador, mientras somos jóvenes y fuertes. ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debemos recordar a Dios, nuestro Creador, cuando somos jóvenes y estamos llenos de vigor? La razón es que pronto llegarán los días de aflicción (versículo 1). ¿Qué clase de días son estos «días de aflicción» que nos aguardan? Son aquellos días en los que nosotros mismos diremos: «No encuentro placer en ellos» (versículo 1). ¿Cuándo solemos decir: «No encuentro placer en

ellos»? Cuando hemos envejecido y nuestro cuerpo ha comenzado a fallar. Por ello, en los versículos 2 al 6 del pasaje de hoy, el rey Salomón utiliza un lenguaje figurado para describir el proceso del envejecimiento y la fragilidad humana. Por ejemplo, la frase del versículo 2 —«antes de que se oscurezcan el sol, la luz, la luna y las estrellas, y vuelvan las nubes tras la lluvia»— hace referencia a los patrones climáticos invernales de Palestina; dado que llovía durante el invierno, los días solían estar nublados y sombríos. El rey Salomón utiliza estas imágenes para ilustrar que la vejez carece de alegría y suele ser sombría —muy parecida a un día nublado y lluvioso— y, por ello, exhorta a las personas a recordar a Dios, su Creador, mientras aún son jóvenes. La frase «temblarán los guardianes de la casa» en el versículo 3 es una metáfora de los temblores en las manos propios de la vejez, mientras que «se encorvarán los hombres fuertes» alude a la pérdida de fuerza en las piernas. Asimismo, la afirmación de que «cesarán las que muelen, por haber disminuido» (versículo 3) es una metáfora sobre el estado de la dentadura, indicando que los dientes se deterioran considerablemente con el paso de los años. La expresión «se oscurecerán los que miran por las ventanas» (versículo 3) se refiere a la pérdida de visión en la vejez. En el versículo 4, «se cerrarán las puertas de la calle» simboliza la disminución de la audición. La frase «se apagará el sonido del molino» (versículo 4) hace referencia a cómo los ancianos, al carecer de dientes, ingieren los alimentos casi en silencio. La expresión «uno se levantará al sonido de un ave» (versículo 4) implica que los ancianos no logran dormir profundamente y se despiertan fácilmente con el canto de los pájaros. «Se debilitarán todas las hijas del canto» (versículo 4) significa que las cuerdas vocales pierden fuerza, imposibilitando hablar o cantar con potencia. Finalmente, el rey Salomón señala que los ancianos no tienen más remedio que «volver a su hogar eterno» (versículo 5). En otras palabras, esto significa que los ancianos se enfrentan inevitablemente a la muerte. Si bien es cierto que tanto jóvenes como ancianos morirán algún día, no podemos negar que los ancianos están más cerca de ese final que los jóvenes. Por tanto, los ancianos, en particular, deberían vivir el resto de sus vidas conscientes de la muerte. También los jóvenes —sabiendo que el tiempo vuela y que pronto llegarán a la vejez— deberían vivir con esta perspectiva de la muerte, recordando a Dios, su Creador.

¿Qué quiere decir, entonces, la Biblia cuando nos manda recordar a Dios, nuestro Creador, durante los días de nuestra juventud? Esto puede resumirse en tres puntos (Wolbold):

En primer lugar, el mandato de «recordar al Creador» significa temer a Dios. La conclusión del libro de Eclesiastés se encuentra en el versículo 12:13: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre». Esto es precisamente lo que significa vivir una vida que recuerda al Creador. Al vivir en este mundo de vanidad, los jóvenes no deben desperdiciar sus vidas en un futuro fútil (11:8, 10). Para evitarlo, deben temer a Dios —Aquel que controla soberanamente la vida, la muerte, la fortuna y la desgracia— durante su juventud. Además, al temer a Dios, deben procurar la pureza (limpieza de conducta) conforme a Su Palabra (11:10). Al hacerlo, se librarán de la ansiedad en sus corazones y no cometerán pecado con sus cuerpos (versículo 10).

En segundo lugar, el mandato de «recordar al Creador» significa disfrutar de la vida en el Señor mientras se vive con responsabilidad.

Al volver a Eclesiastés 11:9-10, pasaje sobre el cual ya hemos meditado, vemos que el rey Salomón exhortaba a los jóvenes a regocijarse y a encontrar alegría en sus corazones. Al mismo tiempo, sin embargo, instaba a los jóvenes a tener presente el juicio de Dios, a apartar la ansiedad de sus corazones y a alejar el mal de sus cuerpos. En otras palabras, el gozo que los jóvenes deben experimentar es aquel que se encuentra mientras cumplen con sus responsabilidades. Ciertamente, la Biblia no fomenta vivir de manera irresponsable persiguiendo vanidades durante la juventud. ¿Cómo pueden, entonces, los jóvenes disfrutar de la vida y, a la vez, ser responsables? Esto es posible cuando ven la vida desde la perspectiva de la muerte. Consideremos el pasaje de hoy, Eclesiastés 12:6-7: «Acuérdate de él antes de que se rompa el cordón de plata, o se quiebre el cuenco de oro, o el cántaro se rompa junto a la fuente, o la rueda se rompa junto al pozo; y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio». Estos dos versículos hablan de nuestra muerte. El

rey Salomón dice a los jóvenes —quienes con el tiempo envejecerán y morirán— que disfruten de la vida en el Señor y vivan responsablemente mientras aún son jóvenes y fuertes. En última instancia, una vida que combina el disfrute y la responsabilidad es una vida vivida para el Señor. Cuando vivimos para el Señor con sentido de responsabilidad, hallando nuestra satisfacción únicamente en Él, experimentamos verdadero gozo.

En tercer lugar, el mandato de «acordarse del Creador» significa guardar fielmente las leyes y los mandamientos de Dios.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 12:1, el rey Salomón nos exhorta a «acordarnos del Creador». Al examinar Deuteronomio 8:18 y el Salmo 119:55, vemos que la expresión «acordarse» está estrechamente vinculada a la instrucción de «guardar la ley». Además, dicha expresión guarda paralelismo con el concepto de «meditar en Dios y seguirle fielmente», presente en el Salmo 63:6 (Walvord). En otras palabras, el mandato de «acordarse del Creador» implica guardar y obedecer fielmente las leyes (mandamientos) de Dios.

¿Por qué, entonces, debemos acordarnos de Dios, el Creador, durante nuestra juventud? Existen dos razones:

(1) Debemos acordarnos de Dios, el Creador, durante nuestra juventud porque es una etapa llena de pruebas (Park Yun-sun).

Si bien la juventud ofrece el privilegio de disfrutar de la vida, es al mismo tiempo una época plagada de tentaciones. Los jóvenes, en particular, corren el riesgo de perseguir los placeres vanos del mundo en lugar de seguir y obedecer los estatutos de Dios. Una razón probable de esto es el vigor mental y físico característico de la juventud. A menos que se canalice esa fortaleza mental y física hacia una vida para la gloria de Dios, la juventud puede convertirse fácilmente en un tiempo en el que inevitablemente se persigue la gloria vacía del mundo.

(2) Debemos acordarnos de Dios, el Creador, durante nuestra juventud porque nuestra fortaleza mental y física nos permite servir y seguir al Señor con vigor (Park Yun-sun).

Debemos trabajar diligentemente para el Señor mientras somos jóvenes, pues al envejecer es posible que ya no podamos hacerlo, aunque lo deseemos. Dado que la juventud pasa rápidamente, debemos trabajar para el Señor con diligencia y pasión mientras aún poseemos la fuerza y la resistencia física para hacerlo (11:10). Con este fin, debemos acordarnos de Dios, el Creador, durante nuestra juventud. Debemos recordar a Dios, el Creador, durante nuestra juventud, antes de que lleguen los días difíciles y se acerquen los años en los que digamos: «No encuentro placer en ellos». Antes de que nuestro cuerpo se debilite aún más y ya no seamos capaces de hacer nada, debemos temer a Dios y guardar fielmente sus mandamientos. Por tanto, debemos vivir nuestra vida con sentido de responsabilidad y, al mismo tiempo, disfrutarla durante la juventud. Ruego que tales bendiciones sean para ustedes.

«Tras haber oído la conclusión del asunto»

[Eclesiastés 12:9–14]

Cuando visito una librería para comprar libros, suelo buscar primero obras de autores que me gustan. Luego, reviso si hay algún título que aún no haya comprado o leído. Si encuentro un libro que no he leído, lo abro para mirar el índice; hago esto para hacerme una idea general del tema del libro. Antes de decidir finalmente comprar un libro, a menudo consulto la conclusión que aparece al final. Leer la conclusión me permite captar la esencia de lo que el autor ha escrito.

Hoy llegamos finalmente a la conclusión del libro de Eclesiastés: los versículos 9 al 14 del capítulo 12. Aquí, el rey Salomón, el Predicador, nos ofrece su consejo final. El núcleo de esta exhortación final se encuentra en el versículo 13: «Tras haber oído la conclusión del asunto: teme a Dios y guarda sus mandamientos, pues este es el deber de todo hombre». Comenzamos a meditar en el libro de Eclesiastés el miércoles 17 de octubre de 2009. En aquel entonces, reflexionamos sobre el pasaje inicial —Eclesiastés 1:1–11— bajo el título «Un mundo vano». Ahora, aproximadamente un año y dos meses después, dirigimos nuestra atención a la conclusión del libro, en Eclesiastés 12:9–14. Centrándome en este pasaje, y bajo el título «Tras haber oído la conclusión del asunto», deseo recibir humildemente el mensaje final de consejo que Dios quiere transmitirnos a través del libro de Eclesiastés.

En primer lugar, debemos considerar la frase «tras haber oído la conclusión del asunto» y preguntarnos: ¿qué es exactamente esta «conclusión del asunto» que hemos oído? Se trata, de hecho, de la palabra honesta de verdad. Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 12:10:

«El Maestro procuró hallar palabras gratas, y lo que escribió fue recto: palabras verdaderas». Como sabemos, el rey Salomón fue el hombre más sabio del mundo (1 Reyes 3:3–28). Dotado de la sabiduría que Dios le concedió (Eclesiastés 12:9), no solo impartió conocimiento al pueblo de Israel —el pueblo de Dios—, sino que también compuso numerosos proverbios fruto de su profunda meditación y estudio (versículo 9). Ya fuera enseñando a los israelitas o componiendo proverbios, el rey Salomón buscó y empleó con diligencia palabras deleitables (versículo 10). En el versículo 10, declara que el libro de Eclesiastés, que él mismo registró, consta de «palabras rectas y verdaderas». En otras palabras, el rey Salomón afirma que el mensaje de Eclesiastés que ha enseñado es la verdad, no una falsedad. Al decir esto, nos revela que este libro posee la autoridad de la Palabra de Dios (Park Yun-sun). ¿Cómo debemos responder, entonces, tras haber escuchado las palabras de Eclesiastés, que llevan consigo la autoridad divina? ¿Cómo debemos vivir después de oír la Palabra de Dios a través de este libro? Quisiera extraer cuatro lecciones de él.

En primer lugar, tras escuchar el mensaje de Eclesiastés, debemos sentir que la Palabra de Dios penetra en nuestros corazones y conciencias.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 12:11: «Las palabras de los sabios son como aguijones...». Aquí, el término «aguijones» se refiere a las herramientas que los pastores utilizaban para guiar a sus rebaños por el camino correcto; la palabra de verdad de Dios cumple precisamente esa función. Cuando nos vemos tentados a desviarnos hacia la izquierda o hacia la derecha, la palabra de verdad de Dios punza nuestros corazones y conciencias, despertando una convicción que nos guía de vuelta al camino recto. El autor de la carta a los Hebreos afirma: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos...» (Hebreos 4:12). Asimismo, en el capítulo 2 del libro de los Hechos, cuando el apóstol Pedro proclamó la palabra de Dios, los oyentes se sintieron «compungidos de corazón» y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: «Varones hermanos, ¿qué

haremos?» (v. 37). Pedro respondió: «Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo» (v. 38). Ese día, unas 3000 personas recibieron la palabra de Dios a través de Pedro, sintieron que sus corazones eran traspasados, se arrepintieron y fueron bautizadas (v. 41). De esta manera, la palabra de verdad de Dios traspasa nuestros corazones y conciencias. Por tanto, la pregunta que cada uno de nosotros debe hacerse —tras haber meditado en el libro de Eclesiastés durante nuestras reuniones de oración de los miércoles por más de un año— es esta: ¿Han sido traspasados nuestros corazones y conciencias por la palabra de Dios? ¿Cuál es tu situación al respecto? Personalmente, siento que el libro de Eclesiastés interpela mi corazón y mi conciencia porque, a pesar de saber que no debo perseguir cosas que carecen totalmente de sentido, me encuentro una y otra vez tras esas vanidades. El misionero Jim Elliot pronunció una frase célebre: «No es insensato quien da lo que no puede retener para ganar aquello que no puede perder». Sin embargo, debido a que persigo cosas que no perduran —placeres efímeros y sin sentido (Eclesiastés 2:1–11)—, siento mi corazón y mi conciencia traspasados por la verdad de la palabra de Dios contenida en Eclesiastés. En segundo lugar, tras haber escuchado todo el mensaje de Eclesiastés, debemos asegurarnos de que la palabra de verdad de Dios se convierta en algo así como un «clavo bien clavado» en nuestros corazones. En otras palabras, debemos resolver todos los problemas de la vida basándonos en el fundamento de la palabra de Dios.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 12:11: «Las palabras de los sabios son como aguijones, y las palabras de los maestros de las asambleas son como clavos bien clavados, dados por un solo Pastor». Cuando el Señor —que es el verdadero Sabio y nuestro Maestro— nos habla, sus palabras no solo actúan como aguijones que punzan nuestros corazones y conciencias, sino también como «clavos bien clavados». ¿Qué significa que la palabra de verdad sea como un «clavo bien clavado»? Esto implica que, así como los objetos importantes se cuelgan de un clavo bien clavado, todos los problemas de la vida pueden resolverse cuando se anclan en la Palabra de Dios (Park Yun-sun).

Como rebaño del Señor, no solo debemos escuchar las palabras del Pastor y dejarnos guiar por ellas, sino también adquirir sabiduría a través de ellas para afrontar y resolver los desafíos de la vida. Nunca más debemos cometer la insensatez de intentar solucionar los problemas de la vida al margen de la Palabra de verdad de Dios. Para ello, la Palabra de Dios debe estar firmemente arraigada en nuestros corazones, como un clavo bien clavado. Imaginemos por un momento: si un clavo no está bien sujeto a la pared, ¿cómo podríamos colgar de él objetos importantes? Del mismo modo, si la Palabra de verdad de Dios no está profundamente arraigada en nuestros corazones, ni buscaremos volver a ella al enfrentar los problemas de la vida ni seremos capaces de hacerlo. Por tanto, habiendo concluido nuestro estudio de Eclesiastés, grabemos su verdad en las tablas de nuestros corazones y avancemos para superar los desafíos de la vida mediante el poder de la Palabra de Dios. En tercer lugar, tras escuchar las palabras de Eclesiastés, debemos prestar atención a la advertencia de Dios que se transmite a través de ellas.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 12:12: «Hijo mío, ten cuidado: no hay fin a la elaboración de muchos libros, y el mucho estudio fatiga el cuerpo». La Palabra de Dios es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Timoteo 3:16). Debemos recibir no solo instrucción, sino también corrección a través de la Palabra de verdad de Dios. Sin embargo, ¿qué recibimos habitualmente de Dios antes de Su corrección? Una «advertencia». Dios es un Dios que nos advierte antes de corregirnos. Si prestamos atención a la advertencia de Dios y obedecemos, recibiremos Su alabanza; pero si la oímos y desobedecemos, inevitablemente enfrentaremos Su corrección.

¿Qué advertencia nos da el rey Salomón en el texto de hoy, Eclesiastés 12:12? En resumen, es esta: no dependamos de libros mundanos distintos a la Biblia. ¿Por qué? Porque, a diferencia de la Biblia, por más libros que se publiquen en este mundo, estos no ofrecen verdadera satisfacción (no tienen fin) y solo causan fatiga a quienes los estudian (Park Yun-sun). ¿Qué piensa usted? ¿Acaso los numerosos libros disponibles en el mundo satisfacen su alma? ¿Está verdaderamente convencido de que solo la Palabra de la Biblia puede

satisfacer nuestras almas? Debemos vivir por fe, confiando en la «Sola Escritura» (*Sola Scriptura*). Para ello, debemos alimentarnos de la Palabra de Dios, el sustento de nuestras almas. Además, al obedecer esa Palabra, no solo la digerimos, sino que permitimos que se convierta en nuestro músculo espiritual. Por tanto, debemos permanecer firmes en la Palabra de Dios, confiar en ella y obedecer la voluntad divina, dando así gloria a Dios. En cuarto y último lugar, tras haber escuchado el mensaje de Eclesiastés, debemos temer a Dios y guardar Sus mandamientos.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 12:13: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el deber de todo el género humano». Este versículo constituye la conclusión de todo el libro de Eclesiastés. Dicha conclusión es, precisamente, temer a Dios y guardar Sus mandamientos. Este es el «deber del hombre». Aquí, la frase «deber del hombre» significa «la totalidad de la existencia humana». En otras palabras, la vida humana fue creada con el propósito de temer a Dios y guardar sus mandamientos, y el valor de la vida depende únicamente de servir a Dios (Park Yun-sun). Para nosotros, la «totalidad» de la vida consiste en conocer el propósito y el valor de la misma, y en vivir conforme a ellos. ¿Cuál es el valor de nuestras vidas? Depende enteramente de servir a Dios. Además, ¿cuál es el propósito de nuestras vidas? Es temer a Dios y guardar sus mandamientos. Debemos creer en el hecho de que «Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta, sea buena o sea mala» (12:14) y cumplir fielmente nuestro deber como seres humanos aquí en la tierra.

Quisiera concluir esta reflexión. Hemos aprendido que, a través de las palabras de Eclesiastés 12:9–14, Dios desea que nosotros —quienes hemos escuchado el mensaje honesto y veraz de este libro— respondamos de cuatro maneras específicas: (1) En primer lugar, Dios quiere que nuestros corazones y conciencias sean penetrados por su Palabra llena de autoridad. (2) En segundo lugar, Dios quiere que resolvamos todos los problemas de la vida basándonos en su Palabra. (3) En tercer lugar, Dios quiere que atendamos la advertencia de no depender de libros mundanos distintos a la Biblia. (4) Finalmente, Dios

desea que, tras haber escuchado el mensaje de Eclesiastés, le temamos y guardemos sus mandamientos. Es mi oración que, mientras vivimos en este mundo pasajero, cumplamos fielmente nuestro deber como seres humanos mediante la sabiduría que Dios nos ha dado, para que, cuando estemos ante el Señor, podamos escuchar estas palabras: «Bien, buen siervo y fiel».